



CONDENADO
POR FANTASMAS
DEL PASADO

PERSEGUIDO
POR DEMONIOS
DEL PRESENTE

LANZADO AL VACIO

A.A. ESPIGARES-SÁNCHEZ



CONDENADO
POR FANTASMAS
DEL PASADO

PERSEGUIDO
POR DEMONIOS
DEL PRESENTE

LANZADO AL VACÍO

A.A. ESPIGARES-SÁNCHEZ

El año es 2048.

En una península ibérica arruinada e incomunicada del resto de Europa por un infranqueable muro, un hombre despierta una mañana de invierno sin el más mínimo recuerdo de su pasado en la memoria. Como única respuesta tiene una escueta nota: por sus crímenes pasados ha sido expulsado de las Islas Baleares, allí donde las personalidades españolas más poderosas se refugiaron cuando la Península colapsó. Este hombre sin nombre ha sido condenado de por vida a vagar por un territorio enfermo de pobreza, violencia y odio. Pero no está solo; alguien de su pasado olvidado parece dispuesto a sacarle de allí a cualquier precio, aunque no es una tarea sencilla.

Lanzado al vacío

(ODIO / 1)

A.A Espigares-Sánchez

Título Original: *Lanzado al vacío*

© 2019, A.A Espigares-Sánchez

Diseño de la cubierta: Sinuhé Vallvé

Para mis padres

Prólogo

La cabeza le duele horrores.

Abre los ojos con cuidado pero la luz del sol abrasa sus retinas.

Se remueve sobre el suelo. Está congelado.

Lleva las manos a las sienes.

Se masajea la cabeza. No da resultado.

Deja caer los brazos a los lados y golpea algo con uno de ellos; suena a plástico; palpa el objeto.

Es una botella.

Lanza una exclamación.

Su quejido gutural le sorprende al mismo tiempo que el dolor craneal aumenta en intensidad. Aguanta a duras penas otro grito en la garganta.

Coge la botella y se incorpora trabajosamente.

Tiene la garganta completamente seca.

Desenrosca el tapón con manos temblorosas. Lleva la botella a los labios. Bebe con ansiedad. Vacía media botella en un par de tragos sin respirar entre ellos.

Intenta volver a tumbarse pero unas repentinas nauseas le detienen en seco.

Se inclina hacía un lado.

Vomita.

Cada arcada que su estómago le obliga a realizar significa un aguijonazo directo al centro de su cabeza.

Es insoportable.

En uno de esos ataques pierde el conocimiento, cayendo acto seguido sobre su propio vómito.

* * *

Palma de Mallorca 10 de Enero del 2048

Por la resolución del caso 2112/21, dictaminada por un jurado popular en el juzgado número 1 de Palma se considera al ciudadano balear, V.G.D, culpable del delito “CLASIFICADO”. Este jurado

dictamina que el culpable sea condenado al vacío y exiliado a la Península con efecto inmediato. El condenado no podrá recibir ayuda de ningún ciudadano balear so pena de ser juzgado, este último, por alta traición.

Bajo ningún concepto el condenado puede volver a estar dentro de territorios bajo jurisdicción del Estado Balear una vez esta resolución se ejecute. Si el culpable infringe el punto anteriormente expuesto, será condenado a muerte sin necesidad de un nuevo juicio.

Por último, el condenado pierde en el acto la ciudadanía Balear junto a sus consecuentes derechos y obligaciones.

Certifica la condena su señoría, Don Felipe Balseny, juez titular del Juzgado Número 1 de Palma de Mallorca.

Relee por tercera vez aquel papel. Sigue sin encontrarle sentido alguno al puñado de palabras impresas en él.

—¿Pero qué cojones? —consigue articular antes de asustarse de su propia voz. Es grave; ronca. No la reconoce. Tiene la garganta irritada.

Desiste de volver a hablar.

Se pasa la mano por sus cabellos cortos. Aprieta la mandíbula. Ese gesto inconsciente ha hecho que su cabeza sufra otro doloroso zarpazo.

Deja el folio amarillo y se centra la cuartilla blanca que hasta ese momento había permanecido oculta. Al despertar después de perder el conocimiento sus ojos febriles habían recaído en esa funda de plástico transparente sujeta a la pared con un tira de celo.

Comienza a leer la hoja.

Tranquilo, el dolor de cabeza es normal. Te han borrado la memoria. No hagas esfuerzos por recordar y el dolor se marchará.

Tienes todo lo necesario para llegar a la frontera con Francia. En el GPS está grabada la ruta que te guiará al norte. Síguela al pie de la letra. DEBES encontrarte en la coordenadas finales el 25 de Enero al mediodía. Alguien te espera. Con su ayuda entraras en Francia. Haz todo lo que te pida sin abrir la boca. Te ofrecerá lo necesario para empezar de cero fuera de la Península.

No volveremos a contactar.

Suerte.

PD: No pidas ayuda. No confíes en nadie. Si te descubren eres hombre muerto.

PD II: No llegues tarde. Solo tienes una oportunidad; aprovéchala.

Coloca el papel blanco sobre el amarillo. Mira alrededor suyo. Se encuentra en una pequeña habitación. Exceptuando una gran mesa de madera que tiene delante, la estancia está vacía. Sobre el solitario mueble hay un fardo voluminoso.

Intenta levantarse. La maldita cabeza vuelve a darle guerra.

Se da por vencido.

Agarra la botella. Le pega un sorbo minúsculo. Ha aprendido la lección. A las malas.

“Nada de atracones de agua sino quieres vomitar.”

Lentamente apoya la espalda en la pared. Clava su mirada en el techo. Una gran grieta capta su atención.

Es profunda.

La observa fijamente. Aliviado, descubre que el dolor de cabeza le ofrece un respiro.

Aprovecha el inesperado descanso para repasar mentalmente el último papel que ha leído.

Intenta buscar un sentido a todo lo que está pasando desde que despertó.

El dolor regresa con más fuerza de la que se fue.

Tiembla, aterrorizado.

No quiere sufrir más.

Vacía la mente.

Observa la grieta.

El dolor desaparece de nuevo.

Parte I

"Europa termina en los Pirineos"

“Que no te engañen con un puñado de fotos bonitas: este mundo es un lugar peligroso y lleno de odio.”

Inicio de la canción “Us” del rapero DT

“Olvídalo, ahora ya es imposible expiar a nuestra civilización; focaliza tus esfuerzos en encontrar la salvación para ti mismo.”

Máxima tercera del reverendo Smithpond, fundador de la Iglesia Transhumanista

“Esta noche es la penúltima que pasan protegidos tras esas murallas construidas a base de leyes caducas y tradiciones injustas. Este domingo, nosotros, vamos a cambiar el curso de la historia. El tiempo de los políticos enemigos de su propia gente debe morir. Vosotros y nadie más ostenta el poder de decidir cómo tiene que ser gobernado este país. A partir de la próxima semana vamos a enseñarle al resto del planeta cómo sí es posible arreglar un estado arruinado.”

César, en el discurso del cierre de campaña para las elecciones generales, 6 de marzo del 2020

Invierno 2048

S.I

Hace un frío de mil demonios.

Se coloca la capucha del abrigo por encima de la cabeza. Con unos cabellos tan cortos necesita ayuda extra para mantener el calor.

Cruza el desvencijado arco de la entrada de la casa y para en seco. Siente un repentino desasosiego al abandonar la cálida protección del único lugar conocido.

Pasa la lengua por sus labios cortados mientras se recrimina la falta de agallas. Ajusta las asas de la mochila a la espalda. Obliga a sus piernas a ponerse de nuevo en movimiento.

Avanza sin mirar atrás.

El murmullo de los pájaros cantando le acompañan mientras se adentra cada vez más en el bosque. La mortecina luz matinal intenta sin demasiado éxito sobrepasar la densa telaraña de ramas creada por los abetos.

Agarra el arco que llevaba hasta entonces colgado del hombro. Es grande pero liviano. Tiene un tacto suave; lo observa con fascinación. Un puñado de flechas asoman del bolsillo lateral exterior de la mochila; las plumas de las saetas son mecidas por el frío viento invernal; dirige la mano hacia ellas.

Escoge una.

En un segundo tiene el arco dispuesto entre sus manos con la flecha descansando en el centro. Tensa y se mantiene unos segundos en esa posición. No sabe cómo lo ha hecho. Intenta recordar.

Le duele la cabeza.

Desiste.

Destensa la cuerda y devuelve la flecha junto a sus hermanas con la misma agilidad que demostró al extraerla. Se cuelga de nuevo el arco y las piernas vuelven a ponerse en marcha.

Después de caminar un buen rato la masa de árboles pierde espesor. La caliente luz acaricia su cara. Delante, se materializa un angosto valle con unas enormes paredes montañosas blancas dibujadas en el lejano horizonte.

Algo llama su atención.

El seto de la derecha se mueve ligeramente. Podría ser por culpa del

viento pero algo dentro de él dice que no.

Recupera con la diestra el arco mientras con la siniestra hace lo propio con la saeta.

Deja que su cuerpo haga el trabajo. Dispara sin titubear. Avanza hacia el arbusto.

Se agacha. Aparta las ramas.

Premio: un conejo.

Arranca la flecha con cuidado. Recoge un puñado de nieve y limpia la sangre adherida a la punta del proyectil. La devuelve al bolsillo de la mochila. Agarra el conejo. Ata las patas del animal a una de las correas de la mochila. Se incorpora. Respira con fuerza. El aire frío le quema la garganta. Sonríe sin saber muy bien porqué.

No quiere saberlo.

Se pone de nuevo a caminar.

* * *

La llama prende con fuerza.

Se alegra.

Como todo lo que hace desde que despertó, no sabe cómo lo ha conseguido. Funciona y eso es lo único que por ahora importa.

La vieja chimenea contra todo pronóstico extrae el humo del salón con eficiencia.

Lanza sobre el fuego un puñado de ramas pequeñas.

Gira la cabeza hacia la ventana y observa como el sol desaparece engullido por las lejanas montañas nevadas.

En poco tiempo la temperatura descenderá. Se acerca al hogar y vuelve a incorporar más ramas; estas son un poco más grandes. Las recogió por la mañana mientras regresaba de su caminata. Tiene leña de sobras para toda la noche por muy fría que se presente; o eso espera.

Extiende las manos sobre el fuego y este las calienta con generosidad.

Parece que es un buen momento para revisar en profundidad el material que le esperaba a su lado cuando despertó. Debería haberlo hecho antes de abandonar su refugio pero algo dentro de él pedía a gritos caminar un buen rato.

Repasa los objetos con detenimiento: un saco de dormir blanco como la nieve a juego con la mochila; una especie de espada corta con filo en una sola

de sus caras. La hoja es de tres palmos con un mango de cuero negro del mismo color que funda. Pasa un dedo por la hoja. Decir que está afilada es quedarse corto. Se ha rasgado la piel tras una simple rozadura. Introduce el dedo herido en la boca y succiona la sangre.

Hora de centrarse en la mochila.

La abre.

Saca un pequeño objeto gris. Presiona la parte alta de la pantalla. Se enciende.

Es un GPS.

Lo reconoce sin saber cómo.

Otra vez.

La pantalla deja de ser azul. Un mapa se imprime sobre ella. En la parte superior aparecen unos números.

18/01/2048

18:30

Algo parpadea en el extremo izquierdo.

Hay unas coordenadas grabadas. El GPS marca un punto lejano en el mapa. Allí es donde le esperan. Dentro de solamente siete días.

Tiene miedo.

Apaga el aparato y lo coloca en el suelo con mucho cuidado.

Vuelve a introducir la mano en la mochila. Agarra una gran bolsa transparente. Una multitud de pequeños sobres brillan en su interior. Es comida. Abre uno. Aparece una barrita uniforme de color marrón. La muerde. Está blanda. No tiene mal sabor pero prefiere el conejo que despachó al mediodía. En dos mordiscos más la engulle. Deja la bolsa a un lado. Mientras despega un trozo rebelde de barrita que no se despega de una de sus muelas extrae algo voluminoso del vientre de la mochila.

Es un cargador. Le da un par de vueltas entre sus manos. Funciona con luz solar. Tiene gomas en los extremos que le permitirán colocarlo abierto encima de su mochila durante la marcha. Parece de esos que cargan inalámbricamente. Muy útil. Lo deja debajo del GPS.

Saca otro dispositivo.

Este parece a todas luces una antigualla. Un Mp3 que ha vivido mucho según cuenta su carcasa metálica magullada. Se lleva los cascos a los oídos y enciende el aparato. Da al botón de play. Un riff de guitarra eléctrica rasga sus oídos. Decide bajar el volumen.

Balancea la cabeza; le gusta.

Coloca el aparato en el bolsillo derecho de su polar y continua vaciando la mochila.

En pocos minutos revisa el resto de contenido: una linterna, una navaja pequeña, una cantimplora metálica de un litro de capacidad. Tampoco se olvida del pedernal con el que ha encendido el fuego. Cree que ya ha terminado de revisar todo cuando golpea involuntariamente el fondo de la mochila con los nudillos.

Hay algo escondido.

Golpea de nuevo.

Plástico.

Coge la navaja y rasga con cuidado el tejido del fondo. Plega la navaja y la deja en el suelo. toca con cuidado el objeto.

Es un libro electrónico; se encuentra envuelto por una funda protectora amarilla. La abre; en su anverso tiene pegado un pósito del mismo color.

“Buenos días dormilón:

Hora de leer. El primero es el mejor con diferencia”

Deja el libro a un lado.

Alarga el brazo y coge el saco.

Lo abre y se introduce dentro.

Vuelve a tomar el libro y lo encara hacía el fuego. Se apoya en la pared y enciende la pantalla.

Se ilumina.

La lista es enorme.

25000 libros disponibles

Hace caso a la nota y selecciona el primero.

No tiene título.

—Vamos allá —murmura mientras remueve los pies dentro del saco.

Veo que me has descubierto.

Bueno, es extraño dar por seguro algo que depende de tantas variables ajenas a mi control pero si quiero empezar este extenso relato debo hacerlo con ánimo y verle un propósito aunque la realidad vaya en un sentido completamente opuesto a mis deseos.

Lo lógico sería que ahora me presentara. No pienses que soy un mal educado pero no quiero que al darte mi nombre tu aún dolorido cerebro termine explotando.

Literalmente.

El vaciado no es moco de pavo, créeme. No quiero tentar a la suerte.

Te preguntará qué diablos es eso del vaciado. Esta es fácil. Tú eres la viva imagen del resultado: ya no tienes recuerdos. Y lo peor no es eso; si recibes algún estímulo que te haga recordar alguien importante de tu pasado tus neuronas pueden transformarse en fuegos artificiales dentro de tu cabeza. Una medida de seguridad extra que al gobierno le viene de perlas para los condenados que mágicamente consigan recuperar las ganas de luchar.

Resumiendo: nada de nombres y fotos. No podría perdonarme que después de escribir a marchas forzadas durante semanas, tú mueras a las primeras de cambio por mi falta de tacto.

Estoy escribiendo esto para ayudarte y solo tiene sentido si como mínimo respiras hasta leer la última línea de este libro. Una vez termines, tienes mi beneplácito para estirar la pata.

Nunca he sido lo que puede llamarse un superviviente y si aún sigo dando tumbos por este mundo es gracias a que allí donde he vivido, la civilización se mantenía en pie permitiéndome sobrevivir más de lo que mis talentos merecen.

La selección natural acabaría conmigo en menos de un fin de semana.

Quizás he sido demasiado sincero y ahora cuestionas todo lo que salga de mi boca [transcrito claro], aún así espero que confíes en la única indicación que debes seguir a rajatabla por mucho que no la entiendas: Huye de los peninsulares.

Eres un lanzado al vacío especial; en la Península hay un término para las personas como tú: VIP. Te preguntará qué diferencia a un VIP de un "despeñado" a secas: tu equipo [antes de que empieces a gritar, te aseguro que sin la ayuda de esos objetos tus posibilidades de supervivencia bajan muchos puntos. Créeme, vale la pena correr el riesgo]. Si un peninsular encuentra a un "despeñado" lo más común es que el primero ofrezca su ayuda [hasta cierto punto] pero si descubre que es un VIP lo despacha sin miramientos. Más adelante te explicaré el porqué de este trato tan polarizado. Déjame que te hable antes de otros temas.

Siento ser tan pesado después de solamente un par de páginas de haber empezado a escribir pero es vital: no busques ayuda peninsular porque no la recibirás.

Ni se te ocurra despreciar tu soledad; en tu situación estar solo

significa seguridad.

Ya tendrás tiempo de establecer relaciones con otras personas una vez estés a salvo. Hasta entonces, aguanta.

En este relato no encontrarás nada de tu pasado particular aunque si del nuestro en común...ya sabes lo mucho que me gusta jugar con las palabras.

Bueno, técnicamente ya no recuerdas eso.

Si has tardado un tiempo en encontrar el libro [siguen mis suposiciones] te habrás dado cuenta de que tienes habilidades de las que no sabes ni cómo ni cuándo conseguiste dominar.

Tranquilo; es normal.

Tu vaciado no es de los peores. Gracias a los avances de esta maldita tecnología, mantienes en su sitio las habilidades imprescindibles para tu supervivencia: atarte los cordones de los zapatos, hacer pompas con un chicle, utilizar los cubiertos correctamente...créeme, eres un afortunado; si te hubieran condenado un par de años antes este libro no tendría sentido alguno ya que serías incapaz de leerlo. Los primeros condenados al vacío eran como niños recién nacidos. Era cómico y a la vez desolador ver a personas con más de treinta años a sus espaldas llorando como bebés, incapaces de mantenerse en pie.

Aún recordarás como usar el arco ¡Dios! Recuerdo cuanto me metía contigo cuando te obcecaste en aprender tiro con arco después de leer *“los juegos del hambre”*. No te diste por satisfecho hasta convertirte en un más que decente arquero. Ahora esa fijación puede salvarte la vida. Aquí viene el tercer consejo: ten siempre a mano tu arco. Te aseguro que puedes hacer mucho daño con ese trozo de madera con cuerda entre tus manos.

En los ratos libres que te deje la supervivencia, este libro electrónico será tu salvación. Me he permitido llenarlo con tus libros favoritos. Seguro que los disfrutarás.

De nada, amigo.

Más de una vez te he escuchado decir lo mucho que te gustaría poder borrar parte de tu memoria para volver a disfrutar de tal libro que acababas de leer, sabiendo que las sensaciones que había arrancado en ti no volverían con nuevas relecturas.

Puede que el vaciado no te venga tan mal.

Lo sé, no ha tenido ni pizca de gracia.

¿Ya has parado de insultarme? Bien. Volverás a acostumbrarte a mi particular humor. Ya verás como terminas pidiéndome chistes malos en un par de capítulos.

Competir contra todos esos otros fantásticos libros es tarea imposible aunque este que lees ahora mismo tiene una particularidad que lo hace único: lo escribo yo.

No, esto no es otro chiste malo. Soy consciente de mis serias limitaciones como escritor. Este relato es sin dudas uno de los peores escritos de toda esa larga lista que te aguarda en el libro electrónico [quedar en evidencia cuando la competencia es tan exigente debería tener premio] pero creo justo valorar cómo un servidor se está jugando la salud para terminarlo en un tiempo récord.

Tengo que darme prisa. Lo presiento.

Al momento de escribir estas líneas faltan pocos días para que comience tu juicio pero veo el futuro lo suficientemente negro como para comenzar a diseñar ya el plan de evacuación. Te aseguro que nada me haría más ilusión que enseñarte estos desastrosos párrafos y reírnos de ellos, juntos, tomando unas cervezas en la hermosa terraza de mi piso mientras el sol se esconde detrás del mar despidiendo una calurosa tarde de Agosto. Así que hasta que no te vea cruzar el marco de la puerta de mi humilde hogar, seguiré escribiendo y conspirando sin descanso.

Vuelvo a irme por la ramas.

Discúlpame.

Te decía antes que este libro trata sobre nuestro pasado en común. Te hago una sinopsis rápida: hablaré de destrucción, odio, egoísmo, venganza y miseria. Olvídate de esas historias épicas que tanto te gustan y donde el final solo puede ser feliz.

Te relataré la historia reciente de mi antiguo país y como éste cayó al vacío, sabiendo que en el fondo del precipicio no había una red de seguridad capaz de dar por terminada esa caída.

Pasarás, fugazmente, por algunos de los lugares de los que hablaré y vivirás situaciones que son un efecto de causas pasadas, así que conviene que las conozcas si no quieres que la gente con la que te cruces una vez estés fuera de la Península te mire como un alien recién aterrizado.

Si no estás de humor quizás sería buena idea que leyeras otra cosa, pero si te ves con fuerzas continúa.

Yo te espero.

¿Ya estás listo? Perfecto.

—No —cierra la funda de cuero amarillo de golpe mientras sube con la otra mano el volumen del Mp3. Clava su mirada en la gran brecha del techo —. No lo estoy.

S.II

Es el tercer día de viaje.

Lleva metido en ese bosque sin final desde que dejó atrás la protección de la vieja masía.

Hace mucho frío.

Se detiene.

Observa, ensimismado, las volutas de vapor blanco que expulsa por la boca y se desvanecen pocos segundos después.

Saca el *GPS* del bolsillo del anorak. Estudia la pantalla con atención. Su ritmo es bueno. Con un poco de suerte llegará antes de lo que pensaba al destino. Devuelve el aparato al bolsillo y cierra la cremallera con calma. Vuelve a ponerse en movimiento.

El ejercicio le ha venido bien.

La cabeza por fin ha dejado de ser un problema. Puede pensar sin temor a desencadenar dolorosas migrañas y eso es vital ahora que está viajando. Durante el primer día de camino escuchó un ligero ruido en la lejanía que solo podía producir un grupo de personas. El sentido común se impuso a la curiosidad.

"Si te descubren eres hombre muerto."

Descolgó el arco de su hombro y cambió de dirección al instante.

Desde entonces se mantiene atento a la menor señal de vida y huye de ella.

"La soledad es la única compañera en la que puedes confiar."

Otea el horizonte.

El debilitado sol invernal está descendiendo con rapidez.

Es hora de buscar refugio; y rápido.

"No puedo permitirme el mismo error dos días seguidos."

Ayer, la noche cayó sin aviso y tuvo que dormir al raso. Bajo una tormenta de nieve como aquella y sin su querido saco de dormir térmico, habría muerto de congelación en menos de un par de horas. Que no palmara de frío no significa que fuera agradable. Aún le duele la mandíbula al recordar el castañeteo continuo de sus dientes durante las interminables horas nocturnas. No dejó de pensar ni un segundo en encender una hoguera y terminar con el suplicio pero las palabras del *Narrador* volvieron a su cabeza

para convencerlo de soportar la tentación. Apretó los dientes todo lo posible y aguardó la llegada del amanecer con impaciencia.

Entrecierra los ojos para enfocar mejor.

“Sí, eso tiene que ser una cueva.”

Se acerca.

Deja caer la mochila de sus hombros.

A simple vista no parece una cueva demasiado grande pero suficiente para una sola persona.

Se agacha para entrar en ella e inspeccionar el que puede convertirse en su refugio para la próxima noche.

Unos dos metros y medio de profundidad por poco más de un metro de alto. El olor penetrante a hierba mojada inunda su nariz. Después de dar el visto bueno, sale de la cueva a rastras. Limpia sus manos manchadas de tierra húmeda con un puñado de nieve. El frío adormece la sensibilidad de las yemas de los dedos.

"Decidido: pasaré la noche aquí pero antes necesito cubrir el suelo."

No quiere colocar su valioso saco encima de tamaño barrizal. Camina hacia los árboles más cercanos. Comienza a quebrar las ramas más frondosas de los abetos cercanos levantando en el proceso una nube de polvo blanco.

“Tengo que leer.”

Cada noche, exceptuando la última por motivos obvios, intentó seguir leyendo el libro del *Narrador* pero algo dentro de él lo rechazaba. Le han borrado el cerebro como castigo.

No quiere saber si su condena fue merecida o no.

"Ya no importa; debo aceptar mi destino."

Se encuentra en medio de la nada en pleno invierno, siguiendo las indicaciones de un desconocido.

Viaja solo.

Está asustado.

No le gusta, es más, odia con todo su ser la soledad pero le aterroriza la simple idea de encontrarse de frente con alguien.

“Hombre muerto.”

Decide dejar de pensar en algo que no sea elegir la siguiente rama que tiene que cortar.

Un buen rato después se da por satisfecho.

Vuelve a la cueva cargado.

Comienza a colocarlas con cuidado de no dejar un centímetro de suelo

desnudo.

“Esto está mejor.”

Saca el niveo saco de la mochila y lo extiende, delicadamente, sobre las hojas de pino.

Lo abre.

Se quita las botas sucias con cuidado y acto seguido se introduce dentro de él. No puede evitar dar un profundo suspiro de placer.

“Hoy pasaré hasta calor.”

Bueno, todo lo caliente que imagina que se puede estar en medio del bosque en pleno enero. La minúscula cueva hará su trabajo manteniendo la temperatura estable.

Hoy, por fin, podrá dormir de una sentada; lo necesita con desesperación.

Observa la imagen que se dibuja en la entrada de la cueva: la nieve se ha convertido en magma al reflejar los rayos del sol en pleno ocaso. Oscurecerá en menos de media hora.

Saca un brazo del saco. Alarga la mano hacia la mochila. Agarra la bolsa de comida.

Duda un instante.

”¿Y por qué no? Me lo he ganado.”

Escoge dos paquetes metálicos y los tira encima del saco.

Hora de cenar.

“Todos saben igual.”

No ha intentado cazar desde que abandonó el *útero* como le gusta llamar a la casa donde despertó. Nada de hogueras significa carne cruda y teniendo reservas de sobras, aunque sean estas barras insípidas, no le atrae la idea. Abre el primer paquete y mastica maquinalmente ensimismado con la nieve del exterior y su juego de luces. Se hace con la cantimplora y bebe.

“De esta noche no pasa. Tengo que leer. No debo de comportarme como un animal acorralado el resto de mi vida.”

Clava los colmillos en la segunda barrita de comida con decisión.

“No puedo permitirme ser un necio. La condena acaba de comenzar.”

Vuelve a pegar un largo trago de agua.

Despacha su cena por completo.

Eructa.

“Vamos.”

Saca la funda amarilla. Se acomoda lo mejor posible y enciende la

pantalla.

Asómate a tu ventana más cercana. No puedo considerarme adivino si imagino que puedes ver algún edificio medio derruido, ennegrecido por el fuego que lo devoró tiempo atrás.

Tampoco faltarán en el cuadro calles destartaladas y desiertas con las aceras llenas de mugre. Te puedo asegurar que te hartarás de ver miseria mucho antes de cruzar el Muro.

Hace más treinta años, cuando era un crío, veía cosas de este estilo en películas pos-apocalípticas recién llegadas de Hollywood. A tu padre y a mí nos parecía terriblemente excitante la perspectiva de poder vivir algo parecido. Joder, nos tiramos semanas enteras sumergidos en videojuegos de este estilo ¡Lo pasábamos en grande! Recuerdo exaltadas conversaciones de horas y horas en mi habitación discutiendo sobre qué necesitaríamos para sobrevivir en un mundo así. Ahora te puedo asegurar que aplicando aquellas teorías no habríamos terminado vivos el primer día.

En aquellas películas las hecatombes comenzaban con pandemias que transforman a los hombres en zombis, invasiones alienígenas o la Tierra volviéndose contra la humanidad. Lo que nos ocurrió a nosotros siguió un patrón anodino pero abismalmente más estremecedor. He visto grupos de hombres y mujeres famélicos y medio desnudos en pleno invierno vagar, sin rumbo, como malditos muertos vivientes esperando que algún grupo armado enemigo con el que se cruzaran les matara de una vez para terminar con el sufrimiento.

Perdona, vuelvo a irme por otros caminos y no te estoy explicando las cosas en el orden correcto.

Ejem, ejem [estoy aclarando mi garganta mientras golpeo la mesa con mi taco de apuntes].

Empieza la clase de historia contemporánea impartida por el profesor X. Gracias por vuestra asistencia. Al final del semestre os pasaré un test para que valoréis mi desempeño en la asignatura. Cualquier puntuación por debajo de A me la tomaré como una ofensa a mi persona.

[Tengo que dejar de tomar tanto café].

Somos españoles; bueno, en algún momento lo fuimos. En este punto es una pérdida de tiempo preguntarnos si lo seguimos siendo o no. España fue un estado que hace medio milenio dominó el mundo, convirtiéndose en el primer imperio a escala mundial de la historia de la humanidad. Un gigante con los pies de barro y que casi desde su primer paso inició una

lenta pero ininterrumpida decadencia hasta morir hace un par de siglos.

Con el imperio enterrado las cosas no mejoraron.

Intentaré no aburrirte enredándome en una reflexión histórica trasnochada; este relato tiene un carácter práctico así que de esta extraña introducción solo espero que te quedes con una idea clara: nuestros gobernantes han sido, en su mayoría, un cáncer. Creo no mentir cuando digo que la culpa de esta élite dirigente tan nefasta recae, en gran medida, sobre nosotros mismos; esos políticos no aparecieron de la nada; afloraron de nuestra sociedad, esa a la que luego terminaron traicionando sin el más mínimo remordimiento. Veo en todo ello un problema de fondo totalmente contrapuesto a la típica y tan manida frase "tenemos unos políticos que no nos merecemos".

Después de continuas crisis, guerras, gobiernos fallidos dirigidos por gobernantes felones, intentos infructuosos y desesperanzadores de regeneración política y social, las últimas generaciones de españoles nos regodeamos en nuestra mala suerte sin esperar demasiado del futuro.

Pero las causas de la caída peninsular hay que empezar a buscarlas mucho tiempo antes de mi nacimiento.

Después de la Segunda Guerra Mundial se inició la lenta pero constante cohesión de buena parte de Europa. Todo este proceso culminó a principios de la última década del siglo pasado con el nacimiento de la Unión Europea. El objetivo era claro: convertirse en la herramienta que interconectara y construyera una Europa unida capaz de llevarnos a un nuevo nivel social y económico.

Sobre el papel, como siempre, todo de color de rosa.

La realidad fue otra diferente.

Los grandes ideólogos paneuropeístas le asignaron a España su papel dentro del nuevo orden: convertirse en un país de servicios; un lugar donde los ciudadanos del norte de Europa, mucho más ricos, pudieran ir de vacaciones y una vez llegados a la vejez disfrutaran de su merecida jubilación en un lugar con buen clima y precios asequibles para que hasta el pensionista norteño más humilde pudiera vivir sin ninguna privación.

España, destino de vacaciones.

Botones, camareras, obreros de la construcción o taxistas; eso era lo que se precisaba de nosotros. Si eras español y habías tenido la suerte de terminar una carrera técnica tu lugar estaba más allá de los Pirineos; no había sitio para alguien como tú en el sur si querías ejercer aquello por lo

que te habías partido los cuernos estudiando durante años.

Uno de los puntos de inflexión claves de mi relato llega cuando, a finales de la primera década de este siglo, una monumental crisis económica originada en Estados Unidos golpea las costas europeas meses después como un Tsunami. El sur de Europa, el eslabón más débil de la Unión Europea, se ahoga bajo la gran ola que nadie esperaba.

Fue un shock. Veníamos de una época que parecía gloriosa. Los bancos regalaban los créditos. Casi cualquier hijo de vecina podía tener la casa y el coche de sus sueños; almorzar cada domingo en un restaurante sin reparar demasiado en la cuenta; disfrutar de unas vacaciones veraniegas de bandera sin preocuparse de problemas de liquidez ¿Sabes cómo se refieren a esa época los peninsulares? Los Años Dorados. Te aseguro que no eran tan brillantes como su nombre da a entender; la nostalgia es siempre demasiado amable con épocas pasadas. Nadie esperaba que aquella fiesta acabara; pero terminó y antes de salir había que pagar una abultada factura.

El sueño se transformó en pesadilla.

La versión oficial dictamina que los mercados bursátiles se resintieron de los derroches sin escrúpulos de grandes sociedades bancarias mundiales a lo largo de la década prodigiosa anterior.

Mentira.

Siempre he pensado que alguien decidió que las vacas gordas debían terminar en ese momento. Sí, sé que suena conspiranoico, pero hay infinidad de ejemplos a lo largo de la historia de la humanidad que dejan patente cómo la desgracia de muchos es el beneficio de unos pocos elegidos.

La crisis tardó años en darse por cerrada pero nada volvió a ser igual.

Avanzo a principios del 2020. Después del jarro de agua fría, Europa vivió una época de falsa recuperación económica. En España aparecieron nuevas formaciones políticas que apelaban a una nueva manera de hacer política.

Quedaron en agua de borrajas.

Mientras el presente era desolador, el futuro no auguraba un panorama mucho más esperanzador.

Recuerdo que por aquel entonces tu padre y yo estábamos en el último año de instituto, con la universidad en el punto de mira. Huíamos de la política como de la peste. Odiábamos a muerte a todos los políticos. Con 18

años recién cumplidos, las hormonas burbujearan por nuestras venas. Teníamos preocupaciones mucho más importantes dentro de nuestro propio universo.

Hasta que apareció él.

Por él me refiero a César Hernández. Cuando saltó a la primera plana política tenía apenas 27 años, salido escasos tres años antes de la Universidad de Barcelona. Para la gran mayoría su edad hubiera sido una hándicap insalvable para hacer política al más alto nivel pero César estaba hecho de una pasta diferente. Nunca he visto a nadie derrochar tanto carisma y encanto. Muchos hablan de Obama y como consiguió llegar a ser el primer presidente negro de Estados Unidos pero nuestro César jugaba en otra división. No solo era inteligente; transmitía una seguridad en si mismo a prueba de bombas. Sus ideas, leídas, acobardaban al más valiente pero puestas en su boca sonaban como sensatas y hasta conservadoras.

Sus primeros detractores no tardaron en hacer todo el ruido posible. Lo tachaban de presuntuoso y auguraban una caída tan fulgurante como su éxito inicial.

César buscaba la enésima refundación del país.

Pero esta vez era diferente. Se palpaba en el ambiente; la gente confiaba en él sin reservas. Lo veían como uno de los suyos trabajando por el bien común.

Los planes de César pasaban por una reorganización exhaustiva. Transformar un país a la deriva sin tener miramientos hacia los intereses de las grandes corporaciones empresariales tanto nacionales como extranjeras.

"Progreso, no provecho" era uno de los lemas más utilizados por César.

Aún recuerdo como si fuera ayer la primera vez que asistí a un mitin suyo; tu padre me acompañaba. Yo estaba algo nervioso pero tu padre parecía una fan histérica de cualquier "Boy Band" de aquella época. Fue escuchar la última frase del brillante discurso de César y empezar a hacer la cola para afiliarnos a su partido.

Ha pasado más de media vida de aquel día pero soy incapaz de olvidar la tremenda pelea que tuve con mi padre cuando se enteró de mi "problemática excursión", como él la catalogó. Mi familia formaba parte de esa privilegiada y reducida clase a la que todas las reformas que proponía César nos eran contraproducentes. Los nuestros clamaban al

cielo pidiendo lo que ellos llamaban cordura pero sus gritos quedaban sepultados por los alaridos de alegría de millones de ciudadanos de a pie.

Por primera vez en muchos años teníamos las de perder. Mis padres jamás habrían apoyado a un populista como César.

“Hijo, estás en la edad de querer rebelarte contra lo que tu madre y yo representamos. No te lo reprocho; es ley de vida pero te aseguro que en menos de diez años empezarás a comprender lo equivocado que ahora estás”.

Odiaba a mi padre siempre que repetía aquellas palabras mientras cenábamos; al menos una vez a la semana cometía la pueril estupidez de llevar la actualidad política a la mesa intentando hacer cambiar de opinión a mi familia. Pasé la treintena hace demasiado tiempo y me obligo a pensar que mis ideas de entonces eran las correctas pero algo dentro de mí da, a duras penas, la razón a mi padre.

Aún guardo el carnet del partido como mi pequeño tesoro. Cada vez que lo tengo entre mis manos no puedo dejar de sonreír con melancolía.

Olvida a mi padre y volvamos a César.

Poco a poco, durante los siguientes meses, las ideas de César consiguieron sacar a la gente del país del abatimiento, recuperando la ilusión de construir un futuro mejor. La campaña electoral para las elecciones generales del 2020 fue un paseo aún cuando se enfrentaba a un bloque unido formado por todos sus adversarios. Ni el más enconado enemigo de César podía concebir su derrota, pero no por ello dejaron de presentar batalla. Pusieron a trabajar a buena parte de los medios de comunicación que tenían en cartera, publicando a diario barbaridades sobre él. Como puedes imaginarte, el enfrentamiento fue despiadado por ambas partes pero nada ni nadie fue capaz de frenar el movimiento encabezado por César.

Él era nuestro faro.

La luz que debía guiarnos hacia un futuro mejor. Multitud de personas europeas nos miraban con envidia; deseaban de todo corazón que César fuese compatriota suyo. La segura victoria electoral de César era vista como la entrada en una nueva época para toda Europa; lo terminó significando en muchos aspectos, aunque alejada de los auspicios de aquellos días.

Una vez escrutados el 100% de los votos y con un apoyo por parte del país aplastante, César debía ofrecer el tradicional discurso de la victoria.

Tu padre y yo nos encontrábamos en la sala de convenciones del Palacio de Congresos de Catalunya, lugar que César en persona había elegido para dirigirse al país por primera vez como su presidente electo. El recinto estaba lleno

a reventar. Recuerdo mirar alrededor y descubrir a centenares de personas radiantes de felicidad. A mi lado, tu padre no dejaba de decirme que me tranquilizara; tenía cara de pocos amigos. Aún me pregunto qué diablos pasaba por su cabeza para que estuviera así de amargado en un momento como aquel. Siempre he pensado que su comportamiento fue profético. Joder, no entiendo por qué nunca le pregunté. Supongo que no me atreví porque a ninguno de los dos nos hacía demasiada gracia recordar aquella noche.

Las agujas del reloj continuaban en movimiento y César no aparecía. Pasada la tercera hora de espera entró en escena la mano derecha de César, aquel al que llamaban Crastino, con la cara totalmente descompuesta. Anunció con voz apagada que César había desaparecido. Dicho esto dejó a la carrera el atril mientras el auditorio y los millones de personas que lo estaban viendo en directo alrededor del mundo enmudecían.

Una parte de mi ser aún permanece allí; se resiste a abandonar ese palacio de congresos esperando a que César aparezca de un momento a otro, con una de esas sonrisas tuyas tan características, y dé el discurso de la victoria.

Aquella noche se conoce como la Gran Decepción y marca el inicio de todo.

S.III

“Joder.”

Se lleva la mano derecha a la frente protegiendo a sus ojos de los rayos del sol.

“Es gigantesco.”

Lleva horas viendo como se agranda la silueta de la mole grisácea en el horizonte.

Saca el *GPS* de su bolsillo.

Presiona una y otra vez el botón verde pero la pantalla continua apagada. Después de unos minutos se da por vencido.

“Ha muerto. Da igual, mi objetivo ya no tiene pérdida.”

Levanta la cabeza. Desde esa pequeña colina y sin árboles delante que molesten, puede admirar el Muro; es, simplemente, gigantesco.

“Debe de medir unos treinta metros de altura. X no me engañaba.”

Ha decidido llamarlo *X*. *Narrador* suena demasiado presuntuoso y ese no parece un nombre adecuado para *X*.

Le gusta *X*.

Mucho.

Puede que le borrarán la memoria pero está totalmente convencido de su antigua amistad con él.

“Nadie correría tantos riesgos para ayudarme si yo no fuera importante para él.”

Restriega el dorso de su mano derecha contra las fosas nasales, intentando quitarse la molesta mucosa generada por las bajas temperaturas. Advierte como la muralla no dibuja una línea continua; cada fracción del Muro se amolda al terreno que le ha tocado: desde los valles hasta las cimas de montaña más altas pasando por desfiladeros. El Muro y los accidentes geográficos conviven en una perfecta simbiosis capaz de convertir a los Pirineos en una defensa infranqueable.

“Tengo una idea.”

Descuelga la mochila de su espalda y la planta encima de una roca. Abre la cremallera y rebusca en el interior.

Extrae los prismáticos y los usa por primera vez en el día. Una pareja de

siluetas humanas diminutas se perfilan en la cima del muro. Justo bajo la pareja se ve una puerta cerrada a cal y canto.

"Ahí está mi destino."

De golpe es consciente de lo cerca que se encuentra de la salida.

"A un menos de un par de kilómetros."

Un nudo se cierra alrededor de la boca de su estómago.

Nervioso, gira la muñeca derecha y comprueba la hora.

"Aún es pronto."

Baja la mochila de la roca y se sienta en su lugar. Saca el libro electrónico del bolsillo exterior de la mochila. Busca el capítulo centrado en el Muro que dejó a medias la noche anterior.

El Muro pirenaico. Algunos en Europa lo llaman la pared del miedo. En la Península se refieren a él como "ese puto muro".

A secas; la poesía para quien tenga aún algo que perder.

No nos andamos por las ramas. Sé que ya no vivo en la Península pero me gusta verme como uno de ellos [si me escuchara un peninsular en menos de diez segundos tendría un cuchillo clavado en el vientre y de manera más que merecida].

Me jugaría mi mano derecha a que si mi queridísima esposa leyera las últimas líneas le daría un ataque al corazón ¡Qué buena idea! Creo que esto será justo lo primero que le diga la próxima vez que tenga la desgracia de compartir habitación con ella.

¿Cuántas veces te he dicho que me pares los pies al primer desvarío? Este relato tiene que ser una crónica histórica y en cambio estoy perdiendo el tiempo contando miserias domésticas.

Dame un par de minutos, necesito otra taza de café. Lo sé, debo rebajar el ritmo pero es lo único que me mantiene activo 19 horas al día.

Estaba hablando del Muro.

"Ese puto muro" lo construyeron en tiempo récord: tres meses. Los preparativos del proyecto se mantuvieron completamente en secreto. Cuando se filtró deliberadamente a la opinión pública era ya demasiado tarde para poder detenerlo. He tenido el dudoso gusto de ver el documental "En las entrañas de un gigante". En él, arquitectos y directivos de la empresa constructora se vanagloriaban del hito que representaba para la humanidad aquel muro. Malditos bastardos ¿Acaso esperaban que les dieran a su esperpéntica obra el título "la nueva maravilla del mundo"? Era y continúa siendo un pegote gigante de hormigón armado nacido con

un único propósito: mantener a millones de personas encerradas y olvidadas para el resto del planeta.

Obviamente la opinión pública puso el grito en el cielo; al menos durante los primeros meses de vida del Muro. Con el paso del tiempo, aquello que se veía como una flagrante vulneración de los derechos fundamentales de cualquier europeo se convirtió, simplemente, en un mal menor y necesario.

Con la nueva barrera protectora, Francia podía al fin respirar tranquila y junto a ella el corazón de Europa se mantendría salvaguardado de la epidemia ibérica.

Las hordas de inmigrantes españoles en busca de unas condiciones de vida mejores dejaron de cruzar los Pirineos. Nuestro drama pasó, para el resto de Europa, de ser un dolor de cabeza continuo a generar una pequeña punzada de culpabilidad un par de noches a la semana al ver los telenoticias vespertinos a la hora de cenar.

“Ese puto muro” está vigilado 24 horas por un cuerpo militar especializado.

En la Península nos referimos a ellos como Cuervos en honor a la infame Guardia de la Noche de las novelas del gran George R.R Martin [en mi juventud la adaptación televisiva fue un éxito tan grande que se convirtió en canon para la cultura pop, aunque el final...].

Técnicamente los Cuervos son un grupo de élite reclutado entre la flor y nata de las mejores unidades militares de Europa. Al menos eso es lo que repite una y otra vez la Unión Europea. Dudo que ningún buen soldado se sienta recompensado al conseguir un destino tan aburrido y lejos de casa [hay que reconocer que como mínimo el sueldo sí se encuentra a la altura de la élite].

Oficialmente los Cuervos tienen como objetivo primordial ofrecer ayuda humanitaria en la Península, al estilo de los cascos azules de la ONU. Me pregunto como pueden asistir a los peninsulares si no se alejan más allá de un puñado de metros del Muro en sus casi nulas salidas. Para la mayoría de los Cuervos la última vez que vieron a un grupo de peninsulares fue en los anuncios publicitarios utilizados durante la fase de selección [es muy probable que esos peninsulares fueran actores].

Bochornoso.

Aunque si les interesa seguir respirando hacen bien en mantener las distancias; los peninsulares, ante la menor oportunidad, los masacrarían

sin compasión. No quieren, perdón, no queremos su maldita ayuda para nada.

Apaga el libro.

“Los desprecias pero les has sobornado para sacarme de aquí. X ¿Por qué quieres salvarme la vida a toda costa?”

Un grito desgarrar el silencio del bosque.

Es la voz de un hombre.

Una bandada de pájaros, asustados, abandonan los árboles batiendo las alas a toda velocidad.

Se levanta de un salto y agarra el arco con fuerza. Viene de muy cerca.

“Huye.”

Afina el oído. Distingue varias voces.

Risas.

Alguien habla en voz alta muy rápido; tanto que no entiende nada.

Más risas.

“Huye.”

Vuelven los gemidos de dolor. Ahora más agudos y continuados.

“¿En qué cojones estás pensando?”

Saca una flecha de la mochila y se va, arrastrando los pies sobre la nieve, en dirección al grito.

Se aleja del muro sin mirar atrás.

S.IV

—No grites tanto, romano, o harás que una bandada de esos malditos *Cuervos* se acerque a curiosear.

—Que os jodan a ti y a los *Cuervos* —escupe una mezcla de sangre y saliva— sois la misma mierda.

Le atiza un puñetazo en la cara con fuerza.

—Cuidado con lo que dices, romano —aconseja, amonestándolo con el índice extendido— vas a morir; eso es un hecho pero de hacerlo rápido a lento y doloroso depende de lo que nos digas y tus modales —ase el puñal que pende de su cinturón—. Si tienes pensado ofendernos —señala a sus hombres— bueno, no lo pasarás demasiado bien.

Uno coro de risas acompañan las palabras de su jefe.

Se encuentran en un pequeño claro rodeado por altos peñascos cubiertos de nieve.

Se distinguen más de una veintena de personas en pie. Todas llevan largas barbas descuidadas y desprenden aires de tipos duros.

Apoyado contra una roca hay un hombre atado de manos y pies. Delante de él se encuentra el jefe del grupo de barbudos, con una sonrisa sardónica en los labios.

—Empecemos por tu nombre, romano —le da la espalda— ¿Sabes? el último de los vuestros al que pillamos, hace ya demasiados años, nos salió bastante gracioso. En esa época yo tenía como capitán a uno de los mayores hijos de puta con los que he tenido el placer de cruzarme. Julián Romero era su nombre.

—Una auténtica leyenda. Si aún estuviera con nosotros... —se lamenta uno de los hombres de mayor edad.

—Pues incluso él pasó un buen rato con aquel muchacho —se gira hacia atrás— ¡Berto! tú y yo ya servíamos juntos en aquella época, ¿Cómo nos dijo que se llamaba?

—Máximo Décimo Meridio.

El grupo de barbudos explota en risas.

El jefe da una vuelta sobre si mismo.

—¡Ya os lo decía! Un chico de lo más simpático —se agacha delante de su presa— que siguió sonriendo durante toda nuestra larga y fructífera

conversación —coloca la pequeña hoja de acero en la mejilla derecha—. Aún sufriendo como un perro no podía dejar de sonreír —aspira los mocos que se acumulan en su congestionada nariz y escupe a un lado—. Reconozco que no se me da nada mal dibujar sonrisas con mi puñal.

—Fue de las mejores que te he visto hacer, jefe —afirma uno de ellos mientras se hurga los dientes con una pequeña rama de pino— digna del mismísimo Joker.

Vuelven a carcajear en coro.

—Mira que eres pelota, Berto —no levanta la hoja de la mejilla— ¿Y tu nombre es? —la hoja penetra dentro de la piel del rehén. La sangre empieza a mojar la punta del arma. Mantiene la presión y la hoja sigue desgarrando los músculos de la mejilla.

El rehén a duras penas aguanta el gemido en la garganta.

—Memio.

El jefe aparta la daga. Limpia la hoja en la camiseta del prisionero.

No devuelve el arma a su cinturón. Sus manos juegan con ella.

—¿Ves como no era tan difícil, Memio? Puede que nuestro mundo se haya ido irremediabilmente al garete, pero no por ello tenemos que ser mal educados los unos con los otros. Al fin y al cabo somos todos peninsulares.

El jefe tiende su mano hacia uno de sus hombres.

Este le ofrece una cantimplora. Pega un par de tragos y se la devuelve.

Observa el cielo plomizo, pensativo.

—Memio...—el jefe suspira— de verdad que no logro comprender la obsesión que tenéis con los antiguos romanos.

—No hay nada que entender.

Sacude la cabeza sin dejar de mirar el cielo

—Me encanta ver como se os infla el pecho lleno de orgullo al hablar de vuestras extrañas tradiciones, creyendo que sois los elegidos —le señala con el puñal—. Te lo repito: todos estamos de mierda hasta las orejas. Somos iguales.

Memio lanza una carcajada sorprendiendo a sus captores.

—¿En serio crees que nosotros y vosotros compartimos algo?

El jefe lanza la daga al aire y la recoge por el mango con habilidad.

Repite el movimiento.

—La última vez que me fijé ese puto muro seguía en pie. Te recuerdo que estamos en el mismo lado; tenemos los mismos enemigos.

Memio intenta limpiarse la sangre que le brota de la mejilla con el

hombro.

—Vosotros, *Tercio*, lo jodisteis todo: la Noche Triste, Dénia y podía seguir hasta el anochecer enumerando vuestras continuas y enormes cagadas. Es cierto que todos estamos de mierda hasta arriba. Pero a diferencia de vosotros, nosotros intentamos limpiar toda esa mierda —su diatriba le da el valor suficiente para sostener por primera vez la mirada de su enemigo—. Mucha de ella es vuestra.

Los barbudos pierden sus sonrisas; ahora miran al prisionero con cara de pocos amigos; algunos agarran sus armas. El jefe levanta las manos, pidiendo calma.

—Ni tú ni yo estamos a la cabeza de nuestras organizaciones; formamos parte del músculo. Los de arriba señalan y nosotros ejecutamos. Yo soy respetuoso con la cadena de mando y justamente por eso nos encontramos aquí —señala a los suyos—. Me ordenaron sacar a patadas a mis muchachos de sus confortables y calentitas casas para hacer un plácido viajecito atravesando media Península en lo más duro del invierno. "husmea por el Muro", me dijeron —coloca los brazos en jarras—. Y aquí me encuentro; haciendo mi trabajo sin cuestionar la capacidad de mando de mis superiores —señala a Memio—. Desde el mismo momento en que caíste en nuestras manos mi principal obligación es descubrir qué narices hace un miembro de Fidelis a cientos de kilómetros de Barcelona —levanta la ceja izquierda—. Debo confesarte que dejando a un lado mis órdenes, me pica la curiosidad.

—¿Crees que estamos hablando con los *Cuervos*? —Memio se remueve — ¿Y quién te ha dicho que no estoy aquí solo por cuenta propia?

El jefe se agacha y mira desde la misma altura a los ojos del cautivo.

—Repito, no eres el primer romano que cae en mi manos —Toca con la hoja de su puñal el brazalete morado que lleva atado Memio en el brazo izquierdo— ese trozo de tela es el distintivo que te señala como parte de uno de los comandos de Fidelis —se levanta—. Sois la joya de la corona; dónde hay un comando de Fidelis algo importante se cuece. Crastino os mima como a putas de lujo.

Memio levanta la cabeza, desafiante.

—Este es nuestro territorio, no tenemos porque daros explicaciones.

—¿Vuestro territorio? —escupe las palabras, asqueado— Que exista un *status quo* entre nuestras organizaciones no significa que os reconozcamos como los dueño de esta zona. *Tercio* reclama como propio el gobierno de toda la Península y los pirineos orientales forman parte de ella —vuelve a

pedir la cantimplora—. Déjate de juegos tan simples conmigo —clava sus pequeños ojos marrones en los de Memio. Este, instintivamente, tiembla— Te lo vuelvo a preguntar una última vez ¿Qué cojones haces aquí?

Memio baja de nuevo la cabeza.

No responde.

El jefe chasquea la lengua con hastío. Tira la cantimplora al suelo.

—Tú lo has querido —se dirige a sus hombres—. Zapatos fuera.

Dos de ellos arrancan las botas de Memio. Le quitan los calcetines de malas maneras. El jefe chasquea los dedos de su diestra y un tercer hombre le entrega un pequeño bulto de piel.

—Desconozco el motivo, romano, pero hoy tengo ganas de hablar — abre la cremallera metálica con parsimonia—. Mis hombres están acostumbrados a ver como paso días enteros sin abrir la boca. Qué le voy hacer; soy un hombre de pocas palabras.

Deja el pequeño fardo en una roca.

—No siempre he sido jefe de campo —hace un ademán con su diestra—. No es por alardear, pero era el mejor torturador de *Tercio* —dos de los barbudos a su espalda asienten con la cabeza—. Tenía, bueno, sigo manteniendo cierta reputación. Nadie podía aguantar mis caricias por mucho tiempo. Me esforzaba en alargar la conversación siendo más amable con ellos pero el resultado siempre era el mismo: comenzaban a cantar demasiado pronto para mi gusto —pasa los dedos, con mucha delicadeza, sobre las piezas de hierro que asoman de la funda de cuero—. No soy un monstruo, romano. Me cansé de acariciar a diario —toquetea lo que parece una hoz en miniatura—. Aún así, jamás podré olvidar esas miradas llenas de temor y aceptación de mis invitados —ronronea como un gato tras pronunciar la última palabra— después de hacerles una pequeña demostración de mis habilidades. Todos acababan comprendiendo que durante el escaso tiempo que les quedaba de vida tenían un dueño: yo—observa los hierros, extasiado—. En momentos como esos te sientes poderoso, romano, convertido en un dios omnipresente por un puñado de minutos. Reconozco que aunque fue fácil colgar el delantal —ríe suavemente— de vez en cuando sufro ataques de nostalgia; el cuerpo me exige que brinde al mundo una nueva obra de arte y si se presenta una situación como la de ahora, simplemente no puedo negarme —deja que una desagradable sonrisa se dibuje en sus labios. Memio deja de respirar durante unos segundos—. Por muy bien que se me den otras cosas mi maestría es la que es y estoy orgulloso de ser tan rematadamente bueno

¿Suena demasiado presuntuoso?

Detiene su mano en un grupo de pequeñas varillas metálicas con un aspecto totalmente inofensivo.

Las coge; las sopesa; una a una; con parsimonia.

—Estas pequeñas siempre fueron mis preferidas —estudia de reojo la cara de su víctima, pálida como la roca de granito sobre la que apoya la cabeza—. Sé lo que estás pensando. Me he cansado de ver a mis invitados lanzar un suspiro al verlas, llegando a la conclusión de que algo tan insignificante no podría hacer nada demasiado doloroso pero rápidamente se dieron cuenta de su tremenda equivocación. Ni ellas ni yo encajamos demasiado bien que nos desprecien antes de tiempo —le mira a los ojos sin dejar que la torva sonrisa se desvanezca— ¿Empezamos?

S.V

Tiene que obligarse a no mirar hacia otro lado.

Lo que está presenciando le revuelve el estómago.

—Un poquito más —la voz del torturador llega amortiguada por la distancia.

La víctima grita con desgana.

Lleva tanto tiempo sufriendo que está cansado de bramar sin parar.

—Sabes perfectamente que esto termina en el momento que respondas a mis preguntas, romano.

"No puedo más."

Se da por vencido.

Baja la cabeza.

Cierra los ojos pero la imagen ya la tiene grabada en su cabeza.

El pobre diablo apoyado en una roca.

Un grupo de barbudos que no prestan demasiada atención formando un corro alrededor.

El torturador agachado a los pies de su víctima mueve constantemente algo pequeño que no consigue distinguir pero que debe ser temible.

"¿En qué maldita pesadilla estoy metido?"

—Sé que estás cansado —el torturador se levanta y acepta el trapo que le tiende uno de sus hombres—, habla y todo terminará en un minuto —insiste.

"Personas comportándose como bestias."

—Coge algo de aire y piensa con la cabeza —limpia minuciosamente cada dedo de su mano derecha—. No mires más hacia los árboles, romano. Tus amigos no llegarán. Y si lo hicieran tengo hombres suficientes como para eliminar a la mitad de los comandos de Fidelis sin sudar. No es porque sean mis hombres, pero rastrean jodidamente bien. Tendrías que ver cómo se mueven por los bosques vascos, impenetrables como selvas ¡parecen sombras! Los tuyos no tienen ninguna posibilidad de escapar por muy cuerpo de élite que se consideren.

"Estoy dentro de la boca del lobo."

Un escalofrío recorre su columna vertebral.

Se pega aún más al suelo mojado; la nieve sucia le empapa media cara.

—Habla y me ocuparé de que mueras rápidamente. Reconozco que eres un tipo duro —cambia de mano el trapo— pero desgraciadamente nuestra bonita relación tiene que finalizar.

“Piensa, piensa.”

Se pasa las manos por la cabeza, una y otra vez, obligándose a encontrar una solución con rapidez.

“Si te vas de aquí ahora, con un poco de suerte, vuelves al Muro, lo cruzas y dejas atrás esta locura.”

—¿Cómo? —el jefe ata el trapo manchado a su cinturón— Veo que por fin eres consciente de tu situación, romano —se agacha, una vez más ante los pies sangrantes de su presa, pero esta vez no toca los hierros—. Di lo que tengas que decir y luego descansa para la eternidad.

“El cabrón lo ha conseguido.”

Cierra la mandíbula con tanta fuerza que escucha el desagradable sonido que emiten sus dientes al rechinar.

Esta vez no es por el frío.

Se levanta.

“Hablará.”

Antes de darse cuenta ya tiene el arco cargado y listo para disparar. Visualiza al enemigo. Tiene una segunda flecha clavada en la nieve, justo delante suyo.

“No saldrás de este bosque respirando, cabrón.”

Sin querer pensar más, deja de sostener la cuerda con los dedos. La flecha vuela.

Carga.

Dispara de nuevo.

Arranca a correr, en la dirección opuesta intentando hacer el menor ruido posible.

No necesita confirmar si ha hecho blanco las dos veces. Lo sabe.

Huye, con el arco cargado de nuevo.

“Seguro que no salgo de esta, pero vale la pena si voy al infierno con ese pedazo de mierda por delante.”

Después de unos segundos en shock, los barbudos empiezan a reaccionar.

Su jefe tiene una flecha clavada en la nuca; ha caído sobre las piernas del prisionero.

El romano tiene otra en el corazón.

Alguien entre ellos levanta el arco y dispara, repetidas veces, hacia donde calcula que deben de estar los atacantes.

Sus flechas se pierden entre los árboles.

Otro de ellos coge un silbato que lleva colgado en el cuello y lo coloca entre sus labios.

Tres silbidos.

Para.

Tres silbidos.

Para.

Repite una y otra vez. Alguien, en la lejanía responde a la llamada con el mismo código.

—¡Fidelis nos ataca! —brama uno de los barbudos— ¡Aguantad hasta que llegue la ayuda! ¡A cubierto! ¡Ni se os ocurra volver a disparar si antes yo no lo he dicho!

“¡Muévete más rápido!”

Las ramas de los arbustos cargados de nieve le golpean las piernas mientras huye a toda velocidad.

Llegar al muro. Esa es su única salvación.

S.VI

Una nutrida bandada de *Cuervos* revolotea a las afueras del muro.

Llevan un rato revisando a conciencia los alrededores de la puerta que comunica la decimotercera sección del Muro con la Península.

Visten el equipo de explorador al completo: casco integral con visera transparente, armadura ligera de alta resistencia y fusiles de asalto entre las manos. Todo negro como la noche cerrada.

—Comandante, con el debido respeto, creo que estamos perdiendo el tiempo.

El oficial al mando lanza una mirada gélida al agente que le habla.

—¿Y la señal de antes? —habla despacio, manteniendo la compostura a duras penas— ¿Desde cuándo los árboles pueden silbar?

—Cosas de peninsulares, señor —el *Cuervo* escupe al suelo; habla inglés con un marcado acento francés—. Si el objetivo ha caído en manos de esos salvajes no lo estará pasando demasiado bien —se le escapa una carcajada—; con un poco de suerte, ya estará muerto —la cara congestionada de su oficial superior le obliga a desdibujar la sonrisa—. Es el mejor destino para alguien atascado en una situación como esa, mi comandante —intenta excusarse sin demasiado éxito—. Ya sabemos como las gastan esos cabrones.

El comandante levanta el brazo con agresividad, exigiendo su silencio. El agente rápidamente baja la mirada y se escuda detrás de dos compañeros que le miran con fastidio.

—Llama —ordena el comandante, en castellano, a su ayudante en un susurro. Esta, saca un móvil de su bolsillo y marca once dígitos.

Le pasa el teléfono.

—Soy yo. No llegó —la voz de la persona al otro extremo de la línea empieza a gritar—. Tengo a mi gente removiendo hasta la última roca de los alrededores desde hace más una hora y nada. Tenemos sospechas de movimientos peninsulares por la zona —la voz se mantiene en silencio un segundo para después volver con insistencia—. No, no pienso meterlos en el bosque, sería un suicidio. Lo siento. Hemos hecho todo lo posible por él... puedes estar tranquilo, mi hermana no sabe ni sabrá nada. Esto es cosa nuestra.

El comandante cuelga; estruja el teléfono.

—Señor —el sargento mayor del escuadrón se acerca a él— ¿Órdenes?

El comandante observa los árboles; pese a lo dicho es reticente a abandonar.

Tres silbidos vuelven a sobrevolar el bosque; ahora parecen más cercanos. los *Cuervos* se ponen en movimiento. El oficial frunce el ceño en silencio mientras sus hombres quitan los seguros a las armas y se colocan en formación defensiva, protegiendo la única vía de escape hacia el Muro.

El oficial finalmente da la espalda al bosque.

—¡Nos replegamos! no es seguro permanecer en campo abierto —se acerca a su ayudante— avisa a las oficinas centrales sobre los movimientos peninsulares. Que manden de inmediato una patrulla de drones a esta zona — apunta en la pantalla del teléfono unas coordenadas. Se lo devuelve—. Quiero saber qué narices está sucediendo ahí fuera.

El pelotón se pone en movimiento con caras de alivio tras las viseras tintadas. El sargento mayor hace una señal al equipo de *Cuervos* que está de guardia en el Muro; segundos después la decimotercera puerta del Muro Pirenaico se abre con pereza.

El comandante gira la cabeza una última vez hacia los árboles.

Tres silbidos más.

Estos resuenan mucho menos que los anteriores, apaciguados por la distancia; son la respuesta a los primeros.

El oficial cierra los ojos.

Inspira, cansado.

Da media vuelta y traspasa la puerta, cerrando la columna de siluetas negras, con paso firme.

S.VII

Hace frío.

Está congelado.

Esa misma desagradable sensación la sintió no hace demasiado, aunque ahora es más intensa.

Intenta aguantar el castañeteo de los dientes presionando la mandíbula con fuerza.

" No, otra vez no. "

La nuca es la única parte de su cuerpo que no padece el frío; emite un calor poco reconfortante que duele.

Intenta abrir los ojos lentamente pero los párpados pesan como losas.

—Está despertando —anuncia una melodiosa voz femenina, cerca de él.

—Hazlo —ordena otra voz de mujer, esta más agresiva.

Le cae encima una cortina helada que lo empapa por completo.

Abre los ojos de par en par.

Grita con todas sus fuerzas intentando así quitarse de encima la congelada bofetada que acaba de recibir.

El sol le ciega. Entrecierra los ojos instintivamente. La cabeza comienza a darle vueltas; por un instante cree perder el conocimiento.

No tiene esa suerte.

Respira con tanta avidez que traga agua sin querer.

Tose, escupiendo el líquido a un lado.

Vuelve a intentar abrir los párpados; ahora poco a poco.

Hilos de agua emborronan su visión; aún así descubre, horrorizado, que se encuentra completamente desnudo.

Intenta mover los brazos y las piernas pero están atados.

—¿Buscas esto? —La voz dura se ha materializado en una menuda mujer con una mirada tan incómoda como el agua fría que le quema la piel. Sostiene su anorak blanco. Recordar su suave calidez le hace tener aún más frío. Refriega una pierna contra la otra intentando generar algo de calor. No sirve de nada.

—Nunca he visto a un *VIP* tan bien equipado como este —la mujer, más bien la chica ya que no parece sobrepasar la veintena, deja caer el abrigo al suelo con descuido—. Me pregunto si sabe utilizar esto —pasa a manosear el

objeto máspreciado de sus pertenencias: el arco.

Las dos mujeres no están solas; cuatro hombres se mantienen detrás de ellas; un par de ellos sonríen, disfrutando con malicia al verle tiritar de frío.

La rabia crece dentro de él. Lo tienen atado, desnudo y ahora se mofan. Sabe que en menos de media hora estará pidiendo clemencia, llorando como había visto hacer al prisionero pero por ahora el frío aún es ligeramente tolerable y le queda algo de orgullo.

Levanta la cabeza.

—Puedes preguntárselo a tu jefe —intenta hablar con calma pero la boca le tiembla de frío y tartamudea— aunque difícilmente te responderá después de la flecha que le clavé en la nuca.

En el grupo desaparecen las sonrisas. La chica se mantiene inmóvil delante de él, sin hablar.

Lo ha conseguido.

No puede reprimir una carcajada que muere rápido: un acceso de tos le sobreviene. Siente como si el pecho estuviera a un paso de partirse en dos. Gruñe de dolor.

—Así que este —rompe el silencio el más alto de los hombres, colocando su colosal figura a la derecha de la chica. El sol desaparece detrás de sus poderosos hombros, su rostro no parece mucho más amigable— es la razón de los silbidos.

—Una serie de tres notas. Según el código terciano —informa la mujer de la voz melodiosa— significa oficial caído.

—Y no me conformé con eso —la tos le ha dado un respiro—, el hombre al que estaba torturando también está muerto. No conseguiréis sacarle nada —tose de nuevo.

El viento silba al circular entre las tupidas ramas de los abetos.

—¿Mataste al prisionero?

Asiente.

Uno de los hombres situados en la retaguardia avanza hacia él lleno de rabia y empieza a pisotearle sin miramientos. La mujer de voz melodiosa intenta pararle sin éxito. El resto se mantienen inmóviles, mirando hacia el cielo en silencio.

—Atrás —ordena finalmente la chica sin levantar la voz—, Voreno.

Le lanza un último puntapié cargado de odio antes de escupirle en la cara y echarse a un lado.

La pequeña figura de mirada desagradable se agacha a su lado.

—Has dicho que lo estaban torturando.

Su cabeza consigue, a duras penas, aislarse por unos momentos del dolor y el frío. Advierte que esa mujer viste igual que el torturado: gabán gris sucio con una banda escarlata atada en el brazo derecho.

Estudia al resto del grupo.

Mismas ropas.

Idéntica banda.

“Aún puedo salir de esta si juego bien mis cartas.”

La chica chasquea los dedos delante de su cara.

—Te he hecho una pregunta.

—Escuché gritos en el bosque y me acerqué —lucha nuevamente contra el tartamudeo y pierde—. Un grupo de hombres estaban torturando a alguien; era pequeño y calvo —sacude la cabeza intentando deshacerse de algo del agua que empapa su cabeza—. Estaba a punto de irme cuando consiguieron quebrarlo —se sorbe los mocos de la nariz antes de continuar—. Así que decidí clavarle una flecha en el corazón antes de que hablara —tose. Escupe una mezcla de agua, saliva y flema— la otra se la llevó la nuca del desgraciado que le estaba cortando en trozos.

La chica se levanta sin dejar de observarle fijamente. Esos ojos negros no desprenden compasión alguna.

Traga con dificultad.

—Después, escapé como pude —necesita contar toda la historia, hacerla sonar creíble, para tener alguna posibilidad de poder escapar con vida—; recuerdo correr por estos bosques durante un tiempo. Ese es mi último recuerdo.

La chica le da la espalda. Los suyos la envuelven.

—Lo que dice tiene sentido. Si no miente Memio está muerto.

—Oh, Dios —articula la mujer de voz melodiosa.

—Si Tercio lo atrapó es lo mejor para todos —se lleva las manos a la cintura, uno del grupo se queja abiertamente—. Sé que es duro decirlo en voz alta, pero no es tiempo para mostrar debilidad.

—¿Qué cojones hacen aquí? —pregunta Voreno— ¿saben algo?

—Imposible —niega la joven de manera tajante—, exceptuando al Triunvirato y a nosotros nadie está al tanto.

—Entonces —el gigante de voz tranquila se pasa una mano por el mentón peludo— han disparado a ciegas y casi dan de pleno.

La chica, que parece estar al mando, asiente.

—Tenemos que acabar con ellos —hace chocar su puño con la palma de la otra mano abierta—. No pueden volver a Burgos con vida. Ni uno. Si llegan a oídos de sus jefes lo que está sucediendo aquí se convertirá en la excusa perfecta para el inicio de una guerra que no podemos permitirnos en este momento.

—Tendréis bastante trabajo —no quiere que se olviden de él—. No son pocos y están dispersos por la zona.

El grupo se da la vuelta y le miran en silencio.

Tiene calado el frío hasta los huesos.

Tiembla sin control.

—¿Nos llevarías hasta su última posición?— pregunta con calma la líder.

Asiente entre espasmos.

—¿Estamos locos? —Voreno abre los brazos, exasperado— suponemos que es un *VIP*, pero puede ser perfectamente un espía de Tercio —le señala— ¡Puede llevarnos a un trampa mortal!

Uno de los pocos que no había abierto la boca hasta ahora pone las dos manos sobre los hombros de su camarada.

—Tranquilízate. El equipo de este apesta a balear a kilómetros —apunta al arco negro—. Es imposible que Tercio tenga acceso a eso.

—No seas tan simple. Pueden...

—Lo sé. Atrapar a un *VIP*, matarlo, quedarse el equipo y montar este circo para conducirnos a una encerrona después de conseguir arrancarle a Memio la razón de nuestra presencia en el Muro. Pero observa con atención —señala el cuerpo desnudo tirado sobre la nieve— es alto, fuerte y parece que no se ha saltado una comida en toda su vida —se acerca y le estruja los carrillos con firmeza—. Tiene una dentadura casi perfecta —le mueve la cabeza de un lado al otro, inspeccionando la boca con atención—. No le falta ni una pieza. Además, está sana y ¡hasta blanca! —suelta la cabeza sin la menor delicadeza— Me jugaría todos los dedos de una mano a que este no tiene nada que ver con Tercio.

—Yo me ocupo de él —anuncia el gigante—. Que nos guie. Si hace cualquier cosa extraña —señala su puñal, colgado del cinturón— lo mato.

Por primera vez la chica sonrío.

—Si Bruto le vigila, problema resuelto.

Voreno asiente a regañadientes. Tras un gesto de la chica, el gigante se acerca y corta las cuerdas que atan al prisionero.

—Que se seque antes de morir por congelación. Devolvedle también su ropa.

—El cabrón irá más caliente que nosotros —murmura entre dientes Voreno mientras obedece las órdenes a regañadientes.

—¿Ya te habías agenciado su anorak? Míralo por el lado bueno: si resulta ser un agente de Tercio como tu piensas, el abrigo terminará, tarde o temprano, encima tuyo —señala al gigante—. No olvides recordarle a Bruto que lo apuñale en el cuello para que no le haga un agujero.

—No me jodas, Pullo.

—Date prisa, rubito —Bruto le lanza la ropa al suelo.

—¿Rubito? —deja de restregar el mugroso trapo con el que seca su cabeza rasurada.

—Si eres un recién despeñado no tienes nombre. Bueno, pues te acabo de bautizar —Pullo ríe entre dientes. Bruto prosigue, serio—. El agua te la tiramos encima hace un rato.

—Tiene pinta de venir del sur con esa piel tan blanca —dice Pullo— ¿Qué os parece llamarlo Blondie?

—Suená bien —Voreno le mira con maldad.

Blondie hace una mueca de disgusto pero a nadie parece importar.

—Sea —sentencia Bruto— te llamas Blondie.

El resto del grupo está alejado de ellos cuatro, casi invisibles entre los pinos.

—Vístete rápido —insiste de nuevo el gigante.

Aún bajo el agradable abrigo de su añorada ropa, Blondie continúa tiritando de frío. Cierra las manos sobre la boca en un desesperado intento por calentarlas.

—En cuanto caminemos entrarás en calor, no te preocupes.

Empieza a calzarse las botas.

—¿Cómo se llama? —señala con la barbilla a la chica, quien vuelve para dar más instrucciones. Lleva un gorro gris, a juego con su abrigo, calado en la cabeza. Un mechón rebelde asoma por debajo. Blondie juraría que es pelirrojo.

—Elpis.

—¿Es la jefa aquí?

Bruto frunce el ceño.

—La única que manda. Ella es quien decidirá si mereces vivir un día más.

Blondie asiente en silencio mientras termina la última lazada de los cordones de su bota derecha.

—Hemos perdido demasiado tiempo —se lamenta el gigante. Observa el cielo con preocupación—. En unas horas el sol se pondrá y tenemos demasiados asuntos pendientes.

Blondie se levanta con dificultad. Se siente torpe por el frío y las magulladuras que han dejado en su cuerpo los pisotones de Voreno.

“Tengo que aguantar como sea. No pienso darles la más mínima excusa para que me maten.”

—Estoy preparado.

S.VIII

—¿Qué diablos está sucediendo ahí fuera? —la voz del general deja traslucir su sorpresa. No parece nada contento.

Los oficiales sentados alrededor de la mesa de reuniones se mantienen en silencio. Algunos se remueven en sus asientos, incómodos de encontrarse aquí.

En el centro de la ovalada mesa de cristal, un pequeño círculo metálico mantiene la atención de todos. Ese minúsculo proyector emite, en bucle, una corta secuencia de vídeo holográfico. La grabación no deja lugar a dudas: un grupo de peninsulares masacra a otro con una precisión estremecedora. Aparecen de entre los árboles como sombras y antes de que sus enemigos puedan ofrecer alguna resistencia estos ya se encuentran desparramados sobre el suelo.

Degollados.

Una mano se alza en una esquina de la mesa.

—Según las imágenes captadas por los drones de reconocimiento que ordené desplegar en la zona, general, se han enfrentado una avanzadilla de Tercio contra un comando de Fidelis.

—Esto no es un enfrentamiento, comandante Donnell —señala el holograma con vehemencia— hablamos de algo que encajaría mejor con la definición de carnicería.

El oficial aclara la voz antes de continuar.

—Los informes de inteligencia baleáricos ya nos advertían sobre el grado de —se detiene un segundo intentando encontrar la palabra adecuada— efectividad que alcanzan los comandos de Fidelis sobre el terreno.

Otro oficial levanta la mano. El general le cede la palabra sin permitir que las arrugas de su frente desaparezcan.

—Quizás la pregunta que debemos hacernos es otra: ¿Qué hacen grupos armados de Fidelis y Tercio husmeando en la proximidades del Muro? Sus respectivas áreas de influencia están lejos de aquí.

—Centrándonos primero en Fidelis —Donnell vuelve a tomar la palabra —, desde hace aproximadamente un año viene ampliando su territorio de manera paulatina; principalmente hacía el interior. Los últimos rumores

afirman que el poblado amurallado de Espot aceptó una guarnición de Fidelis hace unas semanas.

Un murmullo de sorpresa recorre la sala antes de quedarse en silencio de nuevo.

—Espot se halla muy cerca de nosotros. Demasiado —El general hace tamborilear los dedos de su diestra en la mesa con nerviosismo— ¿Por qué no se me informó?

—Insisto señor, son simples habladurías. Los canales fiables no han confirmado aún nada al respecto.

Un capitán de mediana edad levanta la mano.

—Hable, Douglas.

—¿Podría formar este comando parte de la hipotética guarnición enviada por Fidelis a Espot? Eso explicaría su presencia aquí.

El comandante Donnell niega con la cabeza.

—Los comandos tienen su base fijada en Barcelona. Solo salen de allí para llevar misiones puntuales ordenadas por el Triunvirato. Una vez cumplidas vuelven.

—¿El Triunvirato? —el capitán frunce el ceño.

Donnell suspira, cansado de su ignorancia.

"Que lleven en el Muro menos de un mes no es excusa."

—Es el consejo que dirige Fidelis. Lo forman Crastino, Cornelia y Escauro.

Vuelve el silencio.

—Dado que usted parece el único medianamente informado de lo que sucede a sur del Muro, comandante Donnell ¿Tiene alguna teoría de por qué Tercio también se haya por aquí? Ellos si que se encuentran mucho más lejos de casa.

El comandante coge su vaso de agua y bebe con tranquilidad, ajeno a la atmósfera cada vez más cargada de la sala.

—Aquí entran en juego más variables, señor. Tercio sigue sin poder hincarle el diente al valle del Ebro. En esa zona hay algunos caciques relativamente poderosos y muy orgullosos de su independencia que aborrecen a Tercio —pasa su índice por el borde del vaso—. Es más, si esos jefes se vieran obligados a unir fuerzas con alguien, mi apuesta iría sin dudar un segundo dirección Barcelona.

—¿Puede que Tercio busque entonces una alianza con Fidelis para repartirse Aragón y las negociaciones se han enquistado? —se aventura de

nuevo Douglas.

—Imposible —sentencia con contundencia Donnell. Señala el holograma—. Esta escaramuza retrata perfectamente los sentimientos mutuos que se tienen. Fidelis y Tercio son la noche y el día ideológicamente hablando. Solo sería posible una alianza si con ella se sellara la destrucción de Balearia. Una vez conseguida se lanzarían el uno al cuello del otro —frota el pulgar contra el índice de su mano derecha una y otra vez—. Si esa hipotética unión se llegara a fraguar tendríamos serios problemas.

—Entonces ¿Cuál es su cometido aquí? —insiste el general, cada vez más confuso.

—Tercio no para quieto un segundo; siempre tiene columnas militares recorriendo su territorio manteniendo los ánimos calmados —no puede reprimir una triste sonrisa—. No es muy agradable vivir en los dominios de Tercio siendo civil. Mi teoría sería que después de mandar a una de sus columnas con la misión prioritaria de amedrentar a algún cacique aragonés, la cúpula de Tercio adjuntó la orden de acercarse al Muro para husmear, algo muy propio de Tercio. El choque con Fidelis me parece puramente casual —golpea la mesa con el puño— pero cuando las noticias lleguen a Burgos puedo asegurarle, general, que no permanecerán quietos.

El general cruza las piernas bajo la mesa.

—¿Puede ser más específico?

—Con su permiso, señor —Donnell enlaza su teléfono al proyector. Despliega un mapa holográfico del Muro en lugar de la grabación. Señala con el dedo a un punto exacto— Todo el sector tres, al que pertenece nuestra sección, puede verse comprometido en un supuesto conflicto a mayor escala entre las dos facciones.

El general se rasca el mentón sin dejar de observar fijamente el mapa. El resto de oficiales se mantienen expectantes.

—Se cancelan los permisos hasta nuevo aviso. Aquellos agentes que actualmente se encuentren de permiso lejos del Muro se les llamará de vuelta inmediatamente —levanta los ojos del mapa y los clava en Donnell—. Comandante, quiero dos escuadrones de choque en estado de alerta preparados para salir al exterior si es necesaria su actuación. Estarán bajo su mando directo —señala la puerta—. Oficiales, ya tienen sus órdenes —estos se levantan al unísono sin abrir la boca y desaparecen—. Donnell, si es tan amable aguarde un momento— el general presiona el intercomunicador de la mesa— Sophie, puedes pasar.

Donnell se acerca a su superior con los brazos cruzados tras la espalda, mientras la secretaria entra en la sala con celeridad y toma asiento en la otra punta de la mesa.

—Llama al ayudante de la Mariscal y concierta una entrevista —el general alarga el cuello en dirección a su secretaria— Si intenta darte largas dile que hay demasiado movimiento al otro lado del Muro. Con eso bastará.

—Así se hará, general —la secretaria deja de apuntar en la tableta, se levanta y desaparece con la misma velocidad y eficiencia con la que apareció.

La puerta se cierra herméticamente tras ella haciendo un particular sonido.

El general se levanta.

Se acerca a la gran cristalera que deja entrar la mortecina luz del final de una tarde de invierno.

Observa el paisaje mientras sigue reflexionando.

La carretera que une el Muro con el pueblo francés más cercano se encuentra más vacía de lo normal. Al fondo se dibujan sobre el horizonte densos bosques de abetos cargados de nieve. El cielo se encuentra cubierto por nubes grises, claros augurios de una más que próxima tormenta.

—Sé que es pedirle demasiado, comandante, pero dormiría más tranquilo si usted acepta ser el oficial de guardia; dispuesto a liderar, en cualquier momento, a los nuestros en la Península si una intervención fuera necesaria.

—A sus órdenes, mi general.

—Será algo transitorio, hasta poder evaluar las consecuencias del choque entre Fidelis y Tercio. Quizás estoy haciendo una montaña de un simple grano de arena; las experiencias pasadas nos indican que todo puede quedar en una falsa alarma.

—O ser el catalizador perfecto para desatar una tormenta de problemas, señor.

El general gira el cuerpo y observa fijamente a su oficial subalterno de mayor confianza.

—Explíquese.

—Esta falsa paz entre nosotros y los peninsulares tiene fecha de caducidad, señor. La batalla de Gandía tuvo lugar hace ya demasiados años; los peninsulares se están recuperando y su odio crece al mismo ritmo que las fuerzas. Nosotros somos el escudo de la Unión Europea y estoy convencido de la llegada del día en el que los peninsulares nos pondrán a prueba —el

comandante cierra los ojos un instante antes de continuar—. En ese momento solo tendremos una salida posible si queremos sobrevivir: resistir a toda costa e infringirles una derrota tal que los deje sin posibilidades reales de intentar destruir el Muro en al menos una generación.

El general vuelve a centrarse en los abetos.

—Cambiando de tema, la causa de su salida a la Península ¿está ya a salvo entre nosotros?

El comandante baja la mirada hasta el suelo.

—Estoy convencido que el encontronazo entre Tercio y Fidelis se lo llevó por delante.

—Lo siento; sé la relación que les une. No quiero animarle a que alimente falsas expectativas pero ¿no cree que quizás es demasiado pronto para darle por muerto, comandante? no tengo que recordarle de quién estamos hablando.

Donnell frunce el ceño.

—Sé que tiene recursos de sobras para mantenerse con vida pero lo que usted omite con generosidad es que él es una persona con bastante mala suerte. No hace falta que me mire así, señor; soy perfectamente consciente de como suena. Le puede parecer una chorrada supersticiosa pero para sobrevivir al sur del Muro no se puede tener a la fortuna de espaldas por muy capacitado que se sea. No —sentencia con voz grave—; a estas alturas estará muerto o deseando estarlo.

S.IX

—Es allí —susurra mientras señala con el dedo.

La capitana agarra los prismáticos.

Se encuentran separados por casi medio kilómetro de distancia del claro donde torturaron a Memio.

—¿Es ese cuerpo tirado entre las rocas?

Blondie asiente.

Está en el mismo lugar aunque lo han lanzado de cualquier manera al suelo. Hay otro cadáver cerca de él aunque este se encuentra cuidadosamente cubierto por una manta.

Blondie aprieta los puños con fuerza.

“Disfruta del infierno, cabrón.”

Sus hombres no se han movido de allí.

Siguen en alerta, escondidos detrás de una pobre barrera de troncos y ramas, a la espera de refuerzos.

—Voreno y Agripa llegarán en breve del rastreo. Nos dirán si hay algún grupo más por los alrededores. Si estos son tan chapuceros como sus camaradas terminaremos rápido nuestros asuntos aquí.

Blondie se sigue preguntando cómo el pequeño comando de Elpis fue capaz de eliminar, con tan insultante facilidad, a una partida de exploradores enemigos que les doblaba en número.

Echa cuentas rápidamente.

Este grupo de tercianos casi les triplica y están preparados. Aún después de la demostración anterior cree que el comando no podrá salir airoso con la misma facilidad.

—Es más que factible —asegura Elpis. Parece leer las dudas de Blondie en la expresión de su rostro—. Esa chapuza de barricada que han montado no es problema. Con dos rápidas salvas de flechas igualamos número. Antes de que los que supervivientes se den cuenta de lo que se les viene encima, ya estarán camino del otro barrio.

Elpis termina esbozando una sonrisa de suficiencia. Algo llama la atención de Blondie: justo encima de la ceja izquierda tiene un pequeño tatuaje; el gorro lo ha escondido hasta ahora. La tinta negra se mezcla con la roja para formar cinco letras.

Elpis imagina donde está mirando.

—Odio —la capitana se pone en pie. Marcia, la mujer de voz dulce, se acerca a ella.

Sí, una voz melodiosa y suave pero su portadora es igual de mortífera que cualquiera del reducido grupo. A diferencia del resto, Marcia lleva una mochila pegada a su espalda mucho más pequeña. Blondie se ha percatado de lo pendiente que está de ella; parece importante. Cada cierto tiempo Marcia lleva, mecánicamente, su mano derecha al interior de la bolsa comprobando que aquello que está allí guardado continúa en su lugar.

“Maldita sea.”

Los ojos de Blondie vuelven a recaer, por enésima vez, sobre su antiguo arco que ahora pende del hombro de Elpis.

—No le des más vueltas, lo has perdido —la cavernosa voz de Bruto se dirige a él. Está sentado en el suelo con la espalda reclinada sobre el tronco de un árbol, combado por el peso del gigante. Este mantiene la barbilla apoyada sobre el pecho—. Tampoco es que lo fueras a necesitar.

—Estamos rodeados de enemigos y un arquero experimentado extra os puede venir bien.

Bruto sonríe, sorprendiendo a Blondie por completo. Se habría jugado el arco que ya no tiene a que el gigante sería incapaz de hacerlo.

—No te falta razón; mis dudas vienen cuando desconozco si ese experimentado arquero del que hablas tiene claro hacia donde apuntar.

Blondie bufa mientras coloca los brazos en jarras.

—Maté a su jefe —le recuerda—. No me recibirían con los brazos abiertos precisamente.

—Ellos no lo saben. Además, situaciones apuradas como esta permiten crear alianzas de lo más extrañas.

Blondie abre la boca para responder pero se lo piensa mejor y calla. Es consciente que no conseguirá convencerlo por mucho que insista.

La desgarrada silueta de Voreno asoma justo detrás de un pino, resoplando por el esfuerzo, con la frente perlada de gotas de sudor aún con la temperatura bajando en picado. Pullo y Marcia se acercan a él. Agripa, el miembro más joven del comando, aparece instantes después siguiendo la estela de Voreno. Expulsa vaho por la boca como una locomotora de vapor trabajando a pleno rendimiento.

La capitana, después de que su comando aniquilará al grupo de tercianos, envió a los dos miembros más veloces del equipo a explorar por los

alrededores en busca de más enemigos.

—Esto pinta mal, Elpis, muy mal —Voreno recupera algo de aire mientras se pone en cuclillas, acusando el esfuerzo de la carrera—. Tenemos compañía por la retaguardia y no andan lo suficientemente lejos como para ignorarlos.

—Avanzan por el sendero del oeste—continúa Agripa—. No se esconden.

—Diría que nuestra ventaja es de unos veinte minutos, siendo generoso.

—Tiempo de sobras para acabar antes con esos cagones escondidos detrás de unos troncos— replica Elpis.

Bruto gruñe, apoyando así el punto de vista de su capitana.

—Calculo que serán sobre unos sesenta hombres tirando por lo bajo — prosigue Voreno con preocupación—, suponiendo que no tengan partidas dentro del bosque intentando evitar emboscadas. Avanzan más despacio pero preparados.

—Estos locos de Tercio se han plantado delante del puto muro con una columna completa —escupe Pullo, exasperado—. Estamos jodidos de verdad.

Todos miran a su capitana en silencio.

Esta se mantiene inmóvil. Cierra los ojos.

Algo minúsculo y frío se posa con suavidad sobre la coronilla de Blondie. Levanta la cabeza hacia el cielo. Es nieve. En pocos minutos comienza a caer sobre ellos una copiosa cascada fría y ligeramente dorada gracias a la débil luz del atardecer invernal.

—Lo que nos faltaba —murmura Voreno arrebujándose con su abrigo.

—Mira que eres idiota —le reprocha Pullo, nervioso— Si nieva con ganas hay menor visibilidad y eso, estando en inferioridad, nos beneficia claramente.

—También nos moveremos con más lentitud, eminencia —replica, terco.

—Callaos —Bruto levanta el brazo.

Elpis ha abierto los ojos.

—Tengo un plan.

Los miembros del comando mudan su expresión.

Sonríen.

Todos excepto Blondie.

—Nuestra ruta de escape sigue despejada de enemigos. Deberíamos poder llegar allí sin excesivos problemas —se calienta las manos con el

aliento—. La cúpula de Tercio solo puede enterarse de lo que aquí ha pasado si ellos se lo cuentan —señala a la barricada—. Si conseguimos matarlos a todos, dejar el cuerpo de Memio desnudo y escapar de aquí lo más rápido que nos permitan las piernas— Elpis es consciente del dolor en los ojos del grupo. Su voz se torna más grave—, salvaremos el culo y Tercio tendrá difícil relacionar esta refriega con Fidelis —Elpis continúa, inflexible—. Nuestra misión es vital y Memio lo sabía; él estaría conforme con este plan —la capitana se lleva el puño derecho al pecho—. Sabéis el valor que le doy a mi palabra y os prometo que antes de irnos regaremos con sangre terciaria el suelo en honor a nuestro hermano caído.

—Sea —Bruto hace el mismo gesto que su capitana.

El resto del comando imita al gigante.

Elpis sonrío con fiereza, enseñando sus afilados colmillos.

—Guardad vuestra banda escarlata y preparad las armas. El tiempo avanza en nuestra contra.

Elpis se acerca a Bruto mientras el comando obedece las órdenes.

—Consigue un arco para nuestro rubito preferido pero nada de flechas por el momento. Solo si ves que la situación se está poniendo fea de verdad.

Bruto estampa en el tórax de Blondie su propio arco.

—¿No pedías un arma? pues aquí la tiene, rubio.

—¿Y tú?

—No te preocupes —descuelga de su espalda la enorme mochila de campaña y extrae de ella otro arco desmontado. Comienza a colocar la cuerda con destreza.

Blondie estudia el arma que tiene entre las manos. Comparado con el arco ahora propiedad de Elpis es tremendamente burdo. Tensa la cuerda un par de veces mientras estudia el movimiento de los extremos de la madera con detenimiento.

"Creo que podré hacer algo con este maldito palo torcido."

—Agripa, Marcia y Pullo; conmigo —Elpis divide al comando—. Voreno y Blondie; con Bruto —Se agacha. Con el dedo índice comienza a dibujar sobre la nieve— mi grupo se colocará de frente a ellos mientras el de Bruto lo hará a la izquierda, justo a contra viento —clava sus ojos en el gigante—, así podrás acercarte más que nosotros. No ataques hasta que nosotros disparemos dos salvas y tengamos su completa atención. Cuando el grupo de Bruto termine, avanzaremos hierro por delante. Bruto arremeterá por su espalda una vez los enemigos se abalancen sobre mi grupo —mira con

detenimiento a cada uno de su equipo— ¿Alguna duda?

Nadie habla.

Elpis se incorpora.

El resto la imita.

Todos se cuadran mientras vuelven a repetir el gesto del puño sobre el pecho.

—Venceremos.

—Venceremos.

El grupo de Elpis se pone en marcha con esos movimientos de depredador que fascinaron a Blondie en el ataque anterior.

Alguien le golpea en la cabeza con fuerza. Blondie se queja.

—Tenemos órdenes —Bruto señala hacia delante.

La cortina de nieve se hace más espesa.

Llegan en completo silencio al saliente donde esperarán el ataque de los otros. Blondie clava, con cuidado, su rodilla izquierda en la nieve recién caída.

Bruto juguetea con la cuerda de su arco como si estuviera tocando un arpa. Voreno no deja de agitar los dedos para mantenerlos calientes.

El viento aumenta considerablemente. Golpea, abrasador e inmisericorde, sus rostros desnudos. Blondie se ve obligado a entrecerrar los párpados. No siente su nariz por mucho que la mueva.

Un lamento humano viaja junto al silbido del viento. Más voces se unen: unas dando órdenes, otras maldiciendo por su mala suerte al ser heridos.

La voz de Elpis ruge con fuerza.

—Es nuestro turno —exclama Bruto intentando hacerse oír sobre los aullidos del viento. Él y Voreno levantan los arcos y los hacen cantar al unísono.

S.X

Los calambres en los gemelos no son de ninguna ayuda.

Los calzoncillos rezumando sudor, tampoco.

No comprende como continúa siendo capaz de mantener este ritmo infernal.

Parece que la pendiente es ahora menos pronunciada.

Suspira aliviado.

—Cuidado —susurra Pullo a su lado señalando a los árboles que bordean el camino por donde avanzan—. Oigo movimiento a nuestra derecha.

Elpis, salta como un resorte, dejando la vanguardia para colocarse junto a ellos dos. Se quita el gorro gris, dejando sus pequeñas pero respingonas orejas libres junto a una corta melena rojiza, apelmazada por la suciedad y el sudor, que confirma las sospechas de Blondie.

—Tienes razón —sube el tono de voz—. Tenemos compañía; nos están intentando sobrepasar para cerrarnos la vía de escape.

—Hijos de puta —maldice Agripa con voz cansada.

—¡Más rápido! —exige la capitana a los suyos, inmisericorde, volviendo a calarse el gorro de lana mientras regresa a la cabeza del grupo—. Tenemos que coronar esta maldita montaña antes que ellos —da un par de palmadas con energía intentando subir la moral de su gente—. El puente se encuentra tras la otra ladera. Una vez lo crucemos, estaremos fuera de su alcance.

Blondie tuerce el gesto pero no dice absolutamente nada; no es momento para gastar la más mínima energía en algo que no sea dar un paso más.

Llevan corriendo toda la noche.

Consiguieron escapar, por los pelos, después de abatir al último de los hombres que habían presenciado la tortura de Memio. Desde entonces han recorrido ininterrumpidamente decenas de kilómetros que en la piernas de Blondie pesan como cientos; huyeron, bajo la titánica sombra del Muro, hacia el este. La luna llena estaba en el cenit cuando iniciaron la ascensión de esta escarpada montaña que les exige hasta la última gota de energía que aún queda en sus músculos.

Han pasado horas y siguen sin ver el final de la pendiente.

Escucha los enésimos gritos de guerra que lanza el grupo perseguidor más numeroso de tercianos que se mantiene pisando los talones del comando. Están ansiosos por echarles el guante y no es para menos: un grupo insignificante ha eliminado a más de una veintena de los suyos sin recibir aparentemente el más mínimo rasguño.

—Qué chillen, qué insulten cuanto quieran —la sonrisa de Pullo ilumina por un instante su exhausto rostro—. Luego vendrán las lágrimas de rabia.

—Vamos a desaparecer delante de sus narices.

—Calla y aprieta el paso, Voreno. Dejad la sinhueso tranquila y reservad las fuerzas para vuestras piernas.

—Bruto no seas aguafiestas. Imaginemos que esto es un agradable paseo nocturno bajo la luna. Un poco de charla nunca viene mal para levantar el ánimo.

El gigante niega con la cabeza pero no dice nada, dándose por vencido.

—Rubito ¿Cómo lo llevas?

Blondie lanza un gruñido.

—Ni nuestro querido Bruto lo hubiera podido expresar mejor.

Voreno ríe.

—Pullo ¿Cuánto falta para el verano?

—Aún medio año, mi buen Agripa ¿Ya elegiste destino para las vacaciones? las mías ya tienen localización : la costa Amalfitana. Un compañero del trabajo me la recomendó hace un tiempo: sol, playa, cerveza y buena compañía ¿Qué más puede pedir un hombre sencillo y humilde como yo? Estas vacaciones van a ser legendarias. Animaos, acepto compañeros de viaje.

Ni siquiera Bruto puede evitar sonreír. Blondie los observa con el ceño fruncido, sin comprender absolutamente nada.

—¿Amalfi, eh?

—Incluso en esta época del año hace buen tiempo; o eso me han dicho.

—Cada día estás peor.

—Reconócelo, Bruto. Sin mis historias te morirías de aburrimiento.

—Todos lo haríamos —afirma Elpis desde la cabeza del grupo—, pero lo que ahora necesitamos con urgencia es llegar lo antes posible a ese puente —da, de nuevo, un par de palmadas—. Más rápido, muchachos. Ya habrá tiempo de sobra para escuchar las chorradas de Pullo en el viaje de vuelta a casa.

Aprietan el paso.

La pendiente aumenta y vuelve a exprimirles sin compasión.

Blondie se muerde la lengua hasta notar el sabor metálico de la sangre en su boca.

Agacha la cabeza.

Fija la mirada en sus pies. Intenta mover los dedos. No los siente. Los tendones de su pierna derecha arden bajo la piel exigiendo un descanso que le es imposible de conceder si quiere seguir con vida. Parece que en cualquier momento pueden desgarrarse.

No baja el ritmo.

Mantiene la mente completamente en blanco y sigue caminando.

* * *

Alguien le toca el hombro.

—Mira al frente, muchacho. Ya se ve la cima.

Con desgana hace caso a Bruto. Unas luces parpadeantes blancas creadas por sus cansados ojos no le permiten enfocar bien. Después de medio minuto empeñado en ello, observa unos matorrales cargados de nieve siendo tapados por unas sombras que se acaban de adueñar de la cima de la montaña.

No tiene tiempo de gritar. Un siseo amenazante mana de la cima.

Aquello no es una corriente de aire.

—¡A los árboles! —aúlla Elpis mientras agarra a Marcia y la empuja fuera del camino.

Todos reaccionan al instante menos Druso.

Una cortina de fechas cae sobre donde hace unos segundos el grupo se encontraba.

—¡Rápido! —ordena a gritos, Elpis— tenemos que acabar con esos cabrones antes de que nos atrapen los hijos de puta de atrás ¡Manteneos a cubierto entre los árboles! ¡Avanzad! ¡Avanzad!

Alguien entre los arqueros de la cima utiliza un silbato.

Dos notas.

Silencio.

Dos notas.

En la retaguardia los perseguidores comienzan, con más fuerza que antes, a gritar. El grupo que les persigue a la derecha se une; sus voces suenan amenazadoramente cercanas.

—¿Cuándo y cómo cojones han llegado esos allí arriba? —pregunta a

gritos Agripa oculto entre los árboles.

Los poderosos brazos de Bruto dejan de sujetar a Blondie. El barbudo fue quien arrastró al despeñado hacia los árboles cuando sus piernas se habían dado por vencidas.

—Dame flechas —Blondie extiende la mano y la mueve.

El gigante se lo piensa un instante; termina cediéndole un puñado de saetas.

Voreno, a escasos metros por delante de ellos dos, se ayuda de las raíces de un árbol centenario para avanzar sobre el accidentado terreno.

El sol naciente aparece sobre la copa de los árboles.

El grupo de Elpis se agacha detrás de una gran roca. Observan a la masa enemiga que les espera con los arcos levantados. Elpis extrae su falcata de la vaina con cuidado de no hacer ruido. Señala hacia delante con insistencia. Pullo se encarama con sigilo sobre la roca con el arco cargado mientras señala con dos dedos hacia los enemigos. La capitana asiente y arranca a correr hacia la cima dibujando un zigzag. Marcia hace lo mismo un poco más retrasada.

Los arcos de los enemigos vuelven a cantar.

Fallan. Por muy poco.

Marcia y Elpis gritan mientras cargan contra ellos.

Pullo aún sobre la roca elige al enemigo más peligroso, un corpulento barbudo que responde a los alaridos de las dos mujeres con carcajadas. El terciario tiene unos brazos cortos pero terriblemente musculosos. Pullo apunta; dispara.

Aún con la flecha volando hacia el objetivo Pullo se deja caer sobre la roca en el momento justo para evitar la saeta terciaria que pretendía clavarse en su cabeza. El terciario herido por Pullo se lleva las manos al cuello para tapar el brioso caño de sangre que comienza a escapar de su cuerpo. Pullo dispara ahora agachado a otro enemigo y sin comprobar si ha acertado, deja caer el arco sobre el hombro. Desenvaina la hoja de su arma y se une a sus compañeras.

En el otro lado del sendero nadie del comando aparece.

Bruto empuja a Blondie con violencia.

—¡Más rápido!

Las piernas del despeñado vuelven a desfallecer.

El gigante lo deja atrás, exasperado.

Oye a Agripa gruñir por el esfuerzo; Voreno dice algo en voz alta que

no llega a entender.

Blondie se golpea las piernas con frustración.

Cierra los ojos.

Respira con fuerza, tragando a duras penas el miedo y el cansancio.

Recoge el arco del suelo y consigue, utilizando toda su fuerza de voluntad, poner las piernas en movimiento.

Minutos después llega a la cima sin aire en los pulmones y con la cabeza dando vueltas.

El combate es un caos.

Sus ojos descubren a Elpis, sangrando copiosamente.

Tiene un feo tajo en el costado derecho.

Se bate contra dos hombres mucho más corpulentos que ella.

Llevan las de ganar.

Nadie del comando puede ayudarla; están lidiando con sus propios problemas.

La capitana consigue parar milagrosamente una estocada tremendamente violenta. Cae al suelo por la inercia del golpe. Aún así consigue levantar la falcata y desgarrar el vientre de uno de ellos. Por desgracia, su arma se queda enganchada en la tripas del moribundo. El otro oponente está a punto de clavarle su cuchillo en la cabeza.

Blondie levanta el arco y dispara.

—Mierda —vuelve a cargar el arco lo más rápido que le dejan sus manos entorpecidas por el cansancio.

El pulso le tiembla. Los puntos blancos vuelven a emborronar su visión.

La primera flecha ha rozado la cabeza del enemigo, llevándose como trofeo la oreja izquierda del terciano. Este agarra con las dos manos la herida y grita lastimosamente, olvidando por unos instantes a su presa indefensa en el suelo.

Esta aprovecha el inesperado golpe de suerte: agarra una daga que lleva en la caña de la bota derecha y se la lanza al corazón de su enemigo.

Cae fulminado.

La capitana consigue, no sin problemas, extraer la hoja de su espada del vientre del otro terciano. La agita para despegar las vísceras mientras corre dispuesta a socorrer a Marcia, arrinconada por un enemigo que parece pesar el doble que ella.

Blondie levanta de nuevo el arco y ahora sí, consigue clavar la flecha en la testa de un terciano que lucha contra Pullo. Este, mira en la dirección de

donde provenía el dardo salvador y extiende el brazo en señal de agradecimiento. Un segundo después ya busca, con ansia, un nuevo contrincante.

Elpis degolla por la espalda al terciario que tenía a Marcia completamente acorralada. Sabiéndose salvada, Marcia apuñala, una y otra vez, el pecho del muerto mientras grita con todas sus fuerzas, alejando así a la muerte a la que ya se veía atada.

El visceral y corto combate finaliza cuando Bruto descarga un potente tajo con la hoja de su falcata sobre el cuello del último enemigo en pie. El golpe es tan contundente que cercena la cabeza del terciario; esta cae al suelo y rueda pendiente abajo.

—Saluda a tus amigos de nuestra parte —espeta Pullo mientras respira a borbotones.

Una docena de cuerpos yacen, algunos aún con un hilo de vida, en el suelo.

Los terciarios bañan de sangre la nieve justo como Elpis había prometido a su comando la tarde anterior.

Marcia inspecciona con preocupación la herida de Elpis.

Voreno también está tocado: tiene un feo corte en la mejilla derecha. Pullo ata un jirón de la camisa de un muerto a la cara de su amigo.

Bruto se lleva la mano a un costado y la retira teñida de rojo. Maldice entre dientes.

Agripa remata a los terciarios que se aferran a la vida para después escupirles.

—Ya puedes descansar; Memio —susurra.

Escuchan gritos y pasos a su espalda.

—¡Más compañía detrás nuestro! —Elpis aparta bruscamente a Marcia y señala en la dirección opuesta a los alaridos de guerra— ¡Sigamos!

Todo el comando arranca a correr pendiente abajo con las pocas fuerzas que les quedan.

Un puente se vislumbra en la falda de la montaña.

Minutos después de empezar el descenso comienza la lluvia de flechas.

descienden haciendo eses, intentando así ponérselo difícil a los tiradores terciarios. Blondie, se aleja del camino demasiado y se hunde dentro del traicionero manto de nieve.

Bruto lo arranca de la trampa utilizando su enorme fuerza aunque la herida del costado le obliga a bramar de dolor mientras lo extrae. El gigante

pone a Blondie en movimiento de nuevo con un manotazo en la espalda que casi hace que el despeñado rueda pendiente abajo.

—¡Ánimo, muchacho! ya casi estamos.

Para frustración de los perseguidores el comando consigue llegar ileso al valle. El puente les aguarda a escasos metros. Es una construcción metálica que parece sólida aún cuando todo el metal tiene una gruesa capa de óxido que impide saber el color original. El puente cruje con estridencia bajo los pisotones del comando.

—¿Cómo vamos a obligarlos a no pasar? —pregunta Blondie, aterrorizado. Para de correr en seco.

—¡Cruza y calla, capullo! —le chilla Pullo al oído.

Blondie vuelve a correr aunque ahora cojea ostensiblemente. Su pierna derecha ha dicho basta.

Un débil silbido humano les da la bienvenida desde el otro extremo del puente.

—Lo conseguimos —Elpis suspira de alivio; corre aun más rápido—
¡Joder! ¡si! ¡joder!

Una delgada silueta deja la protección de los abetos. Viste una enorme capucha de piel de ciervo que cubre su cara por completo. Detrás de esa aparición se distinguen siete caballos. La silueta levanta la mano mientras los anima a cruzar el puente.

Los tercianos vuelven a disparar, a la desesperada.

Fallan.

El comando termina de cruzar lo más rápido que pueden. Suben de un salto sobre los animales y se alejan al galope levantando una cortina de polvo de nieve.

En el puente, los perseguidores, conscientes de su completa derrota se tiran al suelo, agotados y frustrados.

Sus gritos, como vaticinó Pullo, son ahora de rabia.

Alguno dispara por última vez, sin esperanzas de acertar.

Pullo mira atrás mientras espolea su montura con energía.

—¡Qué os den bien por culo, cabrones! —grita con todas sus fuerzas.

Las montañas amplifican sus palabras mortificando así a los tercianos.

S.XI

Frena a su montura estirando los estribos para atrás.

Otea el horizonte mientras apoya las palmas de las manos en la silla.

La antigua autopista por la que viajan serpentea durante los próximos kilómetros hasta desaparecer, engullida por la ciudad que se dibuja en el fondo. Los edificios más altos sobresalen del resto, enmarcados por ligeras columnas de humo que se disipan en un cielo gris y congestionado que promete lluvia a raudales. El simple pensamiento de un aguacero convence a Blondie de cerrar por completo la cremallera de su abrigo.

—Adoro esta maldita ciudad —Pullo detiene a su caballo junto a Blondie— ¿Grande, eh? Mi padre era el encargado de llevarme al colegio. Utilizaba esta autopista a diario; por entonces vivíamos en un pueblo a las afueras de Barcelona—sonríe con nostalgia—. Creo que no he visto nunca a nadie maldecir igual que lo hacía él cuando quedábamos atrapados en un atasco, algo que sucedía cada puñetero mañana.

Blondie, sin ganas de hablar, azuza suavemente a su caballo para que vuelva a trotar.

La monolítica autopista está vacía.

X le informó en el último capítulo que había leído la noche anterior sobre como la inmensa mayoría de los vehículos de la Península habían sido desguazados y sus piezas reutilizadas de mil maneras diferentes. En cuanto la gasolina comenzó a escasear, los penínsuleares empezaron a ser cada vez más reacios a malgastarla en algo tan inútil como desplazarse a motor: caballos, mulos y burros volvían a ser la opción preferida. Los grandes caciques, asegura X, guardan como oro en paño coches eléctricos y solo los utilizan en las grandes ocasiones. Estos vehículos son los últimos vestigios de la incipiente e interrumpida llegada de esta nueva tecnología a la Península. Tener una de estas antiguallas es un signo de alto estatus.

Su caballo tropieza con el suelo y le saca de sus pensamientos. Se percata del deteriorado estado del asfalto; está completamente resquebrajado.

—Atención, comando —la voz de Elpis se hace escuchar desde la retaguardia del grupo donde marcha junto a Marcia— tomamos la siguiente salida de la Ronda.

—Ya sabéis muchachos —Voreno intenta imitar la voz autoritaria de su capitana. Con su voz grave, el falsete que hace suena bastante ridículo pero cumple el cometido— id desacelerando las monturas si no queréis saltaros la salida.

—Capullo —consigue articular a duras penas la capitana antes de romper a reír junto a Marcia y Pullo.

Blondie, como siempre, calla. No puede dejar de observarlos con cierta envidia.

—Date tiempo, muchacho —aconseja una voz grave a su espalda.

—¿Nunca dejarás de vigilarme? —farfulla Blondie, harto de tener la silueta de Bruto siempre detrás— Si después de salvar a Elpis y Pullo no confías aún en mí, tenemos un serio problema.

Bruto frunce el ceño.

—Puede que cuando te vaciaron el cerebro te frieran una mitad. Eso explicaría muchas cosas —apostilla, adusto, el gigante. Se acerca a él bajando la voz hasta casi convertirla en un susurro—. Te protejo, rubio.

—¿Protegerme de quién o de qué?

Bruto entorna los ojos mientras sopesa con calma la respuesta.

—De todo.

Blondie pega un respingo, indignado.

—Creo que demostré en los Pirineos mi capacidad para defenderme, a mi mismo y a vosotros —escupe al suelo despectivamente, copiando la particular manera de hacerlo que tiene Voreno—. No te necesito detrás mío las veinticuatro horas al día.

Bruto aprieta los dientes mientras clava sus talones en las quijadas de su poderoso caballo, el único de los siete capaz de soportar el peso de Bruto durante las maratónicas jornadas de viaje. El gigante se une a Pullo en la vanguardia.

Blondie no puede dejar de mirar fijamente la espalda Bruto mientras barrunta cómo quitárselo de encima.

—Deja de comportarte como un imbécil —es la bonita voz de Marcia la que desbarata sus funestos planes.

—Díselo a él.

—Sabe por lo que estás pasando —se muerde el labio inferior— ¡Dios! si alguien lo sabe es él.

Blondie tuerce el gesto.

—No te sigo.

—Él también es un despeñado —murmura.

Blondie lanza una exclamación que seguro han escuchado a un par de kilómetros a la redonda.

—Marcia, conmigo —ordena Elpis con cara de pocos amigos—
Blondie, deja de gritar por lo que más quieras.

—Piensa en ello —añade Marcia a modo de despedida.

“¿Un lanzado al vacío?”

“¿Él?”

“Soy un completo imbécil.”

Blondie menea la cabeza, enfadado consigo mismo.

A su lado, Agripa y Voreno chismorrear sobre una pareja bastante extraña y su obsesión por el exhibicionismo.

No le interesa lo más mínimo.

Blondie descuelga la mochila de sus hombros.

Rebusca en ella.

"X, por favor, sácame de aquí aunque sea para llevarme a un lugar más oscuro."

La desaparición de César fue un hecho tan capital para nuestra historia como la toma de la Bastilla dentro de la tumultuosa Revolución Francesa. Instantes así, tan breves en el tiempo como diferenciales, obligaron a la historia a cruzar una puerta que una vez traspasada se cerraba para siempre.

Para sorpresa de pocos, los herederos de César no estuvieron a la altura y fracasaron con estrépito. La sombra era demasiado alargada y el proyecto ideado era tremendamente personalista: para llegar a buen puerto necesitaba de un vigor y habilidad muy difíciles de encontrar en otro individuo de esa generación. La esposa de César, Cornelia, podría haber ocupado el lugar vacío con éxito; ella era la única con capacidad suficiente para salvar a nuestro país del futuro que se cernía sobre todos; por desgracia, la misteriosa desaparición de la persona más importante de su vida la llevó a cerrarse en sí misma, desentendiéndose por completo del resto del mundo ¿Quién puede criticarla por ello?

Los débiles gobiernos que se sucedieron, año tras año, no pudieron sacar al país de la autopista hacia la autodestrucción en la que había ingresado. Ante la incapacidad política, las grandes empresas españolas que, como pasa siempre en épocas de crisis políticas, habían afianzado su poder, decidieron dar un paso al frente.

Crearon un gobierno paralelo con total impunidad.

Los decretos emitidos por este gobierno fueron acatados sin opción a queja: horarios laborales ampliados con una importante reducción de sueldos, educación superior completamente privatizada y encarecida hasta convertirla en inviable para las clases más humildes fueron algunas de sus reformas.

Eran poderosos pero solo se consiguieron imponer gracias a un movimiento maestro firmado años atrás.

En una de las anteriores fallidas económicas del gobierno central, todos los cuerpos policiales del país fueron adquiridos por una empresa privada. En aquellos momentos parecía el paso correcto: el gobierno se desprendía de una losa económica insostenible y conseguía que la policía, cada vez más necesaria, aumentara sus recursos en manos de otros.

Con el tiempo, quedó patente el garrafal error que fue.

¿Y la justicia? te preguntarán; los jueces, como prueba irrefutable del colapso del sistema democrático de nuestra época, creaban jurisprudencia a favor de los intereses del gobierno paralelo con una falta de escrúpulos capaz de sonrojar al más sinvergüenza.

Cuando las grandes corporaciones dieron aquel golpe de estado encubierto, el gobierno legítimo no tenía nada sobre lo que apoyarse. Técnicamente, aún les quedaba el ejército pero con dolorosos pasajes de la historia reciente del país aún frescos, su utilización era vista como la caja de Pandora que los débiles gobiernos legítimos no estaban dispuestos a destapar incluso en una situación tan desesperada para ellos. El tiempo les terminó dando la razón ya que un significativo número de militares, desde soldados rasos a generales, se unieron años después a los golpistas.

La Unión Europea hacía oídos sordos a las más que razonables protestas del gobierno legítimo. España se había convertido en un tumor maligno que era necesario cercenar; pero eso era extremadamente peligroso. De llevarse a cabo y salir mal corrían el riesgo de envolver a toda Europa en una crisis institucional que podría acabar con ella. El gobierno económico español [así lo llamaré a partir de ahora] que habían creado las empresas más poderosas del país ofrecían las rápidas soluciones que la Unión Europea deseaba sin poner su pellejo en juego. Oh, no quiero olvidarme de la maestría de los plutócratas españoles al colocar la cantidad perfecta de billetes en el bolsillo del diputado europeo oportuno.

Siempre el dinero, el condenado dinero.

Cuando hablé del Muro lo pasé por alto: el gobierno económico fue quien corrió con los gastos de esa maldita pared. Para ti y para mí puede parecernos un tiro en el pie pero sabían perfectamente lo que tenían entre manos. Con esa barrera se terminó el éxodo que ahogaba a los socios europeos y así la Unión se convenció de haber tomado la decisión correcta. Tampoco hay que pasar por alto la desaparición de nuevos exiliados españoles relatando, en primera persona, a sus nuevos vecinos del norte las últimas noticias de lo que sucedía al otro lado de los Pirineos.

El pueblo español demostró una vez más que cuando le tocan las cosquillas de verdad puede ser un enemigo implacable. Los desórdenes en las calles empezaron a ser cada vez más importantes; los motivos se acumulaban haciendo que los encontronazos con los cuerpos de seguridad del gobierno económico escalaran en violencia con el paso del tiempo.

Dentro de un ambiente tan polarizado y desquiciado como aquel, una fortuita y diminuta chispa conseguía iniciar un fuego que terminaba desembocando en un incendio totalmente descontrolado. Cada uno de estos levantamientos populares es llamado por los historiadores occidentales de mi generación como “crisis social”.

Fueron muchas las crisis sociales que golpearon a la Península una y otra vez en aquellos años.

Acabé harto de ver, una y otra vez, la misma imagen: cuatro generaciones de españoles armados con lo poco que podían conseguir esperando, en alguna calle estrecha de cualquier ciudad española, a la policía que ya se acercaba dispuesta a dispersarlos sin importar el coste. Un baño de sangre que era la oda perfecta al sinsentido y la autodestrucción.

Como cualquier incendio, una crisis social necesitaba más combustible para poder mantenerse en pie; es pura química. Antes o después, llegaba siempre ese momento en el que, simplemente ya estaba todo quemado y el fuego acababa agonizando.

El período entre crisis discurría con relativa calma hasta que una nueva chispa daba el pistoletazo de salida a un nuevo pase en la galería de los horrores.

Cada nueva crisis social superaba en violencia y duración a su predecesora.

Recuerdo perfectamente la última. Los mismos historiadores de los que antes te hablaba se refieren a ella como 'Leviatán'.

Un sudor frío recorre mi espalda simplemente tecleando ese nombre.

Innumerables leyendas explican como Leviatán nació de un suceso local, un pequeño aleteo de mariposa, y creció hasta convertirse en un titán capaz de hundir por completo un país. Te decía que hay mucha literatura de ficción escrita sobre la última crisis social pero el germen está bien documentado: Leviatán es la involuntaria creación de dos hermanos, Roberto y María Arteixo. Estos dos mellizos gallegos por entonces eran menores de edad y vivían en un pequeño piso situado en la periferia de Ourense; la pequeña familia la completaban padre y abuela. Todo comenzó cuando su progenitor entró, armado con una oxidada barra de hierro, en la farmacia del barrio para conseguir medicinas para su madre, la "avoa" Tea. El invierno del 35 fue particularmente frío; como dicta la norma, niños y mayores fueron los que más sufrieron sus estragos.

Aquella pobre anciana llevaba agonizando meses pero su familia, terca, no quería dejarla morir de hambre como ya era costumbre en la Península ¿Para qué darle comida a alguien incapaz ya de ser de utilidad para el resto de su familia? este razonamiento no tenía cabida en el pequeño clan de los Arteixo...

Deja que aclare mi mente durante un minuto.

Se me agolpan los recuerdos en la cabeza: grandes manifestaciones de indignación aflorando por las mayores ciudades del país al conocerse la desgracia de los hermanos.

¡Pero vuelvo a divagar! Escribo sin ningún orden y este libro será una completa ruina por mi falta de disciplina.

Sé bueno conmigo, llevo ya dos días enteros sin dormir y las últimas noticias de tu juicio no son demasiado alentadoras; como mínimo eso opinan en la televisión. Los comentaristas están la mar de contentos de verte con el agua al cuello; más de uno te tenía muchas ganas ¡Basta ya de darte información inútil! Necesito un poco más de café; ahora vuelvo.

El padre de los mellizos era un hombre grande y duro como una antigua columna griega pero no demasiado boyante en cuanto a inteligencia. Consiguió a porrazos el medicamento respiratorio para su anciana madre. Como su cerebro no llegó a la sencilla conclusión de que cubrirse la cara evita problemas, las cámaras le identificaron con total impunidad. Para terminar de complicarlo aún más, en la huida se había visto sorprendido por un policía al que despachó con un golpe seco en la cabeza. Algún vecino, temeroso de las más que aseguradas represalias policiales por el ataque, llamó a emergencias avisando del cuerpo tirado en

medio de la calle de uno de los suyos. Ese pobre diablo llegó más muerto que vivo al hospital. Fue la excusa perfecta para que la policía local enseñara músculo. Después de una rápida investigación, un grupo de oficiales se personó en casa de los Arteixo; les hizo una demostración rápida a todo el vecindario sobre las consecuencias de tocar a un policía.

Los mellizos se habían escondido en un armario como su padre había ordenado en cuanto este se percató del revuelo que provenía del portal. El desvencijado mueble tenía un pequeño agujero por donde pudieron grabar. Como ya te dije que cada crisis necesita una chispa que lo inicie todo; Leviatán nace de un video grabado con un viejo teléfono móvil.

En la grabación se puede ver cómo un grupo de seis hombres después de echar la puerta abajo, cogen la barra de hierro que había utilizado el padre de los mellizos para herir al policía y empiezan a golpearle con ella.

Lo molieron a palos.

No se dieron por satisfechos hasta convertir la parte superior del hombre en una macabra papilla de hueso, sangre y carne. Después de terminar con él, centraron su atención en la anciana que a esas alturas ya estaba afónica; les gritaba, les insultaba mientras lloraba armagamente por el inhumano final de su hijo. Si alguno de esos animales uniformados tuvo el más mínimo reparo al torturar a una señora sexagenaria enferma e indefensa lo escondió con maestría.

A lo largo del vídeo se oye como Roberto aguanta a duras penas el llanto mientras su hermana María es incapaz de callar; "no puede ser" susurra una y otra vez.

Una vez se cansaron de golpear, los policías arrastraron lo que quedaba de los dos cuerpos a la calle y los dejaron tirados en el centro de la calzada, recordando al vecindario que era preferible morir de hambre o de enfermedad en alguna esquina antes que tocar a un policía.

Ahora puedes entender lo alto que río cada vez que oigo en cualquier debate inútil de alguna televisión europea el caos y la violencia en la que vive sumida La Península estos últimos años. Esta clase de barbaridades ya sucedían mucho antes pero su visibilidad quedaba secuestrada por un filtro mediático tremendamente efectivo; solo el ingenuo y desesperado gesto de dos huérfanos adolescentes pudo, contra todo pronóstico, sobrepasarlo consiguiendo incendiar un país, bueno lo que quedaba de él, hasta consumirlo por completo.

Los mellizos tenían una amiga con contactos dentro de grupos de

resistencia gallegos que llevaban en la lucha desde la primera crisis. Como cualquier otra célula de resistencia peninsular, al finalizar cada una de las crisis rozaban la completa aniquilación; demostrando una resiliencia excepcional, los hermanos pequeños de los caídos tomaban el mando aprendiendo de los mortales errores de sus antecesores. Escasos meses anteriores a conseguir el vídeo de los mellizos, la resistencia gallega había conseguido transformarse, por enésima vez, en una temible maquinaria guerrillera tanto en la calle como en Internet; eran capaces de atacar con dureza y desvanecerse en las sombras al instante. La crisis anterior quedaba ya lejana y se morían de ganas por iniciar una nueva ofensiva.

Pero necesitaban su chispa.

Aquel vídeo les dotó de un poder mayor al que hubieran conseguido tras robar un cargamento entero de armas de última generación.

La resistencia lanzó una campaña viral online que convirtió a los hermanos en reyes absolutos del ciberespacio. El resto de células se unieron de inmediato a la guerra en la red continuando el bombardeo mediático con nuevos vídeos y protagonistas que habían sufrido en sus carnes la barbarie del gobierno económico.

La llama prendió y el incendio se propagó por doquier.

Gente que hasta ese momento solo intentaba sobrevivir sin querer meterse en problemas se indignó y por primera vez en su vida salió a la calle. La resistencia peninsular aprovechó tanta efervescencia pública para atacar con fuerza todo punto estratégico del gobierno económico con el que se cruzaban. La policía se encontraba completamente sobrepasada, sin capacidad material suficiente para responder a los ataques terroristas, como ellos los llamaban. Es irónico que prácticamente todo el país se levantara y la oligarquía tiránica al mando tuviera los santos huecos de responder a las preguntas de medios internacionales asegurando que eran ataques terroristas perpetrados por una minoría.

La intensidad de Leviatán llegó a tal punto que según las teorías de mis "amigos" historiadores solo había una única contramedida capaz de detener la crisis.

Deja que vuelva a tomar algo de aire. Me es difícil explicar qué es el día de la Vergüenza.

Era 23 de junio de 2035 y Leviatán llevaba casi 6 meses asolando al país. Ese fue el momento designado por los altos dirigentes del gobierno económico, a los que nadie eligió, para poner en marcha "el plan salida".

Según cuentan las leyendas y los rumores que surgieron poco después, el plan de salida era algo en lo que llevaban trabajando los asesores de más alto nivel del gobierno económico desde el mismo momento en el que se creó este organismo.

Era el plan B que todo buen estratega que se precie diseña al mismo tiempo que el plan A.

El gobierno económico estaba dirigido por veteranos hombres de negocios, curtidos en mil batallas y a los que era casi imposible sorprender. Muchos de los jefes de la resistencia pensaban que con Leviatán les habían pillado, por primera vez, con los pantalones bajados; pagaron con creces su prepotencia. Deberían haber visto que el silencio del gobierno en aquellos meses no era un signo de debilidad sino los preparativos al jaque mate que les guiaría hacia la victoria absoluta.

La respuesta del gobierno económico a Leviatán tardó en llegar pero fue demoledora.

Ahora mismo necesito un trago de algo más fuerte que el café que llevo bebiendo en cantidades muy poco saludables.

Solo espero que mi mujer no llegue en los próximos días porque he visto reflejado en el espejo a un tipo con una pinta horrible que recuerda vagamente a mi. Tengo los ojos inyectados en sangre y he perdido peso a ojos vista; la barba de cuatro días no ayuda a mejorar mi triste estampa. Siempre envidié tu poblada barba de filósofo griego, la mía a duras penas crece y me deja unos huecos en los mentones de lo más ridículos.

Perdona me he vuelto a ir por las ramas.

Mi mente juega conmigo. Pero lo hace por mi propio bien. Cada vez que rememoro el Día de la Vergüenza, tengo ganas de vomitar. Formo parte de él, gracias a mi maldita cobardía.

¡Ya basta!

El 23 de junio del 2035, proclamado después por la prensa internacional como el Día de la Vergüenza, el gobierno económico llevó a cabo su movimiento maestro. Si fuera ingeniero económico te podría dar alguna tesis doctoral sobre la genialidad tras aquella operación pero no tengo ni los conocimientos ni el ánimo adecuado así que lo resumo en un puñado de líneas: el gobierno económico se apropiaba de todo los bienes y activos de valor que aún tenía el estado español en su poder, para justo después huir junto a sus familias y personal fiel al régimen, hacia el archipiélago Balear.

Existen dos motivos de peso que explican el por qué estas islas resultaron ser un territorio ajeno a las crisis sociales. Primero: mucha de su población clave era extranjera y pudiente gracias a ella la economía balear no se vio arrastrada por la fallida económica española; segundo: encontrarse geográficamente separada de la Península por el pequeño pero más que suficiente Mar Balear.

En este bonito enclave del Mediterráneo [desde el que escribo estas líneas tantos años después] se fundó un nuevo estado independiente bajo el amparo de la Comunidad Europea.

En pocas palabras, España había sido totalmente espoliada y acto seguido abandonada a su suerte convirtiéndose de la noche a la mañana en el país más pobre del mundo.

—¡Por fin! —Pullo levanta los puños al cielo y los agita, feliz.

Blondie, asustado por el grito, desliza el libro dentro de uno de los bolsillos de su anorak.

Mira hacía el frente y descubre como la autopista sobre la que tantas horas llevan viajando desemboca en una amplia avenida perfilada por dos filas interminables de grandes árboles totalmente deshojados.

—Acabamos de entrar en la Diagonal, una de las antiguas arterias de Barcelona —Bruto vuelve a su lado, cosa que a Blondie le sorprende y tranquiliza al mismo tiempo—, casi hemos llegado a casa.

Justo en el centro de la avenida se levanta una construcción metálica; parece un puesto de vigilancia. Este no deja de ser un viejo tranvía reconvertido a muro defensivo. Bloquea el paso de aquellos que llegan a la ciudad desde el oeste; es imposible continuar bajando por la avenida sin antes pasar por allí. Mientras los caballos del comando avanzan con calma hacia la estructura metálica surgen del interior una docena de hombres con los arcos erizados.

Elpis levanta la palma derecha, extendida.

Uno de los centinelas responde al saludo pero sus compañeros no cambian de posición.

—Esperad aquí —ordena Elpis; hace una seña a Marcia para que la acompañe.

Pullo se lleva las manos a la boca y lanza sobre ellas una bocanada de aliento intentando, sin mucha fe, calentarse algo los dedos.

—Ya queda poco para volver a dormir en un buen colchón —le intenta animar Voreno.

—Espero darle al colchón algo de guerra antes de dormir —Pullo lanza una traviesa sonrisa a sus compañeros.

—¿No tuviste suficiente con la chica de Espot?

Pullo levanta la mirada hacia el cielo, pensando.

—¿Puedes ser un poco más específico? Allí compartí buenos momentos con unas cuantas señoritas.

La fea cicatriz de la mejilla izquierda de Voreno, recuerdo de la última misión, se mueve al ritmo de su exhalación.

—Esa que nos esperaba con los caballos detrás del puente cuando escapamos de los putos tercianos —responde con voz monocorde.

Su amigo chasquea los dedos.

—Ahora sí —hace una mueca—. Pero te equivocas; lamentablemente, ella no está en la lista.

—¡Pero si no se despegaba de ti ni un segundo!

—Estaba completamente obsesionada con Elpis. Le dije que era el mejor amigo de la jefa intentando ganarme así su atención —se encoge de hombros—. Fue un error de cálculo. Parece que la única manera de meterme con ella en la misma cama era si le prometía que Elpis también estaba invitada.

—Un mazazo para alguien que se considera irresistible ¿no? —le espeta con malicia Voreno.

—No molas nada cuando te pones en plan rencoroso.

—Yo solo puedo pensar en devorar algo rico y caliente —Agripa interrumpe la conversación de los amigos—. Estoy harto de comer estas tiras de cecina, correosas como el maldito cuero que nos dieron en Espot ¡Llevo tres semanas dejándome los dientes con ellas!

—Habrá tiempo para todo, muchachos —Voreno sigue con la mirada a Elpis y Marcia mientras entran en el puesto. Los arqueros siguen en alerta.

—Espero que esto no se alargue demasiado —bufa Pullo entornando los ojos— somos un comando —se golpea la banda púrpura y sube el tono de voz— no un maldito grupo de comerciantes.

Los guardas le miran con cara de pocos amigos.

—Hacen su trabajo —los defiende Bruto—. Las normas están para cumplirlas.

—Una vez pasado el control ¿hacia donde vamos? —Blondie se obliga, por primera vez en días, a intentar entrar en una conversación del grupo.

—Diagonal abajo, hasta llegar a *Nexo* —responde Agripa, sorprendido por la pregunta—. Tenemos que informar al Triunvirato sobre nuestra

misión.

—Eso más bien es trabajo para la jefa —rectifica Pullo—. Nosotros tendremos que cuidar de los caballos, entregar las armas y solo entonces seremos libres —estira los brazos, intentando desentumecerlos después de tantas horas sobre su montura—. Espero que como mínimo nos den un par de días de permiso.

—¡Nos hemos ganado una semana!

—¿Siete días? Yo no me quejaría.

—Eso lo decidirá el Triunvirato —ataja Bruto—, ya veremos como está el ambiente en la ciudad; llevamos sin noticias demasiado tiempo.

—Está siendo un invierno duro después de una mala cosecha —el benjamín del comando hace un gesto despectivo— los caciques seguro que tienen problemas suficientes para mantener a sus mejores guerreros medianamente alimentados hasta primavera. Con este panorama dudo que intenten buscarnos las cosquillas.

—El hambre les obligará —arguye Bruto— tendremos trabajo, ya veréis.

—Pájaro de mal agüero —murmura con enfado Agripa.

—¡Callaos ya! —exige Pullo, cansado— solo pido una noche tranquila. Dejad las preocupaciones para mañana.

—Vuelven —informa Blondie señalando al puesto— Elpis y Marcia salen del viejo autobús acomodando sus gorros de lana gris sobre la cabeza.

Alguien silba en el puesto. Los arcos, por fin, se destensan y los guardas hacen señas al comando para que avance hacia ellos.

—Gracias a Dios —suspira Voreno dejando escapar una cortina de humo blanco— ha sido más rápido de lo que pensaba.

Uno de los guardias más jóvenes, con el arco colgando de su hombro, se acerca al caballo de Agripa.

—¡Bienvenidos! —les saluda con una gran sonrisa. Blondie calcula que debe sobrepasar por muy poco los quince años— ¿Cómo están las carreteras?

—Congelados. Ni los salteadores de caminos se atreven a salir de sus malditas guaridas con estas temperaturas —Agripa señala con la barbilla— ¿Y las cosas por aquí?

El muchacho se encoge de hombros.

—Bastante tranquilas. Algún ataque a las granjas pero el Triunvirato dobló la guardia y todo volvió a la normalidad.

—¿Hombres del *Chatarrero*? —pregunta Bruto.

El centinela asiente.

—Parece que al viejo finalmente le han bajado los huevos —Pullo frunce los labios, fastidiado—; aunque en el proceso ha olvidado quién manda en la ciudad.

—Antes de la llegada de la primavera habrá que ajustarle cuentas —insiste con obstinación el gigante.

—Dame mi maldita semana de descanso, Nostradamus, y luego mándame directo al infierno si así te quedas tranquilo.

—¿No habíamos quedado en que con un par de días tenías suficiente? —le pincha Voreno.

—Lo he pensado mejor —Pullo lanza una sonora carcajada—; acabo de recordar lo terriblemente sacrificado que es viajar con vosotros.

Bruto pone los ojos en blanco mientras Agripa y Voreno insultan a Pullo alternativamente. Blondie sonrío con disimulo.

—Veo que ya estáis de permiso —Elpis agarra las riendas que le tiende, servicial, el joven guarda.

—Capitana, deja a los chicos divertirse —Marcia también sube a su caballo.

—Qué ganas tengo de perderos a todos de vista unos días —Elpis habla con voz dura pero mientras lo hace, sonrío a su comando.

El grupo deja atrás el puesto de guardia entre risas.

—Aquellas son nuestras granjas, rubio —Bruto señala a la izquierda. Una alta valla, coronada por espino, se alarga hasta perderse en el horizonte — media Barcelona se alimenta de ellas.

—Y la otra media las codicia —apostilla Marcia.

—Que acaten las órdenes de Fidelis y tendrá derecho a recibir sus raciones.

—No es tan sencillo, Pullo.

—Oh, claro que lo es. Si no eres capaz de ver a Fidelis como el futuro atente a las consecuencias. Busca un buen agujero y muérete de hambre, capullo.

Durante unos minutos el comando avanza con el sonido hipnótico de las herraduras de los caballos rasgando el asfalto.

—¿Estas son las que decía el guarda que atacaron, Bruto? —pregunta Blondie.

—Sí, pero no por este sector. Las granjas ocupan lo que antes era el parque de Cervantes, un vergel lleno de rosas traídas de las cuatro esquinas

del mundo. Después de la fundación de Fidelis se cambiaron las flores por patatas, zanahorias, trigo y cebada.

—Perdimos belleza pero a cambio llenamos el estómago.

—Si Barcelona no ha sido abandonada como otras grandes ciudades es en gran parte por estas granjas —asegura la cantarina voz de Marcia.

—Así que el poder de Fidelis en la ciudad se encuentra en estos campos. Elpis asiente.

—Hay más granjas en otras zonas de Barcelona, pero estas son las más grandes con mucha diferencia.

—Tampoco puedes olvidarte del Coliseo —señala hacia el lado izquierdo de la avenida—; desde aquí no puedes verlo pero es donde guardamos todas las cosechas.

—Allí también tenemos los establos.

—¿Para los caballos?

—Caballos, burros, cabras— enumera con los dedos—, gallinas, vacas y cerdos.

—Entonces, ¿No tendría más sentido atacar ese almacén antes que en las granjas?

—En cuanto lo veas, sabrás porque no se atreven —sonríe, Agripa.

Una nutrida patrulla aparece al girar en una de las esquinas del perímetro vallado de las granjas. Van armados hasta los dientes.

Bruto levanta la mano; dos miembros de la patrulla responden a su saludo.

Casi sin darse cuenta, aparece de la nada un diminuto mercado bajo una gran lona descolorida que lo protege de las inclemencias del tiempo.

Aquí y allá se ven pequeños grupos de personas, con grandes mochilas a las espaldas, hablando distraídamente y hasta se oyen algunas risas.

Un grupo de niños se acercan, corriendo, a los caballos del comando y los tocan con excitación. Voreno reparte entre ellos unas cuantas tiras de cecina que arrancan una tormenta de gracias antes de centrarse cada uno de ellos en chupar con energía la carne salada.

—Este es uno de los mercados donde se hace el reparto de comida —Bruto sigue con la improvisada lección—. A esta hora suele estar tranquilo —levanta sus expertos ojos hacia el cielo— y hoy con más razón. Puede llover en cualquier momento.

—Nevará —corrige Voreno.

—Cierto; hace un frío de mil demonios.

—Espero que aguante lo justo para dejarnos llegar a *Nexo* secos —Pullo suspira mientras acaricia el carrillo de su caballo.

—¿Qué es aquello negro del fondo?

Marcia se alza sobre su montura.

Blondie señala al edificio negro que domina esta parte de la ciudad. La cúspide de la torre está coronada por un gran anillo metálico. Un par de grandes letras “a” se mantienen bien visibles en el centro del disco; el resto están tan dañadas que no se pueden reconocer.

—Nuestra penitencia —Pullo escupe al suelo.

—Formaba parte de un conjunto de edificios donde se encontraban las oficinas centrales de uno de los bancos más importantes del país —explica Marcia sin hacer caso a las palabras de su compañero.

El despeñado no puede apartar los ojos de la torre.

—Me gustaría poder verla por dentro.

—Imposible —le advierte Elpis—. Ahora es un lugar sagrado.

Blondie arquea las cejas, sorprendido.

—Todo sucedió después del Día de la Vergüenza —Bruto se interrumpe. Niega con la cabeza—. Perdona, el Día de la Vergüenza fue...

—Sé que pasó ese día —le corta Blondie haciendo un gesto imperioso con la mano. Quiere que continúe.

Bruto le observa con extrañeza.

—Ahora entiendo porque lees tanto ese libro —señala el rascacielos—. No puedes verlo pero justo ahí —dibuja un rectángulo alargado con el dedo en el espacio vacío a la derecha del edificio—había otra torre; exactamente igual de diseño pero más baja. Horas después de confirmarse la independencia de las islas, una oleada de ciudadanos tomaron esas torres. Su intención era la de saquear todo lo que hubieran dejado de valor y destrozarlo por pura frustración lo inservible —el gigante apunta al centro de la torre. Blondie distingue un gran agujero que la traspasa por completo— Sin aviso previo, dos explosiones sacudieron a las torres. La más pequeña se derrumbó, engullendo a todo el que se encontraba dentro —Bruto manosea los estribos de cuero—. En la torre alta la historia fue diferente: el estallido no consiguió tumbarla pero inició un incendio que dividió el edificio en dos partes; aquellos a quienes la explosión no mató y se encontraban en los pisos superiores se vieron acorralados —la cavernosa voz de Bruto continúa relatando, impasible—. El fuego se propagó como si el edificio fuera un almacén de pólvora; el sistema contra incendios había sido desconectado y

las salidas de emergencia atrancadas —Bruto baja la mirada hasta el suelo—. Todos murieron abrasados.

—Una gran pira funeraria —Pullo observa fijamente la cima del rascacielos—. Murieron miles de personas.

—Mis madres entre ellas —Voreno carraspea intentando que su voz no se rompa, tantos años después de la catástrofe—. Todo el mundo que vivía en Barcelona en aquella época perdió a alguien querido aquella tarde.

—Los tiranos huyeron dejando como nota de despedida un macabro espectáculo de fuegos artificiales —resume Elpis.

El comando observa la mole oscura, completamente en silencio mientras dirigen sus caballos en esa dirección.

S.XII

Vuelve a sufrir esa clase de frío que lacera los músculos y a la que nunca se acostumbrará.

“Al menos esta vez no estoy desnudo.”

—Toma un poco de té —Bruto le alarga el termo— nos espera una larga noche en vela.

Blondie desenrosca el tapón.

Una columna de vapor sale del recipiente desprendiendo un agradable olor a limón. Le da un buen trago; el líquido caliente recorre el esófago hasta llegar al estómago, revitalizando así su ánimo.

Devuelve el termo a su compañero.

—¿Hasta el alba estaremos tú y yo aquí solos?

Bruto asiente.

—Deberías meditar hasta entonces. Este es un lugar que se presta a ello.

Una corriente de viento helado les golpea con fuerza. Él es quien se ha llevado las oscuras nubes hacia el este, evitando que Bruto y Blondie sufran una noche al raso pasada por agua.

El despeñado aprieta los dientes; estira de la manta que tiene echada sobre los hombros.

Aún no puede creérselo.

Con el gesto de dar la espalda al Muro e intentar salvar al desconocido que aullaba de dolor, había dejado escapar la única oportunidad para desaparecer de la Península para siempre.

“Oportunidad que ha debido de costar una fortuna a X y yo he desperdiciado.”

Después de sobrevivir, contra pronóstico, a una huida desesperada junto al comando de Elpis, pudo reflexionar brevemente sobre las consecuencias de su alocada decisión: alejado del único objetivo marcado desde el instante en que nació, se sintió completamente perdido.

Los jefes de Espot, como gesto de agradecimiento hacia el comando ofrecieron al despeñado un hueco entre los suyos. Elpis dejó que fuera el propio Blondie quien tomara la decisión.

“Quedarme en Espot significaba ver, a diario, el Muro en el horizonte. Un recordatorio perpetuo de un futuro mejor que tuve al alcance de mis

manos y dejé escapar como un completo imbécil."

Decidió seguir con el comando en su viaje de vuelta a Barcelona. Se prometió a si mismo no pensar más en el futuro hasta llegar a la ciudad y una vez allí, elegir con calma qué hacer con el resto de su vida.

No le han dejado.

A las pocas horas de pisar por primera vez el hogar de Fidelis todos los miembros del comando, menos Elpis, se encontraban cuidando de las fieles monturas que les habían transportado desde el norte; un guarda se presentó en las cuadras con un papel para Bruto: nuevas órdenes de la capitana en las que el polizón del Pirineo era el protagonista.

Blondie inclina la cabeza hacia la derecha.

A poco más de un centenar de metros resplandece, iluminado por el sol del atardecer, el cuartel general de Fidelis; le llaman *Nexo*.

Marcia estuvo un buen rato hablando sobre el edificio, encantada de resolver todas las dudas de Blondie. Mientras cepillaban a los caballos relató su historia: a principios de siglo XX sobre el suelo que pisaban existió una cárcel de mujeres hasta que en la década de los cincuenta de ese mismo siglo el presidio se desmanteló para aprovechar el terreno de una de las nuevas zonas más pudientes de Barcelona con la construcción de un icono de los nuevos tiempos: un centro comercial. Una poderosa empresa española de grandes almacenes regentó el edificio, contra viento y marea, durante más de sesenta años; solo *Leviatán* fue capaz de acabar con ella.

Desde las alturas en las que el dúo se encuentra, *Nexo* sobresale sin dificultad del resto de edificios.

La parte baja del edificio está completamente recubierta por un collage de diferentes colores y materiales signo del espolio sin pudor al que Fidelis ha sometido a los edificios cercanos para convertir a *Nexo* en el mejor ejemplo de lo que representaron los Años Dorados; la monolítica fachada tiene dos grandes puertas negras que son el único acceso al edificio y se encuentran vigiladas ininterrumpidamente por siete vigiles, que es el nombre que reciben los guerreros de Fidelis.

Pero la joya de la corona reside en la fachada oriental ocupada en su totalidad por una enorme cristalera, mandada construir durante los últimos años de bonanza. El vidrio permite que el sol riegue con luz natural el interior del edificio.

La tenue luz vespertina aún ilumina lo suficiente como para permitir a Blondie admirar las entrañas del corazón de Fidelis.

Nexo tiene diez plantas.

La más profunda, situada en el subsuelo junto a los tres pisos adyacentes, está ocupada por amplios almacenes donde se amontonan, perfectamente inventariadas, armas y alimentos en conserva, indispensables para mantener acantonada a tantas personas en un mismo lugar de manera indefinida.

Las dos plantas siguientes contienen las cuadras de los animales de carga utilizados en el día a día: caballos, burros y mulas están preparados para ser utilizados al instante si es necesario.

Las plantas cuarta y quinta constituyen el territorio de los vigiles de Fidelis; ellas y ellos tienen allí sus dormitorios compartidos, zonas comunes y un enorme comedor situado en lo que antes era el supermercado del centro comercial. Marcia le confesó que aquella era, en muchos sentidos, la zona más caliente de *Nexo*.

La planta baja es con diferencia la más suntuosa de todas, donde cualquier habitante amigo de Fidelis es bien recibido. Para entrar solo hay que enseñar a los custodios de las puertas la documentación pertinente. El espacio está presidido por una gran fuente rodeada por un pequeño jardín interior repleto de viejos bancos de madera que antaño habían estado diseminados por el cercano parque Cervantes. Allí, con el agradable sonido del agua corriendo, niños y ancianos pasan horas leyendo los libros que la modesta pero variada biblioteca del *Nexo* ofrece a todos ellos.

Las dos siguientes plantas, ya por encima del suelo, forman el reino de la burocracia de Fidelis. Los dominios del Triunvirato, cada vez más alejados de Barcelona, urgen de una comunicación constante; una red de mensajeros cabalga sin tregua para colmar esta necesidad. Todos estos viajes comparten inicio y final: *Nexo*. El Triunvirato es reacio a utilizar telecomunicaciones y solo hacen uso de ellas en situaciones en las cuales la vida de los suyos depende por completo en la velocidad con la que la información fluya.

Las tres plantas superiores son de acceso restringido. La inferior de ellas está destinada a los comandos de Fidelis; son la flor y nata y reciben un trato de élite. Cada miembro tiene adjudicada una habitación con el agradable añadido de compartirla solamente con otro colega en vez de cuatro como en el caso de los guardas. Los capitanes reciben el extra de tener habitaciones individuales; "un verdadero lujo" apuntó Marcia con cierta envidia.

El siguiente piso, el noveno, pertenece al Triunvirato; desde allí el trío gobernante vive y dirige Fidelis. Crastino, la cara más visible, suele ser el

encargado de informar sobre las misiones que el Triunvirato adjudica a cada comando en unas salas preparadas para ello. Poco más le pudo decir Marcia sobre esta planta ya que solo los capitanes pueden acceder a esa zona sin autorización expresa del Triunvirato.

El ático del edificio, una pequeña terraza, resulta ser uno de sus puntos vitales de *Nexo*: allí se ubica el sistema que lo convierte en un edificio energéticamente independiente. Unos enormes paneles solares ocupan por completo el techo del edificio y parte de la fachada trasera. Estos paneles no solo producen energía para *Nexo*, también se surten de ellos los edificios cercanos ocupados por gente que trabaja en Fidelis pero no son militares. Las familias de guardas y comandos viven allí aunque ellos deben pasar una semana al mes acuartelados en *Nexo*.

Según Marcia, *Nexo* es el único edificio de toda Barcelona y de los escasos en la Península con iluminación exterior. Al inicio no pocas voces se quejaron, pretextando que aquello era un despilfarro energético inútil y desconsiderado cuando la gran mayoría de la ciudad se iluminaba con velas.

El Triunvirato hizo oídos sordos a las críticas y el tiempo les acabó dando la razón.

Para muchos barceloneses de los alrededores asomarse a la ventana y ver *Nexo* brillando en medio de las tinieblas genera una reconfortante sensación de protección muy difícil de encontrar en los tiempos actuales.

“Por muy oscuro que se vislumbre el futuro, Fidelis siempre será el faro que guiará a los suyos hacia la mejor solución posible.”

Esa frase que Marcia recitó, con una enorme sonrisa en los labios, como si fuera una plegaria había dejado al despeñado igual de frío que el aire que ahora mismo le azota el rostro mientras reflexiona sobre ella.

Blondie entorna los ojos.

En una de las plantas superiores de *Nexo* descubre a un grupo de personas que se mantienen pegadas al cristal. Hay un hombre menudo con la piel morena en el centro que gesticula sin descanso.

—¿No es aquel Agripa? —Blondie señala adelante.

Bruto coloca su diestra como visera intentando que la luz crepuscular no le ciegue.

—Lo parece —abre el termo y le pega un trago—. No había un ingreso en los comandos desde hace más de un año; es entendible que haya revuelo.

—Supongo que ayuda a tener más preguntas de lo normal el que yo no sea un aspirante —se detiene unos segundos— corriente.

—De primeras, muchos de los vigiles no te recibirán con demasiada simpatía —reconoce. Juguetea con el tapón del termo—. Es un gran honor entrar en los comandos y aunque nadie deseé la muerte de un camarada, muy pocos miran con fastidio un ascenso —Bruto sonrío—. Les has adelantado por la derecha y se están dando cuenta ahora mismo.

—Sobrepasados por un despeñado —suspira.

Bruto se golpea el pecho repetidas veces.

—El dudoso honor de ser el primer despeñado en convertirse en comando ya tiene dueño —se encoge de hombros— aunque sí eres un completo desconocido. Tendrás un duro camino para ganarte su reconocimiento, pero no estarás solo —los ojos del gigante vuelven a posarse sobre la cristalera—. Ahora mismo, Agripa está hablando bien de ti al resto de comandos.

Blondie abre mucho los ojos, gratamente sorprendido.

—¿Estás seguro?

Bruto gruñe, despectivo, ante sus dudas.

—Formas parte de nuestra familia; en los Pirineos cubriste las espaldas a varios miembros del comando —el barbudo tuerce el gesto— y a otro le evitaste traicionarnos en contra de su voluntad, cuando lo más fácil para ti hubiese sido darte la vuelta y escapar de allí —extiende el brazo en dirección *Nexo*—. Me tiraría ahora mismo al vacío desde aquí arriba si Agripa hace otra cosa que no sea alabarte —le palmea la pierna derecha con afecto—. El resto del comando estará atareado en el comedor haciendo exactamente lo mismo con los vigiles.

Blondie siente como acelera el ritmo de su corazón. El sentimiento de completa soledad que le lleva sobrevolando, como un aura opaca, desde el momento en el que despertó, vacío, en aquella casa abandonada se resquebraja.

—¿Es imprescindible que estés aquí conmigo? —rápidamente niega con las manos— No sabes cuánto agradezco que pases esta noche aquí conmigo pero seguro que deberías estar en otro sitio.

Bruto deja el termo bien apoyado en el suelo y se levanta; camina hacia el filo del edificio.

Blondie le imita.

El gigante recompone sus prendas de abrigo mientras las corrientes de aire zarandean con insistencia su poblada barba.

—Hace un frío horroroso pero tengo que reconocer que es totalmente

merecido si puedes disfrutar de unas vistas como estas. Parece que fue en otra vida cuando me preparé para mi iniciación en este mismo lugar.

Más de la mitad del disco solar ya ha desaparecido detrás del Tibidabo, la pequeña montaña que domina la ciudad; los rayos crepusculares parecen prender fuego a la cima y los árboles que en ella se encuentran.

A la derecha de su posición, la Diagonal, dibujando una perfecta línea recta, se adentra en las tripas de Barcelona. Una sucesión de altos y solitarios edificios marcan su camino hacia el centro de la ciudad, convertidos en maltrechos monumentos de los tiempos anteriores a la caída de Barcelona.

A la izquierda, del tamaño de un juguete visto desde su atalaya, divisa el antiguo tranvía que atraviesa la avenida iluminado por lo que parecen unos bidones utilizados como estufas por los vigilantes. A un lado, salvaguardadas por una densa valla de espino, admira las largas y simétricas filas de plásticos, centelleantes bajo la luz solar, encargadas de proteger esos cultivos vitales para la supervivencia de tantas personas. Al mirar hacia el sur sus ojos se van irremediamente a la gigante construcción que resulta ser el Coliseo. Su escala no tiene parangón.

"Agripa tenía razón; ahora sé porque nadie se atreve a saquearlo."

Hasta el fin de los Años Dorados aquel era el estadio llamado Camp Nou, hogar de uno de los equipos deportivos más grandes del planeta. Fidelis no pudo dejar pasar por alto el potencial que ofrecía una edificación tan masiva en el centro de sus dominios; poco habían necesitado invertir para convertirla en una fortaleza inexpugnable. Una barrera metálica circunvala el perímetro del antiguo estadio dejando solo transitable un amplio carril que incluso desde esa altura se ve generosamente protegido por vigiles.

—¿Por qué el Triunvirato no escogió el Coliseo como la base de Fidelis? es mucho mayor y fácil de defender que *Nexo*.

—El corazón de Fidelis se encuentra donde debe; no estaba en manos de nadie elegir su lugar —responde el gigante, enigmático.

Justo bajo sus pies distingue lo que hace años fue una enorme pila de escombros resultantes de la explosión de una de las torres negras, ahora convertida en una suave colina dentro de la ciudad. Un puñado de árboles deshojados hunden sus raíces en ella.

La perspectiva de Barcelona ofrecida por la azotea del rascacielos negro al que llaman la *Torre del Silencio* es única: triste, solitaria pero también fascinante.

—Graba estas imágenes en tu mente porque es improbable que vuelvas

a poner los pies aquí en el futuro —golpea con el talón izquierdo varias veces el suelo—. Miles de personas perdieron la vida quemadas como si no fueran más que una plaga de roedores. Esta torre, el lugar donde descansan sus cenizas, es para nosotros un templo que nos impide olvidar quienes son nuestros verdaderos enemigos.

Blondie mira fijamente a su compañero, en silencio.

—Por eso —prosigue Bruto— aquí es donde tiene lugar el ritual de iniciación de cada nuevo miembro de los comandos de Fidelis. Nosotros somos el filo de la espada con la que el Triunvirato abatirá a aquellos que nos han convertido en una jauría de sombras obligadas a deambular por un mundo consumido —Bruto posa sus dos enormes manos sobre los hombros de Blondie—. Basta ya de cháchara; es el momento de meditar hasta que llegue el alba. En unas horas nacerás de nuevo; poco importa la persona que desapareció al arrancar los recuerdos de tu cabeza, mañana te convertirás en mi hermano. Cuando llegue la hora de la venganza, porque te aseguro que llegará, tu y yo, juntos —estruja con fuerza los hombros— bailaremos sobre las tumbas de quienes nos lanzaron al vacío.

S.XIII

La gélida noche en vela que acaba de pasar no quiere despegarse tan fácilmente de él.

Los tímidos rayos del sol ascendente no consiguen con su tibio calor desentumecerle por completo los músculos.

“*No importa.*”

Está concentrado en lo que está sucediendo a su alrededor.

Poco después del despunte del alba, Bruto le dio un codazo sacándolo sin florituras del ensimismamiento en el que llevaba sumergido desde las últimas horas de la noche.

El gigante señaló al frente. Blondie descubrió como una pequeña comitiva se reunía en la terraza superior de *Nexo*.

Ellos, al igual que Bruto y Blondie la tarde anterior, llegaron a la *Torre del Silencio* utilizando esa colosal grúa de construcción convertida en puente; según dijo Bruto, se había utilizado durante las reformas del edificio que tiempo después terminaría convertido en *Nexo*. La grúa debería haber sido desmantelada al terminar esas obras pero justo en aquellos días se desencadenó *Leviatán*, iniciando el veloz colapso de la empresa dueña del edificio. Con la ciudad sacudida por la anarquía nadie reparó más en aquella mole de metal. Gracias a esa oportuna dejadez pudo, meses después, convertirse en la única vía transitable entre *Nexo* y la *Torre del Silencio*.

La comitiva había cruzado en bloque, obligando a las estilizadas piezas metálicas que integran la grúa a gemir con estrépito, anunciando a los cuatro vientos que algo importante estaba a punto de comenzar en el rascacielos negro.

Tres personas lideraban al resto. Bruto puso nombre a cada una de las siluetas; era el Triunvirato, consejo que dirige Fidelis desde su fundación y unidos entre ellos por la figura de César: Crastino, su mano derecha; Cornelia, su esposa y Escauro, su mejor amigo.

Blondie observó con detenimiento a cada miembro que llegaba a la azotea de la *Torre del Silencio* intentando descubrir algún rostro conocido. Solo encontró el de Elpis, inconfundible en la distancia gracias a esa

cabellera rojiza.

Elpis, Cornelia y otras dos jóvenes que cerraban la marcha visten exactamente igual: túnica blanca de manga larga con un cinturón de tela purpura anudado a la cintura. El resto de presentes llevan el uniforme gris perla de los comandos de Fidelis.

Ahora mismo todos ellos rodean al protagonista de la iniciación formando un círculo.

—Aquel al que hasta hoy llamaban Blondie —la estentórea voz de Crastino le arranca de sus pensamientos— que se acerque a mí.

Mientras hace lo que le pide, observa con curiosidad el ajado rostro del triunviro: mentón cuadrado, escasos cabellos canos y una mirada inquisitiva negra acostumbrada a doblegar voluntades. Blondie baja la cabeza, amedrentado.

Una de las jóvenes vestidas de blanco acerca a Crastino una gran jarra tras una ligera señal del triunviro.

—Agáchate —ordena Crastino.

Blondie obedece. Clava la mirada en las desgastadas botas del triunviro.

—El líder que tenía que guiarnos hacia un porvenir mejor nos fue arrebatado antes de poder siquiera iniciar su titánica tarea. El país enfermo que había puesto su presente y futuro en el regazo de César se vio huérfano, desvalido; sin su luz, aquellos que intentamos ocupar el vacío, fallamos. Años después, quienes que nos despojaron de César terminaron consumando su victoria; hoy nos hayamos reunidos justo en el edificio que simboliza esa derrota definitiva. Tuvieron que morir miles de personas en aquel nefasto día que la historia apoda de la Vergüenza para arrancarnos de una vez por todas de nuestro duelo y asumir las consecuencias a nuestras flaquezas. En durante esa noche, la más oscura, cuando llegó Fidelis —calla un momento, sopesando sus propias palabras—. Desgraciadamente, ese nacimiento no marcó el final de la sangría; a día de hoy continúa. Seguimos presenciando la muerte de centenares de personas cada día a lo largo y ancho de nuestra destrozada Península —traga saliva antes de continuar—. Aunque los huesos de esos conciudadanos no descansen en este camposanto sí lo hacen sus espíritus que nos recuerdan siempre que miramos esta alta, silenciosa y decrepita torre, cuan grande y complicada es nuestra empresa.

—¡Memores sumus! —exclama al unísono el círculo.

—De la derrota —prosigue— surgió Fidelis —cierra los puños con fuerza—. Nació tan débil que pocos creyeron que sobreviviera más allá del

primer año; se equivocaron. Gracias a la experiencia ganada tras años de victorias y derrotas, Fidelis ha sido capaz de crecer en sabiduría y fortaleza. Se ha convertido en la muralla que protege a quienes buscan un futuro en este mundo desgarrado en el que nos ha tocado vivir —despliega los brazos—. Intentamos devolver la esperanza a la Península utilizando el poder de la palabra pero sabemos que no siempre se puede evitar la violencia, sobretodo cuando al otro lado tienes a un necio: el tiempo de los profetas terminó. Mientras la voluntad de Fidelis es para nuestros aliados un escudo, nuestros enemigos la ven como una espada a la que temer. El sufrido filo de esa hoja lo integran los comandos, capaces de llevar a Fidelis allí donde se vive según la ley del más fuerte.

El triunviro agarra la vasija de agua; finalizado su trabajo, la joven vuelve a su lugar en el círculo.

—Hace unas semanas Memio, miembro de uno de nuestros comandos, murió torturado a manos de quienes ya no poseen la más mínima esperanza y solo consiguen sobrevivir alimentados por el odio. Hoy estamos aquí reunidos para iniciar a un hombre que ocupe el lugar tristemente vacío —toca la coronilla de Blondie con su índice izquierdo tres veces—. Este arrodillado se eruirá convertido en una persona nueva —el triunviro levanta la jarra por encima de su cabeza—. Todos juntos damos sentido a Fidelis, una idea sin la cual estaríamos solos, abocados a la ira y la autodestrucción, como tantos otros que nos rodean —inclina la jarra encima de la cabeza agachada de Blondie. Una cortina de agua fría cae sobre el cuerpo postrado, erizando cada pelo de su cuerpo—. Él, un lanzado al vacío, vilmente mutilado y exiliado por nuestro verdadero y único antagonista, hoy recibe un nuevo nombre —el triunviro se dirige ahora a Blondie—. Debes responder a él con orgullo hasta tu última exhalación. Puedes levantarte —Crastino se lleva la palma de su mano derecha al corazón mientras aguarda a que el postrado alce la cabeza mojada—. Yo te saludo y te reconozco, como mi querido hermano Druso.

Crastino deja su lugar a Cornelia.

Solo los fieros aullidos del viento se atreven a interrumpir la magia del momento.

Los presentes se agarran las manos, solemnemente, consiguiendo cerrar el círculo alrededor del iniciado.

—Desvístete —ordena Cornelia con voz suave.

Tiritando de frío el recién nombrado Druso se quita la ropa empapada y la deja caer al suelo. La mujer transmite seguridad en cada movimiento; sus

luminosos ojos verdes buscan a alguien entre los presentes.

Elpis avanza con una toalla púrpura colgada del brazo izquierdo. La cede a Cornelia y vuelve a su lugar en el círculo.

La triunviro seca los áureos cabellos del iniciado con firmeza. Cuando termina suelta la toalla pero antes de que esta toque el suelo el viento la consigue robar, haciendo que desaparezca en el horizonte.

—Druso, el legado de César descansa sobre tus actos —Cornelia coloca las palmas de su mano sobre los ojos del iniciado—. Sé el vigía que proteja a tus iguales ante esta oscuridad que amenaza con devorarnos —desliza las manos hacia la garganta—. Lleva la voz del Triunvirato allí donde necesite ser escuchada para reconfortar al amigo y acobardar al enemigo —termina colocando los dedos índices sobre las sienes de Druso—. Que la ira y la venganza no cieguen jamás tu juicio.

Cornelia le acaricia brevemente la mejilla congelada antes de colocarse a la izquierda de Crastino.

—Ahora formas parte del Filo de la Espada, el grupo de personas que han consagrado sus vidas a la protección de Fidelis y sus miembros —la voz nasal de Escauro toma la palabra—. Fuera de aquí se te reconocerá como miembro de un comando de Fidelis pero para el resto de iniciados serás una esquirla —entrelaza los dedos de sus dos manos con fuerza—. La suma de todas las esquirlas es lo que convierte al Filo en temible; nuestro poder radica en esa unión, no lo olvides nunca —el último triunviro alarga la diestra y la tercera joven le cede un fardo púrpura. Escauro lo extiende— esta es tu túnica de iniciación —explica—, el único recuerdo físico que te llevarás de esta ceremonia que ha colocado unos nuevos cimientos sobre los que construir el resto de tu vida. Solo la vestirás en dos ocasiones: hoy, el día de tu nacimiento y en el momento de tu entierro. Recíbela pues con humildad —Druso inclina la cabeza y Escauro la deja caer sobre el cuello del iniciado. La suavidad del tejido eriza el vello de su pecho.

Elpis ocupa el lugar de Escauro. Sostiene unas tijeras plateadas entre las manos.

—Yo, Elpis, te acepto a ti, Druso, como esquirla a mi cargo —la mirada de obsidiana de Elpis le escruta con severidad—. Prometo comportarme con dignidad y hacer cumplir la palabra de Fidelis a la que ambos servimos; a cambio pido tu obediencia.

—La tienes, capitana —repite, con voz nerviosa, las palabras que Bruto le había obligado a memorizar durante la noche de vigilia—. Desde hoy, el

día de mi nacimiento hasta mi último suspiro prometo ser fiel a mi juramento.

Elpis le inmoviliza la muñeca derecha. Con habilidad recorta un extremo de esa manga de la túnica que es más larga que su hermana.

—He aquí — declama Escauro mientras Elpis levanta el trozo de tela púrpura y lo enseña al resto de presentes— aquello que siempre llevarás pegado a tu cuerpo. No solo te distingue como esquirra del Filo, es además un recordatorio de lo que has visto y oído en esta ceremonia así como de las obligaciones contraídas por ti en ella.

Elpis ata con fuerza la banda alrededor de su brazo izquierdo. Todos los presentes rompen el círculo enlazado de manos. Se llevan la palma derecha al corazón.

—Así es como termina el nacimiento una nueva esquirra del Filo — finaliza Crastino—. Que sus logros ensalcen la obra de Fidelis y ayuden a conseguir que nuestra Península renazca de las cenizas más fuerte, sabia y justa que el día en que la luz desapareció de nuestros corazones.

—¡Memores sumus!

S.XIV

—Druso —Bruto le palmea la espalda con afecto— no es un mal nombre.

—Me llamabais Blondie así que es difícil salir perdiendo con el cambio por muy raro que suene el nuevo. Por cierto, ¿Cómo los elige?

—¿Crastino? Con los años se ha convertido en un maestro de la nomenclatura; no los otorga al azar.

El pequeño grupo que había participado en la iniciación de Druso se encuentra despachando un copioso desayuno en una de las salas privadas del Triunvirato en el último piso de *Nexo*. Una gran mesa circular sirve como centro alrededor del cual se encuentran reunidos; está llena de pequeños pasteles de avena acompañados por vasos llenos a rebosar de leche de cabra y zumo de naranja. Los comensales forman pequeños corros donde charlan distendidamente. La mayoría ya han felicitado en persona a Druso y lo tratan como si se conocieran desde hace años; la recién nombrada esquirra se siente un poco cohibido pero intenta mostrarse simpático con todo el que se acerca a él.

Bruto le inspecciona de pies a cabeza.

—No te queda mal el uniforme.

Druso se mira a si mismo, aleteando los brazos. Los pantalones de paño grises y la chaqueta del mismo color le quedan algo estrechos para su gusto, en cambio el jersey de lana bermellón es caliente y agradable de llevar.

—Eso creo yo. Aunque hecho en falta mi abrigo.

—No te preocupes, en la carretera podrás recuperarlo. Pero recuerda que lo más importante es que la banda escarlata esté siempre donde debe.

Druso desliza la mano derecha hacia aquel trozo de tela lleno de significado. Ahora comprende la obsesión de todos los miembros del comando con sus bandas.

—Ya eres uno de los nuestros con todas las de la ley —unas pequeñas manos se posan en sus hombros con fuerza. Parecen garras.

—Así es, capitana.

Elpis continúa vestida con esa vaporosa túnica blanca que tan bien le sienta. A Druso le cuesta relacionar esta imagen despreocupada de su ahora superior directa con aquella otra en los Pirineos con una Elpis inmisericorde abriéndose paso a golpe de falcata.

—Lo has cuidado bien, Bruto. En cuanto termine el desayuno —hace un círculo imaginario con su dedo índice— puedes marcharte con tu familia; ya nos encargamos el resto del novato.

El rostro del gigante se ilumina.

—Gracias, jefa.

Por detrás de la capitana, aparece Cornelia; entrelaza cariñosamente su brazo izquierdo con el de Elpis. Después de felicitar de nuevo a Druso por su llegada a Fidelis se lleva, entre sonrisas y disculpas, a Elpis con el resto del Triunvirato.

—¿Familia? —Druso da un sorbo a su vaso de zumo.

Bruto baja la mirada, con timidez.

—Mujer y gemelos. Niño y niña.

Druso silba.

—Ser esquirra y padre de familia al mismo tiempo no debe de ser fácil.

—Desde que tengo uso de razón nada ha sido sencillo en mi vida — Bruto se mesa su poblada barba, inquieto—. Ahora somos hermanos y no pueden haber ciertos secretos entre nosotros. Además, tenemos en común algo que no compartimos con nadie más aquí —señala con la cabeza la puerta que comunica la sala con la única terraza de todo el edificio—. Sígueme; allí podremos hablar con algo más de tranquilidad.

Toman asiento en la amplia balaustrada de la terraza apoyando la espalda en la barandilla; justo detrás, la grúa que comunica *Nexo* con la *Torre del Silencio* se levanta más de cincuenta metros por encima de sus cabezas. El sol, ya asentado en el cielo, empieza a calentar con más intensidad esta destemplada mañana de invierno.

—Poco sé sobre mi pasado pero pienso contártelo sin omitir nada — agacha la cabeza y mira sus manos entrelazadas—. Me costó años atreverme a preguntar; solo Crastino pudo darme las respuestas que buscaba. Mi antiguo yo o como prefiero llamarlo, antecesor, era un joven oficial de Tercio encargado de liderar una columna como la que nos encontramos en los Pirineos. Él y los suyos habían ganado fama como la columna más despiadada de todo el ejército de Tercio —el gigante traga con dificultad, avergonzado—. En una importante batalla mi antecesor cayó en manos enemigas y estos lo ofrecieron a Balearia como presente de buena voluntad. Antes de poner un pie en las islas ya tenían decidido su destino —se toma unos segundos antes de continuar—. El vaciado por entonces estaba dando sus primeros pasos. Todo era nuevo y los científicos no le hicieron ascos a

tener un conejillo de indias más disponible.

Bruto se humedece los labios.

—Mi antecesor cayó en las garras del inventor del vaciado; le llaman *Hiena* —enseña los colmillos al pronunciar ese nombre con desprecio—. Siguiendo las directrices de su padre, el mismísimo presidente balear, transformó una contrastada máquina de matar en un recién nacido de dos metros de altura con más de veinte años sobre sus hombros.

Druso siente de golpe la boca seca.

—¿Te vaciaron por completo?

Asiente lentamente.

—Nuestros vaciados son muy diferentes entre si. El vaciado es un proceso que lleva siendo pulido ininterrumpidamente desde su invención; mientras el mío fue como coger una bola de demolición y destrozar un edificio hasta los cimientos el tuyo se deshizo del interior sin dejar la más mínima rascada en la pared; al menos es lo que asegura Crastino.

—¿Cómo llegaste a Fidelis?

—Después de hacer desaparecer a mi antecesor, dejaron el cuerpo en una playa de Barcelona bajo el control del Triunvirato.

—¿No hubiera sido más lógico ejecutarte? ¿O devolverte a Tercio?

El gigante sonríe con amargura.

—¿Y malgastar así una valiosa bala? Los de las islas no hacen nada sin sopesarlo bien.

Bruto sufre un acceso de tos. Druso se levanta y entra en el bullicioso salón para coger un vaso de agua. Consigue escapar de una de las simpáticas jóvenes de blanco con una rápida disculpa y regresa a la terraza.

Ofrece el vaso a su hermano. Este, mientras bebe, observa uno de los edificios cercanos.

—Gracias —da un par de sorbos más antes de continuar—. Las relaciones entre Fidelis y Tercio no pasaban por un momento mucho mejor que ahora; un año antes de mi vaciado una columna terciana, la de mi antecesor, había atacado un pueblo bajo la protección de Fidelis. La sangre corrió a borbotones y el Triunvirato pensó seriamente en declarar la guerra. Solo la Noche Triste obligó a pasar página —juguetea con el vaso—. Según los planes baleáricos si yo caía en manos de Fidelis, estos me crucificarían como pago por la muerte de tantos de los suyos. Tercio por aquel entonces luchaba por su propia supervivencia y no se podía permitir un nuevo enemigo en pie de guerra por muy querido que fuera mi antecesor. Pero la ejecución

podría convertirse en un futuro *casus belli* más que válido para un hipotético enfrentamiento entre Tercio y Fidelis. Aumentar la inestabilidad de la Península es una de las prioridades para Balearia.

—Pero el Triunvirato no cayó en la trampa —Druso le interrumpe.

—Intuyeron la jugada balear e hicieron lo contrario aún cuando no pocos entre los suyos querían verme muerto a cualquier coste. Fidelis me acogió; durante los siguientes años consiguieron, tras mucho esfuerzo e infinita paciencia, que dejara de ser un niño incapaz de poder aguantarse el pis. Con el tiempo necesario aprendí de nuevo a caminar.

Bruto calla, con la mirada fija en ese edificio.

Druso, intrigado, le imita. Entrecierra los ojos. Cree ver una linterna parpadeante en una de las ventanas de la planta superior.

Bruto levanta la mano y saluda. La luz comienza a moverse de un lado a otro, sin parar.

—Tiempo después —retoma el relato—, conocí a una mujer fantástica, mentalmente mucho más fuerte que yo; ella fue lo suficientemente amable y valiente como para dejar que me apoyara en sus hombros para terminar de convertirme en quien soy a día de hoy —sonríe ampliamente—. Tantos años después de ese día en el que mi cuerpo amaneció en la playa, he conseguido que aquellos que ansiaban verme muerto ahora me cuenten entre los suyos —gira la cabeza y mira a Druso—. Pueden estar seguros que honraré ese perdón luchando por ellos allí donde sea necesario hasta mi último aliento.

Druso asiente muy serio. Levanta la cabeza hacia el cielo y contempla, en silencio, la monumental estructura de la grúa.

—Cambiando de tema —Bruto pasa su enorme antebrazo por encima de los hombros de Druso—, esta noche cenas en mi casa. Seguro que Laia y los pequeños me asaltarán con un carro de preguntas con difícil respuesta —hace un mohín—. Tampoco estarán muy contentos con el escaqueo a última hora de anoche —zarandea con fuerza la espalda de su hermano—. En definitiva: necesito refuerzos y tú me debes una.

Druso frunce los labios.

—¿Así que ahora me utilizas como escudo? Déjame que al menos lleve mi arco por si las cosas se ponen serias.

Bruto lanza una de sus escasas pero atronadoras carcajadas.

—¿Contra ellos? No te serviría absolutamente de nada.

S.XV

—De vuelta al tajo —suspira con desanimo.

—Has tenido más de la semana de descanso que pediste así que cierra el pico, Pullo.

—Sé que no te has comido un roscó estos días y entiendo que tu frustración pero no lo pagues conmigo, tío.

Voreno resopla con fuerza mientras Agripa ríe con disimulo detrás de ellos dos.

El ascensor circula, rápida pero silenciosamente por un costado de *Nexo*. El cristal exterior de la cápsula móvil deja ver el perfil de la *Torre del Silencio* mientras se encarama hasta la zona alta del edificio.

—Elpis y Marcia nos esperan con órdenes frescas.

—¿Otro ataque a las granjas?

—No que se sepa.

Bruto se mesa la barba.

—Quizás tengamos que salir de la ciudad de nuevo.

—Puestos a elegir espero que vayamos al sur; necesito coger algo de color antes de las vacaciones de verano.

—Y lo tranquilo que estaba yo sin escuchar tus chorradas —replica el gigante poniendo los ojos en blanco.

El ascensor desacelera con delicadeza. Las puertas se abren.

—Buenos días, muchachos —Elpis les espera con el semblante serio y los brazos cruzados sobre el pecho—. Id pasando a la tercera sala de reuniones.

Las cinco esquivas entran en la habitación ocupada por una mesa rectangular que deja poco espacio para las sillas. Marcia ya está sentada y tiene compañía; el mismísimo Crastino les aguarda.

Sus ojos no se despegan de los folios que tiene entre las manos. Todo el comando toma sitio en completo silencio. Elpis es la última en entrar; cierra la puerta y se sienta a la diestra del triunviro.

—Gracias por responder tan rápido a mi llamada —Crastino al fin levanta la mirada de los legajos y la posa en el novato— ¿Cómo va tu adiestramiento?

—Bien, triunviro. Todos se esfuerzan para que mi instrucción sea lo más

sencilla y rápida posible.

Crastino asiente con la cabeza.

—Me alegro —deja caer las hojas. Apoya los codos en el filo de la mesa y entrelaza los dedos de sus manos—. Sé que nueve días de permiso son escasos después de vuestra complicada misión en los Pirineos pero Fidelis os necesita.

—Han sido más que suficientes, triunviro —sentencia Bruto mirando a Pullo.

Crastino sonríe brevemente.

—La próxima primavera se presenta como un momento clave. Quizás el más decisivo desde el Día de la Vergüenza —la mirada de Crastino viaja de uno a otro miembro del comando estudiando sus rostros, tensados después de escuchar la última frase—. Por desgracia aún es pronto para hablar sobre ello en profundidad; solo os puedo asegurar que antes de acometer esta empresa es imprescindible dejar atrás una Barcelona tranquila y ahora mismo la ciudad dista mucho de estarlo —señala con el índice a la capitana—. Es tu turno.

Elpis enciende la tableta que descansa en el centro de la mesa.

—Como todos ya sabéis, durante nuestra ausencia las granjas sufrieron varios ataques tartianos que afortunadamente terminaron en fracaso cada uno de ellos. El invierno está siendo el más frío del último lustro pero parece que no es suficiente para acabar con la ebullición que viene experimentando el Tártaro desde principios de año —un mapa 3D de Barcelona se levanta sobre la pantalla. Varios puntos rojos parpadeantes aparecen al sureste de la ciudad—. Los ataques a las granjas han sido pequeños efectos secundarios debido a esta agitación. El *Chatarrero* sale de un invierno incómodo: la escasez de comida unida a los problemas de producción surgidos a raíz del agotamiento de una de sus minas más importantes el otoño pasado, le dejan en una posición delicada. Aunque su mayor quebradero de cabeza es otro: unos de sus subalternos ha conseguido acaparar todas las medallas por la importante victoria conseguida en la guerra contra los norteños del Besós.

Desliza el dedo índice hacia la pared. El haz de luz que emite la tableta gira 45 grados hacia el punto señalado por Elpis. Se imprimen en la pared una serie de fotografías que tienen en común a un hombre aún joven, siempre en el centro de la acción.

Es delgado; la piel tostada del rostro, castigada por el contacto continuo con el sol, se pega a sus angulosas facciones como una mortaja; la mirada,

dominada por unos ojos pequeños y ambarinos, derrocha energía; los cabellos son de un pelirrojo mucho más apagado que el de Elpis; el corte de pelo es llamativo: la parte trasera del cráneo, rapada, contrasta con un flequillo extremadamente largo y grasiento colocado con meticulosidad sobre una amplia frente surcada de arrugas prematuras.

—Este es Rufo a finales de octubre —Elpis señala la fotografía— escasas semanas después de vencer a los caciques del Norte en una campaña relámpago; los tartianos los aplastaron. Puede que sobre el papel esta victoria consolide el poder del *Chatarrero* en el extrarradio de Barcelona pero como acabo de decir es Rufo el verdadero ganador. Fue una guerra rápida pero muy sangrienta —Elpis vuelve a lanzar un nuevo carrusel de imágenes a la pared; en todas aparecen multitud de cuerpos sin vida , apilados—. Una carnicería capaz de doblegar la voluntad de cualquiera. Los supervivientes norteños no han tenido más opción que aceptar las condiciones exigidas por Rufo y unirse a él —posa las dos manos sobre la mesa—. Repito: se alían con Rufo, no con el Tártaro o el *Chatarrero*.

—Esta unión nos deja en una posición complicada — dice Crastino mientras se recuesta en la silla—. Bajo otras circunstancias podríamos intentar razonar con el *Chatarrero*, como ya hicimos en el pasado pero con un Rufo victorioso a su espalda no puede permitirse mostrar el menor atisbo de simpatía hacia nosotros si quiere seguir respirando —señala con su índice las fotografías—. Con Rufo fuera de juego, la película cambia radicalmente: los norteños no tardarían en intentar invadir el Tártaro buscando venganza mientras el *Chatarrero* pondría todo su desmañado empeño y recursos en conseguir sobrevivir.

—Caos —resume lacónicamente Bruto.

Crastino asiente.

—Solo la muerte de Rufo puede generarlo en la cantidad que nosotros precisamos. Si los planes no se tuercen más de lo esperado, nuestros problemas con el Tártaro terminarán para siempre antes de final de año; pero para poder llegar vivos a verano nos es imprescindible un Tártaro sin Rufo.

Pullo levanta el brazo.

—Habla.

—¿Esta alianza entre norteños y tartianos a cuántas personas pone en pie de guerra?

—Es complicado dar un número exacto pero este no se alejaría demasiado de las veinte mil.

Voreno lanza un silbido.

—Si las granjas sufren un ataque de ese calibre es imposible que podamos preparar una resistencia con posibilidades reales de aguantar.

—Para evitar esa catástrofe estamos teniendo esta reunión —Elpis reconduce la conversación—. Nuestra prioridad número uno es eliminar a Rufo levantando el menor polvo posible —cambia a un nuevo mapa—. Esta es la antigua red de metro de la ciudad; iremos al inicio de la Diagonal donde se encuentra la parada de metro de Zona Universitaria —Pasa una y otra el índice por una sección de mapa—. Utilizaremos los túneles de la línea 9 para plantarnos, aquí, justo en el corazón de los dominios del *Chatarrero*.

El mapa desaparece. Una nueva instantánea planea sobre la sala. Es un viejo edificio gris de cuatro plantas; su perímetro está protegido por una informe barrera de piezas metálicas anaranjadas por el óxido que levantan una muralla de más de dos metros de altura. Una docena de tartanos armados con arcos vigilan, desde el primer piso, los cuatro extremos de la edificación.

—La fortaleza de Rufo.

—Hostia puta —balbucea Agripa.

—No será un trabajo sencillo —asevera Crastino— por eso el Triunvirato asigna esta misión a uno de sus mejores comandos —se levanta—. Disculpadme, otros asuntos reclaman mi atención. Elpis responderá al resto de vuestras dudas —apoya los dos puños sobre la mesa—. Insisto, debemos desmontar esta alianza entre nuestros enemigos por el único eslabón que les une: Rufo; a poder ser de la manera más limpia posible —señala la fotografía suspendida sobre la pared— pero si para acabar con él la única vía posible es haciéndole saltar por los aires junto a su maldita casa y la mitad del Tártaro, que así sea.

S.XVI

Barcelona.

¡Oh mi querida y pobre Barcelona!

Este es sin lugar a dudas el capítulo que menos útil te será, pero necesito hablarte de mi ciudad.

En realidad es la tuya también; te vio nacer aunque poco viviste en ella.

Siempre que levanto la cabeza de la pantalla del ordenador no puedo prohibirles a mis ojos que se detengan durante unos segundos sobre la fotografía que tengo colgada en el despacho. Se ve Barcelona en uno de esos radiantes días de finales de verano a los que nos tenía malacostumbrados. Esta instantánea la tomé yo mismo desde Collserola, una pequeña sierra cercana que circunvala uno de los extremos de la ciudad y que permitía capturas aéreas de la ciudad verdaderamente oníricas.

Cada vez que la miro no puedo dejar de sentir una punzada de nostalgia.

La foto data de mi segundo año de instituto. Por aquel entonces las cosas ya no marchaban del todo bien pero ¿cuándo lo habían hecho? Mis recuerdos sobre los últimos Años Dorados son cada vez más borrosos [uno de los regalos envenenados que recibes al hacerte viejo]. Esta fotografía representa mi Barcelona ideal, la ciudad en la que viví algunos de los años más felices y despreocupados de toda mi vida.

Quiero hablar sobre nuestro verdadero hogar; aunque ni tu ni yo volveremos a poner un pie en ella, visitarla a través de palabras nacidas de recuerdos es lo más seguro para mi estado mental; quizás se rompería algo dentro de mí si me reencontrara con esos edificios que durante mi niñez dominaban, con orgullo, los cielos ahora convertidos en sombras mutiladas de un pasado que se marchó para nunca volver.

El Día de la Vergüenza fue un tsunami que golpeó a todo el país pero se cebó con especial inquina con Barcelona; los desórdenes más graves sufridos en toda la Península tuvieron lugar allí.

La misma tarde del golpe de estado, al confirmarse la terrible noticia, se fue reuniendo una multitud a las puertas de dos emblemáticos edificios

negros situados en la parte alta de la Diagonal, una de las avenidas más importantes de la ciudad. Hasta aquella mañana esas dos asimétricas torres habían sido la sede central de uno de los bancos más poderosos del país. Durante la época final de los Años Dorados era común que cada cierto tiempo se concentraran activistas, armados con cucharas y cacerolas, a las puertas del complejo bancario. Con estos actos de protesta se intentaban concienciar al resto de la sociedad sobre la maldad que se escondía en el sistema bancario del que éramos, al mismo tiempo, clientes y esclavos. En el argot de los antisistema se referían a esas dos torres de cristal oscuro como Mordor; las tinieblas de los tiempos modernos expresadas mediante arquitectura.

La concentración de aquella tarde era diferente a la de tantas otras veces antes; se palpaba una rabia e indignación apenas contenida.

Antes de huir al archipiélago, el consejo delegado del banco había ordenado cerrar la pareja de edificios a cal y canto. Los manifestantes más tozudos consiguieron, después de horas de esfuerzos, desbloquear las puertas a golpe de mazo. Escasos minutos después, una generosa porción de la masa manifestante se aventuró dentro de aquellas dos torres dispuesta a rapiñar lo útil y destruir lo inservible; no podían destripar a los desgraciados que les habían traicionado pero sí arrasarlo todo lo que habían dejado atrás y asegurarse que nunca jamás pudieran recuperarlo.

Ninguna de aquellas personas que cruzaban las entradas de las torres era consciente de estar tomando posesión de su ataúd.

Hay un buen puñado de teorías que intentan explicar cómo se iniciaron los incendios de las torres, uno para cada edificio e iniciados de manera simultánea; poco importa cual de ellas es la ganadora, lo llamativo del asunto es que en todas esas ecuaciones queda desterrada por completo la casualidad.

El incendio de la torre dos, la más pequeña, se produjo en la base del edificio donde se encontraban los depósitos de gas y generadores eléctricos. Estos cumplieron con creces la función de explosivos de demolición consiguiendo que el rascacielos cayera exactamente igual a como lo haría un castillo de naipes. El veloz colapso del coloso levantó una gigantesca nube pardusca que corrompió en pocos minutos el aire de buena parte de Barcelona. En su desmoronamiento, la torre sepultó sin concesiones a todos los que dentro de ella se encontraban.

Los reacios a participar en el saqueo que habían decidido mantenerse

a distancia de las torres, sortearon el temible golpe de la onda expansiva. Los menos agraciados que habían conseguido escapar pero no suficientemente rápido fueron alcanzados por la onda, en esos momentos se retorcian de dolor tirados sobre el asfalto de la Diagonal. Los ilesos deberían haber corrido en su ayuda pero la torre uno los mantenía hipnotizados: a diferencia de su hermana aún se mantenía en pie aunque herida de gravedad; se distinguía claramente como ardía pese a las toneladas de polvo en suspensión.

El fuego iniciado en el centro del edificio se propagó en todas las direcciones. Mientras los rezagados a los que la explosión de la torre uno había sorprendido en la parte baja huían del edificio en estampida, en los pisos superiores centenares de personas se vieron acorraladas. Estos infelices, al igual que cualquier animal arrinconado, corrieron escaleras arriba intentando poner toda la tierra de por medio entre ellos y el incendio. Con esto, solo consiguieron arañar algo de tiempo a lo irreversible; no tenían escapatoria posible.

Miento. Existía una.

Después de subir a la azotea de la torre uno y comprobar con pavor como las llamas escalaban en esa dirección, un puñado de ellos se negó a esperar mansamente su turno para morir abrasados por la llamas si para entonces no habían muerto asfixiados por el denso humo que la combustión del edificio avivaba sin misericordia. Estos valientes asumieron su destino de frente; decidieron lanzarse al vacío y acortar así una agonía que el resto de compañeros de infierno aún esperaban esquivar.

A pie de calle, los supervivientes luchaban contra la densa nube de polvo tapándose la boca y nariz con un humilde jirón de tela empapada en agua. Sin posibilidad de ver absolutamente nada exceptuando el naranja intenso de las llamas, esperaron.

Y esperaron.

Esperaron a que, finalmente, todo aquello fuera simplemente una terrible pesadilla.

Pero me niego a olvidar al reducido grupo de personas que no se contentó con quedarse de brazos cruzados como el resto de los presentes: ellos lucharon con uñas y dientes, intentando rescatar a los encerrados de la azotea aún cuando parecía una empresa imposible. Alguien tuvo la brillante idea de utilizar una grúa de construcción que había sido utilizada en las reformas de uno de los edificios de los alrededores del complejo

bancario. Ese alguien resultó ser un gruista que colocó sin excesivas dificultades el extremo de la grúa, llamado punta, justo en la posición correcta. La estructura metálica amarilla rasgó la nube de polvo una decena de metros por encima de la torre uno. Los primeros entre los atrapados en darse cuenta no tardaron en avisar al resto. Los hasta entonces gritos de terror se tornaron en alaridos de celebración. Pero su salvación aún estaba lejana: una grúa no está diseñada para ser utilizada como puente. Había una ingeniera de caminos entre el variopinto grupo de salvamento quien diseñó una rudimentaria pasarela utilizando el material de construcción sobrante de la remodelación del edificio.

Comenzó un dificultoso y febril trabajo de más de diez horas; sin descanso y con más manos acercándose dispuestas a ayudar en la construcción del improvisado puente, lo anteriormente considerado imposible daba la sensación de dejar de serlo. Escasas horas previas a la llegada del alba, un aguacero comenzó a caer sobre Barcelona. La tormenta de barro y aire ralentizó a los extenuados voluntarios pero a cambio consiguió apagar los rescoldos del incendio y disipar gran parte de la niebla de polvo que tantas horas después aún seguía allí. La mañana no se había asentado por completo cuando el puente quedó transitable.

El primer grupo de socorristas llegó a la azotea con la adrenalina calmando sus molidos cuerpos.

Sus esfuerzos fueron en vano. No había nadie a quién socorrer. Les recibieron cuatro silenciosas pilas de cuerpos carbonizados amontonados en los extremos de la terraza; los cadáveres aún desprendían pequeñas volutas de vapor de agua.

A ras de suelo los supervivientes y una marea de barceloneses que se habían ido acercando al enterarse de las explosiones se mantuvieron firmes bajo un escrupuloso silencio; presentaron a los muertos sus respetos con los corazones destrozados por el dolor. La inmensa mayoría de aquellas personas habían perdido como mínimo a un ser querido el día anterior; en muchos casos aún no tenían la confirmación de esas muertes. Ya sin el humo todos los presentes podían ver, por primera vez, aquellas horripilantes heridas que no cicatrizarían jamás.

Las emborronadas imágenes de ese funesto día las tengo grabadas en la retina como casi todo aquel que por entonces tenía uso de razón.

Las televisiones internacionales durante la siguiente semana bombardearon indiscriminadamente y sin pudor las imágenes grabadas por

los corresponsales en Barcelona de las agencias de información más importantes del planeta. Un cámara avisado utilizó un filtro térmico para poder sortear la cortina de humo y captar, fotograma a fotograma los cuerpos humanos transformados en haces de luz multicolor desprendiéndose del rascacielos en llamas para impactar contra el asfalto.

La reproducción, en bucle, de los gritos desgarradores provenientes de la torre uno se convirtieron en la macabra banda sonora de aquellos días. La opinión pública mundial exigió a los organismos una respuesta que obviamente sabían que no llegaría. Con el paso de las semanas otras miserias alrededor del planeta reclamaron la atención internacional mientras la Península iniciaba el tortuoso camino hacia la nada en el que sigue tantos años después.

Barcelona se convirtió en la zona cero del Día de la Vergüenza. Miles de sus ciudadanos murieron aquella tarde dejando tras ellos familiares desvalidos, niños y ancianos.

Alguien intentó paliar la dramáticas consecuencias de ese día maldito.

Los herederos de César, abonados al fracaso desde su desaparición, transformaron el ineficaz su partido político nacido después de la marcha del gran líder llamado Fidelis. Fidelis se dispuso a tomar el control de Barcelona por medios poco democráticos pero necesarios. Dejando a un lado los incendios de las torres, Barcelona como el resto de las ciudades más importantes del país vivía en un caos mayúsculo: asaltos a comercios, violencia por doquier; frustración. Fidelis atajó todo aquello en las partes de Barcelona más ricas, donde su influencia era mayor. Para la mayoría de barrios periféricos y localidades de la zona metropolitana ya era demasiado tarde. En esas partes de Barcelona, cuya inmensa mayoría de sus habitantes eran de clase baja, ya funcionaban según sus propias normas y sistemas jerárquicos, obligados por los implacables años durante los que se desencadenaron las crisis sociales.

La situación en Barcelona tardó más tiempo del deseado en estabilizarse pero Fidelis se mantuvo perseverante creando una especie de cuerpo policial, a la que llamaron Vigiles, para protegerse de los ataques que sufrían por aquellos que perjuraban luchar por la libertad contra todo poder establecido. Chorradas; esa panda de brutos analfabetos ambicionaban arrancar de las manos de Fidelis lo que esta comenzaba a construir y que ellos eran incapaces de conseguir por si mismos.

Una de las primeras órdenes dictadas por Fidelis fue la de crear

campos de cultivo dentro de la ciudad; las mujeres y hombres de Fidelis rehabilitaron, con mucho esfuerzo, antiguas zona de recreo como el gran parque Cervantes en granjas capaces de suplir la demanda de alimentos de toda la organización y conseguir excedentes para poder aumentar, de manera escalonada, el número de futuros miembros de Fidelis.

Otra acción clave fue hacerse cargo de todos los huérfanos generados por los incendios de las torres.

Años después, analistas extranjeros aseguraron que en ese gesto había poco de compasivo. Según el discurso de estas ‘mentes’ privilegiadas, Fidelis adoctrinó a miles de niños huérfanos sobre los cuales cimentar el temible régimen totalitario que es a día de hoy. Estos rigurosos analistas pasan por alto un dato importante: la gran mayoría de esos niños fuera del paraguas de Fidelis habrían muerto en semanas. Me hierve la sangre cada vez que escucho a esa camarilla de imbéciles filosofar cuando es la vida de otras personas la que está en juego mientras ellos, embutidos en trajes caros y demasiado bien alimentados, se consideran perfectamente capacitados para actuar como jueces.

¡A quién coño le debería importar su puta opinión!

Resumiendo, Fidelis creó un oasis para miles de personas en medio de un desierto.

Fidelis está gobernada por un consejo de tres personas, al que llaman Triunvirato. Les encantan las reminiscencias romanas; tanto que muchas veces suena hasta ridículo.

El Triunvirato lo componen: Crastino la cara visible, Craso el sabio en la sombra y Cornelia. Aunque la he colocado la última en la lista es ella la más importante de todos.

Fue la esposa de César.

Hay un antiguo dicho que asegura que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer. Suena bastante trasnochado y no siempre se ajusta a la realidad pero en este caso, sí se cumple; incluso iría más allá: quizás el gran hombre se escondía detrás de la gran mujer. La visión del futuro que tenía César para el país era una obra conjunta; entre ellos dos la moldearon de una manera que es difícil saber donde terminaba la idea de uno y comenzaba la del otro. Recuerdo una divertida entrevista que concedió César en los inicios de su carrera política donde explicaba como desde el primer día de su primer año de universidad había estado obsesionado con una de sus compañeras de clase. El joven César era

consciente de la dificultad que entrañaba conseguir que una chica tan atractiva y popular como Cornelia se fijara en alguien gris y tímido como él. Por suerte para César tenían un amigo en común al que estuvo dando la tabarra durante semanas hasta que este amigo, hartado, cedió y los presentó. Cornelia vio algo en aquel apocado joven de mirada esquiva porque desde ese instante fueron inseparables; ella le dio la confianza necesaria para florecer y llegar a ser la persona que terminó convertida en la esperanza de todo un país.

Me encantaría poder hablar [puedes cambiarlo por chismorrear] con mayor detalle sobre la fascinante relación entre Cornelia y César pero como una vez dijo un gran escritor: esa es otra historia que deberá ser contada en otra ocasión.

La traumática desaparición de César dejó a Cornelia fuera de escena durante años. Solo el Día de la Vergüenza fue capaz de arrancarla de la depresión con la que había convivido desde la marcha de su compañero de viaje. Gracias a la vuelta de Cornelia, Fidelis se transformó en algo útil. Ya hace más de una década de ese día y Fidelis ha crecido. Poco a poco ha consolidado su zona de influencia en Barcelona; pese a sus esfuerzos más de la mitad de lo que antes era conocida como el área metropolitana de Barcelona está fuera de su control. Sus vecinos a norte y sur los odian profundamente y se lo tienen bien merecido: Fidelis los trata como si fueran el primo tonto con el que cargar, guste o no; excepcionalmente extraña es la ocasión en que Fidelis mantiene contactos con ellos de igual a igual; esta prepotencia tan inútil como nociva, enturbia el ambiente general en la ciudad haciendo que los enfrentamientos sean más frecuentes de lo que deberían.

En el norte, ocupando los terrenos que en mi época se conocían como Horta y Sant Andreu hasta llegar a la ciudad vecina de Badalona se encuentran los norteños del Besós; puedes apreciar como no se han devanado los sesos buscando un nombre. Desgraciadamente poco te puedo decir sobre esta gente; en Balearía es difícil encontrar información al respecto; es lógico teniendo en cuenta que la zona de control de muchos de los miembros de la abultada plantilla de jefes no sobrepasa las dos o tres de calles. La "vida pública" de estos líderes tampoco es que se alargue lo suficiente como para dejar algo reseñable a modo de legado. Alguno consigue, de manera puntual, más influencia de lo que suele ser normal por esos lares; los individuos de esta "rara avis" perjuran que acabarán

con Fidelis y conquistarán las granjas para los suyos. Obvia decir que nunca lo consiguen; son gente poseedora de temperamento y poco constante [sí, estoy tirando de tópicos para rellenar ¿Qué pasa? También lo hizo Herodoto y su público lo dio por bueno. Haz como ellos y calla].

El sur es diferente.

Desde el antiguo barrio de Sants hasta la ribera del río Llobregat y encorsetado entre Cornellà y la playa del Prat se encuentra el Tártaro. No sé de donde salió el nombre pero se ajusta a la realidad: es un agujero donde pulula lo peor de toda la Península. Solían ser igual de anárquicos que en el norte pero en últimos tiempos esos esquemas pertenecen al pasado.

El extremo más septentrional del Tártaro se encuentra en lo que antes de las crisis sociales era una de las zonas más calientes de la ciudad; por caliente me refiero a que se movía dinero, mucho dinero. Grandes edificios, algunos siguiendo un más que cuestionable estilo arquitectónico, se erigieron a principios de siglo con la ambición de convertirse en el nuevo icono de Barcelona. Los especuladores inmobiliarios, con su clásica avaricia, coronaron a esta zona como el nuevo “Down Town” para la ciudad más “cool” y “trendy” del mundo. Meses después del Día de la Vergüenza aquellos edificios tan alejados del brillante futuro para el que nacieron se encontraban completamente espoliados. En los siguientes años se convirtieron en una especie de megalíticos árboles muertos entre los que la gente se movía sin prestarles la más mínima atención; en el Tártaro nadie desea, con buen criterio, vivir con decenas de pisos y sus consecuentes toneladas de hormigón por encima de la cabeza [el recuerdo de los incendios de las torres negras sigue aún muy presente].

Pero alguien fue capaz de observarlos con otros ojos.

Esa persona era un arquitecto de razonable éxito que tuvo la desgracia de invertir todos sus ahorros y futuro en un duplex de aquel barrio con tanto potencial. Sobrevivió a duras penas durante las crisis sociales y sufrió como pocos durante los siguientes años. Solo mucho tiempo después del Día de la Vergüenza su suerte cambió radicalmente; una mañana cualquiera en la vida de este hombre, mientras vagabundeaba entre los rascacielos del Tártaro con el estómago vacío, ideó una manera ingeniosa de dismantelar esos edificios y así aprovechar los preciosos materiales que tenían escondidos en su interior aquellos colosos: cobre, aluminio y resistentes aleaciones metálicas incapaces de crearse en la Península pos

Años Dorados.

El antiguo arquitecto consiguió convencer a un pequeño grupo de tartianos lo bastante desesperados como para jugarse el tipo en las alturas arrancando del regazo de esas montañas artificiales sus tesoros.

Los mineros de siglo veintiuno.

Gracias a su pericia y una capacidad de trabajo sobrehumana el antiguo arquitecto se convirtió en el hombre más rico de toda la Península. Desde entonces se le conoce como el Chatarrero, nombre que pasea con orgullo. Gracias a él, las escasas y precarias rutas comerciales que recorren la Península ahora tienen una parada fija en ese agujero del que fluyen materiales que en otras partes son necesarios y muy valorados.

Las minas le convirtieron en poderoso y ese poder le catapultó a rey no coronado del Tártaro.

Pero no es metal todo lo que reluce [ojo al juego de palabras]; el Chatarrero es un as en lo suyo pero un completo inepto en cuanto a visión política y templanza; sus taras como líder de personas hace que el Tártaro siga siendo un lugar donde hay mucha gente que aún pasa hambre. Los famélicos en vez de mirar a su jefe en busca de respuestas lo hacen hacia el este, llenos resentimiento; exigen al Chatarrero que declare una guerra total a Fidelis y así arrebatárles sus preciadas granjas y esas torres vírgenes, repletas de metal. El Chatarrero, sorprendentemente demostrando algo de buen juicio, no termina de estar del todo convencido, dando largas a los más vehementes de los suyos.

Los tartianos sienten un orgullo extremo por sus orígenes. Viven en un lugar complicado donde crecer no es una tarea sencilla incluso para los estándares peninsulares; gracias a ello los tartianos adultos parecen fabricados del mismo acero que arrancan de esos viejos rascacielos; al menos es lo que ellos mismos afirman [entre ellos se llaman síderos; significa hierro en griego]. Tienen la peculiar costumbre de marcar sus brazos con tatuajes en cuanto llegan a la pubertad; esos tatuajes representan extrañas formas pintadas en rojo y negro de las que nadie fuera del Tártaro conoce su significado.

Dejando a un lado los metales, el Tártaro es reconocido por su leche de cabra fermentada, una bebida capaz de marearte con solo un sorbo si no estás acostumbrado a ella. Quizás porque es una de las pocas bebidas alcohólicas que permiten, si eres peninsular, emborracharte sin jugarte la vida, la leche fermentada goza de mucha fama en toda la Península. Y su

demanda no termina allí; en Balearía el brebaje tartiano está de moda entre los más jóvenes [no me preguntes cómo ha llegado la receta aquí]. La semana pasada inauguraron una coctelería tremendamente sofisticada en la acera opuesta a mi casa. Los dueños se jactan de ofrecer a sus clientes leche fermentada producida en el mismísimo Tártaro. Obviamente es mentira; ningún tartiano se rebajaría jamás a comerciar con su bebida nacional y mucho menos si es un balear quien la beberá. Si los estúpidos dueños de esta bodega mandaron a un primo aún más necio al Tártaro buscando un suministrador de leche fermentada pueden ir despidiéndose de volver a verlo de nuevo.

Los norteños del Besós y los tartianos mantienen a Fidelis encajonada en el centro de Barcelona, pero fuera de la gran urbe sigue ganando en relevancia. Sin descanso el Triunvirato ha conseguido convencer, algunas veces con buenos discursos otras directamente con el acero, a gran parte de lo que antes se conocía como la Catalunya Interior. Sigue teniendo problemas en las otras grandes ciudades pero lejos de la orilla mediterránea, la justicia de Fidelis es la que rige los destinos de sus habitantes y si no hay otro cataclismo que golpeé la Península seguirá siendo así durante mucho tiempo.

Parte II

"Fuego en las venas"

“Perdona la interrupción William, pero varias personas aseguran haber escuchado caer varios objetos pesados al suelo lanzados desde la azotea del rascacielos en llamas. El polvo nos impide confirmar o desmentirlo pero investigaremos e informaremos en cuanto sepamos de qué se tratan.”

Enviada especial de CNN presente en el incendio de las Torres Negras de Barcelona

"Para el humano solo hay un alimento más poderoso que el amor; el odio."

Frase extraída de "16 años en depresión" escrita por Cornelia Sáez

Primavera 2048

S.XVII

—Abridla.

Los goznes de la pesada y oxidada puerta chirrían lacerando los oídos de los presentes.

—¡Vamos! ¡con ganas!

Los dos vigiles encargados de empujar no dejan de maldecir entre dientes. Los tendones de sus brazos trabajan a pleno rendimiento y parecen no dar más de sí; la puerta continúa sin ceder.

Después de varios minutos sin avances, Elpis pierde la paciencia.

—Bruto ayúdales, anda.

El gigante aparta a los vigiles con un aspaviento y se pone manos a la obra. En un momento la compuerta está abierta.

—No hay nada como medir dos metros y tener unos brazos del mismo tamaño que un niño de siete años.

—Cállate, Pullo.

El comando se reagrupa alrededor de Marcia. Sostiene una tableta con el mapa de la antigua red de metro de la ciudad en su pantalla. Repasa el viaje por última vez.

—Seguiremos el túnel con dirección al Aeropuerto. Una vez allí como ya dijo Elpis, estaremos en territorio enemigo.

—Han llegado mensajes a *Nexo* esta mañana —informa Bruto—. Una partida de tartianos atacó anoche uno de nuestros puestos avanzados más cercanos a su territorio. Buscaban lo de siempre: comida y armas; fueron repelidos pero hirieron de gravedad a un par de vigiles en la refriega. Uno de ellos ha perdido una mano.

—Vamos vestidos de paisano por algo: necesitamos mantener el perfil lo más bajo posible —Elpis escruta, muy seria, a cada miembro de su comando—. Si durante nuestro tiempo en el Tártaro tenemos la ocasión de identificar a los desgraciados que anoche nos atacaron y podemos ajustar cuentas sin hacer ruido, perfecto —levanta el brazo—. Pero os aviso: nada de libertades; seré yo quien decida si la situación es propicia para ello.

—Faltaría más, jefa.

—En marcha. Tenemos por delante unas cuantas horas de caminata.

—Qué alegría —susurra irónicamente Agripa mientras se ajusta la

mochila más a la espalda.

—No entiendo como puedes tener tanto miedo a la oscuridad con lo estúpidamente inconsciente que eres para todo lo demás.

—Es mi criptonita, jefa.

Bruto le da, sin miramientos, un fuerte empujón en la espalda.

—Venga, entra el primero, Superman.

* * *

El sudor pega la camiseta interior a su piel dejando una sensación de agobio poco agradable. Contornea la espalda intentando despegarla pero sus esfuerzos son en vano. Inspira de nuevo el saturado aire mientras levanta la mirada hacia la bóveda del túnel. La linterna, enganchada con cinta aislante a su casco, ilumina el techo. Un grupo de murciélagos responden al haz de luz con un estridente zumbido. Agacha la cabeza al instante.

—¿Puedo quitarme el casco? —suplica Druso. El eco del túnel repite la pregunta, una y otra vez, durante unos segundos.

—Haz lo que quieras pero mi consejo es que te lo dejes puesto. Esas ratas voladoras cagan sin parar —la voz de Pullo está amortiguada por el pañuelo que lleva anudado a la cara y que le tapa por completo desde la nariz hasta la base del cuello—. Si no quieres acabar con esa pelambreira rubia llena de apestoso guano en dos segundos, no te queda otra que aguantar, como hacemos el resto.

—Dios mío.

—No creo que nuestro amado creador esté ahora mismo por la labor de ayudarte.

—Ni a él ni a nadie, Pullo.

—Touché.

La falta de aire puro a la que llevan sometidos durante aquellas interminables y monótonas horas está empezando a hacer mella.

—Muchachos, ya queda menos —Marcia intenta subir la moral sin demasiado éxito.

Durante la siguiente hora cada miembro del grupo avanza en completo silencio, jadeando con fuerza, esforzándose por exprimir hasta la última molécula de oxígeno de ese aire pútrido sin caer desmayado en el proceso.

Druso señala hacia delante con su índice enguantado. El túnel se expande.

—¿Otra estación?

Bruto entrecierra los ojos.

—Eso parece.

—Es la cuarta por la que pasamos —sonríe detrás de la tela manchada— ¿hemos llegado?

—Es nuestra parada —afirma Elpis.

Todos dejan escapar un suspiro, aliviados, mientras aprietan el paso.

Los últimos cien metros los cubren corriendo a lo máximo que sus asfixiados cuerpos les dejan.

Druso salta al andén el primero. Se quita el casco y lo deja caer al suelo con descuido mientras se sienta contra la pared, agotado, con la cabeza hundida entre los hombros. El sudor, ahora sin un casco que lo atenace, se precipita desde la cabeza hacia el cuello.

El resto del comando aguarda, de pie, las órdenes de Elpis. Druso se encuentra tan agotado que ni repara en ellos.

—Diez minutos de descanso —sonríe a su escuadra—. Bien hecho, equipo.

Todos imitan al novato.

Voreno saca una botella de agua; esta circula entre el grupo. Los cuchicheos y chistes malos de Pullo vuelven a oírse de fondo.

Elpis se acerca a Bruto que se encuentra deslizando el pañuelo de su cara, lleno de excrementos, con cuidado de tocar la tela lo menos posible.

La capitana se lleva la mano a las lumbares, destapa la tableta y se agacha a su lado.

—Estamos justo aquí —señala la estación en el mapa—. Casi en el centro de los dominios del *Chatarrero* —mueve el índice sobre la pantalla—. Si mi reloj no ha dejado de funcionar, está anocheciendo.

—Y nuestro contacto no aparece.

—Menudo impresentable —una voz grave les sobresalta desde el andén opuesto. Druso intenta extraer su falcata de la funda pero Marcia le inmoviliza la muñeca con fuerza.

Un hombre menudo emerge de la oscuridad con una amplia sonrisa que deja ver una dentadura llena de huecos. Posee una desgredada mata de pelo que mantiene sujeta a la sien con una bandana escarlata. La melena cae encima de una capa pardusca que tapa casi por completo su cuerpo.

—¿Hemos tardado demasiado, Mecenas? —Elpis se lleva la diestra al corazón. El recién aparecido la imita.

—¿El comando de Elpis impuntual? Antes arde Balearia —carcajea con ganas mientras cruza las vías con agilidad—. Vine con tiempo por si las moscas —señala al techo—. Últimamente las cosas estaban bastante tranquilas hasta que ayer por la noche se calentaron algo.

—Un puñado tartianos se presentaron en nuestra zona buscando problemas.

Druso suelta la empuñadura de su espada; Marcia le libera la muñeca.

—¿Y este quién es?

—Druso —espeta Pullo— la flamante esquirla recién aterrizada sobre nuestro regazo.

Un rictus recorre la cara de Mecenas, mientras examina rápidamente al resto del comando.

—¿Memio?

Elpis asiente. Mecenas escupe por uno de sus huecos dentales.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses y medio. En los Pirineos.

El melenudo gruñe.

—Decías que el ambiente estaba tranquilo —Bruto le hace un gesto para que se acerque más.

—La calma antes de la tormenta —Mecenas toma sitio junto a Elpis.

—No dejaremos que estalle.

—En eso estamos todos conformes —comienza a estudiar el mapa.

—¿Quién es? —Druso susurra al oído de Marcia.

—Forma parte de un comando especial; la élite dentro de la élite. Son los ojos y oídos de Fidelis en territorio enemigo.

—¿Dónde están el resto de sus compañeros?

—El que formen parte de un comando es algo metafórico. Son lobos solitarios; es muy posible que hayan pasado juntos menos días de los que tú llevas con nosotros.

—Atención, escuchadme todos —vocea Elpis—. Desde este momento hasta que volvamos a casa la palabra de Mecenas tiene el mismo valor que la mía.

Mecenas hace un aspaviento restando importancia.

—Haznos un resumen de lo que nos vamos a encontrar —le pide la capitana.

—Será un placer —clava su índice en la pantalla—. Estamos aquí. El piso franco que os he preparado se encuentra a unos 500 metros al oeste, justo en frente de la fortaleza de Rufo. Desde allí podremos controlar todos los movimientos importantes y decidir el mejor plan de ataque—Mecenas observa con calma a todos los miembros del comando—. Os aviso: no será nada fácil hacerle caer. Nadie llega a controlar al *Chatarrero* y al mismo tiempo dobliga a los caudillos del norte sin ser un pedazo de hijo de puta con mucha sesera entre los hombros.

—¿También ha tenido un kilo de suerte, no? —se aventura Agripa

—La suerte hay que buscársela, chaval y Rufo no es de verlas venir.

—¿Habrá algún tartiano importante que deseé verle muerto y esté dispuesto a ofrecernos ayuda, no? —pregunta Voreno.

Mecenas dibuja una enigmática sonrisa en sus labios.

—Permíteme que responda con un ejemplo. Rufo es como el Moisés que lidera a los judíos en su huida de Egipto; en este preciso momento se encuentra delante del Mar Rojo, dispuesto a abrirlo por la mitad y salvar así a su pueblo de la terrible venganza del faraón —acerca y aleja las palmas de sus manos repetidas veces—. Que Rufo consiga separar sus particulares aguas o fracase estrepitosamente es lo de menos en este momento; la importancia radica en que la gente del Tártaro está completamente convencida de la capacidad de Rufo para conseguirlo y le ofrecerán toda la ayuda que precise —se rasca ligeramente el mugriento mentón—. Claro que hay tartianos más o menos importantes con ganas de hacerle desaparecer pero se encuentran escondidos como alimañas entre las masas que besan el suelo que pisa —Mecenas señala a Voreno—. Te aseguro que Rufo sabe perfectamente quienes son y está esperando a que den un paso demasiado atrevido para borrarlos del mapa. Detrás de esos ojos amarillos tan desagradables hay un cerebro que funciona a una frecuencia por encima de la media y todos en el Tártaro son conscientes; a día de hoy absolutamente nadie apoyaría a Fidelis contra Rufo —sentencia—. Tanto para sus enemigos como aliados somos, a todas luces, el caballo perdedor.

—Rufo es más inteligente que nosotros, pero si nos movemos rápido y atacamos con fuerza y precisión, caerá —apostilla Elpis con energía.

Mecenas se encoge de hombros.

—No veo porqué no. En el pasado ya nos enfrentamos a enemigos hábiles y vencimos —se frota las manos—. Os pido que respetéis a Rufo no que le temáis. ¡Somos esquirlas del Filo! No tenemos igual a la hora de hacer

el trabajo sucio que necesita está maldita península para no acabar de aniquilarse a si misma. Absolutamente nadie, incluido Rufo, se mantendrá en pie si se cruza en nuestro camino.

Todos asienten en silencio llevándose el puño derecho al pecho.

—Menudo discursito os acabo de encasquetar —remueve la cabeza, avergonzado—. Acompañadme al exterior; os enseñaré el cuchitril medio derruido donde viviremos hasta que pongamos a ese maldito tartiano a criar malvas.

S.XVIII

—¡Afloja el paso, muchacho! ¿Tienes hambre? Estás de suerte ¡Por mucho que busques no encontrarás un estofado tan delicioso como este! —el mercader agarra la manga de Druso mientras le ofrece una cuchara de madera rebosante de guiso—. Prueba, prueba.

—Ni si te ocurra hacerle caso —Mecenas golpea el cubierto y lo lanza por los aires desparramando su contenido encima del tendero— ¡La puta que te parió, Pablo! Me pregunto porqué aún no te he clavado mi daga en el estómago después de la diarrea que me provocó el veneno ese que vendías como sopa de verduras la semana pasada.

El cocinero cruza los brazos sobre el pecho con cara de pocos amigos.

—¿Estás muerto? Pues entonces no hay nada de lo que discutir.

Avanzan con lentitud por el abarrotado Mercado Central del Tártaro. El bullicio es ensordecedor entre los gritos de los vendedores y los repiqueteos de las herramientas de los mineros que, no demasiado lejos de allí, dismantelan la estructura de un gran edificio de los Años Dorados que aún ofrece sombra al mercado.

—Hacia siglos que no veía por aquí a un hombre tan apuesto como tú — una encantadora joven de no más de quince años se abalanza sobre el cuello de Druso— ¡Si es que eres hasta rubio! —le acaricia un mechón de pelo. Su manera sonora de pronunciar las eses divierte a Druso—. Veo que te gusto — guiña el ojo con un desparpajo impropio de su edad—. Acompáñame —estira de la muñeca de Druso con decisión— y te enseñaré porque me llaman la perla de Mercado Central.

—Lo siento preciosa, este no juega en tu liga —responde Mecenas.

Druso se despega de ella con cuidado sin dejar de sonreír. Previsor, comprueba la bolsa que pende del cinturón de su pantalón.

—Si te van los tíos —insiste la adolescente sin darse por vencida aunque el dúo ya se aleje— conozco a alguien que te volverá completamente loco.

Caminan a trompicones, apartando a los parroquianos que curiosean delante de las paradas sin importarles lo más mínimo el tapón que generan.

Druso no ha visto nunca tanta variedad de colores, joyas, pieles y cualquier cosa que se pueda vender. Los puestos, al igual que los pasillos entre ellos, parecen incapaces de soportar tal cantidad de objetos, pero

desafiando las leyes de la física, lo hacen.

Le parece un sacrilegio comparar este mercado con los que ha visto en la parte de la ciudad controlada por Fidelis.

Las calles adyacentes al mercado se encuentran en el mismo estado que cualquier otra del Tártaro: sucias y destartaladas, pero entrar en esa plaza significa viajar a un lugar situado a miles de kilómetros de distancia, destilando un encanto incapaz de encontrarse en otro lugar en la ciudad.

"Ahora entiendo porqué la mitad del Tártaro se empeña en pasar aquí todo el tiempo posible"

—¡Cuánta gente! —grita Druso a su acompañante.

—Se acerca el buen tiempo.

Entre el mar de cabezas ya divisan su destino: un colorido toldo naranja bajo el cual sirven la proclamada por muchos como la mejor leche fermentada de cabra de todo el Tártaro.

—¡Ya verás qué delicia! —promete Mecenias mientras señala el puesto — El *Chatarrero* no bebe otra leche que no sea la que sale de aquí.

El puesto se encuentra igual de concurrido que el resto del mercado. Con paciencia y algún que otro codazo consiguen llegar.

Un hombre alto y calvo les hace señas con las manos. Está sentado en una de las escasas y muy solicitadas mesas situadas alrededor de la barra.

—¡Félix! —Mecenias abre los brazos y se funde en un sentido abrazo con él— ¿Cómo te ha tratado el invierno, viejo granuja?

—Mejor que a ti —le señala la boca—. Veo que has perdido un par de tus dientes en mi ausencia.

—Capullo —le golpea amistosamente en el pecho.

—¿Quién es tu nuevo amigo?

—¿Este? Yo le llamo Eriksen —se encoje de hombros—. Se empeña en no decirme su nombre verdadero.

Los recién presentados se estrechan la mano con fuerza.

—La verdad es que sí que parece del norte.

—De mucho más arriba de donde acabas de llegar tú.

Félix aporrea, divertido, la pequeña mesa de madera haciendo que el líquido de su vaso se balancee peligrosamente.

—Sin duda, Gonzalo, sin duda.

—¿Has hecho algo de provecho fuera de nuestra querida metrópolis?

El mercader pone los ojos en blanco mientras suspira.

—Poco. Demasiados kilómetros en mis piernas, escaso beneficio y no

poca hambre.

—¡Mentiroso! ¡Tú no te has saltado una comida en los últimos diez años! —maldice en voz alta— Todos los mercachifles os quejáis de vuestra pobreza mientras contáis las magras ganancias del día.

—Si no me crees ¿Para qué preguntas? —se queja a gritos.

—Estoy seco. Déjame que moje el gazzate y luego hablamos sobre tu supuesta mala fortuna.

Mecenas se acerca a la barra empujando, sin delicadeza alguna, a un par de hombres con cara de pocos amigos. Estos, gesticulan airadamente con sus brazos tatuados pero no van a más. El melenudo les ignora.

—Dos jarras de lo mejor que tengas, Alberto —deja caer un par de trozos metálicos sobre la barra— el sol cada día calienta un poco más, estamos vivos para poder disfrutarlo y eso merece ser celebrado.

El mercader señala con la barbilla al acompañante de su amigo.

—¿Te ha comido la lengua el gato o qué?

—Solo hablo cuando tengo algo interesante que decir.

Su interlocutor frunce el ceño y se mantiene en silencio hasta que vuelve Mecenas con tres jarras. Las deja sobre la mesa.

—¿De dónde dices que ha salido este, Gonzalo?

—Paradójicamente viene del sur.

—¿Valencia?

—Málaga —le corrige.

—Ahora todo encaja ¿Aún quedan de los tuyos por allí?

—Pocos —responde, evasivo—. Decidí probar suerte en el norte.

—Si sabes como utilizar una espada estás en el lugar indicado —baja la voz—, y no tendrás que esperar demasiado para demostrar tu habilidad con ella.

Mecenas despega sus labios de la jarra, interesado.

—¿Problemas?

—De vuelta al Tártaro hice una parada en el Besós —el comerciante se acerca más a su amigo—; escuché algunos rumores: los que mandan allí están dándole vueltas a eso de la unión con Rufo.

—¿No tuvieron suficiente con la paliza que les dimos en verano?

—Ya sabes como son, Gonzalo: sangre caliente y poca mollera. Una mezcla peligrosa.

Mecenas se revuelve en el asiento de madera, preocupado.

—¿Simples chismorreos o es cosa seria?

Félix mira con disimulo a los costados y baja aun más la voz.

—Quienes me lo dijeron no eran unos muertos de hambre.

—¿Aún tienen gente con la que defenderse? —Mecenas eructa sin pudor — les diezmaron hace menos de un año; oponerse de nuevo a Rufo pero esta vez con un ejército lleno de niños y viejos es un suicidio.

Félix asiente.

—Incluso los paletos del Besós han llegado a la misma conclusión. Esta vez no se enfrentarán al Tártaro solos; los rumores dicen que llevan todo el invierno forjando nuevas alianzas —apura su vaso de leche antes de continuar—. Han conseguido convencer a otros con menos luces aún.

El melenudo le observa con sorpresa. Al instante deja ver sus escasos y amarillentos dientes tras una sonrisa aviesa.

—¡No me lo digas! —entrecierra los ojos— No han tenido que viajar demasiado lejos para encontrar ayuda —murmura— pero lo suficientemente como para que la fama de Rufo no los ahuyente —chasquea los dedos— ¿El Corredor?

—¡Bingo! —el mercader aplaude.

Mecenas, satisfecho consigo mismo, le da un largo trago a su jarra. Félix observa a su amigo con respeto y admiración.

—No pones un pie fuera de Barcelona desde hace años y aún así pocos en el Tártaro están mejor informados que tú.

—Gracias a buena gente —Mecenas le palmea la pierna amistosamente —, como tú. Vosotros salís, os jugáis el cuello y luego volvéis, casi siempre de una pieza, para mantenerme al tanto de lo que sucede lejos de este vertedero.

Félix hace una ligera reverencia.

—Entonces creo que estoy en mi derecho de exigir un pago justo por el sacrificio; no pido demasiado, con una buena y sencilla borrachera me conformo.

Mecenas le guiña el ojo. Levanta la mano y chasquea los dedos intentando llamar la atención del tendero.

—Eso está hecho, viejo amigo.

* * *

—¿Desafiarán al Tártaro tan pronto? Cuanto más lo pienso, menos sentido tiene.

—Es plausible —Mecenas manosea la cáscara vacía de la almendra que se acaba de comer— Si yo he conseguido enterarme ten por seguro que Rufo está al tanto de los movimientos de sus supuestos aliados —deja la cáscara y entrecruza los dedos sobre la mesa—. De confirmarse, afectará a nuestros planes.

Elpis comienza a pasear por la calamitosa habitación donde se halla reunido el comando al completo. Llevan ya tres semanas viviendo en el sexto piso de un pequeño edificio que tiene más de sesenta años de antigüedad no demasiado bien llevados; esas maltrechas paredes son un lienzo donde se relatan historias cotidianas de aquellos casi tres cuartos de siglo de existencia.

Las esquiras salen poco de allí.

Sus escarceos los hacen siempre en parejas para estirar las piernas y palpar el ambiente del Tártaro. Mecenas suele acompañarles y les enseña los entresijos de aquel lugar tan cercano pero a la vez tan diferente a la zona controlada por Fidelis.

—Rufo no dejará pasar la oportunidad de atacar primero —la capitana muerde la uña de su pulgar derecho—. Llevar la guerra al territorio enemigo y que sufran el desgaste en sí ya representa una pequeña victoria.

Mecenas asiente en silencio; posa sus ojos sobre el plano del Tártaro clavado en una de las paredes. Desde la llegada del comando llevan dibujando un plan encima de otro sin conseguir dar con el correcto.

Es desalentador.

—¿Por qué quieren tocarle las cosquillas a Rufo después de recibir semejante paliza? —se pregunta Pullo en voz alta.

—Parecen incapaces de asumir que perdieron. No puedo negar que me sorprende mucho que consiguieran convencer a los caciques del Corredor; como buenos vecinos nunca se han llevado demasiado bien.

—Querrán ver de qué pasta está hecho nuestro pequeño loco.

—Los destripará —gruñe Bruto mientras estira sus largas piernas bajo la mesa.

Marcia toma la palabra.

—¿No sería una buena oportunidad para Fidelis esperar a que se desangren mutuamente? El Corredor lleva siendo un tapón para la expansión de Fidelis por la costa Brava desde siempre; quizás Rufo pierda a muchos de los suyos intentando tirar abajo ese muro.

Elpis deja de pasear y vuelve a sentarse.

—El triunviro lo dejó terminantemente claro: para principios de junio Rufo tiene que estar muerto —la capitana frunce el ceño— a cualquier precio.

Agripa estornuda con fuerza.

—No tiene sentido malgastar tiempo pensando en esa maldita guerra. Tenemos que rompernos la cabeza descubriendo de una vez cómo asesinaremos al cabrón —Pullo señala el gran ventanal de la sala que ofrece una panorámica lateral del edificio donde Rufo ha ocupado como hogar—. Tan cerca nuestro y tan jodidamente protegido.

—El tiempo se nos acaba —Druso se restriega, cansado, la mano derecha por la cara—. Hay que decidir un plan ya.

Una algarabía procedente de la calle interrumpe la conversación del grupo. Agripa se abalanza sobre la desvencijada balaustrada del ventanal.

—¡Cierra! ¡Cierra! ¡Cierra! —gritan un coro de voces.

—Oh, oh —murmura, lacónico, Mecenas— problemas.

Decenas de hombres y mujeres abandonan a la carrera la fortaleza de Rufo; se dispersan en las cuatro direcciones.

No dejan de gritar la misma palabra, una y otra vez. A su paso más voces repiten la proclama y sus dueños se unen a la diáspora. Druso observa los bloques contiguos y descubre como en sus ventanas y terrazas se arremolinan los habitantes de los pisos, excitados. La gran mayoría grita con energía.

—¿Pero qué cojo...? —Comienza a maldecir Voreno.

Mecenas le agarra del hombro con fuerza para que calle.

—¡Cierra! ¡Cierra! ¡Cierra! —aparece un hombre en la entrada de la guarida de Rufo con una potente voz y ayudado por un megáfono repite la palabra hasta que llega al centro de la calle—. Hermanos síderos ¡hemos sido vilmente traicionados! Hace menos de un año, yo mismo os llamé a las armas; muchos respondisteis a esa llamada. Rufo nos guió en la batalla y destrozamos a los caciques del Besós —el Tártaro al completo parece rugir en este preciso momento —¡Los aplastamos!— levanta las manos y el rugido crece— pero no los exterminamos aún cuando pudimos hacerlo sin pestañear. En cambio, les dimos la oportunidad de unirse a nosotros y formar parte de la caída de los malditos romanos que nos tiranizan desde hace demasiado tiempo— el megáfono genera un chasquido agudo y molesto que obliga a Druso a taparse los oídos. El pregonero pelea durante unos segundos pero

consigue acallararlo—. Acogimos a los del norte como hermanos en la lucha contra nuestro enemigo común; nos dieron su palabra y eso fue suficiente para nosotros —coge aire— ¿Sabéis qué hicieron durante el invierno esos malnacidos? Arrepentirse del juramento dado. En vez de prepararse para ayudarnos en verano como era lo prometido, comenzaron a conspirar — empieza una lluvia de abucheos—. Se fueron más al norte para convencer a los caciques del Corredor del peligro que suponemos para el resto —el orador se palmea el pecho con la mano libre — ¡Nosotros! ¡Los únicos que hemos conseguido acobardar a los romanos! ¿Podemos acaso ser nosotros el problema? —una tormenta de noes responden a la pregunta— ¡Solo los hijos del metal serán capaces de destrozarse las cadenas con las que tienen secuestrada Barcelona esos puñeteros romanos! —El vocero baja el megáfono y estira los brazos en horizontal mientras el griterío no deja de crecer.

Agripa se mofa del pregonero imitando sus movimientos; nadie del comando le hace caso.

Hay movimiento en la entrada del edificio.

El rugido del Tártaro cesa en cascada, sabedor de quien se acerca. En la puerta de la fortaleza aparece de entre las sombras un hombre delgado, con tatuajes cubriendo sus antebrazos al estilo del Tártaro: finas líneas negras y rojas entrecruzándose una y otra vez, dibujando una extrañas e hipnóticas figuras. Los movimientos del recién llegado son apresurados; ansiosos; el largo flequillo pelirrojo se balancea al ritmo de sus pasos.

—Ahí está nuestro querido amigo —señala Mecenás.

Rufo arranca sin miramientos el megáfono de las manos del vocero.

El Tártaro aguarda sus palabras sosteniendo la respiración.

Rufo acerca los labios al aparato.

—Habrá guerra —su voz es aguda pero desprende poder; magnetismo—. Marcharemos una vez más al norte y les recordaremos qué sucede cuando no se cumple con la palabra dada. Volverán a saborear su propia sangre una vez más, pero ahora no habrá piedad alguna que frene mi brazo.

El caudillo deja caer el megáfono al suelo y desaparece dentro de su fortaleza con la misma premura con la que llegó. El Tártaro vuelve a rugir a pleno rendimiento; las voces retumban en las paredes del edificio donde el comando no pierde ojo a lo que sucede bajo sus pies. El vocero con el megáfono otra vez en su poder termina el trabajo.

—Mañana al alba nos pondremos en marcha, hasta entonces preparad

las armas, coged provisiones y aguardad alrededor de Mercado Central. ¡En el Besós habrá pillaje para todos! ¡Ajustaremos las cuentas con los norteños y volveremos cargados hasta casi no poder dar dos pasos seguidos! ¿Hay algo más hermoso, síderos?

—¡Cierra! ¡Cierra! ¡Cierra! —vuelven los gritos que ahora ya no cesan.

Elpis se despega del marco de la terraza. Está nerviosa.

—Esto lo cambia todo —la capitana arranca el plano de la pared y lo lanza al suelo con furia.

—No te dejes llevar, Elpis—Mecenas intenta apaciguarla—. Los hechos nos obligan a dejar atrás las dudas y olvidarnos de diseñar el plan perfecto al que, seamos honestos, nunca hubiéramos llegado.

—Tiene razón, jefa —reconoce Pullo— nos estamos volviendo locos repasando una y otra vez este maldito mapa —lo pisotea con gusto.

Elpis los observa con cara de pocos amigos.

—¿Entonces el plan es matarlo en campaña, sabiendo que estará siempre rodeado de tartianos?

Mecenas sonríe.

—No estará protegido por muros infranqueables como los que tiene ahora su fortaleza —apoya las dos manos sobre la mesa—. En las batallas siempre aparecen momentos caóticos; una simple flecha puede hacer el mismo trabajo que tres kilos de explosivos —su pulgar señala el ventanal—. Creedme, tendremos como mínimo un par de oportunidades claras para acabar con él. No tiene que ser un trabajo perfecto, simplemente hay que matarlo ¿acaso la guerra no se basa en eso? Quizás muera a mano de los norteños y solo tengamos que ponernos cómodos para verle ahogarse por su propia sangre —se sienta en la silla más cercana. Coloca sus pies sobre la mesa y se balancea, satisfecho—. Puede que esta guerra sea un regalo caído del cielo.

—Espera un momento, ¿tu propuesta es que vayamos al norte con los tartianos y luchemos a su lado? —pregunta Voreno sin acabar de creerlo. Mira muy serio al resto de sus hermanos esperando a que alguno se pronuncie — está loco ¿verdad?

Mecenas estalla a reír, con tanta fuerza que termina cayendo al suelo. El golpe ha tenido que doler; aún así continua riendo, bordeando la histeria.

Se unen a él Pullo y Marcia.

Al final todos, incluido Bruto, terminan contagiándose de la risa de Mecenas; sus carcajadas consiguen que el ruido atronador del exterior quede

sepultado entre esas cuatro deslucidas paredes.

S.XIX

El cielo, oscuro como la muerte, descarga sin compasión un aguacero que amenaza con no tener fin.

Las miles de personas llegadas del Tártaro en busca de venganza permanecen en pie; hieráticas; en silencio. Se mantienen muy cerca los unos de los otros, como si al hacerlo la tormenta que les está azotando calara menos.

—¡Ahí están! Aterrorizados; escondidos en su madriguera como conejos —Rufo escupe al suelo con rabia. Las incontables gotas de lluvia que se estrellan contra la frente desnuda se encauzan en su puntiaguda nariz para precipitarse después hacia el vacío—. No tienen los huevos suficientes para apechugar con las consecuencias desencadenadas por sus rastreros actos — señala a su espalda; la empalizada enemiga se dibuja en el horizonte, borrosa por la densa cortina de agua; a lo largo de todo el perímetro defensivo norteño se distinguen con dificultad las ventanas de los edificios más cercanos a la muralla iluminadas con velas—. Me traicionan y ahora ruegan en busca de mi comprensión.

Las tropas aguantan el mal humor de su jefe con la misma entereza que muestran ante la lluvia que los empapa sin consideración.

El líder indiscutido del Tártaro recorre la vanguardia de sus fuerzas pateando el suelo enfangado con furia. Tiene la voz afónica; rota después de haber ladrado órdenes, ininterrumpidamente, desde que dejaron atrás el Mercado Central. Unos voceros repartidos por todo el frente repiten su discurso para que hasta el último individuo de la gran masa gris que resulta ser el ejército del Tártaro escuche cada una de las palabras que pronuncia su comandante.

—La primavera acaba de llegar y con ella deberíamos ultimar el ataque a Fidelis —grita de pura frustración—. La realidad es otra; nos encontramos aquí, en el norte, para recordar a esa chusma los juramentos que me hicieron hace unos meses —se detiene de golpe— ¡Ni un maldito año han podido mantener su palabra! —clava la punta de su falcata en la anegada tierra con violencia—. Pueden patalear como niños pequeños cuanto quieran. Ellos mismos han sellado su destino —da la espalda a su ejército y desafía al enemigo que se mantiene protegido detrás de las defensas a varios centenares

de metros. Rufo se ve obligado a entrecerrar los ojos ante la cantidad de agua que cae sobre él—. Ellos y nadie más que ellos me obligan a esto —se dice a sí mismo. Recupera su falcata y levanta la hoja hacia el tenebroso cielo— ¡No recibirán de mí o de mi gente algo que no sea acero afilado!

La masa oscura grita con fuerza, despertando finalmente. Druso y Pullo lo hacen con la misma intensidad que el resto.

Druso busca entre los rostros cercanos a Elpis y Marcia; Mecenas y Voreno.

No tiene suerte.

Cuando se unieron al ejército de Tártaro lo hicieron en parejas para evitar llamar la atención como grupo. Todos marcharon al norte menos Bruto y Agripa. Ellos se quedaron atrás como plan B: si durante esa campaña el resto del comando moría y Rufo conseguía volver vivo y coleando al Tártaro ellos se encargarían de cumplir las órdenes del triunvirato sin importar el coste.

Druso echa mucho de menos a Bruto.

Pullo es agotador. Que no calle un segundo es molesto pero no lo peor; ha cogido la fastidiosa afición de involucrarlo en todos sus líos amorosos, los cuales no suelen terminar bien.

Le sorprende la gran tolerancia a la frustración de Pullo, totalmente convencido de poder transformar ‘no’ en ‘sí’ siempre que siga insistiendo con tacto. Aún así, Druso prefiere tenerlo a su lado dando dolores de cabeza antes que volver a estar sólo.

"Nunca más"

Los veteranos comienzan a dar órdenes.

Quieren que las huestes se desplieguen antes de avanzar para que los proyectiles enemigos lo tengan más difícil a la hora de acertar.

—No creo que sea necesario. Con este tiempo los arcos resultan demasiado imprecisos a distancia —Pullo mata el nerviosismo sacando y metiendo, con el pulgar, la falcata en la vaina—. No hay mucha estrategia posible: cargamos a toda velocidad rezando por no recibir una flecha enemiga, escalamos y a trabajar con el acero.

—Será una matanza —reconoce con hastío Druso.

—¡Los aniquilaremos! Mañana ni una de esas ratas estará en este mundo —exclama una espigada mujer a su lado; la mirada de loca y la mandíbula desencajada aconsejan a Druso de separarse, con disimulo, unos cuantos pasos de ella—. la victoria de hoy servirá para que el resto de caciques del

Besós vean lo que les espera; hacerle una promesa a Rufo es sagrado — zarandea la cabeza con brusquedad— ¡Sagrado!

Pullo levanta una ceja mientras la observa con atención de arriba abajo.

—Amén, hermana.

Las primeras filas salen del letargo; se mueven.

El suelo comienza a retumbar al ritmo creciente de los miles de pies golpeando el suelo embarrado.

Un rayo cruza el cielo, alejando por un instante la oscuridad reinante. El trueno que llega segundos después es demoledor, preámbulo de la irremediable batalla que está a punto de comenzar.

El ejército del Tártaro vuelve a gritar con fuerza, armas al aire.

Aparece un nuevo rayo seguido de otro trueno.

Más gritos tartianos.

Es sobrecogedor.

Los veteranos les exigen a gritos que corran más rápido. La empalizada crece en altura a cada paso que dan en su dirección.

La vanguardia tartiana, compuesta por múltiples grupos de voluntarios, avanza al frente cargando sobre sus espaldas las largas escalas con las que Rufo pretende conquistar las defensas enemigas.

Un ligero zumbido recorre la muralla de madera al completo.

Cientos de arcos norteños cantan al tiempo que expulsan el mismo número de flechas.

Las saetas caen en picado sobre la masa tartiana en movimiento; hieren a lo largo de toda la línea pero no consiguen detener el empuje. No pocas flechas se clavan en el suelo sin haber conseguido acertar.

Pullo y Druso presencian como la mujer que antes les habló recibe un flechazo en la frente. Se desploma sobre el suelo, petrificada. Pullo gira el cuello hacia atrás, la sigue con la mirada mientras es pisoteada y absorbida por la marea de tartianos que avanzan detrás de ellos. Devuelve su atención al frente.

—¡Están apuntalando las escalas a la muralla! —grita alguien delante de ellos. Una ovación recorre el bando del Tártaro, que sigue aumentando la velocidad.

Una nueva oleada de flechas golpea a la masa humana.

Más quejidos.

Lo que aún no pueden ver la mayoría de los asaltantes es como los voluntarios encargados de portar las escalas, conseguida la primera parte de

su trabajo, son recibidos por los defensores con agua hirviendo; centenares de ollas dejan caer su contenido a lo largo de toda la empalizada. Mientras los miembros de la vanguardia tartiana se retuercen de dolor, abrasados, las primeras hileras de camaradas llegan a su posición y, sin prestarles la más mínima atención, se encaraman en las escalas dispuestos a llegar hasta el enemigo lo más rápido posible. El frenesí y la supervivencia personal se imponen al resto de sentimientos.

Los defensores siguen disparando salvas de flechas a un ritmo frenético. Como decía Pullo, la lluvia y los arcos no son una buena combinación pero la defensa de los norteños es desesperada; son conscientes que solo repeliendo el asalto pueden sobrevivir a la venganza de Rufo.

La presión de los atacantes a lo largo de toda la línea de escalas hace que los primeros vástagos del metal coronen la muralla; allí les esperan los defensores norteños, preparados para repelerlos acero en mano. Empiezan a volar cuerpos sin vida desde la cima de la muralla de madera.

Las órdenes de los veteranos, los ánimos entre camaradas, los aullidos mezcla de dolor y sorpresa de los heridos, los insultos al enemigo y las súplicas de los moribundos; todos estos sonidos se mezclan para crear una compleja y salvaje canción de guerra bajo la cual los dos bandos se enzarzan en una pelea de la que solo puede surgir un vencedor.

Druso comienza la ascensión por una de las escalas con Pullo detrás.

—¡Joder! —el siniestro siseo de una flecha rozando su oreja derecha le eriza la piel y dispara los latidos de su corazón.

Unas cuantas astillas de madera desgarran la piel de sus manos obligándolo a olvidar la saeta que casi atraviesa su cráneo. Solo puede seguir maldiciendo entre dientes mientras continúa escalando.

Las escalas están burdamente construidas pero llevan a cabo su función principal: aguantar el peso de treinta personas mientras estas intentan subir quince metros por encima del suelo. Un pequeño número de ellas terminan quebrándose y dejando caer sobre suelo encharcado a sus ocupantes.

La de Druso no es una de esas; se arquea y gime como la que más pero se mantiene de una sola pieza.

La vaina de su arma le golpea la rodilla a cada nuevo peldaño que conquista; el peso del arco a su espalda le reconforta.

—Un último empujón —le anima, entre resoplidos de esfuerzo, la voz de Pullo desde su retaguardia.

Alguien le agarra la muñeca derecha y tira con fuerza hacia arriba.

—¡Al tajo, muchacho! —le espeta un veterano de barba hirsuta y gris en el mismo instante en que toca con los dos pies la muralla. Le salpica saliva a la cara a cada sílaba que ladra con agresividad— ¡Mata al menos un par de estos hijos de la gran puta sin palabra por mí!

Druso estudia la situación de la batalla como le había enseñado Bruto durante su instrucción: los norteños están defendiendo con uñas y dientes la empalizada pero la venganza del Tártaro se está imponiendo con lentitud. El sector de la muralla en el que se encuentra está despejado: los defensores se han visto obligados a replegarse ante la presión tartiana. Pullo, ya a su lado, calienta la muñeca con la que blande la hoja desnuda de su falcata. Druso le imita.

—Vamos a unirnos a la fiesta.

Druso asiente y le sigue; bajan de la empalizada con cuidado.

El improvisado grupo al que se une la pareja avanza hacia el interior del pueblo en busca de enemigos. Ya se empiezan a ver algunas casas ardiendo al oeste de su posición.

—¿Por qué coño no piensan antes de empezar a quemar sin ton ni son? —exclama, enfadado, Pullo— La lluvia apagará las llamas en un momento y entonces se levantará un humo que no hará otra cosa más que molestarnos.

No tiene tiempo de seguir quejándose.

Avistan a un nutrido destacamento enemigo que se dirige directo hacia ellos. Van armados con lo que parecen unas picas largas; rozan los dos metros y acobardan con su sola visión; instintivamente, los tartianos frenan la carrera en seco. Las sonrisas bravuconas que antes llevaban grabadas en sus rostros dejan lugar a muecas de preocupación.

—Quieren arrinconarnos contra la empalizada y pincharnos hasta la muerte —grita alguien a su espalda.

Murmullos poco halagüeños brotan del grupo.

—Tranquilos, muchachos —la voz de Pullo suena, por encima de las maldiciones, segura y serena—. Vamos a enseñarles a estos patanes que un puñado de ramas afiladas no son suficientes para acojonar a síderos de pura cepa.

—¡Arcos! —brama Druso— ¡Al frente!

Después de unos segundos de indecisión todos le hacen caso. Pullo sonrío.

—¿Poniendo, por fin, las pelotas encima de la mesa?

Druso le mira con cara de pocos amigos; Pullo lanza una carcajada

mientras descuelga su arco y se ata el pequeño carcaj al muslo derecho; Druso hace lo mismo pero en su caso fija el carcaj a la pantorrilla izquierda.

—Como espero que ya sepáis, la humedad no se lleva demasiado bien con la cuerda de vuestros arcos —comienza a explicar Pullo con voz despreocupada, ajeno al centenar de picas amenazando con empezar a desgarrar su estómago en escasos minutos—. Además, toda esta lluvia puede afectar a la trayectoria de las flechas pero hermanos ¡los tenemos tan cerca! hasta tú —señala a un hombre con un parche que le oculta media cara— deberías ser capaz de dar en el blanco incluso cerrando tu único ojo bueno.

—Cuando salgamos de esta, te enseñaré de lo que es capaz un tuerto con las herramientas adecuadas y un par de ideas claras en la cabeza.

Muchos del grupo ríen mientras Pullo lanza un guiño al tartiano.

Dejan de retroceder.

Los norteños avanzan algo más rápido mientras se animan a gritos, manteniendo la formación cerrada y las lanzas erizadas.

—¡Atención! —Pullo levanta el arco cargado. Todos le imitan— ¡Elegid al cabrón más feo que veáis! —entrecierra un ojo, concentrado en seguir sus propias órdenes— ¡Fuego!

Las exclamaciones de dolor de los norteños son un canto celestial para los oídos tartianos.

—¡Otra vez! ¡ Fuego! —exhorta ahora Druso.

Pueden disparar siete salvas más antes de tener las picas demasiado cerca. Los defensores han conseguido cubrir las bajas de las primeras líneas y la marea de picas continúa siendo igual de amenazante que antes, aunque ahora los tartianos la temen menos.

—¡Estamos hechos de metal, cabrones! esa madera podrida no nos detendrá.

—¡Haz lo mismo que yo! —grita Pullo al oído de Druso.

Se desliza sobre el suelo mojado.

Consigue con agilidad colarse debajo de las picas que ya comienzan a cobrarse las primeras víctimas del bando sureño. Pullo avanza, gateando con decisión; Druso se cuelga el arco a la espalda, arranca el carcaj de su pierna y le sigue; unos cuantos tartianos más les imitan.

Avanzan trabajosamente debajo de las lanzas sin que los norteños puedan hacer nada. El barro mancha la cara de Pullo, mezclándose con su sudor y las gotas de lluvia. Intenta calmar su respiración, entrecortada por el esfuerzo.

La esquirra llega a su destino.

Agarra con fuerza su falcata.

Las indefensas piernas enemigas parecen pedirle a gritos acero.

Las complace.

Empieza a sajar, en línea recta, las barrigas de la primera fila. La marea de picas se viene, momentáneamente, abajo.

—¡No aguantarán mucho más! —grita alguien detrás de ellos. Pullo reconoce la voz áspera del tuerto— ¡Adelante!

Druso se pone manos a la obra; apuñala en el abdomen a un norteño con la daga mientras la falcata desgarrá las vísceras de otro. Arruga la nariz con desagrado ante el calor y el potente olor que despiden.

Bajo las picas, Pullo, Druso y compañía continúan cortando y pinchando a voluntad hasta que los norteños de las filas traseras viendo lo que se les viene encima, dejan caer las lanzas y huyen.

—¡Matadlos! —aúlla con furia Pullo poniéndose en pie— ¡Matadlos a todos!

Los más rápidos recuperan sus arcos y disparan a las indefensas espaldas en la huida. El resto de tartianos carga con violencia.

Los aniquilan.

* * *

Druso descansa en cuclillas. Pullo se sienta a su lado, silbando una sencilla canción.

—Recuperamos el aliento y volvemos al tajo.

Druso le mira de reojo.

—¿Ahora eres el jefe?

Se encoje de hombros.

—¿Por qué no? Siguen respirando gracias a mí.

Paulatinamente los tartianos se agrupan alrededor del dúo. Más refuerzos llegan de la muralla; preguntan quien está al mando; los supervivientes al ataque de las picas señalan a Pullo.

—¿Y ahora qué? —pregunta el tuerto. Tiene el parche empapado en una mezcla desigual de sangre y agua; el rojizo líquido surca su mejilla de arriba abajo, ofreciendo una estampa inquietante.

Pullo se incorpora con energía.

—Las picas eran la sorpresa que nos tenían preparada los norteños. A lo largo de la empalizada nuestros hermanos deben de tener el mismo problema que acabamos de solventar; vamos a comportarnos como buenos chicos y ponérselo más fácil de lo que lo tuvimos nosotros —el murmullo de la tropa da su aprobación— atacaremos por la espalda a esos norteños malparidos y destrozaremos sus cuadros de picas —golpea el puño derecho contra la palma de su otra mano—, uno a uno.

—Parece un plan razonable —reconoce el tuerto.

Pullo le palmea el pecho con fuerza.

—¡En marcha!

Avanzan en paralelo a la muralla.

Las botas de Druso pesan el doble que de normal; están anegadas de agua y cada paso que da con ellas representa una desagradable sensación donde el agua circula a través del espacio que hay entre los dedos de sus pies. Suspira armándose de paciencia.

Las calles por las que transitan son estrechas y oscuras. Entre esos callejones una emboscada de los norteños es posible, pero están de suerte: nadie sale a su encuentro. Los grises edificios están cerrados a cal y canto. Druso cree ver tras la ventana de una de esas casas, una sombra con ojos aterrorizados.

"No pienses y sigue corriendo"

La tormenta aumenta en intensidad haciendo caer las gotas de lluvia con más fuerza; algunas pinchan como alfileres al impactar contra el cuello desnudo de Druso.

—Atentos —Pullo señala al horizonte donde se ve una amplia avenida perpendicular a ellos. Un destacamento de norteños armado con picas avanza con calma hacia la empalizada—. Nos están dando la espalda, señoras y caballeros — Pullo sonríe, indicando el camino con la punta de su falcata— no les hagamos esperar.

Intentan moverse en silencio hasta que alguien dentro del cuadro norteño da el grito de alarma. La última fila de piqueros se da la vuelta. Cuando los tartianos del lado de la muralla descubren lo que está pasando en la retaguardia enemiga redoblan el ataque. Los norteños se defienden con bravura pero no son suficientes para soportar la presión de luchar en dos frentes al mismo tiempo.

Los sureños abaten hasta el último defensor. Hacen oídos sordos a las

súplicas de clemencia; hombre o mujer, besa por igual el acero afilado del Tártaro.

Así lo ordenó Rufo.

Así lo ejecuta su ejército.

Ante la sorpresa de los hombres de Pullo, el mismísimo Rufo se encontraba luchando en la zona; este se reúne con Pullo.

Druso no está lo suficientemente cerca de ellos para poder escuchar de lo que están hablando. Pullo gesticula y Rufo asiente con vehemencia.

El caudillo hace gestos con la manos, demandando silencio; le hacen caso al momento.

—Seguid a este hombre —ordena con la poca voz que le queda señalando a Pullo—. Limpiad la muralla, tomad el asentamiento y prometo que os dejaré saquearlo libremente durante los próximos dos días con sus respectivas noches.

Los tartianos levantan su falcatas y gritan hasta que los veteranos les obligan, con puñetazos y puntapiés de por medio, a ponerse en movimiento y seguir al hombre puesto por Rufo al mando.

S.XX

El cielo decidió dejar de llorar hace un buen rato; el sol, tímido, se mantiene escondido entre las grandes nubes grises que viajan hacia el este.

El penetrante olor a humo se mezcla con el dulzón de la sangre. Los cuerpos sin vida empiezan su lento pero inexorable proceso de descomposición.

Druso, agotado, se deja caer sobre el suelo adoquinado de un estrecho y mal iluminado callejón. Poco le importa que esté anegado de agua; no hay un centímetro de su piel que se encuentre seco así que puede soportar un poco más de líquido.

Apoya la espalda contra la fachada de una casa.

Le ha sido complicado encontrar un rincón del pueblo medianamente tranquilo. El ciclón del saqueo ya pasó por esta calleja; se pueden ver sus estragos con claridad.

"Necesito estar solo un rato"

Tiene la sensación de haber perdido a Pullo hace horas. La última vez que lo vio estaba siendo llevado en volandas sobre los hombros de un nutrido grupo de tartianos junto a los que habían luchado durante la batalla. Pullo había seguido las órdenes de Rufo a la perfección. En un par de intensas horas los guerreros bajo su mando habían limpiado por completo la empalizada de norteños sellando así la conquista del pueblo. Cuando la batalla se convirtió en un saqueo aún más sangriento que el enfrentamiento anterior, Druso decidió apartarse.

"Elpis no estará nada contenta"

La capitana exigió total discreción y Pullo había conseguido exactamente lo opuesto.

Golpea suavemente la pared con su nuca; una y otra vez.

No sabe nada del resto del comando. Suplica, no sabe bien a qué o a quién, por la vida de sus hermanos.

El asalto ha costado grandes bajas.

Entre los muertos hay muchos con los brazos tatuados en negro y rojo. Más de una ocasión ha creído reconocer, a lo largo de un angustioso instante, los rasgos de Marcia y Voreno impresos en el rostro de algún cadáver con el que se ha cruzado.

Para en seco el balanceo de su testa.

Afina el oído.

Hay alguien dentro de esa casa.

Se escuchan gruñidos guturales. Parecen los de un hombre.

Presta más atención.

Otra voz grita débilmente; es una mujer.

Sus quejidos son más continuos; algo los amortigua. Druso cierra los ojos, asqueado. El lloro de la mujer consigue escapar por unos instantes de la mordaza.

Se hace un imagen exacta de lo que está pasando; una fría rabia recorre sus venas obligando al cansancio acumulado durante la dura batalla a retroceder.

Se levanta de un salto. Camina hasta la puerta.

Una mano se agarra férreamente a su hombro impidiendo que entre en la casa. Druso sacude la espalda; la mano continua sin ceder.

—Suéltame —pronuncia con lentitud cada sílaba.

—Solo si prometes no entrar.

Druso reconoce la maltratada voz. Gira la cabeza; un par de ojos ambarinos lo observan con curiosidad.

Druso termina asintiendo.

El recién llegado levanta la mano; decide sentarse en el mismo lugar donde estaba Druso hace unos instantes.

El hombre de la casa gruñe con más fuerza que antes. Druso aprieta los puños con fuerza pero se mantiene en su sitio.

—¿Por qué no me dejas terminar con esto?

Rufo se pasa la lengua por encima de las encías. Traga.

—¿Has leído algo sobre César? —frunce el ceño— No el pesado ese que Fidelis se obsesiona en vender como un mártir; me refiero al verdadero —Druso niega con la cabeza—. Pues deberías; era un tipo tremendamente inteligente; un superdotado, de naturaleza clemente pero despiadado cuando la situación lo demandaba; ante todo un tipo práctico —chasquea los dedos—. Eso es lo que más valoro de él: su enorme capacidad para adaptarse a lo que la situación requería —remueve las piernas—. Como comandante exigía de su ejército orden antes y durante la batalla. Una vez conseguida la victoria soltaba la correa y les dejaba hacer, conocedor del animal que habita dentro de cada uno de nosotros.

Druso le mira asqueado.

—¿Esto te parece a ti normal?

—¿De dónde cojones sales tú? —estalla sin aviso— Si fueras un hijo del metal o llevaras tiempo entre nosotros no harías una pregunta tan imbécil.

Druso se pone a la defensiva.

—Valencia —el cansancio regresa a sus músculos. Se sienta de nuevo; mantiene las distancias con Rufo.

El tartiano peina con las manos su estrafalario flequillo pelirrojo.

—Por allí son algo más, como dirían algunos, civilizados ¿Por qué viniste entonces a nuestro querido agujero de mala muerte?

Druso desvía la mirada.

—Problemas con el rey.

Rufo sonrío con malicia.

—Corren rumores sobre su obsesión por los hombres hermosos —guiña el ojo—. Le comprendo: él y yo compartimos la misma debilidad.

Druso, contra su voluntad, se sonroja; el caudillo en cambio agranda la sonrisa.

—Dicen esos mismos chismorreos que no lleva demasiado bien las negativas —ríe entre dientes. Parece disfrutar jugando con Druso—. Yo en cambio soy mucho más tolerante. Las conquistas amorosas, a diferencia del resto, conseguidas por medio de la fuerza no puede considerarse actuar de manera inteligente; ni segura.

A lo lejos alguien con una buena voz comienza a cantar una canción que Druso no consigue reconocer. Segundos después un coro de voces rasposas se une.

—El rey de Valencia quiso meterte en su cama y tú le diste largas —conjetura con convicción mientras restriega el tacón de su bota izquierda por el suelo creando un surco en el fango—. Demostraste tener buen juicio desapareciendo lo más rápido posible para después elegir como escondite un lugar tan poco agradable como el Tártaro, capaz de quitar las ganas de husmear a los perros de presa reales más persistentes.

—Problemas con el rey —insiste Druso con terquedad.

El caudillo tartiano levanta las manos, dándose por vencido.

—Lo que tú digas.

La puerta de la casa se abre con estrépito gracias a una patada dada desde el interior. Aparece un hombre calvo atándose el cinturón. Advierte como no le quitan el ojo de encima dos hombres sentados; antes de abrir la boca para dejarles claro cuatro cosas descubre que uno de ellos es Rufo. Al

instante, gira el cuerpo y comienza a caminar en la dirección opuesta a la pareja; cada nuevo paso que da es más rápido que el anterior.

Druso intenta levantarse; Rufo silva.

—Necesitará ayuda.

—Está muerta —afirma con voz apagada.

—Quiero comprobarlo.

—No volverá a respirar por mucho que lo desees —el tartiano inclina la cabeza a un lado mientras suspira—. Ve.

Druso cruza el marco de la puerta. Sus ojos tardan unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad de la sala.

La chica parece muy joven; es difícil afirmar si sobrepasa los catorce años. Tiene la mitad superior del cuerpo encima de la cama; de cintura para abajo esta desnuda.

Druso desvía la mirada.

Necesita unos minutos para armarse de valor y avanzar hacia ella. Unos pequeños ojos grises, sin vida, escrutan la pared. Fluye un río de sangre de la reciente herida del cuello; el colchón se está empapando con ella.

Druso coge una vieja sábana que asoma de un arcón volcado. Alguien lo registró a consciencia cuando saquearon la casa.

Coloca la tela con cuidado sobre el cadáver aún caliente. Acaricia la cabeza por encima del tejido.

Sale de la casa y cierra la puerta.

Aspira una bocanada del aire ahumado que circula por el callejón.

Rufo continúa apoyado contra la fachada, ahora con los ojos cerrados y la barbilla asentada sobre el pecho.

—Te avisé.

Druso coloca los brazos en jarra.

—Vuelvo a repetírtelo ¿Esto te parece razonable?

Rufo suspira con cansancio.

—Poco importa lo que yo opine. En este mundo el fuerte sobrevive y el débil o se doblega o muere —abre los ojos. Levanta la cabeza—. Si hubiéramos perdido los que ahora sufren actuarían exactamente igual a como lo hacen los míos. Así lo dicta la ley de la guerra —le señala con el índice—. Deja que te recuerde que esos a los que consideras demonios hoy se han jugado la vida y solo gracias a la victoria que se han ganado a pulso vivirán un día más. Eso en nuestro negocio es todo lo que se puede pedir. Lucharon por mí y ganaron; les dejaré disfrutar de la victoria como les plazca. Delante

de la muralla hay al menos un millar de síderos, muertos o deseando estarlo, que no han compartido el mismo destino de los que ahora cantan, borrachos de alcohol y sangre. En un puñado de días, a una parte de estos vencedores míos que hoy se comportan como bestias durante la próxima batalla la suerte les dejará de sonreír. Te aseguro que no voy a ser yo quien les niegue el que puede ser su último deseo, por muy turbio que sea—incómodo, remueve su trasero en el suelo mojado—. Cada una de esas bestias a las que desprecias me es necesaria y en su interior ellos son conscientes del valor que tienen para mí. Sin su respaldo para el resto del mundo no soy nada más que un carroñero salido del Tártaro con demasiada soberbia. Pero a todos les enseñaré cuan equivocados están; por mis venas corre algo más que sangre y tinta del Tártaro —sonríe—. Yo lo llamo magma —desliza la uña de su índice derecho por el tatuado antebrazo de la otra extremidad—. Arde dentro de mí, obligándome a dejar mi huella en este mundo; si puede ser para bien, mejor, pero no soy yo quien debe de juzgarlo; eso está en manos de mi señora: la Fortuna. Lo único que sé con certeza es que no debo detenerme un instante; cuando lo haga será simplemente porque habré dejado este mundo de mierda. Hasta entonces me dedicaré a remover los cimientos de la Península.

—¿Por qué me cuentas esto a mí? No sabes ni como me llamo.

Rufo se rasca el mentón, con expresión seria. De golpe deja caer la cabeza hacia delante y rompe a reír. Continúa así un buen rato. Cuando la levanta ríos de lágrimas corren por sus mejillas; Druso no consigue distinguir si son de alegría o pena.

—La verdad es que no tengo ni la más remota idea —Rufo se incorpora. Se acerca a Druso y le pasa el brazo por detrás los hombros; los agarra con fuerza—. Parece que acabas de convertirme en mi confidente —esos extraños ojos amarillos aún enturbiados por las lágrimas consiguen que un desagradable escalofrío se deslice por la espalda de Druso—. La parte práctica, es que si al final resultas ser indigno de mi atención, no me temblará el pulso al degollarte.

S.XXI

—En el último mes he arrasado cinco asentamientos. Exigí que nadie se acercara a ellos hasta que ardieran los cimientos; sus cenizas aún siguen humeando. He ordenado que los supervivientes marchen al exilio, hacia el interior; que Fidelis sea quien les dé cobijo y si el trío de vejestorios no quiere alimentar esas bocas, entonces que ellos terminen mi trabajo —entreceja los ojos—. Observo vuestras caras y sé lo que pensáis; os equivocáis rotundamente. No soy un monstruo; hice lo que era necesario —les apunta, acusador, con el índice derecho—; corrijo: vosotros y vuestros aliados me obligasteis a actuar con mano de hierro. Esos pueblos destruidos deberían pagarme tributo; sus habitantes deberían luchar por mí, derramar sangre por una causa más profunda que la efímera avaricia personal de sus líderes. Ahora, la mayoría de esas personas están muertas —cierra la mano—; son inservibles. Por estos terribles pecados, los caciques del Besós ya han pagado el precio adecuado —señala hacia delante con la diestra—. Llegó vuestro turno.

La treintena de líderes del Corredor observan al menudo hombre sentado, es el único, en el centro de la tienda. Este comienza a hacer girar sobre la punta, una y otra vez, esa extraña espada que se asemeja más a una hoz.

—Destruiste cinco asentamientos pero siete más siguen en pie, Rufo; les demostraste clemencia.

—Se ganaron con creces mi perdón uniéndose a mis huestes para derrotar a los últimos instigadores de la traición. Pagaron con sangre la deuda y ahora son de los míos, hermanados con los síderos que marcharon junto a mí desde el sur —levanta la cabeza—. Repito: no soy un monstruo; me considero un hombre razonable siempre que me relacione, claro está, con personas capaces de pensar antes de actuar.

Cada vez que el metal de la deforme hoja se desliza sobre la roca engastada en el suelo emite un sonido seco que pone la piel de gallina a más de un señor de la guerra presente. Rufo es perfectamente consciente de ello.

—Por cierto, ni se os ocurra volver a referiros a mi como Rufo. Señor es un término más apropiado para vosotros.

La mayoría de los caciques se entiesan indignados después de oír las

últimas palabras del tartiano; los restantes hunden la cabeza aún más entre sus hombros.

Los más célebres y aguerridos guerreros que el Tártaro ha parido esta generación se mantienen de pie justo detrás del asiento de su líder; firmes, imperturbables. Lanzan miradas llenas de desdén a los señores del Corredor. Druso, presente entre los héroes tartianos por orden expresa de Rufo, sigue con silenciosa atención lo que sucede en esta crítica audiencia.

La espaciosa tienda de campaña de Rufo está repleta de las mejores piezas rapiñadas durante la reciente campaña pero todo queda eclipsado por los trofeos que se encuentran sobre una pequeña mesa a la diestra del asiento de Rufo. Cinco recipientes cilíndricos de vidrio contienen las cabezas en salmuera de los caudillos norteños instigadores de la rebelión; todos los rostros, unos con los ojos abiertos otros cerrados, expresan la larga agonía a la que se vieron sometidos antes de su muerte. Las terribles muecas de los muertos intranquilizan a sus antiguos aliados; la extraña arma de Rufo tampoco ayuda a templar los nervios.

—Veo que os interesa mucho mi espada; es una falx —acaricia la hoja con suavidad—. Viene a ser una hoz de guerra que los antiguos dacios inventaron hace muchos, muchos siglos. En el pasado fue una auténtica pesadilla para los romanos. Esta hermosa bestia es capaz de cercenar cualquier cosa si se tiene la habilidad y fuerza necesarias.

Con una agilidad envidiable Rufo se levanta de un salto. Lanza su arma al aire; al caer esta bajo la acción de la gravedad, Rufo la agarra con pericia del largo mango con las dos manos; culmina el movimiento descargando un tajo sobre uno de los caudillos más cercanos a él. Para el movimiento en seco, dejando la hoja a menos de tres dedos de la base del cuello del aterrizado hombre.

Nadie habla.

Nadie se mueve.

La mirada de Rufo planea entre los señores de la guerra. Los escruta con sus ojos de águila; extraños, incómodos, capaces de hacer temblar al más valiente.

Después de jugar psicológicamente un poco más con sus invitados sonrío, baja la falx y se deja caer sobre el parco trono que utiliza en reuniones como esa.

Comienza de nuevo a girar la hoja sobre la roca con parsimonia.

—Hemos venido en son de paz. Al saber que estabas entrando en

nuestro territorio, quisimos realizar un gesto de buena voluntad hacia ti y parlamentar como personas civilizadas —quien se atreve a hablar es el caudillo de mayor edad. Unos poblados bigotes grises le tapan casi la totalidad de su boca—. Reconocemos que hemos conspirado contra ti pero fueron ellos —señala las cabezas en suspensión— quienes nos buscaron y no al revés. Nos convencieron de verte como una amenaza. Nos mintieron perjurando que este verano caerías como un lobo hambriento sobre nuestro territorio, dispuesto a rapiñar lo sin compasión igual que sucedió el año anterior con el suyo. Se ofrecieron a ayudarnos si el Tártaro nos intentaba atacar este año —hace amplios gestos de negación con las manos—. Nada se acordó sobre unir nuestros ejércitos y marchar al sur, como uno de tus hombres de confianza nos ha echado en cara antes de entrar a esta tienda.

Los caciques esperan una respuesta de su interlocutor que no termina de llegar. Pasados unos minutos, Rufo deja caer de improviso su falx sobre la roca; el tintineo del arma ahuyenta al silencio. El líder del Tártaro se recuesta sobre el alto respaldo de la silla; cruza las piernas sobre la falx; apoya los codos en los reposabrazos y extiende las palmas abiertas de sus manos hacia los caciques.

—¿Qué es lo que proponéis para arreglar este desgraciado malentendido?

Los ojos del viejo brillan un instante. El poblado mostacho esconde una minúscula sonrisa.

—Una alianza sin reservas entre nosotros. Gracias a ti, hemos conseguido ver quién es el verdadero enemigo. Sí, está en el sur pero no es el Tártaro —cierra el puño y lo aprieta con fuerza—. Fidelis— unos cuantos de los suyos asienten con vehemencia recuperando por un momento su orgullo—. Ellos son el pasado; hay que destruirlos. Tú representas el futuro ¡Contigo al mando podríamos hasta demoler ese puto muro de una vez por todas!

Rufo sonrío ampliamente.

Los caciques del Corredor hacen lo mismo, aliviados.

Los tartianos detrás de su líder cuchichean entre ellos sin demudar el gesto severo. Druso se mantiene en silencio.

—Entonces sellamos la alianza entre el Tártaro y el Corredor, nos separamos como buenos amigos y en unas —Rufo desplaza su atención hacia el techo de lona de la tienda, pensativo— dos semanas os ponéis camino al sur para uniros a mis fuerzas e iniciar la campaña contra los romanos.

—Así será si es lo que deseas.

Rufo, sin dejar de sonreír, acaricia con la mano derecha la tapa de uno de los siniestros recipientes de cristal. La cabeza que contiene en su interior mantiene la boca abierta; se puede apreciar como le falta la lengua. La testa perteneció al jefe norteño instigador del pacto con los señores del Corredor.

La sonrisa de Rufo se alarga.

—Tengo pues que confiar en vuestra palabra.

—Somos hombres de honor —exclama con indignación ante sus dudas.

Rufo estalla en carcajadas; con tanta fuerza que amenaza con caer al suelo desde su asiento. El viejo cacique le observa, ultrajado.

Poco a poco el señor del Tártaro recupera la compostura.

—Pido —se limpia las lágrimas de sus ojos con el dorso de su mano izquierda—. Pido disculpas. Vuelve a repetir la última frase, por favor.

—Somos hombres de honor —recalca la última palabra.

Rufo consigue aguantar la risa a duras penas mordiendo uno de sus nudillos. Los colegas del viejo se remueven inquietos, con caras cada vez más tensas.

—Vuelvo a disculparme —levanta las palmas de las manos al aire—. En mi defensa diré que siempre me ha hecho gracia el concepto “hombres de honor”; quizás porque yo no encajo dentro de esa definición.

Extiende el brazo derecho a un lado y uno de los suyos le tiende un pellejo de agua. Bebe con ganas. Se lo devuelve y presta de nuevo atención a sus invitados.

—Y esa ausencia de honor no termina conmigo. Ninguno de mis guerreros lo tiene y maldita la hora en que se crucen con él.

Los tartianos comienzan a patear con fuerza el suelo, aprobando así las palabras de su líder.

—Esos hombres de los que hablas, anciano, son antiguallas de un tiempo pasado que no volverá —gesticula despectivamente con las manos—. Nadie sobrevive dos días en nuestra península gracias al honor o la dignidad; esta es tierra de forajidos, caraduras y aprovechados—niega con la cabeza—, no hay que rasgarse las vestiduras o avergonzarse por ello. El medio hace que solo los más aptos sobrevivan y justo eso es lo que intentamos todos. Tienes que ser un cabrón para conseguir arañar un día más a la vida y un cabronazo para conseguir convencer al resto de cabrones que tienes alrededor para que te reconozcan como su jefe—Rufo hace un aspaviento desganado con su diestra—. Pido disculpas de nuevo; ya dejo de filosofar. Es un hecho que si ahora marchó con los míos al sur con vuestra palabra de honor como único

resguardo me veré obligado a volver aquí en apenas cuatro semanas para recordaros a las malas vuestras palabras, obligándome a posponer la campaña contra Fidelis un año más —clava sus dedos índice sobre los reposabrazos del asiento—. Hablando en plata, me paso vuestro querido honor por los huevos.

La reacción no tarda en llegar; exclamaciones de indignación brotan de las gargantas de los caudillos. El viejo portavoz agarra del hombro a uno de los más vehementes y lo aparta a un lado sin miramientos.

Rufo continúa hablando sin inmutarse.

—No es ningún secreto mi deseo de crear una alianza con vosotros, pero necesito un terreno sólido sobre el que poder edificarla —el tartiano chasquea la lengua—; algo tangible, anciano: las palabras no lo son.

—¿Qué es lo que propones? —el portavoz traga con dificultad.

Rufo vuelve a sonreír mientras entorna sus ojos de depredador.

—En realidad vosotros sois los que tenéis que hacer la ofrenda; yo simplemente os daré unas ligeras indicaciones pero la decisión final es totalmente vuestra. Una vez os pronunciéis estaremos en el camino correcto.

El viejo mira a sus compañeros. Todos asienten de mejor o peor gana.

—¿Cuáles son esas indicaciones? —pregunta finalmente con cautela.

—Oh, nada del otro mundo: debéis señalar uno de vuestros asentamientos más importantes. Mis ejércitos lo asaltarán y saquearán para su provecho y disfrute. Además —añade, subiendo el tono ante el murmullo creciente de los caciques— no quiero las puertas abiertas. Deseo que sea un asalto; que los míos luchen por su premio.

Los caciques del Corredor comienzan a gritar con más fuerza que antes; un par de ellos se intentan abalanzar sobre Rufo. Este se mantiene inmóvil pero un par de sus guerreros, falcata desnuda en mano, obligan a los caciques a pensárselo dos veces.

—¡Tranquilos! —el viejo caudillo grita hasta desgañitarse— ¡He dicho que tranquilos!

Poco a poco y con más sureños enseñando acero sin disimulo los ánimos se van calmando. El portavoz vuelve a dirigirse a Rufo; este continua con la misma sonrisa desafiante en los labios que no ha perdido en ningún momento.

—¿Y si nos negamos?

Rufo se rasca suavemente el cuello con la diestra.

—Aumento mi recién estrenada colección de cabezas cortadas con las

vuestras. Acto seguido ordeno a mis tropas destruir una a una las poblaciones del Corredor que no me acepten como su nuevo líder.

—No tienes guerreros suficientes para ello —sentencia con una mezcla desigual de orgullo y cólera en el tono de voz.

Rufo ríe entre dientes. Parece que le divierte la seguridad del veterano cacique.

—En cuanto arrase el primer pueblo habrá entre los vuestros, personas con inteligencia capaces de ver lo fructífera que puede ser una unión conmigo; a cada asentamiento del Corredor saqueado mis fuerzas aumentarán —se permite una pequeña carcajada—. Dudo seriamente que seáis tan amados entre vuestra gente como para inspirarles a resistir hasta las últimas por el simple hecho de honrar vuestra memoria —levanta la mano; aún no ha terminado—. Si por el contrario hacéis la ofrenda que os exijo y la unión queda sellada pero pasado un tiempo intentáis darme la espalda y me traicionáis, haré públicos los detalles de este pacto. Seguro que a muchos de los vuestros no les hará ninguna gracia descubrir cómo sacrificasteis una porción del Corredor sin ofrecer resistencia —señala con el pulgar los recipientes de cristal—. Es probable que si elegís este camino acabéis como ellos aunque no por orden mía.

Los caciques hablan entre ellos en susurros; alguno levanta la voz pero rápidamente es reprendido por el viejo. Durante un buen rato, reunidos en círculo, siguen debatiendo.

Después de llegar a un acuerdo el viejo del gran mostacho vuelve a tomar la palabra en nombre del Corredor.

—Aceptamos —le apunta, amenazante, con el dedo—. Puedes cortarme el cuello después de lo que voy a decir, pero esto —señala al suelo repetidamente mirando en todas las direcciones de la tienda—, esto te acarreará problemas. Pisa con fuerza en el futuro porque al primer tropiezo caerás y pagarás con creces por tus pecados.

El señor del Tártaro le observa con una mueca de desprecio en su rostro.

—No busco vuestra amistad; no la necesito —inclina la cabeza a un lado—. Entre mis mejores hombres aquí presentes hay como mínimo media docena que me odian con toda su alma. Me desprecian mucho más de lo que cualquiera de vosotros será capaz —gruñe con fuerza—. Sueñan con verme muerto de la manera más retorcida posible pero al mismo tiempo trabajan para mí con ahínco y acatan mis decisiones sin rechistar. Además, tienen la delicadeza de dejar sus amargas maquinaciones para las noches. Os insto a

que os unáis a ellos en sus borracheras y esperéis juntos a verme fallar; coged asiento para mayor comodidad: puede tardar bastante en llegar —el jefe sureño se levanta y le hace una socarrona reverencia al portavoz al que le tiembla el labio inferior de rabia—. Puedes estar tranquilo, anciano. Dejaré tu cabeza sobre los hombros; nunca he matado a nadie por expresarse con honestidad y no pienso empezar hoy.

El jefe tartiano chasquea los dedos dos veces.

Un par de guerreros jóvenes aparecen con una gran jarra de leche fermentada y una bandeja cargada de copas de cristal de los Años Dorados, obsequios del último saqueo. Las reparten entre los señores del Corredor; otros dos jóvenes más aparecen y sirven a los Tartianos. Con una copa en cada mano, Rufo tiende una al portavoz.

—Ahora que nos hemos dicho a la cara lo que pensamos del otro ¿Puedes darme el nombre de la población que será la ofrenda que marque el inicio de esta fructífera unión?

S.XXII

—Despierta —el aliento caliente de Rufo roza su oreja. El tartiano señala la pequeña explanada que tienen delante; la tierra está cubierta por una frondosa alfombra de flores donde las margaritas blancas se mezclan sin orden con las espigas verdes—. No deben de tardar mucho más —asegura—. Créeme, valdrá la pena esta espera.

Rufo apoya su antebrazo en el hombro de Druso sin dejar de mirar al frente. Pullo, justo a su lado, bosteza sin el menor disimulo.

El reducido grupo, sentado bajo un par de encinas, lo completan dos tartianos que forman la guardia de corps de Rufo.

El sol, perezoso, comienza su ascenso. Las flores blancas, con pequeñas gotas de rocío en sus pétalos, desprenden un olor dulzón que el aire distribuye por los alrededores, perfumando el amanecer.

Las mañanas son cada vez más calurosas y a Druso le empieza a sobrar el abrigo pero no quiere moverse. Llevan allí apostados, escondidos entre los árboles, la explanada desde hace horas; parados.

En plena madrugada, Rufo había entrado en la tienda que comparten Druso y Pullo. Les despertó hablando con excitación sobre una pequeña cacería que terminaría al alba y a la que les rogaba que tomaran parte en ella.

"Un último momento de diversión antes de volver al Tártaro", prometió.

Para Druso esto se aleja mucho de lo que considera diversión, pero se guarda de expresarlo en voz alta.

Si no hay cambios de última hora, a media mañana el ejército comenzará su viaje hacia el sur y él marchará a la diestra de Rufo. Desde su encuentro tras la primera batalla, Rufo insiste en que le acompañe todo el día. Está al tanto de los rumores que circulan por el campamento: se refieren a él como la nueva putita rubia del jefe; algunos le miran con envidia.

Habladurías.

Ya es una costumbre para Rufo despedirse cada noche de él susurrando que si quiere le hace un hueco en su cama. Druso sale disparado de la tienda con las carcajadas del caudillo tartiano resonando tras de él.

Druso está obsesionado con matarlo.

Cada vez tiene más claro que eso es una quimera y la frustración está

acabando con sus nervios. No quiere hablar con Pullo del tema; presiente la misma angustia en su hermano. Este ha dejado de buscar nuevas conquistas y suele perderse en sus pensamientos con frecuencia, una faceta nueva que Druso no conocía de él.

Rufo va tres pasos por delante del resto como dijo Mecenás. Además, la fortuna siempre sonrío en su dirección. Exceptuando la primera batalla, Druso ha combatido durante toda la campaña a su lado y jamás ha visto que la vida del tartiano corriera el más mínimo peligro. Tampoco han aparecido oportunidades para que el comando pudiera preparar un accidente mortal con ciertas probabilidades de éxito; solo han podido maldecir su mala suerte y esperar a otra ocasión más propicia.

Pero el tiempo se agota.

“Mecenás, Voreno, Marcia y Elpis.”

La histeria colectiva en la que vive el comando ha obligado a Elpis a prohibir nuevas reuniones secretas por miedo a ser descubiertos por agentes de Rufo. Desde hace semanas Pullo es al único que ve; él también forma parte del cortejo de Rufo y pasa gran parte de la jornada junto a ellos, pero echa mucho de menos al resto.

“Ahora más que nunca los necesito a mi lado. Estoy demasiado cerca de él.”

La inteligencia de Rufo le intimida en igual medida que se siente fascinado por la calculada severidad con la que castiga aquellos que se oponen a él. Contra todo pronóstico siempre consigue obtener buenos resultados; las tropas le adoran, ya sean del Tártaro o las que acaban de unirse; los seduce con su extravagante personalidad de tal manera que terminan viendo en él a un héroe capaz de cumplir todo lo que tenga entre ceja y ceja. Algunos le consideran, abiertamente, la reencarnación humana de un viejo dios.

“Un grupo de simples mortales no pueden hacer caer del pedestal a un dios.”

—Están cerca, lo presiento —murmura el señor del Tártaro—. Si estamos preparados no será demasiado complicado.

—Son lobos —se queja Pullo—. Darán trabajo.

Rufo ríe suavemente.

—Lobos con los colmillos desgastados, amigo mío, aunque ellos mismos aún no se hayan dado cuenta —se relame los labios—. Dicen que es una joven loba quien les guía; ella puede ser la más peligrosa.

—¿Quién te avisó sobre esta manada?

—Uno de mis mejores hombres vio sus marcas en el barro; llevan acechándonos desde hace semanas; mantienen las distancias e intentan ser cuidadosos pero para un experto en rastreo es fácil seguirles la pista. Hace un par de días me recomendaron que les diera un buen susto y con eso los ahuyentaría; hasta anoche yo era del mismo parecer pero ahora estoy convencido que es el momento perfecto para terminar con sus merodeos para siempre. Además, quiero sus pieles; necesito un nuevo abrigo ¿Habéis cazado lobos alguna vez? —Pullo asiente. El tartiano centra su atención en Druso—. Son animales orgullosos y muy meticulosos, con una habilidad natural para la caza fuera de toda duda; pero no son perfectos —Rufo deja de apoyarse en Druso—. El truco consiste en dejar que ganen confianza, que crean que no sabes perfectamente cual es el plan de ataque que tienen en la cabeza —coloca las manos como si entre ellas sostuviera una falcata—. La maestría se demuestra cuando, utilizando la inercia del propio ataque solo tienes que colocar la hoja de tu espada en la dirección del movimiento —clava la hoja imaginaria en el pecho de Druso—. El resto es física.

—Con el debido respeto —Pullo le mira, extrañado— te digo que eso suena raro incluso puesto en tu boca. Estamos hablando de animales.

Rufo le golpea amistosamente el hombro.

—Pronto lo entenderás —se frota las manos, emocionado como un niño pequeño— ¡Oh, qué ganas tengo de leer el miedo en sus ojos! —señala hacia los arbustos del otro lado del claro. Algo está revolviendo el follaje— ¡Mirad, ya llegan!

Druso y Pullo levantan sus arcos.

La manada al completo entra en el claro corriendo a toda velocidad. Al ver que no pueden continuar en línea recta ya que la explanada muere en un precipicio, buscan otra alternativa para seguir huyendo.

Son cuatro.

Druso nota un fuerte pinchazo en el estomago; sus entumecidas piernas comienzan a temblar.

Está aterrorizado.

—¡En marcha!, no les hagamos esperar —sugiere Rufo sin cambiar el tono jovial de antes. Se levanta de un salto.

Pullo mueve su arco y apunta al corazón del señor del Tártaro pero los brazos desnudos y tatuados de un guardia le arrancan el arma de las manos antes de poder disparar; lo mismo hace el otro tartiano con Druso,

inmovilizado por el miedo.

Rufo comienza a caminar con las manos entrelazadas detrás de su espalda.

Empujan a Pullo y Druso con pocos miramientos; siguen la estela de la delgada figura.

Al ver aparecer a Rufo, los miembros de la manada se desploman sobre la hierba.

Tienen la ropa hecha jirones; las muñecas atenazadas por una soga.

Sudan copiosamente; han debido correr durante horas.

Elpis tiene la mandíbula desencajada por el cansancio pero sus ojos de obsidiana no se dan aún por vencidos; buscan una salida. Marcia es la que parece llevarlo peor; tiene la mirada perdida por el esfuerzo. Mecenas respira dificultosamente, con los cabellos desparramados sobre su cara; ha perdido su banda escarlata. Voreno intenta levantarse del suelo con dignidad y lo consigue después de un par de infructuosos intentos.

Un grupo de guerreros irrumpen, cansados pero sonrientes, en el claro detrás del comando; ellos han sido quienes, como perros, los han estado guiando hacia el callejón sin salida elegido cuidadosamente por Rufo.

Entre los pinos más altos una bandada de jilgueros comienza a cantar al alba.

Rufo se acerca a Elpis lentamente. Coloca su dedo índice debajo de la barbilla de ella. Esta intenta morderle la mano; Rufo la aparta antes de que le hiera demostrando buenos reflejos.

—Te lo dije —la señala con su cabeza mientras observa a Druso—. Ella es el miembro alfa de la manada: quizás la más inteligente, pero terca como un mula; sin duda, un rasgo familiar —comienza a caminar en círculos, alrededor de ella, con parsimonia—. Pagaría por ver la cara de Crastino cuando sea consciente de lo estúpido que fue al mandar directa al matadero a su queridísima sobrina —los labios de Elpis comienzan a temblar de rabia—. Tranquila, es posible que le rompa el corazón, pero no cargará con la pena mucho tiempo.

—Te destrozaré —le escupe Elpis.

Rufo frunce los labios mientras balancea la cabeza; continúa caminando.

—Será el rival más digno que he tenido hasta la fecha, pero no podrá detenerme —frena en seco—. Sé que suena presuntuoso, pero lleváis el tiempo suficiente conmigo para conocerme; cuando hablo de algo con tanta contundencia es que sucederá— vuelve a caminar en círculos—. Destruiré

Fidelis y Crastino no podrá hacer absolutamente nada para impedirlo.

Los hombres y mujeres presentes, síderos todos ellos, levantan los brazos tintados de rojo y negro. Rugen con fuerza.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Señala con el índice a Mecenas; este mantiene inmóvil, con rostro escondido detrás de su maraña de pelos. A diferencia de Elpis, él no parece dispuesto a ofrecer resistencia.

—Hace tiempo que sé quien se esconde detrás de Gonzalo; fue el propio *Chatarrero* el que me confesó que es un espía de Fidelis. Forma parte del juego: vuestros espías en nuestra casa, los nuestros en la vuestra. Obviamente puse a gente discreta a espiar al espía —aplaude, satisfecho de su propio juego de palabras—. Cuando me informaron de sus nuevas compañías, todos forasteros y con pinta de gente dura, supuse que Crastino tramaba algo; el resto ya lo conocéis —niega con la cabeza— ¿De verdad cree ese viejo zorro que puede mandar a uno de sus amados comandos al Tártaro y esperar que no me entere? ¿Tan paleta me cree? —gruñe con rabia— ¡Odio cuando la gente me desprecia de esta manera! —señala a Druso con vehemencia— ¡Y para redondear la desfachatez os presentáis con él!

—No soy nadie.

Rufo deja de caminar.

—Oh, cariño, te equivocas por completo; tú eres más importante que todos ellos juntos.

Druso da un paso para atrás; choca con el pecho del guardia que le vigila.

El caudillo se acerca a él.

—Puede que ahora seas un simple despeñado, sin recuerdos del pasado, pero tu cabeza vacía bien vale su precio en oro. No imagino de donde te sacó Crastino pero la Fortuna le sonrió y el respondió a tamaña gratitud escupiendo en su cara —acaricia levemente la mejilla de Druso con el dorso de su mano—. Gustoso te perdonaría la vida aún convertido en un romano pero veo que la suerte te sigue rehuendo —baja la mano con languidez— y a ella siempre quiero tenerla de mi lado.

El lanzado calla. Su cabeza repite en bucle las últimas palabras de Rufo.

—¿Nos torturarás?

—Querido Pullo, ¿ese es tu verdadero nombre, verdad? —la esquirra no responde—. Me habéis ayudado mucho en las últimas batallas ¿Me crees cuando digo que os echaré de menos? —Pullo mantiene su silencio— Claro

que lo sabes; también reconocerás, aunque no quieras decirlo en voz alta, que soy una persona justa —el caudillo se aclara la garganta—. Arrancar la piel a tiras de cualquier romano que caiga en nuestro poder. Así de claro lo dicta la tradición del Tártaro; pero vosotros habéis derramado sangre por mí y eso es sagrado, aunque formara parte de vuestro plan maestro para asesinarme —su tono de voz es el propio de un padre riñendo a sus hijos pequeños después de una travesura—. Debéis morir, eso es una certeza, aunque os prometo que será una muerte rápida en pago a los servicios prestados.

El señor del Tártaro señala a Voreno. Dos mujeres agarran por los sobacos a la esquirla. No tiene fuerzas para quejarse; mantiene la cabeza gacha.

Rufo agita los dedos de su mano derecha. Uno de sus hombres avanza hacia él con la falx bajo su regazo. Rufo estira con decisión de la empuñadura y extrae el arma de la vaina. Una vez entre sus manos, Rufo corta el aire con esa hoja curva de casi medio metro de longitud.

El sonido estremece a Druso mientras sus ojos no pueden apartarse de la silueta de Voreno. Las dos captoras le arrancan sin miramientos los harapos que antes eran su camiseta. Lo arrastran hacia una roca grande y plana donde colocan su pecho desnudo sobre ella con la cabeza pendiendo. La esquirla cierra los ojos.

Todo el comando observa incapaz de articular una sola palabra. Druso intenta tragar pero es incapaz.

Rufo se acerca a Voreno con la espada descansando sobre el hombro.

—Gracias por protegerme una vez más —susurra el tartiano—. Contigo vigilando mi retaguardia no tengo nada que temer.

Rufo descarga la hoja sobre el cuello de la esquirla y desgaja la cabeza del tronco sin esfuerzo aparente. La punta del arma se clava en la tierra húmeda mientras la cabeza rueda sobre ella dejando un fino hilo de sangre a su paso. El cuello cercenado colorea de carmesí la roca gris.

Pullo, consciente de no estar dentro de una pesadilla reacciona al final de su hermano más querido; comienza a gritar con todas sus fuerzas. Intenta zafarse de los brazos que dificultosamente lo mantienen clavado en el suelo; esto enfurece a Pullo y aúlla aún más insistentemente.

Los jilgueros abandonan, asustados, el pino desde donde cantaban.

La esquirla zarandea con violencia la cabeza mientras lágrimas de dolor empiezan a correr por sus mejillas.

Rufo limpia la hoja de su espada con uno de los jirones de la camiseta de

Voreno mientras observa el torso sanguinolento.

—Terminemos rápido. Nos espera un día largo.

—¿Quién es el siguiente? —pregunta con voz ahogada uno de los hombres que se encarga de Pullo.

El señor del Tártaro resopla mientras inclina la cabeza de izquierda a derecha, pensando.

—La chica. No, ella aún no. La mayor.

—¡No! ¡No! ¡No! —suplica Elpis. Por primera vez su voz la traiciona dejando entrever el terror que siente— ¡Mátame a mí!

—Prometí que no os desollaría, que además moriríais de manera rápida. Nada dije sobre aceptar vuestras sugerencias —vuelve a colocar la hoja de su arma sobre el hombro con la punta erizada hacia el cielo—. Queríais asesinarme como a un puerco; no lo olvido. Moriréis rápidamente pero no sin algo de sufrimiento —el caudillo señala a la sobrina de Crastino—. Tú serás la última. Antes de que llegue tu turno, verás descabezado a cada uno de los miembros de tu comando al que has dirigido hacia la muerte —golpea una de sus sienes con el índice— Lo olvidaba: a los dos que dejaste en el Tártaro no les verás morir, pero te aseguro que será lo primero que haga en cuanto ponga los pies en casa.

Pullo continúa gritando, ajeno a lo que sucede alrededor.

Los poderosos tendones del cuello de Elpis se marcan en la piel, amenazando con rasgarla; cierra las mandíbulas con fuerza, enseñando los dientes.

—Eres un demonio —articula con dificultad.

Rufo aguanta esa mirada repleta de odio.

—Quizás. Tu tío tiene buena parte de culpa—gira el cuello hacia uno de sus hombres que sostienen a Marcia—. Siguiendo.

Mientras se afanan en seguir las órdenes de Rufo, alguien aparta de un puntapié, inmisericorde, el cuerpo mutilado de Voreno dejando la roca libre.

Rufo aspira el tibio y perfumado aire de la mañana. Sonríe disfrutando de las suaves caricias del sol naciente.

—¿Con días como este quién no da gracias de estar vivo?

Un extraño zumbido llama la atención de todos. Un grupo de puntos negros resalta sobre el cielo despejado. Parece una bandada de aves; se acerca a gran velocidad.

—Vuelan demasiado rápido para ser pájaros —murmura intrigado Rufo. Cuando finalmente consigue descubrir qué son ya es tarde.

S.XXIII

—La mariscal Günter le recibirá ahora, comandante.

El asistente le invita a pasar sosteniendo la puerta de cristal opaco.

Suspira con disimulo, responde a la sonrisa del joven y entra con paso firme.

Dos hombres y una mujer, los tres con la cincuentena dejada atrás hace tiempo, aguardan detrás de una estrecha mesa de vidrio con caras de circunstancias. El comandante se cuadra delante de la única silla colocada al lado contrario de la mesa al que ocupan los tres oficiales superiores. Aunque sabe que está allí para él decide seguir en pie; mantiene la mirada clavada justo encima de la cabeza de la mariscal.

—Comandante Donnell, acabamos de repasar su informe sobre la operación —Günter traga antes de continuar— Casandra.

—Supongo que tendrán preguntas.

—Tome asiento.

El comandante obedece.

—Sé que el general Le Fleur —señala al hombre sentado a su derecha— le dio plenos poderes en asuntos peninsulares después de la pequeña crisis que sorteamos hace unos meses en el Muro con el enfrentamiento entre Fidelis y Tercio —reposa el brazo izquierdo sobre la mesa de cristal—. Yo no me opuse a la libertad de movimientos que recibió; reconozco que pocos oficiales superiores tienen sus conocimientos de lo que de verdad sucede en la Península —apoya la uña de su índice en la superficie transparente— pero ordenando el ataque de esta mañana se extralimitó, comandante.

El general Whiteball, sentado a la izquierda de Günter asiente con vehemencia; toma la palabra.

—El Muro se erigió como la última barrera, indispensable para evitar que el caos de la Península se extendiera por Europa y destruyera el corazón de la civilización occidental. La Guardia nació para ser la sangre que diera vida a esta línea defensiva. Con esto quiero recordarle, Donnell, que somos el escudo de Europa, no la espada; la orden que dio esta mañana rompe nuestra tradición en mil pedazos y eso es sencillamente inaceptable.

Donnell deja de mirar a la pared metálica y clava sus ojos azul marino en el general de generosa papada.

—Al dar luz verde al ataque era consciente del impacto que ocasionaría en nuestra tradición —el tono con el que sutilmente pronuncia la última palabra no pasa por alto al general escocés— pero la tradición puede convertirse en un serio lastre si impide que nos adaptemos a los cambios que traen los nuevos tiempos —sube el tono de su voz al ver como empieza a quejarse, airadamente, Whiteball—. Estoy totalmente convencido que este ataque preventivo nos evitará muchos dolores de cabeza.

—¡Este hombre es un impresentable! —grita a pleno pulmón el oficial británico— ¡Un simple comandante con ínfulas de mariscal!

Donnell vuelve a centrar su atención en la pared.

—Silencio —exige Günter sin levantar la voz. La verborrea de Whiteball cesa al instante—. Prosiga —invita a Donnell a continuar.

—Como escribí en mi informe, la entrada en escena de un nuevo actor principal amenazaba con volatilizar el equilibrio de fuerzas en la Península que nos ha sido tan favorable durante la última década.

—Háganos un resumen de ese tal —Günter repasa el informe un instante — Rufo.

Whiteball pone los ojos en blanco.

—Alguien hecho a sí mismo; capaz de sobrevivir en un hogar tan hostil como el Tártaro de Barcelona y convertirse en su líder de facto, elevándose desde la más absoluta nada —humedece su labio inferior antes de continuar—. En su persona se aunaban las capacidades de un pastor de personas de primer nivel con las lecciones aprendidas en un ambiente caníbal e implacable. Justo antes de nuestro ataque, Rufo acababa de unir bajo su égida buena parte del norte independiente y enemigo de Fidelis. Si el ataque de los drones no hubiese tenido lugar, Rufo ahora mismo estaría encabezando sus numerosas tropas victoriosas de vuelta a Barcelona donde antes de la llegada del otoño ese mismo ejército arremetería contra Fidelis y no descansaría hasta convertirla en polvo. Según mis estimaciones, en solo un año más el territorio restante de Fidelis fuera de la ciudad habría terminado bajo la ley de Rufo.

—Espero no ser el único de los presentes que ve su apocalíptico discurso, comandante, como una lamentable justificación a la ayuda ofrecida a Crastino —Whiteball, airado, escupe gotas de saliva al hablar—. Gracias a su ataque en nombre del Muro, hemos perdido la neutralidad en asuntos peninsulares que se nos exige —la ancha cara del inglés está teñida de rojo—. Nuestros enlaces en la comisión de defensa de la Unión Europea están teniendo serios problemas para calmar a los eurodiputados; creen, con toda la

razón del mundo, que nos hemos vuelto locos. ¿Es consciente del maldito lío en el que nos ha metido?

Donnell no responde. Günter juega con el lápiz táctil que sostiene entre los dedos.

—Según su informe, consideraba a este individuo como alguien capaz de unir a toda la Península.

El comandante asiente sin vacilar.

—Creo sin lugar a dudas que tenía aptitudes de sobras para ello. Había mucho de César en él —Whiteball no puede reprimir una amarga carcajada. Donnell prosigue, impertérrito—. Como acabo de decir, Rufo era un líder tremendamente inteligente y capaz de adaptar sus cualidades naturales al medio donde creció: despiadado, sin limitación moral alguna, siempre empeñado en seguir avanzando intentando acumular el mayor poder posible en el camino. Aniquilar a Fidelis representaba el primer gran paso en esa dirección.

Le Fleur levanta el brazo. Günter asiente.

—Supongamos que hubiera conseguido vencer a Fidelis; lo más lógico sería centrar su atención en el sur. ¿Cree que el Rey de Valencia claudicaría sin más?

Donnell se permite una pequeña sonrisa.

—Oh, claro que no; ofrecería una resistencia aún más encarnizada pero al igual que Crastino poco tendría con lo que oponerse al Tártaro; tanto Crastino como el Rey son dos líderes hábiles con mucha experiencia en el, permítanme que lo llame así, ‘negocio’ pero les falta ese toque de maestría que imprimía Rufo a todo lo que hacía; era imprevisible y siempre efectivo. Estudiaba las diferentes estrategias defensivas que podía plantear el enemigo y atacaba sin compasión los puntos débiles menos obvios.

—Describe a un genio.

El comandante inclina la cabeza hacia la derecha.

—Si consideraba a César como alguien excepcional, Rufo estaba cortado por el mismo patrón. Si llega a nacer un par de décadas antes habría sido el estadista total que tanto necesitaba la Península después de la desaparición de César—afirma con rotundidad.

El silencio se hace en la sala por unos momentos.

—Llevo meses siguiendo los movimientos en el Tártaro; semanas meditando sobre si debía continuar con la planificación del ataque —continúa el comandante—; noches en las que no he podido dormir más de tres horas

—las ojeras son visibles en él—. Reconozco que me extralimité maximizando la libertad que el general Le Fleur me concedió y por ello le ofrezco mis más sinceras disculpas, pero era algo que tenía que hacerse — cruza, por primera vez, su mirada con la de Günter—. Rufo tenía ante sí el momento clave de su vida; estaba preparado para eliminar a Crastino pero ¿imaginan a alguien con este perfil dándose por satisfecho con la destrucción de Fidelis? ¿Quizás Valencia podría ser suficiente para colmar su ambición? ¿Derrotar a Tercio y tranquilizarse al fin? La respuesta es un no rotundo — golpea, suavemente, con su puño la mesa— una vez controlada toda la Península, Rufo no habría tardado en convertirse en el mayor quebradero de cabeza de toda la historia del Muro —Donnell coge aire—. Me reafirmo: el momento era ideal. Reconozco que me inspiré en el modus operandi del propio Rufo: para todos los peninsulares un ataque de la guardia del Muro era impensable, nadie nos tenía en cuenta como un factor desequilibrante en sus trifulcas; por eso ha sido una victoria completa.

—Al menos déjenos a nosotros juzgar si ha sido un éxito o fracaso —le interrumpe irónicamente Whiteball.

—También me gustaría pedirles que toda la responsabilidad de las consecuencias desencadenadas por esta misión recaiga sobre mis hombros; nadie más. Mi equipo sólo obedecía órdenes de un superior directo.

—Loable comportamiento que usted debería haber imitado antes de saltarse la cadena de mando sin el menor escrúpulo —apunta el general inglés.

Günter acciona el mando de su mesa. En el centro de la misma se proyecta la grabación registrada por el dron alfa en el momento del ataque. Aparece la menuda y escuálida figura de Rufo justo al lado de una roca ensangrentada y un cuerpo descabezado a sus pies. Observa primero con curiosidad y luego con auténtico miedo la bandada de drones que avanza hacia él. Estos escupen las primeras lenguas de fuego directas al cuerpo del caudillo que termina carbonizado en escasos minutos. Con el objetivo prioritario eliminado los drones se dividen por parejas para cazar al resto; disparan ráfagas ígneas más cortas y precisas abrasando a los tartianos que intentan escabullirse, sin éxito, entre los árboles.

En ese momento del metraje Günter congela la imagen.

Señala el margen derecho de la proyección. Un pequeño grupo de personas, maniatadas en su mayoría, son completamente ignoradas por los drones del Muro.

—En su informe, comandante, recalca que solo consiguieron salir con vida del ataque cinco personas que en esos momentos estaban a punto de ser ejecutadas por Rufo en persona —le observa con detenimiento—. Según queda reflejado en la transcripción de las órdenes dadas durante Casandra, usted recordó a los pilotos de los drones hasta en tres ocasiones la orden de evitar herir a esos individuos.

—Todos miembros de Fidelis —matiza Le Fleur.

—El Triunvirato debe saber, con total certeza, quién ha conseguido acabar con su gran amenaza —señala con el pulgar izquierdo, repetidas veces, el escudo de la guardia del Muro bordado sobre el pecho de su camisa—. Los *cuervos*.

Günter aprieta los labios con desagrado al oír el apodo.

—¿Qué diablos hacía un comando al completo en manos de Rufo?

—Como he dicho antes, Crastino no es tonto; sabía perfectamente lo que se traía Rufo entre manos e intentó resolver el problema de una manera arriesgada—señala la imagen holográfica—; como pueden apreciar, falló estrepitosamente.

—¿Espera de él algún gesto de gratitud hacia el Muro?

—Jamás; tampoco lo necesitamos —responde con contundencia—. Eliminamos a Rufo únicamente porque representaba un peligro potencial para el Muro; que su desaparición sea provechosa para Fidelis es meramente circunstancial. Este ataque simboliza el poder que posee el Muro. La mayoría de los peninsulares nos consideran poco menos que un atajo de inútiles y viejos obligados por la Unión Europea a patrullar la frontera; asumen que si no hacemos muestras de fuerza es porque somos débiles. Ahora el Triunvirato sabrá de boca de la sobrina de Crastino que tenemos los medios y la predisposición para acabar con aquel que intente levantar el vuelo más alto de lo que consideremos oportuno.

—Nos convertiremos en el juez y verdugo en la Península —sentencia Le Fleur.

—Como tal debemos actuar en el futuro. Después del temor llega el respeto; y si aún así continúan con la idea de desafiar al Muro, sabrán a lo que atenerse.

Günter reanuda el vídeo. Los miembros del comando se agrupan pero no terminan de alejarse del incendio que crece rápidamente. Uno de ellos es el único culpable; intenta abalanzarse sobre las llamas mientras otro comando más corpulento lo agarra con fuerza; estira de los brazos del suicida

intentando alejarlo del fuego. Después de unos intensos minutos de lucha de voluntades, el hombre corpulento consigue llevarse a su compañero a rastras siguiendo los pasos del resto de sus angustiados compañeros mientras los árboles arden sin compasión.

S.XXIV

Huele a carne quemada y pelo chamuscado.

Las llamas dibujan un círculo menguante a su alrededor cada vez más amenazador.

Oye como algo rueda debajo suyo.

El objeto termina chocando con uno de sus pies.

Es la cabeza de Voreno; esos pequeños ojos marrones le contemplan sin vida. La boca esboza un espasmo de dolor mientras balbucea algo que no consigue entender. Los árboles más cercanos a él gimen por culpa de las llamas. Algunos, consumidos por completo, terminan desmoronándose; en su caída levantan un manto de ceniza gris y minúsculas ascuas rojizas.

Una película de sudor envuelve su piel. El calor le acosa mientras el humo tapona sus pulmones; tose sin control.

La cabeza sigue allí abajo; insiste en mover los labios intentando comunicarse con él sin éxito.

Una llama se estira desde uno de los árboles más cercanos; lame su brazo izquierdo.

Aúlla de dolor.

La llama se atenaza a su extremidad con fuerza. Grita su nombre una y otra vez.

—¡Druso!

Abre los ojos cogiendo una gran bocanada de aire como si acabara de recordar que necesita respirar después de mucho tiempo sin hacerlo.

Se incorpora de un salto.

La habitación en la que se encuentra comienza a dar vueltas; mareado, se deja caer sobre las sábanas calientes y empapadas en sudor.

—¿Otra pesadilla? —la voz femenina de la llama acaba de transformarse en la aniñada de Agripa.

Druso asiente llevándose la mano derecha a la frente húmeda.

—¿Qué haces aquí?

—Crastino quiere hablar con todo el comando.

—¿Otra misión? —recrimina con agresividad; apoya todo el peso de su cuerpo en los codos— ¿Y el luto?

—Terminó esta madrugada. Los doctores aconsejaron que lo más

recomendable es que siguieras descansando, así que no te dijimos nada —la voz de Agripa se quiebra—. El Triunvirato realizó un acto en la *Torre del Silencio* con todos los comandos que no se encuentran fuera de Barcelona de servicio —Druso advierte como la mandíbula de su hermano tiembla—. Voreno se ha convertido en nuestro héroe.

—¿Héroe? tú no estuviste allí —un rictus deforma sus carnosos labios—. Da igual; está muerto.

—Nos inspira al resto —responde a la defensiva—. Tenemos que seguir adelante; por él; por todos nosotros.

Druso cierra los ojos y deja caer la cabeza otra vez sobre la almohada. Se tapa los ojos con uno de sus brazos.

Agripa, al ver que Druso no parece dispuesto a seguir la conversación se acerca a la puerta.

—Bruto está en el pasillo; yo me adelanto—gira el pomo—. Os espero con el resto en la sala de reuniones—sale del cuarto.

Druso observa el techo como hacía los primeros días después de haber nacido en aquella casa perdida a la falda de los Pirineos.

Deja la mente en blanco.

Las tortuosas imágenes de la pesadilla se diluyen lentamente en el vacío y solo con la desaparición de la última de ellas, el ritmo de su corazón decrece hasta recuperar la normalidad.

Cuando su ánimo deja de ser tan sombrío, se levanta con desgana; lanza su camiseta sudada al suelo y se coloca con parsimonia el uniforme de Fidelis. Fija la banda escarlata en su brazo y abandona la habitación.

—Buenos días, hermano —Bruto se despega de la pared del pasillo al verle aparecer— ¿Preparado para volver?

—¿Fue bonito?

Bruto le escruta de reojo.

—Lo fue. Incineraron su túnica de iniciado y depositaron las cenizas dentro de la Torre.

Druso se abraza con Bruto durante unos instantes. Esos enormes brazos le transmiten algo de la energía que tanto necesita.

Se despega.

—Vamos.

Caminan hacia el ascensor en silencio. Las habitaciones del resto de comandos están desiertas; normalmente ese pasillo es uno de los más animados de toda la planta pero desde la vuelta del comando de Elpis a *Nexo*

el ambiente se ha enrarecido.

Bruto aprieta el botón de ascensor; entran.

—¿Dónde diablos nos mandará el Triunvirato esta vez?

Se cierran las puertas. Escasos segundos después la cápsula se pone en movimiento.

—Salvo sorpresa mayúscula iremos al sur.

—¿Valencia?

—Esa es mi apuesta.

La panorámica lateral de la Torre del Silencio que ofrece el ascensor siempre arranca una sonrisa a Druso recordando su iniciación. Hoy le da la espalda con premeditación.

"A partir de ahora me recordará la muerte de Voreno"

El ascensor hace su característico tañido y las puertas metálicas se separan.

Elpis les espera con los brazos cruzados tras la espalda. La imagen de la capitana arrodillada delante de Rufo, totalmente derrotada, sale disparada de uno de los recovecos de la mente de Druso.

—¿Cómo te encuentras?

Elpis no despega su atención de Druso. Sonríe. Él mantiene el gesto adusto pero ella continúa igual.

—Preparado.

—Te necesitamos.

—Vale.

Elpis intenta decir algo más pero se lo piensa y termina callando.

Comienza a caminar hacia la sala de reuniones; el dúo la sigue.

Toda la incómoda tranquilidad que reina en la planta dormitorio de las esquiras solo dos pisos por encima se metamorfosea en ruido y prisas.

—El comando del capitán Sila tiene problemas en la frontera aragonesa. Exige hablar con Cornelia —una nerviosa burócrata camina con celeridad hacia el ascensor mientras habla con un colega sentado tras una mesa.

Una vez llegado el trío a la sala, Elpis se desplaza a un lado y permite que los dos hombres entren en ella antes de cerrar la puerta y bloquear así el molesto sonido ambiente.

Crastino está sentado junto al resto del comando.

Druso busca a Pullo; lo encuentra con la cabeza apoyada sobre la mesa, observando con atención los caóticos movimientos de una pequeña mosca revoloteando sobre su mano derecha. Druso se sienta a su lado;

—Hola —Pullo le ignora.

El triunviro conversa en voz baja con Marcia hasta que se da cuenta de que ya están todos en la sala. Hace un gesto con la mano para que los recién llegados tomen asiento.

—Antes de empezar, he de deciros que Fidelis, con el Triunvirato a la cabeza os reconoce como sus salvadores. Hace unos meses aquí mismo os recalqué la importancia de acabar con la amenaza que se estaba gestando en el Tártaro. Nuestras expectativas lamentablemente se quedaron tremendamente cortas. Os enfrentasteis al peor enemigo con el que jamás nos hemos tenido que cruzar. Vencisteis pero por desgracia tuvisteis que sellar esa victoria con la vida de Voreno.

—Fueron los *cuervos* quienes acabaron con Rufo y compañía —aclara Pullo dejando de prestar atención a la mosca—; después tuvieron la delicadeza de no matarnos al resto.

Crastino lo observa con tristeza sin saber que decir. Desliza su índice sobre la tableta colocada sobre la mesa y continúa la reunión.

—Acaban de llegar noticias del Tártaro —el triunviro se permite una pobre sonrisa— Es un completo caos. Como esperábamos, Rufo ha dejado un enorme vacío; su repentina muerte en un incendio aparecido de la nada se ve como un signo de mala fortuna que acobarda a la mayoría del Tártaro. Al *Chatarrero* poco le va a durar la alegría de recuperar la libertad y el mando. En el norte la suerte también nos sonríe: los caciques del Corredor vuelven a ser libres con la idea entre ceja y ceja de caer sobre el Tártaro y devolverles las caricias del último mes. Ahora empieza una pelea para elegir a un líder que les guíe y esto puede alargarse hasta la primavera del año que viene —levanta el índice—. No me extrañaría que antes de empezar la invasión del Tártaro intentaran conquistar el norte de Barcelona, muy debilitado después de las dos campañas de Rufo. —zarandea la cabeza—. Volviendo a lo que nos atañe: nadie relaciona a Fidelis y mucho menos al Muro con la caída de Rufo. Resumiendo, parece que todos nuestros enemigos más cercanos tienen sus propios problemas con los que lidiar durante el próximo verano y Fidelis no está ya en la lista de prioridades de ninguno —golpea la mesa con el puño— y eso era lo que buscábamos desde un principio. Estuvimos más cerca que nunca de morir pero hemos salido del apuro —señala a Pullo con el dedo—. Esta victoria tan costosa coloca las bases, junto a la misión del Muro, para que la rueda empiece a girar.

El comando se mantiene expectante. Todos menos Pullo; la mosca se

posa en su mano.

—El siguiente paso es ir hacia el sur tomando la vía del Mediterráneo.

—¿Valencia? —pregunta Bruto.

—No tan abajo. Desde ayer por la noche en turnos de seis horas están saliendo de Barcelona batallones de vigiles tomando diferentes direcciones para no levantar demasiadas sospechas. Cinco días después todos los comandos se pondrán en movimiento bajo mi mando directo hacia el Delta del Ebro. Allí nos uniremos a los diez batallones ya reagrupados; juntos, seguiremos bajando.

—¿Y después? —insiste Bruto.

El triunviro sonríe, enigmático.

—Tendremos otra reunión.

—¿Tiene el Rey de Valencia algo que ver con el plan?

La sonrisa de Crastino se tuerce al oír ese nombre.

—Desgraciadamente es una pieza clave. Me gustaría poder prescindir de él pero es un tumor con el que tendremos que convivir durante un tiempo.

Elpis frunce el ceño; las caras largas del comando la intranquilizan. Se levanta, nerviosa.

—Parece que ya está todo dicho, hora de empezar con los preparativos si al triunviro le parece bien —Crastino asiente—. Marcia y Bruto, quiero que estéis encima de los encargados del almacén y preparéis el equipo completo con el que saldremos a la carretera una vez más. Están avisados pero ya sabéis que funcionan mejor cuando se les presiona.

El comando se levanta de sus asientos; todos menos Pullo. La esquirra tose.

—Tengo una pregunta —su voz suena apagada por la afonía.

—Adelante.

—Con Voreno —duda un instante— muerto ¿quién ocupará su lugar?

El triunviro se rasca la barbilla, incómodo.

—Esto lo hablamos luego —responde Elpis en voz baja.

—Yo me encargo, Elpis. Pullo, el Triunvirato ya tiene una lista de candidatos pero no creo que este sea el momento oportuno para introducir una cara nueva en el grupo. Druso aún se está amoldando y ahora mismo prima la cohesión al número.

Crastino espera a que Pullo diga algo, pero este se mantiene sentado en silencio. Los movimientos de la mosca en su mano vuelven a ser lo único merecedor de su atención.

S.XXV

La historia es un ente continuo; infinito. Fluye a un ritmo constante, irreversible, dando la sensación que nada es capaz de afectarla. Esto último es obviamente falso: hay instantes dentro de la propia historia que, en el momento de inscribirse en ella, la marcan de la misma manera que los grandes meteoritos golpearon la Tierra hace millones de años. Estos cuerpos celestes dejaron una huella indeleble en la corteza de la tierra y los seres vivos que luego conquistaron la tierra tuvieron que desarrollar sus existencias sobre esas huellas [estoy relejendo las últimas líneas y no me puedo creer que yo haya escrito algo tan profundo. Perdona, vuelvo a lo mío esperando que me dure algo este momento de inspiración].

Desde el principio de este libro insisto en constatar que el germen de la caída a los infiernos de la Península hay que buscarlo años, décadas atrás.

Las estrellas indiscutibles fueron esos momentos de disrupción que captaron la atención de todo el mundo. Yo tuve la desgracia de formar parte de todos ellos [en desigual medida]; sufrí, como todos mis contemporáneos, una ceguera que me impidió calibrar lo que estaba viviendo en primera persona; nadie debería culparme: ya fue suficientemente complicado mantenerme a flote. Solo gracias a la fría luz que da el paso del tiempo y sus irremediables consecuencias, ahora todo se ve con una perspectiva diferente; con una increíble claridad. El contrapunto es que ya nada puedo hacer para remediar la destrucción, envidia, egoísmo e ira que maldijeron sin excepción cada uno de aquellos nefastos momentos de nuestra historia.

Te he hablado de alguna de estas fechas clave en el calendario de la caída peninsular: la Gran Decepción, Leviatán o el Día de la Vergüenza.

Prepárate porque lo peor aún está por llegar.

Te sitúo: Nochebuena de 2036, un año después del Día de la Vergüenza. Las cosas no marchaban nada bien para los peninsulares. Muchos se mantenían en pie gracias al odio que generaba en ellos la recién nacida Balearía. Por muy dividida que estuviera la Península toda disensión desaparecía ante la simple mención del enemigo en común.

No tengo remedio: tengo que retractarme de la frase anterior [así de

buen profesor soy]. Una generosa porción de la costa al sur de Málaga no compartía los mismos sentimientos peninsulares hacia las islas.

Déjame rebobinar un poco más: hasta la entrada de España en la Unión Europea. Ya expliqué cómo convirtieron España en un parque temático inmenso donde disfrutaban de sus vacaciones y jubilaciones los ricos y no tan ricos habitantes del norte de Europa. Con el paso de los años, los pueblos con mayor encanto, mejores vistas o playas más hermosas se convirtieron en reducidos feudos de los del Norte. Por gran parte del litoral mediterráneo español, con especial predilección por el andaluz, aparecieron Little Germany, Little England o Little Denmark en lugares que en el pasado eran en su mayoría pueblos de humildes pescadores o campesinos. Estas nuevas comunidades no podían considerarse como tales si no disponían de sus propios restaurantes, supermercados, colegios, periódicos, radios y hasta canales de televisión. Un inglés jubilado podía llevar diez o quince años viviendo en uno de estos guetos de dorados muros sabiendo menos de veinte palabras en castellano sin poner en riesgo su estupendo nivel de vida [hola, no, si, por favor, adiós, tapas, siesta, gracias, sangría, paella y unas cuantas más a gusto de cada individuo].

Allí donde fluye el dinero con generosidad nunca se encuentran problemas culturales o raciales.

Pero no solo llegaban jubilados a estos pueblecitos cada vez más internacionales. Muchos de los negocios abiertos para colmar sus necesidades estaban regentados por personas jóvenes de sus mismos países de procedencia que escogían iniciar una nueva vida en España; junto a ellos aterrizaraban sus familias al completo. Con el paso de los años florecieron un número más que respetable de comunidades de “españoles” muy poco españoles.

Las primeras crisis no afectaron demasiado a su vida cotidiana ya que la fuente de su ingresos se encontraba fuera de la Península. A la gran mayoría de estas personas les interesaba mucho más el día a día de su patria, a miles de kilómetros de distancia, que lo que acontecía a diez minutos de la puerta de su casa.

Más adelante, cuando la situación estaba cogiendo tintes oscuros y su opulento aislamiento no ofrecía la misma protección que antaño, todos aquellos que pudieron escapar y volver a las tierras de sus ancestros marcharon sin mirar atrás. La mayoría no dispuso de esa suerte; tuvieron que resignarse y sellar su futuro al del país que habían elegido como hogar

años atrás. Algunas de las comunidades más pequeñas desaparecieron y sus habitantes se mudaron a otras más grandes para hacer piña conjunta y poder defenderse mejor de los problemas que los nuevos tiempos traían bajo el brazo. Después de estas migraciones spaniards [así les empezaron a llamar los medios extranjeros; bueno, en realidad les llamaban "Our Spaniards" para diferenciarlos del resto] los núcleos donde vivían los spaniards quedaron reducidos a lo que se conocía como Costa del Sol, una de las zonas más pudientes de toda la Península en los Años Dorados.

Durante las dos últimas crisis, se formaron partidas de españoles que atacaban estos asentamientos en busca de comida y cualquier otra cosa de utilidad. Los spaniards mientras se defendían como buenamente podían, rogaban a los países de sus ancestros que por favor les sacaran de aquel infierno. Los gobiernos de norte respondían con promesas, asegurándoles que harían todo lo que materialmente estuviera en sus manos para ayudarles. La realidad era otra: no pasaban de dar el visto bueno al envío de algunos barcos mensuales con comida y ropa que las ONG recolectaban en sus países de ascendencia. Ah, y una foto junto a cada barco que zarpaba con dirección al sur que luego colgaban en todas las redes sociales disponibles para que nadie osara decirles que incumplían sus promesas [hipócritas].

Los spaniards entraron en un estado de histeria colectiva cuando tuvieron constancia del Día de la Vergüenza. Como el resto de españoles no tuvieron más remedio que resignarse ante su mala suerte e intentar sobrevivir.

Pasaban los meses y la vida cotidiana en la Península empeoraba. La burbuja spaniard explotó por completo. Los ataques de las partidas de peninsulares crecieron exponencialmente, al igual que la violencia utilizada en ellos. Las rudimentarias murallas que habían levantado alrededor de sus asentamientos a duras penas sostenían el empuje de sus violentos vecinos.

Poco tiempo después alguien entre los spaniards tuvo una idea que el resto consideró poco menos que profética: utilizando uno de los barcos de ayuda humanitaria, enviarían una embajada al nuevo estado Balear para que les aceptara como protectorado. Entre ellos, recitaba la carta que luego se publicó en la mayoría de periódicos del mundo, había capital humano capacitado para trabajar en la consolidación del nuevo estado Balear. A cambio de sus esfuerzos y dedicación solo tenían una petición: el

acantonamiento en su territorio de un fuerte destacamento del ejército balearico que justo entonces estaba cobrando vida. Con la protección activa de esos hombres y mujeres la zona volvería a ser segura y libre de ataques. Terminaban la misiva asegurando que con la ayuda balear, la Costa del Sol volvería a recuperar el brillo conseguido en los Años Dorados, un lugar de prosperidad y crisol de nacionalidades.

Palabrería rimbombante que deja entrever el grado de desesperación que sufrían los spaniards.

Cuando las grandes facciones de la Península supieron de la existencia de la carta no les sentó nada bien.

Para la inmensa mayoría de peninsulares, los spaniards eran antiguos españoles olvidados por el resto del mundo, como cualquiera de sus conciudadanos. Es cierto que tenían ventajas como los cargamento de ayuda humanitaria que no pocos vecinos intentaban robarlos pero esto no mitigaba en absoluto su condición de peninsulares. Eran incapaces de comprender el por qué de haberse rebajado a hincar las rodillas en el suelo ante los Baleáricos, una panda de ladrones, verdugos de la prosperidad de sus hijos; incluidos los spaniards.

A mí mismo me causó una honda impresión que tan poco tiempo después del Día de la Vergüenza ya hubiera peninsulares dispuestos a claudicar. Lo que no me sorprendió fue la rápida respuesta de Balearia: aceptaban el ofrecimiento. Anunciaban que el 1 de Enero del 2037 Costa del Sol se convertiría ,de manera legal, en protectorado suyo. La Unión Europea recibió la noticia con alivio y dio muestras públicas de gratitud hacia Balearía.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

Antes dije que la Península vivía en la anarquía política y que solo la aparición en el horizonte de los bastardos de las islas era capaz de ponerla en pausa. Los spaniards estaban jugueteando con la caja de Pandora.

En lo que antes era conocido como Andalucía, Extremadura y Murcia gobernaba, de manera más o menos aceptada por todos los habitantes de esas zonas, La Hoz y El Martillo [como no cobro por palabra escrita, a partir de este momento los mencionaré simplemente como La Hoz].

La Hoz es claramente una organización comunista [de ahí el nombre] que considera Costa del Sol como territorio propio. Los ataques sufridos por los spaniards habían sido perpetrados por pequeños grupos; jamás ningún líder medianamente importante de la facción comunista había

apoyado esos ataques pero tampoco nadie en La Hoz movía un dedo por encontrar a los instigadores e intentar aplicar algo de justicia finiquitando de raíz el dichoso problema.

El comunicado había cambiado esa posición radicalmente.

En La Hoz consideraron que debían dar una lección a aquellos desagradecidos. Las altas esferas de la organización empezaron a preparar la repuesta al anuncio del protectorado; estuvieron estudiando una y otra vez la opciones y las cuentas no les salían. La escala de esa misión les quedaba demasiado grande. Pero fueron lo suficientemente honestos consigo mismos como para reconocer que la única solución posible era buscar un acuerdo con Tercio.

Tercio domina la vertiente noroeste de la Península donde Galicia, las dos Castillas y Asturias son sus bastiones más importantes. Esta facción posee un marcado [y rancio] carácter militarista.

Desde las guerras sociales e incluso antes del propio nacimiento de las dos facciones, Tercio y La Hoz, eran enemigos irreconciliables; herederos de grupos ideológicos antagónicos aparecidos siglos atrás. Habían vivido en guerra primero dialéctica y desde la mañana siguiente al Día de la Vergüenza pasó a ser física. Como escribí antes, existía algo capaz de detener puntualmente ese profundo odio fratricida; ese algo era Balearia.

Las conversaciones entre las dos facciones terminaron rápido; firmaron una tregua entre ellos hasta solucionar el asunto spaniard. Mucho tiempo después surgieron rumores que aseguraban que esta alianza peninsular era cosa de tres; si tomamos por ciertos estos chismorreos [los cuales yo no me creo] Fidelis inicialmente formaba parte del pacto pero salió a última hora por lucha de egos entre el Triunvirato y la cúpula de Tercio.

Es la madrugada del 24 al 25 de diciembre del 2036.

Lo siento, no es fácil para mí hablar de esto; las imágenes no han perdido nitidez en mi cabeza a pesar de haber pasado tantos años.

La víspera navideña, junto con el último convoy de ayuda humanitaria, desembarcó en Costa del Sol un grupo de personas con un único propósito: grabar un documental centrado en las semanas anteriores y posteriores a la entrada de Balearia en el territorio spaniard. Aquella Nochebuena prometía ser una fuente de las instantáneas más emotivas e impactantes de todo el documental. Según comentaron tiempo después un par de miembros del equipo de grabación, esperaban que el documental

consiguiera transmitir sentimientos de una manera parecida a las leyendas alrededor de la primera Nochebuena en las trincheras de Francia durante la Primera Guerra Mundial. Sus desproporcionadas expectativas fueron colmadas con creces aunque de una manera muy diferente a la esperada por ellos.

Para cubrir aquella noche el equipo técnico decidió dividirse en dos grupos: el más numeroso estaría filmando en el centro de Benalmádena, la capital oficiosa de los spaniards, mientras los restantes técnicos de imagen y sonido se encontrarían en el mar, encaramados sobre una pequeña embarcación que habían alquilado en Gibraltar; la idea para el segundo equipo era filmar, utilizando drones, los puntos de concentraciones populares que se habían repartido por las diferentes playas donde se lanzarían al cielo una miríada de globos, cada uno de ellos con un pequeño farol atado a su cuerda en señal de paz y prosperidad. Con este gesto los spaniards deseaban simbolizar la muerte del viejo año llevándose junto a él toda la miseria y desgracia con las que llevaban conviviendo demasiado tiempo.

Por desgracia sus sueños se desvanecieron igual que aquellos globos en el cielo nocturno.

Rememorando esa noche mientras escribo también ha llegado la imagen de mi abuelo.

Él adoraba la historia; sobretodo la militar. Uno de los primeros recuerdos que tengo de mi abuelo es visitándolo en su despacho; parece que fue ayer: sentado detrás de una gran mesa de roble, el doble de vieja que él, rodeado por una muralla de libros. Utilizaba unas gafas con unos cristales con mucha graduación; siempre que levantaba la vista de las hojas para decirme cualquier cosa, el tamaño gigantesco que tenían sus ojos detrás de aquellas lentes me fascinaba; parecía magia.

Mi abuelo se alegraba de verme pulular a su alrededor. Siempre fui un niño cuidadoso y él valoraba sobremanera que uno de sus nietos tratara a los libros con el respeto que se merecían; era su preferido aunque nunca lo dijo. Si cierro los ojos aún puedo recordar ese penetrante olor a papel viejo que impregnaba su despacho y que tanto aborrecía mi abuela. Cada domingo solía pasar un par de horas con él; tenía una manera muy particular de despedirse de mí: me contaba una historia que pensaba que podía interesarme. Muchas eran sangrientas y las relataba como si yo fuera un hombre y no un niño de apenas siete años; lo adoraba por ello.

Después de terminar el relato me obligaba a jurarle que jamás hablaría de esas historias con mi madre.

'Si te vas de la lengua, no habrá más'.

Con el juramento sellado, él volvía a sus libros y se olvidaba de mí hasta el siguiente domingo.

La historia que me ha hecho hablar de mi abuelo es el Saco de Amberes. El relato tiene lugar en plena guerra de los Ochenta años y el protagonista no es otro que uno de los temibles tercios viejos españoles [ni se te ocurra, por un instante, compararlos con los que ahora mancillan su memoria]. Los sufridos soldados se amotinaron en medio de Flandes, rodeados de enemigos y a miles de kilómetros de su hogar. Tenían motivos de peso para actuar de esa manera: el rey no les pagaba desde hacía años. Como toda lealtad tiene un límite, esos hombres se hartaron de luchar y morir por su católica majestad, hambrientos y vestidos con andrajos como simples mendigos. Pero todo cambió para el tercio al recibir noticias sobre como la importante ciudad de Amberes, supuesta fiel súbdita del rey español, había abierto las puertas al enemigo holandés. Después de recibirlos como libertadores los habitantes de la ciudad tuvieron la desfachatez de señalar el castillo interior de la ciudad; allí se encontraba acantonado un reducido grupo de soldados hispanos dejados por el gobernador de Flandes para proteger a la población de Amberes de los rebeldes holandeses. Ironías de la historia en ese momento los amberinos querían ver masacrada a la guarnición que les había jurado protección; los rebeldes holandeses estaban más que dispuestos a complacer a sus nuevos aliados.

Al enterarse de los acontecimientos en Amberes, los amotinados decidieron dejar para otro día las disputas con su rey; al instante decidieron marchar en pos de sus camaradas al grito de "O bien comemos en el infierno o terminamos cenando en Amberes". La descompensada batalla entre 20.000 protestantes contra 3.000 hispanos terminó con la victoria contra todo pronóstico de estos últimos; el posterior baño de sangre fue tan salvaje que horrorizó a los dos bandos de la guerra. La famosa ciudad vivió un terrible saqueo que se alargó durante varios días y en donde las penurias pasadas por el tercio y la guarnición unidas a la traición sufrida se combinaron para prender un fuego muy difícil de apagar. Los propagandistas de la época [ingleses y holandeses son unos maestros en esta cuestionable materia] bautizaron poco después el

arranque temperamental hispano como "la furia española".

Aún a día de hoy me pregunto cómo esta historia no consiguió traumatizarme. Mi abuelo tenía una manera de contar historias que, por muy bárbaras que fueran las atrocidades que me narraba nunca me causaban pesadillas [he sido muy propenso a ellas; la mayoría generadas por cosas de los más ridículas]. Creo que la clave estaba en el tono frío y académico que utilizaba, alejado de patriotismo barato o sensacionalismo.

Desearía que quien ahora comenzara a relatar fuera mi abuelo y no servidor. Quizás su magia podría atenuar las barbaridades de aquella noche.

El ataque peninsular comenzó como un reloj a las 12 de la noche.

De manera coordinada las fuerzas aliadas peninsulares atacaron todos los pueblos y ciudades, hogar de los spaniards.

Me pregunto qué pasaba por las cabezas de aquellos hombres y mujeres peninsulares esa noche; seguro que nada agradable. Los spaniards se habían arrodillado gustosamente ante quienes les habían traicionado, robado y abandonado a su suerte. Toda la frustración y odio que llevaban acumulando desde el Día de la Vergüenza las desparramaron aquella noche maldita a lo largo de la costa malagueña.

Se calcula que un 85-90% de la población spaniard que aquella mañana había abierto los ojos, antes del nuevo amanecer yacía muerta. Hablo de miles de personas. Perecieron por igual niños, jóvenes, adultos y ancianos; los animales también fueron pasados a cuchillo sin miramientos. La furia una vez desatada fue imposible de encauzar.

El equipo documental de Benalmádena, al igual que todos los spaniards, se vio sorprendido y sin escapatoria posible. A los veinte minutos del inicio del ataque el último miembro del equipo fue degollado. Las imágenes se salvaron gracias a que las cámaras estaban subiendo la grabación a tiempo real a la nube. Si nuestro mundo fuera regido por dioses piadosos la conexión habría fallado. Un dato empírico más a favor de la falta de dioses o, y sería más descorazonador aún, al hecho de que nuestro dolor no les conmueve lo más mínimo.

Una hora después del comienzo del ataque las imágenes del equipo de Benalmádena ya sacudían, como un huracán, Internet. El otro equipo de cámaras, a salvo en el mar, utilizó su escuadra de drones para seguir grabando, impasible, la carnicería.

Es inútil que siga escribiendo sobre ello.

Te habrás hecho una imagen que seguro se queda corta comparada con la realidad.

Las primeras luces del día de Navidad apagaron por completo la locura. Antes de volver a sus campamentos, las fuerzas aliadas montaron piras donde quemaron todos los cuerpos; estuvieron ardiendo durante tres días.

El 28 de diciembre llegaron a Gibraltar los primeros grupos de spaniards que habían conseguido escapar de la hecatombe. Seguramente en su huida las fuerzas peninsulares podrían haber eliminado sin dificultades a aquellos pobres desgraciados pero estaban hartos de sangre y espero que también avergonzados. Los medios de comunicación más importantes del mundo ya se arremolinaban en Gibraltar dispuestos a dar voz a los supervivientes.

Como puedes imaginar la opinión pública mundial se horrorizó ante el baño de sangre.

Una matanza como aquella en un país europeo por muy en crisis que estuviera era inadmisibile. El Reino Unido destinó una flota de barcos y submarinos a Gibraltar para repeler un hipotético ataque de aquellos terroristas.

Sí, como lo oyes, desde el día de Navidad todo aquella persona que vivía en los territorios controlados por La Hoz y Tercio era considerada terrorista. Suena absurdo pero para buena parte del mundo casi dos tercios de la población peninsular era cómplice de la Noche Triste; el tercio restante estaba por ver. Marcar a cientos de miles de personas de aquella manera era un sin sentido pero Europa estaba completamente acongojada y nadie era capaz de utilizar su sentido común. Los pocos que, hasta hacía unos días, seguían manifestándose en contra del muro Pirenaico y el apoyo que la Unión Europea había brindado al estado Balear cambiaron de idea después de la Noche Triste.

La pérdida del protectorado no afectó negativamente a Balearia, es más, fue el catalizador perfecto para sus futuros planes. La opinión pública les empezó a respaldar sin reservas. La jugada habría salido perfecta si Fidelis se hubiera alineado con Tercio y La Hoz.

Con aquel no a la coalición peninsular, Fidelis salvó a la Península.

Deja de leer.

Siente un desagradable cosquilleo en las piernas; las estira pero ya es

tarde. Lleva un buen rato sentado con la espalda apoyada en una gran roca.

El frescor matinal no consigue engañarle; terminará siendo un día igual de caluroso que el anterior pero aún quedan horas para eso. Coloca la capucha de la capa gris sobre su cabeza. Se levanta y camina, cojeando ligeramente obligado por sus pies insensibilizados; se detiene en el borde del desfiladero con el que acaba, abruptamente, la colina.

Una columna humana avanza muy lentamente por un amplio camino empedrado que discurre bajo los pies de Druso. Los niños lloran, mientras sus mayores no tienen fuerzas ni ganas de hacer que callen. Hasta el más pequeño carga con todo lo que les han dejado llevar consigo; caminan encorvados, obligados por el peso de los voluminosos fardos.

Druso observa con atención como se acumula una muchedumbre apretujada detrás de la puerta de la muralla esperando su turno para salir del pueblo en llamas. A sus espaldas las columnas parduscas continúan emborronando un cielo completamente despejado.

Una ráfaga de viento le golpea la cara. Apesta a humo pese a que viene directa del mar situado justo en el extremo opuesto de la ciudad. Tose ruidosamente con la mano colocada sobre la boca.

—Habéis sido vencidos por el rey de Valencia. Lo desafiasteis y por ello marcháis al exilio. Burriana será desde hoy mismo una montaña de ladrillos en descomposición. Una muestra de la ira real. Pero su majestad también es magnánima. Reconoce que la culpa no es enteramente vuestra; aquellos a los que erróneamente elegisteis como líderes os han servido mal y han pagado su soberbia con sus cuerpos empalados en picas; los buitres darán buena cuenta de ellos. Pero el buen rey os dice que ellos no deben privaros de un futuro; id al norte. Fidelis os acogerá amistosamente para que empecéis una vida nueva. Si alguno de vosotros ve en la piedad de su majestad un signo de debilidad y piensa en volver a Burriana estará escogiendo un camino lleno de dolor y muerte. Grabad en vuestras cabezas las últimas palabras de nuestro señor "¡Id al norte y no oséis echar la vista atrás!".

Druso comprueba su reloj. Cada cinco minutos exactos, desde la caída de la ciudad, ese desgarbado valenciano de pie sobre un carro plantado justo en medio del camino repite, con voz entrenada, el último mensaje del rey de Valencia a los antiguos habitantes del pueblo costero de Burriana.

—De él No se puede esperar otra cosa, les arrebató todo y luego se jacta en sus caras de ser clemente.

Una sombra achaparrada con la capucha gris también echada sobre la

cabeza se acerca a Druso.

Es ahora Crastino quien observa fijamente la riada humana que envuelve el carro donde se encuentra el pregonero.

—Un sádico al que hemos hecho el trabajo sucio —le reprocha Druso con la voz rasposa por el humo.

El triunviro le mira de reojo; tiene los ojos rojos de cansancio después de una noche en vela.

—No soy un cretino. Sé lo que sucedió ayer.

Druso escupe al suelo intentando quitarse el desagradable gusto ahumado de la boca.

—¿Seguro? Recuerdo ese discurso rebosante de grandes palabras que nos diste hace unos días y me cuesta relacionarlo con el sucio y traicionero ataque de anoche a estas personas que nada nos habían hecho. ¿Desde cuando matar a comerciantes en su cama, saquearles y terminar expulsando a sus familias del lugar al que llaman hogar nos acerca a la recuperación de la Península?

Crastino suspira.

—Con todas mis fuerzas he intentado durante años hacer lo correcto, guiar a los míos manteniéndome fiel a unos ideales —el triunviro vuelve a observar el camino atestado de exiliados— consiguiendo en el proceso casi nuestra aniquilación. Si algo he aprendido, a base de golpes, desde la desaparición de César es a ser pragmático: hay que ensuciarse las manos si quieres avanzar en cualquier dirección.

Druso enseña los colmillos con desagrado.

—Rufo no lo habría sintetizado mejor.

—Te aseguro que no voy a dormir bien en mucho tiempo —señala a la masa de cabezas gachas que continua avanzando lenta pero inexorablemente hacia el norte—, puedes tener por seguro que no pienso dejarles en la estacada; ellos son ahora parte de Fidelis y la obligación del Triunvirato es protegerlos.

Vuelve a levantarse viento.

Más humo transportado por la corriente marina se acerca a ellos.

Crastino tose. Agarra la bota de agua que lleva colgada en su cinturón y le echa un buen trago. La ofrece a Druso pero este niega con la cabeza.

—El discurso de ese valenciano —el triunviro señala con el mentón al carruaje— está lleno de imbecilidades pero hay algo que es cierto: los jefes de esta gente se comportaron como unos completos imbéciles; nadie en su

sano juicio desafía al rey de Valencia ¿Pensaban que se quedaría de brazos cruzados sabiendo cómo el insignificante puerto de Burriana se atrevía a cobrar menos por el embarque de drogas con Italia como destino?

—Entonces hemos terminado una riña entre comerciantes borrando del mapa al bando débil.

Crastino pone los ojos en blanco.

—Comprendo tu enfado. Sé que muchos de los que tomasteis parte en el asalto no estuvisteis cómodos con el papel que tuvimos anoche, pero por algo yo doy las órdenes y vosotros las acatáis —se señala el pecho con el pulgar—. Solo espero un poco de confianza por vuestra parte. Hay un motivo detrás que compensa estos sacrificios.

Druso baja la cabeza.

—Creo en tu palabra, triunviro.

—Cuando llegue el momento lo entenderás; todos lo haréis, pero aún no estamos en ese punto—el triunviro señala el mar que se dibuja a su derecha—. Nuestro Rubicón asoma en el horizonte y cuando lleguemos a la orilla cruzaremos sin dudar.

La pareja observa en silencio como las llamas comienzan a devorar con glotonería los contados edificios que aún se mantenían intactos. Los últimos exiliados se apuran en cruzar la gran puerta de Burriana.

—Triunviro —después de llamar la atención de Crastino calla unos segundos, armándose de valor— tengo una pregunta.

—Por la cara que pones parece importante —vuelve a beber agua—. Si conozco la respuesta puedes contar con mi completa honestidad.

—Rufo dijo —Druso desvía la mirada hacia el cielo— que yo era el miembro más valioso de todo el comando —vuelve a mirar fijamente los ojos de Crastino— ¿Quién soy?

—Una esquirra del Filo.

Druso coloca los brazos en jarras, enfado.

—Acabas de prometerme que serías honesto conmigo.

—Es justamente lo que he hecho. Tú no eres la persona a la que Rufo se refería; ya no existe.

—¿Quién era? —insiste.

El triunviro apoya sus nudosas manos en los hombros de Druso.

—Aún es pronto para hablar sobre él —Druso abre la boca. Crastino zarandea al despeñado mientras sube el tono de voz—. Druso, escúchame. No hace ni un año que abriste los ojos por primera vez; un puñado de meses

que has vivido con una intensidad muy por encima a la de cualquier peninsular; pero no te equivoques: aún necesitas muchos más recuerdos, muchas más experiencias que vivir donde tus decisiones determinarán la clase de persona que serás. En este momento clave de tu vida no pienso intoxicar tu cabeza con historias sobre una persona a la que simplemente te une el cuerpo; nada más. Ahora debes concentrarte en construir tu vida entre nosotros; haz como Bruto —el triunviro sonrío. Despega sus manos de Druso—. Prometo que llegado el momento oportuno te diré todo lo que sé sobre él.

Druso se da por vencido.

—Está bien, triunviro.

—Haces lo correcto, muchacho —Crastino palmea la espalda de Druso antes de darse la vuelta y caminar colina arriba—. Te dejo, aún quedan muchas órdenes que dar antes de poder dejar atrás este aciago pueblo para siempre.

En la cima del cerro el triunviro advierte dos menudas figuras encapuchadas. La más delgada desciende hacia él a paso ligero.

La pronunciada cuesta obliga a Crastino a aspirar aire con urgencia.

"Cada invierno que pasa se lleva un poco de mis fuerzas. Este último ha sido excesivamente avaricioso"

"Un año; solo pido uno más"

La sombra se coloca a su lado mientras le agarra del brazo con afecto. Se ofrece a subir con él.

—Tío, ¿qué hacías?

Crastino sonrío de una manera que solo se permite esbozar cuando se encuentra a solas con Elpis.

—Conversar con esa esquirra tuya. Está creciendo con rapidez.

—Habla poco.

—Esos son los dignos de confianza cuando están a tu lado y de los que conviene protegerse si los tienes delante como enemigos.

La capitana arquea sus pelirrojas cejas debajo de la capucha.

—Desde la muerte de Voreno me preocupa.

—El asalto de anoche no ayuda.

—No demasiado —reconoce su sobrina—. Vivimos noches como esta con Rufo —sacude la cabeza—. Malos recuerdos.

—Sé que no es el único dentro del Filo que se está haciendo preguntas.

Elpis para en seco. Estira de la extremidad de su tío.

—El Filo es fiel al Triunvirato —susurra con nerviosismo pese a que

están solos.

—No lo dudo, Elpis, pero entiendo su preocupación. Asaltar una anodino puerto siguiendo los deseos de ese desgraciado que se considera el dios todopoderoso del Levante va contra todo lo que Fidelis ha construido desde su refundación.

—Hablando del rey de Roma.

Crastino, sorprendido, señala a la figura solitaria de la cima.

—¿Es él?

—En persona; dice que viene a pagar su deuda cara a cara.

—Es un pedazo de mierda sádico y egoísta pero he de reconocer que cumple con lo pactado, cosa extraña en estos tiempos —vuelve a sonreír a su sobrina que le responde de igual manera. Crastino le pellizca la mejilla como solía hacer cuando ella era pequeña—. En cuanto me deshaga de él nos marcharemos. Haz que salgan ya los mensajeros hacia el Ebro. Los vigiles apostados allí deberán estar preparados cuando los primeros exiliados lleguen. Que los escolten hasta Barcelona; Cornelia tiene un plan previsto para ellos —Elpis asiente y comienza a bajar la pendiente— ¡Espera! hazme un último favor, sobrina: manda a Bruto que haga callar a ese puñetero bocazas que anda encima del carro. Dile que tiene vía libre para soltarle un par de puntapiés si se hace el sueco —cierra el puño—. Lo que sea con tal de que halla desaparecido para dentro de diez minutos.

—Dalo por hecho, tío —la capitana carcajea con suavidad—. Bruto estará contento.

Crastino observa a Elpis con afecto mientras esta se aleja corriendo.

“Si de algo puedo verdaderamente enorgullecerme es de haberla visto crecer sana y salva”

“¡Maldita sea mi estampa! Mi estupidez casi consigue que la maten”

Crastino obliga a sus piernas a ponerse de nuevo en movimiento.

Aunque la pendiente se le está atragantando aprieta el paso deseando cerrar de una vez por todas el trato con el hombre que le espera. Intenta esconder su desagradado debajo de una expresión de circunstancias.

—Creo que hoy tendremos un agradable día de final de primavera —el pequeño encapuchado saluda a Crastino con el puño diestro sobre el corazón, a la manera de Fidelis.

El triunviro lo mira con hastío. Se detiene justo delante de él, observando directamente esos ojos verdes tan parecidos a los de una serpiente.

—Te agradecería que fueras breve, tengo trabajo pendiente.

—Date un descanso. Disfruta del agradable sabor de la victoria.

—Esta última noche ha sido horrible; espero que con algo más de luz nos olvidemos rápidamente de ella.

—¿Horrible? Yo diría que de lo más productiva.

—Lo que tú digas, Ernesto —apostilla desganado.

El reyezuelo da un pequeño respingo antes de sonreír con socarronería. Crastino se coloca a su lado con la ciudad en llamas enfrente.

—¿Te puedes creer que ya nadie me llama por mi nombre? —Crastino recuerda cuánto le desquicia esa voz aguda y empalagosa, aunque se guarda de exteriorizarlo. Eso agradaría a su interlocutor.

—Si lo echabas de menos estás de enhorabuena, no pienso dirigirme a ti como majestad o como diablos te hagas llamar —gruñe— y no esperes una maldita reverencia. Por mucho que te empeñes, los reyes desaparecieron hace ya tiempo.

—Ahí está esa vena refunfuñona que César adoraba —sonríe tanto que sus ojos reptilianos desaparecen por completo entre sus párpados—. Ya sabes lo mucho que yo amaba el teatro. Es de las pocas cosas que echo de veras en falta del pasado. El papel de rey era demasiado jugoso como para dejarlo pasar —ríe entre dientes—. Ahora vivo en una corte llena de gente que me hace la pelota continuamente mientras se pelean entre ellos como animales por mi favor. Cada día comienza una nueva obra en la que yo siempre soy el protagonista; que sea una comedia o un drama depende de muchos factores que varían según el orden del día y mi humor.

—Seguro que los tienes acojonados.

—¡Oh, y tanto! Dejé hace tiempo de esconderme detrás de una máscara que no deseo cargar más. Hago lo que quiero y no respondo ante nadie.

—No te va mal —reconoce Crastino.

Le responde con una inclinación de cabeza.

—Debo darte las gracias por partida doble: Burriana era un agujero en el bolsillo, molesto pero a la larga inofensivo; en cambio Rufo amenazaba con convertirse en un huracán. Lo detuviste a tiempo.

El triunviro sonríe con maldad.

—Sobre la desaparición de Rufo no he tenido nada que ver. Pero pienso igual: habría acabado contigo en menos de un mes.

—No sin antes destruir Fidelis, viejo amigo —el monarca levantino carcajea con fuerza—. Hubiera sido justicia shakesperiana presenciar como el

hijo de un exiliado de Fidelis abrasa hasta los cimientos todo lo que has tardado media vida en construir.

La sonrisa de Crastino se hiela en sus labios.

—Ese hombre comerciaba con personas; las esclavizaba —el triunviro aprieta los dientes—. Al expulsarle fui demasiado benévolo.

—El hijo no tenía porque sufrir las consecuencias de las acciones de su progenitor.

—Su madre y él se empeñaron en acompañarlo al Tártaro —la voz del triunviro se quiebra—. Yo quería a ese muchacho.

—Recuerdo como un escuchimizado renacuajo pelirrojo te perseguía día y noche.

—Toda esa devoción se convirtió en odio —Crastino suspira—. Terminó adoptando el nombre que yo otorgué a su padre y concentrando esa enorme capacidad que poseía en un único objetivo: eliminarme.

El monarca mueve ligeramente la mano, restando importancia.

—Dejemos de discutir sobre el pasado, viejo amigo, y hablemos sobre el presente. Mi mayor quebradero de cabeza de este año está ardiendo justo delante de mí gracias a tu ayuda; puedo considerarme satisfecho —a su lado el triunviro abre y cierra el puño izquierdo aún pensando en Rufo—. Debe ser algo importante lo que te espera en las islas para haberte rebajado a hacer tratos con servidor.

Crastino le mira de reojo.

—Puede que no lo parezca pero entre toda la turba de dictadores de medio pelo y comerciantes desalmados que pululan a lo largo y ancho de la Península eres la opción menos repulsiva. Si me veo obligado a tener que negociar con alguno, créeme, estás a la cabeza de la lista.

—¡Oh, tu sinceridad conmueve a mi frágil corazón! —la aguda voz del valenciano se aflauta aún más.

Crastino pone los ojos en blanco.

—Olvídate de tu maldito personaje por cinco minutos, Ernesto.

—Siempre supe que me tenías aprecio.

—Yo no diría tanto.

Durante un buen rato callan, observando, ensimismados las columnas de denso humo gris que se elevan por encima de los edificios de Burriana.

—En Dénia dispones de un rápido velero preparado para zarpar cuando tú lo ordenes; veinte plazas; parada en la isla del Esparto y luego directo a Mallorca, como me pediste. Mis emisarios se han encargado del alquiler de

las casas. Puedes estar tranquilo, no han sido demasiado generosos con el pago; despertaría curiosidad y eso es lo que menos necesitas en tu pequeño escarceo en Balearia—el pie derecho del monarca juguetea con una solitaria margarita—. Me veo en la obligación de recordarte que una vez pises suelo balear, estarás solo.

—Es lo que acordamos —confirma Crastino.

—No sé cómo piensas huir de allí cuando termines lo que sea que hayas ideado en esa cabezota tuya.

—¿Quién ha dicho que vaya a escapar?

El monarca levantino lo observa alarmado; Crastino le golpea en la espalda al tiempo que ríe entre dientes, satisfecho consigo mismo al conseguir que su interlocutor pierda ese aire de suficiencia aunque sea solo por un instante.

—Si no te conociera desde hace tantos años diría que vas directo al matadero, pero tú no eres de esos. No se lo pondrás tan fácil.

Crastino empieza a descender por la ladera dando así por finalizada la entrevista.

—No puedo dejar que te vayas sin decírtelo —la hasta entonces melindrosa y desagradable voz del rey de Valencia se torna poderosa y grave. Ese es su verdadero timbre de voz. El triunviro gira la cara, sorprendido, sin dejar de caminar—. Dales un susto de muerte a esos hijos de puta.

—Cuenta con ello —Crastino sonríe mientras eleva sus dedos índice al cielo.

Parte III

“Iacta Alea Est”

“Dentro de una semana termina el año y junto a él también lo harán nuestras miserias. Sueño con un futuro para mis hijos libre de las penurias con las que yo crecí.”

Extracto del documental “Our Spaniards”

“Hoy no nace un nuevo estado. Seguimos siendo españoles y debemos inculcar a nuestros descendientes ese sentimiento. Dada la insostenible situación en la que desgraciadamente se encuentra nuestra nación nos vemos en la patriótica obligación de salvar todo lo posible y empezar a construir algo nuevo sobre las cenizas.”

Sebastián Gallardo. Inicio del discurso en la toma de posesión del cargo como primer presidente de la República Baleárica

“¿De qué sirve sentirme libre de nuevo si tengo hambre y hasta mi propia sombra me atemoriza?”

Frase final de la entrada perteneciente al 02/04/2036 del diario de un exiliado balear

Verano 2048

S.XXVI

Estoy un poco más disperso de lo normal [seguro que con esta afirmación he conseguido aterrorizarte].

Escribir sobre la Noche Triste y ahora verte en el televisor cada media hora no son de mucha ayuda como ingredientes para levantarme el ánimo. Parece que mi sueño de escucharte despotricar sobre este libro, sentados en mi terraza con unas cervezas frías en la mesa es cada vez más improbable.

Hace unos minutos estaba tomando mi última taza de café del día [prometido] cuando he visto a tu madre en la televisión cargando contra ti.

Quiere que te condenen.

Lo exige.

Sí; sé que no debería hablarte de ella y te prometo que no entraré en detalles peligrosos pero tengo que decirlo o explotaré: si ella se encontrara en este preciso instante en la misma habitación que tu padre, estaría en serios problemas. Es una suerte para ella que esté muerto.

Tu madre perdió hace tiempo eso que llaman los anglosajones "hueso materno". Ella no era así de joven, créeme. No sé cuándo diablos cambió.

En fin, no vale la pena malgastar pulsaciones de teclado en mi caso, líneas de lectura en el tuyo, para hablar de esa arpía. Terminaré diciendo que aparenta veinte años más de los que tiene en realidad, su cara está arrugada como una pasa y le faltan un par de dientes; para rematar, cuando habla cecea de una manera bastante ridícula.

Mentira.

Ella es una maldita belleza con una dentadura casi perfecta. Esa tupida melena rubia y los grandes ojos pardos que posees son regalos de su maldita genética.

Bah, que la parta un rayo.

Volviendo a lo importante: deja que vaya a por otro café. Ya sé que acabo de decir que el anterior era el último pero lo necesito.

LO NECESITO [soy consciente que tengo un problema. Lo apunto en la lista].

Ya estoy de vuelta con una taza humeante a mi lado. He aprovechado y antes me he pegado una buen baño. Por vergüenza no confesaré cuanto tiempo llevaba sin ducharme; solo diré que mis gatos, los que antes me

hacían el vacío por culpa de mi hedor, vuelven a estar encima mío. Me viene bien algo de amor [sé que los gatos no aman; hacen bien] y calor animal.

Después de mi enésimo desvarío, vuelvo al trabajo.

Dejé mi relato el día de San Esteban del 2036.

Las grandes potencias occidentales no tardaron en tomar cartas en el asunto después de la Noche Triste. Pusieron en marcha los preparativos de la operación que bautizaron como ‘Cambridge’. En esencia, Cambridge era la respuesta común de Estados Unidos, Reino Unido y la Unión Europea a la matanza de Nochebuena ¿Y qué buscaban con esa unión? arrancar de cuajo las alas de la coalición peninsular lo más urgentemente posible. Los recién aterrizados espías americanos en la Península estaban enviando alarmantes informes sobre como la Noche Triste había envalentonado a la Coalición; estaban tan venidos arriba que empezaron a proyectar la próxima reconquista de las islas Baleares. No todos dentro de la Coalición estaban convencidos de dar aquel paso tan importante tan pronto pero los altos cargos se mantuvieron en sus trece. Al final, donde manda capitán no lo hace marinero.

Después de dar descanso a las tropas hasta Año Nuevo, los aliados se pusieron en movimiento. Llegaron a la antigua ciudad de Gandía semanas después. Los pequeños jefes de la zona les dieron la bienvenida. Después de la Noche Triste la inmensa mayoría de habitantes en la Península veían, o hacían ver, con buenos ojos la Coalición. Tampoco es que pudieran negarse ante su poder.

Tercio movilizó todos los barcos de los que disponía en funcionamiento. Salieron de Vigo ciento cincuenta barcos: la flota era una mezcla de navíos de pesca reacondicionados y viejos buques de guerra del antiguo ejército español. La Hoz hizo lo propio ultimando su modesta flota que fondeaba en el puerto de Cádiz. La fuerza conjunta ascendía a poco más de doscientas embarcaciones.

Mientras esperaban en Gandía, el ejército aliado aprovechó para cambiar de armamento. Guardaron las falcatas y los arcos para agarrar fusiles y pistolas.

Creo que no he hablado aún sobre ello y ahora es un buen momento.

Solo existe una única regla de honor no escrita en la Península: un peninsular no puede matar a otro peninsular con un arma de fuego. Puede sonar raro ya que se siguen matando unos a otros sin demasiados reparos

pero cumplen la norma sin excepción. Esta extraña tradición nació durante las últimas crisis sociales cuando el pueblo luchaba contra la policía del gobierno económico con todo aquello que tenía al alcance de la mano, que solía ser cualquier cosa menos una pistola.

Ganas de matar a parte, los peninsulares se enorgullecen mucho de ello. Ven en esta tradición un signo de respeto hacia la garra de las generaciones pasadas más cercanas en el tiempo.

Incluso durante la Noche Triste se mantuvieron fieles a ella; no se escuchó un solo disparo. Un gesto surrealista pero a la vez revelador el que los spaniards fueran masacrados mediante acero; como verdaderos peninsulares. Supongo que hay que estar allí encerrado para comprenderlo.

Con los próximos enemigos no se tendría esa deferencia.

Los jefes de la Coalición marcaron las líneas maestras de la invasión: la flota al completo zarparía de Gandía y avanzaría hasta Ibiza, la isla más cercana a la costa levantina. El plan exigía una conquista relámpago impidiendo así una posible resistencia balear. Ibiza ya bajo dominio peninsular se convertiría en la base avanzada aliada; solo entonces la segunda mitad de las tropas terrestres peninsulares se embarcaría para ser trasladada al archipiélago. Con todo el grueso de infantería reagrupado sería el momento en el que se desencadenaría el ataque total sobre Mallorca. Según la correspondencia entre dos supuestos altos cargos de Tercio interceptada por agentes de inteligencia británicos, la Coalición planeaba llevar la violencia demostrada en la Noche Triste a otro nivel; pretendía no dejar absolutamente a nadie respirando.

Aún siendo yo, eso que llaman un general de salón veo unas fallas en la planificación peninsular aberrantes. Todos sus planes se basaban en la más absoluta pasividad de las potencias mundiales. Tras la aplastante victoria de Nochebuena estaban completamente convencidos que el plan de la Unión Europea y sus aliados se centraría en conseguir un acuerdo diplomático. La Coalición estaba preparando el terreno para alargar esas supuestas conversaciones de paz lo máximo posible. Calculaban que para cuando las potencias se dieran cuenta que la única manera de conseguir que la Coalición olvidara sus problemas con el estado balear era directamente invadir la Península y matar hasta el último de ellos, el archipiélago ya estaría arrasado. Transcribo el último párrafo de la correspondencia tercijana: "Con Balearia siendo parte de los libros de

historia las potencias ya no tendrán nada que defender. Nos dejarán en paz".

Te lo dije, un absoluto despropósito.

Es fácil hablar del pasado teniendo conocimiento de gran parte de los movimientos de cada uno de los bandos durante esa tensa espera. Para ser justos, debo añadir que el mando coaligado recibió durante las semanas previas a la partida de la flota hacia Balearia un buen caudal de información que reafirmaba la validez de sus conjeturas. Corrían insistentes rumores sobre como el caos reinaba en Mallorca, donde no pocos estaban haciendo las maletas para buscar un nuevo hogar en el continente, a salvo de la venganza peninsular. Estoy convencido que esos rumores fueron obra de los agentes de Balearia en la Península. La verdad es que consiguieron su propósito: el júbilo en el bando aliado rozaba las estrellas.

Hasta mediados de abril la armada aliada no estuvo completamente preparada para la invasión.

La madrugada del 23 y 24 de Abril del 2037 sorprendió a la flota aliada a medio camino entre Gandía e Ibiza.

Aquel era el momento marcado para el inicio de Cambridge.

El ataque americano fue preciso y demoledor. Una escuadra de portaaviones que habían pasado desde los últimos meses del año anterior fondeados en la base naval de Rota hicieron acto de presencia, destrozando en menos de dos horas la flota enemiga al completo.

Pero allí no acabó Cambridge.

Simultáneamente al ataque marino, fuerzas anfibias americanas y británicas cayeron sobre la base aliada en Gandía que había quedado a la espera de la conquista de Ibiza. Los anglosajones apretaron lo suficiente para aniquilar a casi dos terceras partes de las sorprendidas fuerzas peninsulares y poner al resto en fuga.

Con las noticias del final de la batalla de Gandía el mundo occidental suspiró aliviado. Tengo encima de la mesa de mi escritorio la fotografía que ganó el premio Pulitzer de ese año: la instantánea muestra el campamento coaligado en llamas mientras una pareja de soldados formada por un americano y un inglés se apoyan el uno en el otro, agotados, observando el incendio.

Con los peninsulares aplastados la Unión Europea y sus socios se dieron por satisfechos. Perdieron una oportunidad de oro: con ayuda

suficiente y una política conciliadora, se podría haber devuelto la Península al regazo de Europa. Por estupidez o simplemente comodidad prefirieron darle la espalda una vez más.

Muchos creen que después de Gandía, los peninsulares no levantarán la cabeza en lo que queda de siglo. Están completamente equivocados. Si las crisis sociales fueron incapaces de hundirlos, un ataque exterior como Cambridge no deja de ser una herida; profunda y dolorosa pero que cicatrizará mejor que otras autoinflingidas.

La guerra continuará. Quizás el primer ataque venga esta vez del lado opuesto.

La Coalición saltó por los aires en el mismo momento en que el último barco fue engullido por el Mediterráneo. Tercio y sobretodo La Hoz tuvieron que luchar con uñas y dientes por, no solo asumir la desastrosa derrota, sino su propia supervivencia. Con la muerte en batalla de la gran mayoría de líderes de las dos facciones, muchos caciques locales vieron su oportunidad de conseguir más poder personal.

Con el paso de los meses y sometidos los oportunistas, el complejo equilibrio de poderes en la Península volvió por unos derroteros similares a los anteriores al anuncio del protectorado de Costa del Sol; pero con una lista de bajas terrorífica. Me niego a pasar por alto al centenar de miles de personas muertas, directas e indirectas, durante todo este sin sentido.

Sin una causa común que los uniera y reprimidos los rebeldes de cada zona, Tercio y La Hoz volvieron a enzarzarse en su guerra endémica, ahora culpando de la derrota en Gandía al bando contrario.

Antes dije que no todos los jefes militares estaban conformes con invadir Baleares. Uno de los más críticos fue un coronel de Tercio.

Según las historias que tiempo después se difundieron, este oficial no dejó de quejarse en voz alta durante los preparativos de la invasión; esa fue una de las razones por las cuales le dejaron en Gandía aún cuando sus dotes como estratega eran de lo mejor que tenía la Coalición a su disposición para asegurar una invasión de Ibiza exitosa.

Este coronel consiguió escapar al ataque anfibia anglosajón junto a un pequeño grupo de guerreros a los que mantuvo en estricto orden de retirada. Mientras el grueso de los supervivientes peninsulares intentaban llegar lo más rápido posible a sus casas en un sálvese quien pueda, el pequeño coronel tenía otros planes.

Ernesto Gámez, que así se llamaba, veía ante sí una oportunidad

perfecta para olvidarse de Tercio y montárselo por su cuenta.

Gámez es un personaje de lo más interesante. Desde la adolescencia había intentado mantenerse en un segundo plano, algo que iba en contra de su propia personalidad; los tabúes que el mismo se imponía por su condición de homosexual fueron durante sus primeros años de adulto sus peores enemigos.

Hasta el inicio de las crisis sociales no empezó a ser conocido. Anteriormente estuvo afiliado al partido de César. Durante largos años fue alguien importante para Crastino pero de la noche a la mañana, por motivos aún desconocidos, la relación se torció irremediablemente; Gámez salió disparado hacia la meseta y se unió a Tercio.

Por mucho que lo nieguen, en Tercio siempre han envidiado el carisma arrollador de César. Pensaron que con Gámez de su lado conseguían atraer parte de la esencia del popular líder desaparecido. Aunque lo intentó, Gámez nunca se encontró cómodo en una organización tan conservadora como Tercio. Pese a que algunos se empeñan en llamarle el nuevo Napoleón, él odia la guerra; siempre la ha visto como una vía para avanzar hacia sus metas, nunca como el destino.

Gámez es uno de los grandes protagonistas del capítulo de hoy. Con las manos por fin libres, Gámez reflexionaba qué hacer al mismo tiempo que deambulaba sin destino por el levante peninsular aún sobrecogido por la debacle de Gandía. Junto a él, marchaba un raquítico pero leal ejército dispuesto a convertir los sueños de su general en realidad por muy ambiciosos que parecieran. Gámez no tuvo que esperar demasiado para dar con un plan a la altura y ponerlo en marcha.

Valencia había sido un hervidero desde el fin de las crisis sociales; por algo la llamaban la cafetera de la península. Nadie había sido capaz de conseguir unir cuatro asentamientos de aquella zona bajo el mismo gobierno. Fidelis lo intentó varias veces y siempre fracasó.

Pese a los malos augurios, Gámez no se amilanó. Utilizó toda su persuasión e inteligencia para seducir a uno de los caciques de la región. Lo convenció para que iniciara una guerra sin cuartel contra su enemigo más enconado. Gámez le apoyó durante toda la campaña con su acostumbrada brillantez pero en la batalla definitiva mantuvo a sus fuerzas lo suficientemente alejadas del combate para dejar que su aliado se llevara la peor parte.

Sin el genio de Gámez a pleno rendimiento, ganaron por un muy

estrecho margen.

Gámez vio como los dados le sonreían: en el mismo campo de batalla se revolvió, sin miramientos, contra su aliado. Venció por segunda vez en el mismo día y consiguió así la fama necesaria capaz de convencer a una buena parte de los señores de la guerra de la zona a hincar la rodilla en el suelo.

Al mismo tiempo que ordenaba a su ejército acabar con la miríada de pequeños caciques levantinos contrarios a él, Gámez entró en negociaciones con Balearía. No tardaron en llegar a un acuerdo en el que las Naciones Unidas daban el visto bueno. Tres semanas después del primer aniversario de la batalla de Gandía, Valencia se convertía oficialmente en un país independiente a ojos del mundo. Según la ONU, Gámez había limpiado y pacificado una región repleta de potenciales terroristas [pasando por alto un insignificante dato: esa "pacificación" había sido realizada por personas que escasos meses antes formaban parte de Tercio, la organización terrorista peninsular más peligrosa, y quinta del mundo, según un ranking de las propias Naciones Unidas]. El presidente de la ONU afirmó que Valencia era el espejo en el que se tenía que reflejar el resto de la Península si quería dejar atrás tantos años de infamia y poder recuperar su antigua posición dentro de Europa. Obviamente la nueva situación en Valencia preocupó al resto de facciones pero Tercio y la Hoz aún estaban lidiando con las consecuencias de la derrota de Gandía; Fidelis se mantuvo en silencio, algo bastante común en ellos. Cuando las tres grandes empezaron a mirar hacia el levante con ánimos de conquista, Valencia se había convertido en un bocado demasiado grande. Sí, tenían posibilidades de derrotar a Gámez, ya por entonces coronado rey, pero los costes se antojaban demasiado altos. Así que no les quedó otra que aceptar a regañadientes a un cuatro actor principal dentro del complejo orden político peninsular.

Los tratos secretos entre Balearía y Gámez han dado para mucha literatura; en algunos casos pura ciencia ficción. La realidad es que Valencia se ha convertido en un socio muy útil para el archipiélago. Cada mes llegan a Valencia barcos llenos de objetos de lujo que la mayoría de caciques peninsulares desean y pagan sin rechistar sabiendo perfectamente de donde proceden esos productos.

Estos mismos barcos hacen el camino de vuelta con una carga tan especial como asquerosa: personas. Es la única moneda de cambio

aceptada por Balearía.

Druso deja caer el libro al suelo. Se relame los resecos labios mientras gruñe.

—¿Qué pasa? —pregunta la voz adormilada de Elpis que se encuentra estirada a su lado sobre una ligera estera de cáñamo.

—El libro. He llegado a una parte especialmente desagradable.

La joven cambia de posición sin abrir los ojos.

—Cada vez tengo más ganas de leer esa dichosa novela y no hay manera de convencerte para que me dejes echarle una ojeada.

—No te gustaría, hazme caso.

Druso recoge el libro y lo deja apoyado contra el tronco del pino bajo el que siempre lee.

—Date un chapuzón. El agua está perfecta y te levantará el ánimo.

—No es mala idea.

Druso mira al infinito.

El cielo azul se mezcla en el horizonte con esas aguas cristalinas apenas revueltas por las olas.

Llevan algo más de tres semanas en aquella inhóspita cala de la pequeña isla del Esparto.

Crastino dejó claro cuando les anunció que viajarían a Balearia que dado el reciente pasado de Druso no podían correr el riesgo de que alguien le reconociera en Mallorca mientras se iniciaban los preparativos *Rubicón*. Hasta nueva orden, sentenció Crastino, Druso y Elpis quedarían confinados en un diminuto islote olvidado de las Baleares. La capitana intentó hacer cambiar de idea al triunviro pero este se mantuvo inflexible. El mal humor de los dos parias se esfumó al despertar la mañana siguiente de su llegada y descubrir donde pasarían las próximas semanas.

Druso observa, divertido, como Elpis disfruta de las caricias del sol. Su piel antes nívea se ha tostado obteniendo un intenso bronceado; solo las cicatrices ofrecen resistencia al cambio de color.

—Me pregunto cómo lo estarán pasando los muchachos en Mallorca.

—¿Con Marcia al mando? —ríe entre dientes— seguro que no me quieren de vuelta.

Druso se muerde la punta de la lengua.

—Tampoco te quejarías demasiado si se olvidaran de ti por lo que resta de verano ¿no?

Elpis abre los ojos con expresión ofendida. Utiliza su pie izquierdo

como pala para lanzar un buen puñado de arena sobre Druso. Este ríe con ganas.

—Ahora no me dejas otra opción. Al agua voy.

Se levanta, sacude la arena de sus piernas sobre el cuerpo de Elpis y huye a toda velocidad hacia la orilla, escuchando los insultos excepcionalmente gráficos que ella le dedica.

La blanca arena arde bajo él. Corre más rápido.

El sol, en cenit, domina el cielo.

Las chicharras llevan cantando desde el amanecer. Julio termina en unos días y hace un calor agobiante.

Druso se lanza contra las olas.

Sumerge la cabeza en el agua y la mantiene hasta que los pulmones le abrasan el pecho igual que la arena lo había hecho antes con las plantas de sus pies.

Emerge.

Aspira aire con ansia mientras despega su pegajoso flequillo de los ojos. Apoya los pies en el fondo dejando el cuerpo, de la barbilla para abajo, dentro del agua.

"¡Está congelada!"

Pasea la mirada con cariño por la cala que desde hace tres semanas se ha convertido en su paradisíaco hogar. Una humilde y desvencijada cabaña, única construcción de la playa, se levanta a la sombra de un pequeño pinar convertido en el solitario protector de la pareja ante el implacable sol veraniego.

La minúscula y rocosa isla está completamente deshabitada.

Perdida en medio del archipiélago Balear nadie repara en ella. Las rutas mercantes quedan lejos y los pocos barcos de recreo que han divisado bordeando el horizonte pasan de largo sin prestar la más mínima atención al islote.

Cada atardecer pasean juntos; forma parte de su rutina diaria. Ya reconocen cada palmo del terreno a la perfección.

Durante su primera caminata vespertina decidieron explorar el antiguo faro de la isla. Elpis propuso dormir allí en cuanto cruzaron la destartalada entrada. Él se negó por completo al llegar a la sala superior del faro; en el centro había un pentagrama dibujado en el suelo con velas negras en las esquinas y restos de sangre en el centro. Aunque ella no dejó de meterse con él todo el camino de vuelta, Druso no se avergonzó de salir corriendo del allí.

Un repentino crujido metálico sorprende a las chicharras que callan unos segundos.

Ese es el signo diario que indica cuando la pequeña desalinizadora empieza a trabajar. Gracias a ella consiguen unos preciados veinte litros de agua dulce diarios sin los cuales no podrían sobrevivir en aquel tórrido paraíso. Un conjunto de paneles solares colocados sobre la parte alta de la cala ofrecen toda la energía necesaria, que no es poca, para su funcionamiento.

La instalación no parece demasiado antigua; eso hizo que durante sus primeros días en el islote, la pareja temiera ver aparecer al verdadero dueño de la cabaña, echándoles de allí a patadas.

Para su alivio nadie se ha presentado.

El zumbido de la desalinizadora en funcionamiento acaba de despertar a Elpis; se despereza estirando los brazos hacia el cielo. Grita algo que Druso no consigue entender.

Él levanta la mano como respuesta.

Ella se pone en pie; arranca a correr hacia el mar, flotando sobre la arena.

Druso sonrío.

Elpis se lanza sin levantar apenas agua en la zambullida.

No puede dejar de preguntarse como ha llegado a suceder.

Juntos han intentado sobreponerse a la horrorosa muerte de Voreno; Elpis asegura que nunca la asimilarán por completo. Druso sigue padeciendo la misma pesadilla cada noche: el bosque en llamas; la cabeza de Voreno a sus pies; esos labios amoratados que pronuncian palabras que no llega a entender. Siempre que Druso despierta, aterrorizado, Elpis se encuentra a su lado, alertada por los desgarradores gritos. Ella le hace compañía hasta que Druso se tranquiliza y encuentra las fuerzas necesarias para volver a cerrar los ojos.

Gracias a esas primeras conversaciones amparadas bajo la luna Elpis y Druso dejaron de ser, al fin, unos casi completos desconocidos. Con la confianza ganada, ella se permitió mostrar, poco a poco, sus mayores heridas: la muerte de sus padres cuando ella era pequeña; la violencia que parece empeñada en acompañarla allí a donde va; esa imperecedera rabia que habita en su interior.

Druso ha escuchado atento: en silencio en ocasiones, otras haciendo las preguntas correctas. Solo pasada la primera semana en la isla, Elpis fue

consciente de haber desgranado en palabras sus pensamientos más íntimos ante otra persona que no fuera Crastino, su tío y padre adoptivo o Marcia, su hermana por elección.

Druso por su parte ha compartido con ella lo que significa para él ser un lanzado al vacío: el miedo a absolutamente todo; la infinidad de preguntas que nunca tendrán respuesta; la soledad.

La mujer que ve ahora Druso es alguien completamente diferente.

Aunque no quiere reconocerlo, desde su primer encuentro con Elpis en los Pirineos, estar cerca de ella le incomodaba. En aquellos primeros días la vida de Druso, Blondie entonces, dependía de lo que aquella autoritaria e irascible joven de cabellos pelirrojos decidiera; su completa indefensión ante ella había quedado grabada en el subconsciente de Druso marcando su posterior relación como estrictamente profesional, cosa que no sucedía con el resto del comando.

Simplemente ha necesitado un puñado de semanas para cambiar radicalmente de perspectiva.

Algo agarra con fuerza la pierna derecha de Druso bajo el agua.

—Creo que acabo de ser atacado por una sirena —bromea, saboreando la sal del agua marina en la boca.

Elpis emerge a su lado.

—¿Decías algo?

Druso la atrae hacia él con decisión.

Una cascada de agua mana de la maraña rojiza de Elpis, fluye por sus marcados pómulos, sorteando los pequeños hoyuelos de las comisuras de la boca creados por una sonrisa, para terminar muriendo sobre los pechos desnudos, sumergidos en aquellas aguas transparentes.

—Solo que me muero por besarte.

* * *

El sol se precipita hacia el horizonte.

El astro, en su caída hacía el ocaso, convierte el cielo en su lienzo particular estampando en él una intrincada orgía cromática de tonos azules y naranjas.

Druso lo contempla embobado.

Elpis lleva toda la tarde con la cabeza apoyada sobre su pecho. Druso, maquinalmente, le acaricia con delicadeza la base del cuello. Advierte como la piel tostada de ella se eriza al paso de sus dedos.

Llevan callados un buen rato.

Se levanta una ligera brisa marina que intenta sofocar los rescoldos del calor creado por el sol durante ese largo día de verano.

Druso aprieta suavemente su cuerpo contra el de ella.

"¿He vivido en el pasado momentos como este con alguien a mi lado?"

"¿Aún vive?"

"¿Aún piensa en mí?"

Suspira.

"Ya no importa."

"Ahora menos que nunca."

"Él no soy yo."

Observa a Elpis, totalmente relajada a su lado.

No puede ver su rostro pero imagina que habrá sido incapaz de dormir, como era su intención, con el espectáculo que tienen delante.

Deja de acariciar el cuello y comienza a jugar con los bucles de su cabello, al que los últimos rayos del sol parecen haber prendido fuego. Los lleva recogidos en ese moño suelto que tanto le gusta a él. Roza los labios con esos cabellos besados por el fuego.

Están calientes y salados.

—Temo el día en el que aparezca el barco que nos devolverá a la realidad —Druso se sincera.

—Yo también —la voz de Elpis vibra en su pecho.

—¿Qué pasará entonces?

Ella no responde.

Druso se incorpora. Coloca con suavidad su pulgar bajo la barbilla de Elpis. Esta, levanta la cabeza y le observa en silencio. Sus oscuros ojos, tan negros como la noche que despunta en la parte más alta del cielo, no le rehuyen. Esos dos espejos de obsidiana, que tantas otras veces en el pasado le habían escrutado llenos al principio de ira, luego con indiferencia ahora mismo rezuman tristeza.

El corazón de Druso se encoge. Menea la cabeza, arrepentido.

—Olvida lo que acabo de decir. Esta noche estamos aquí tú, yo y nuestra orquesta de grillos que no tardarán en iniciar su concierto diario —Druso hace un amplio movimiento con su brazo izquierdo que abarca toda la cala—. Disfrutemos de nuestro diminuto reino una noche más.

Ella le regala una de sus carcajadas cristalinas que hacen que él sufra vértigo. Druso acaricia con cariño el tatuaje de la sien izquierda que acaba de aparecer tras el flequillo. Elpis atrapa esa mano entre las suyas y se la lleva a los labios.

—No sé lo que nos deparará el futuro pero estas semanas aquí, contigo —clava con suavidad su índice en el pecho de Druso— han sido como un bálsamo para mí. Era lo que necesitaba —sonríe con timidez—. Nunca las olvidaré.

Druso cierra los ojos. Sobrepasado, simplemente asiente.

—Acércate —pega sus labios a los de él.

Besa con la misma pasión, avidez y urgencia de la primera vez, aquella en la que Druso se quedó petrificado sin saber qué hacer.

Elpis se aparta con delicadeza.

Se levanta.

Sin despegar los ojos de él camina desnuda, con esa agilidad felina hipnotizante tan personal, hacia la deshilachada sábana colocada sobre unas láminas de madera pálida que utilizan como cama improvisada desde que llegaron. Se tumba en ella con estudiada lentitud.

Druso distingue en el costado de Elpis el recuerdo en forma de cicatriz de la desesperada huida en los Pirineos.

“Parece que sucedió en otra vida”

—Ven —extiende, sonriente, los brazos en su dirección—. Cuando el próximo invierno me atrape en algún lugar frío —guiña un ojo— necesitaré un buen puñado de recuerdos agradables que me transmitan algo del calor que ahora nos agobia.

Druso se pone en pie. Camina hacia ella.

“No necesitarás recordar nada. Estaré a tu lado sin importar el lugar”

Se deja caer, delicadamente, sobre Elpis con la mirada fija en aquellos dos pozos negros que lo arrastran hasta el fondo, como siempre.

Si alguien se encuentra presente en este preciso momento, con el atardecer agonizando a su espalda, puede vislumbrar una minúscula ensenada situada en la olvidada Isla del Esparto. En ella, un hombre nervudo de cabellos dorados yace junto a una mujer menuda y pelirroja; se entregan el uno al otro con una pasión digna de otra época.

S.XXVII

¡Gracias por elegir PipeChat para comunicarte con los tuyos!
¡Síguenos en nuestros perfiles de redes sociales para estar al tanto de las últimas novedades al instante!

Curie envía solicitud de conversación

Hausinka la acepta

La línea es segura?

Esta app tiene un encriptamiento de primera aunque es algo antigua y no soporta vídeo.
Perfecta para nosotras

Antiguo y seguro no parecen una buena mezcla, no?
De verdad me lo estás preguntando?

Perdona

Aquí la experta eres tú. Si dices que es segura me lo creo
Eso me gusta más

No acabo de acostumbrarme a “hablar” contigo de esta manera
Mejor así que no hacerlo

Cómo van las cosas?

Ya ha pasado casi un mes!

Sin sobresaltos. Tenemos bastante tiempo libre

Mucho turismo?

Para mi desgracia no el suficiente pero no me puedo quejar,
el grandullón por ejemplo no ha pisado la calle y no lo hará.
Las vistas de aquí cortan la respiración. Es un paraíso

Has dicho paraíso?

**Lo siento nena, desde donde ahora mismo
te escribo es el único y verdadero paraíso**

XD

Relajada?

Mucho

Te merecías un descanso
Cómo está el rubito?

**Durmiendo aquí a mi lado
Acaba de pegar un ronquido. Que susto**

Qué cojones hacéis durmiendo juntos?
Oye! Deja de escribir y borrar
Me estás poniendo nerviosa

**La isla, que es tan y tan y tan pequeña
que debemos estar pegados el uno al otro todo el día**

No te hagas la lista

Me haré respetar, mamá, te lo prometo

Que petarda eres...

Y tanto!

Por eso no puedo dejarte sola

Cómo está mi tío?

Hace dos semanas que no le vemos pero es normal
Tiene mucho trabajo

Y nuestro Casanova?

Aún es incapaz de dormir más de un par de horas por la noche
Comienza a dar paseos por el jardín hasta que sale el sol y vuelve a su
habitación

Se encierra en ella durante toda la mañana

Cada atardecer baja a la playa que tenemos enfrente de la casa y se
sienta a solas mirando el mar hasta que el sol se pone por completo

**Que lo haga
Si eso sirve para que vuelva a ser
el granuja de siempre**

Me gustaría poder pensar como tú
Lo veo difícil

Cuándo tenéis pensado arrancarme de este edén?

Pronto. A finales de la próxima semana

OK

Después informaré al dormilón

Te mensajearé antes de llegar con la lancha para que os preparéis

Gracias!

**Mañana empezaré a buscar mi ropa
Llevo tanto tiempo desnuda que no tengo ni idea de donde estará**

Quizás sepultada debajo de una tonelada de arena
Él tendrá el mismo problema
Dime que estás bromeando o te saco a patadas de allí ahora mismo
Qué poco sentido del humor que tienes, hija!

.....

Empiezo a tener algo de sueño
Hablamos dentro de un par de días a la misma hora que hoy?
Huye, pero me debes una larga explicación.
Cómo has pasado de casi matarlo a dormir desnuda a su lado?

Exageras
Nunca pensé seriamente en cortarle el cuello
Lo de dormir desnuda lo tienes que demostrar

No hace falta
Te conozco

Entonces creo que puedes dejar de hacerme preguntas
Ya te pones a la defensiva!
Vete a dormir, anda

Qué?

Oye

Y yo
Descansa

Te quiero, hermanita

Último mensaje enviado a las 22:33 del 28/07/2048

S.XXVII

Hoy hace un día de perros.

Llueve y hace frío.

¡Cuánto tiempo sin uno de estos! Me encanta trabajar en casa en días como este y tener así una excusa para, cada dos por tres, asomarme a la ventana. Me quedo ensimismado viendo como las gotas de agua se deslizan a trompicones por el cristal. He llegado a entrar en trance un par de veces solo en la última hora.

Hoy necesito un día así para seguir escribiendo. Siento como el paréntesis en el que me encuentro desde hace semanas se aproxima a su final; también el de este libro.

No, no soy un escritor al uso: tengo material de sobras para poder escribir tres veces más de lo que llevo a estas alturas pero estoy exhausto; como nunca me he llegado a sentir antes en mi vida: agotado de visitar capítulos pasados de mi historia que me hacen daño, molesto de no poder dormir más de 30 minutos seguidos, hastiado de ver tu rostro en la televisión a todas horas.

Ya es una realidad.

El juicio como tal terminó ayer y hoy comienzan las deliberaciones del jurado. Vaticino que no se alargarán demasiado.

¿Por qué?

¿Por qué?

¿Por qué?

¿Qué diablos te pasó por la cabeza para descarrilar tu vida de esta manera?

Aunque te recrimino el daño que has provocado, respeto tu decisión.

Acabo de ver, por tercera vez, cómo has atendido a la prensa dando tu valoración sobre el juicio.

Tranquilo y sosegado; conciso.

Has impresionado a más de uno. Aún así, nadie con poder moverá un dedo por ti.

Eres un apestado.

Estás acabado.

Este es, sin lugar a dudas, uno de los últimos capítulos y estoy

convencido que para ti puede ser el más importante.

La protagonista no es otra que el arma más peligrosa que tiene el estado Balear en su arsenal y de la que tú has sido una víctima directa: el vaciado.

Por avatares de mi vida siempre me ha interesado el tema y por una vez es plausible que estas líneas que ahora me dispongo a escribir pudieran ser consideradas como una buena tesis sobre el asunto.

Con lo que hasta ahora llevo escrito si este libro llega a ser interceptado [obviamente nunca llegarás a leerlo] a parte de fracasar estrepitosamente, mi propia vida pendería de un hilo [si eres el capullo que se ha metido en medio de esta conversación privada yo te saludo, oh pedazo de necio adoctrinado. Sabes perfectamente quien soy, ven que te espero con los brazos abiertos]. Este capítulo directamente significaría mi sentencia de muerte pero por una puñetera vez en mi vida voy a dar un paso al frente sin pensar en las consecuencias.

Tarde pero lo he terminado dando.

El vaciado nació igual que los grandes avances tecnológicos de la humanidad.

Imagina que un soñador [no sirve cualquiera; debe de ser un genio o alguien con una suerte sobrehumana] consigue idear la manera de poder llevarnos, por fin, a las estrellas de una manera rápida y relativamente barata. Seríamos capaces de empezar de cero, salir de este planeta moribundo y ofrecer a toda la humanidad la posibilidad de encontrar su redención.

Craso error.

Después de los primeros momentos de euforia, tomarían el mando personas mucho menos brillantes pero indudablemente más prácticas que verían este descubrimiento desde un punto de vista clásico y provechoso para las élites a las que pertenecen: cobrar por pasaje, peajes, tipos de interés, años fiscales, crecimiento trimestral, acciones y un largo etcétera de ideas viejas ya muy manidas que emponzoñarían la visión del soñador que hizo la magia. A ese pobre diablo le arrancarían de las manos su descubrimiento y lo dejarían pudrirse de asco en una esquina. Para terminar de mortificarlo sería despreciado por las personas a las que intentó ayudar, señalado de por vida como enemigo público por dar más poder a quien ya poseía demasiado.

Con las élites actuales, un atajo de personas presuntuosas, egoístas y

sobretudo avariciosas la humanidad esta condenada a la autodestrucción.

Estas grandes personalidades, quiero pensar que por vergüenza aunque presiento que responde más a un asunto de comodidad, esconden [con mayor o menor éxito dependiendo de la habilidad del individuo] sus verdaderas motivaciones detrás de patrias, banderas, bien común o cualquier concepto grandilocuente y respetado capaz de ofrecer un buen parapeto desde el cual seguir moviendo los hilos en provecho propio.

Diferentes proclamas pero idéntico resultado.

El creador del vaciado es Gustavo Gallardo.

Compartí clases con él en la universidad mientras cursábamos ingeniería biotecnológica. Él era el típico cerebritito al que muchos deseaban tener como amigo solo para que les ayudara con las asignaturas más duras. Solía estar rodeado de gente aunque era un tipo de pocas palabras; siempre parecía tener la cabeza en otro lugar.

La familia de Gustavo, los Gallardo, era de las más influyentes del país. Generaciones de hombres acostumbrados al poder le precedían pero Gustavo era de otra pasta.

Cuando no era más que un mocoso, Gustavo había pasado todos y cada uno de los veranos con su abuela materna en una enorme casa de campo cerca de los Pirineos. En esos años universitarios le escuché más de una vez afirmar que su "iaia" Adela era la persona más importante de su vida [Sí, no frunzas el ceño, este que escribe era uno de esos aprovechados que se acercaban buscando ayuda. A diferencia del resto yo como mínimo le escuchaba con atención las escasas ocasiones en las que hablaba de algo que se alejaba de la biotecnología. Un punto de buen compañero para mí].

Su adorada iaia fue diagnosticada de alzheimer cuando Gustavo estaba en plena adolescencia, una etapa de la vida...bastante complicada [más dura aún si eres tímido y no excesivamente agraciado].

Esta enfermedad marcó de por vida a Gustavo. Cada vez que visitaba a su abuela y esta no le reconocía terminaba llorando en el viaje de vuelta a casa. A nadie de la familia Gallardo sorprendió que Gustavo eligiera sus estudios superiores en aras de poder ayudar a su abuela a recuperar la memoria.

Desgraciadamente, el año en el que nos graduamos la anciana murió.

Me enseñó la imagen del último TAC de cabeza que hicieron a su abuela: el cerebro estaba repleto de agujeros; como si fuera un queso de bola holandés.

Aquella muerte no significó el final de su sueño de adolescencia si no la confirmación: consagraría su vida a descubrir la manera de revertir el alzheimer y evitar así que más personas maravillosas, como su iaia, perdieran los recuerdos y con ellos desapareciera su alma [con estas mismas palabras lo expresó Gustavo].

Sí. Ya imagino lo que pasará por tu cabeza en este momento: el vaciado es una especie de alzheimer inducido ¿qué diablos tiene que ver eso con la búsqueda de recuerdos perdidos? echa el freno, intentas saltarte medio libro. Gustavo estaba, y me consta que continúa, absolutamente convencido que el camino más viable para poder recuperar recuerdos es descubrir primero como se consiguen eliminar. Es lo que vendría a ser la ingeniería inversa aplicada al cuerpo humano.

Mientras yo decidí quedarme en Barcelona perdiendo un par de años de mi vida en chorradas varias de lo más improductivas, mi amigo Gustavo se mudó a Estados Unidos para continuar su formación estudiando Neurología.

El primer día que Gustavo pisó el campus de su nueva Alma Mater, la famosa y laureada universidad de Stanford, se alistó como voluntario social en East Palo Alto, una de las zonas más deprimidas de San Francisco.

Allí fue testigo en primera persona de las muchas caras de la violencia: acoso, violación o maltrato doméstico encabezaban una lista tan larga como descorazonadora. Las víctimas de la violencia quedaban irremediabilmente marcadas aún cuando las lesiones físicas sanaban; los horribles recuerdos permanecían, enganchados como ventosas, torturando hasta la última exhalación de la víctima. Gustavo se dio cuenta que aunque borrar recuerdos no era su principal objetivo, podría convertir ese ineludible punto intermedio de su investigación contra el alzheimer en la cura para aquellos que necesitaran olvidar para así poder recuperar su antigua vida o crear una nueva si no había nada que salvar de la pasada.

Cuatro años después de abandonar Barcelona, regresó a su hogar con un título "cum laude" bajo el brazo y las ideas más claras que nunca.

Convenció a su padre, un alto directivo de una farmacéutica poderosa, para fundar un modesto centro de investigación dirigido por el propio Gustavo. En la presentación pública del proyecto señalaban como el objetivo primordial de la investigación la búsqueda del medicamento capaz de erradicar el alzheimer de una vez por todas. Como puedes imaginar taparon todo lo relacionado con el borrado de recuerdos y la controversia

ética que podría acarrear; Gustavo, de puertas para dentro, empezó a llamarlo vaciado.

El proyecto, al igual que la fundación que englobaba el centro de investigación, se bautizó con el nombre de Mnemósida. El padre de Gustavo, para grata sorpresa de su propio hijo, le ofreció un cheque en blanco.

Él es una de esas personas de las que antes te hablaba: aquellas de las capaces de reconocer el verdadero valor que tiene el sueño de un soñador capaz [perdona la redundancia] y aguardan con calma pero atentos a la llegada del momento de oportuno para quitarse la máscara. Realista y práctico, era mucho más consciente del potencial del vaciamiento que su hijo. Ironías de la vida el hijo de un pragmático terminó siendo un crédulo.

Mnemósida arrancó con mucha energía. Los primeros años de vida del proyecto estuvieron repletos de buenos auspicios; las primeras metas se cruzaron sin demasiado problemas, encarando las siguientes con ilusión.

Gustavo era feliz.

Así me lo confesó él mismo cuando nos reencontramos en una reunión de nuestra promoción universitaria. Recuerdo verle entrar en aquel exclusivo restaurante barcelonés junto a su esposa, una eminente neuróloga a la que había conocido en Stanford y junto a la que dirigía la fundación. Solo unas semanas antes, se habían convertido en los orgullosos padres de un regordete y arrugado bebé con una mata de pelo ceniciento. Desprendían esa clase de completa felicidad que cuando tú la observas desde fuera, la detestas con las misma intensidad con la que desearías tenerla. A muchos de los presentes en esa cena nos molestó su actitud despreocupada: todo se iba al carajo pero ellos vivían en una burbuja que les protegía del estado de crispación en el que la mayoría de mortales estábamos sumergidos en contra de nuestra voluntad.

Poco tiempo después de la reunión Gustavo me llamó anunciando su inminente traslado a Mallorca, donde los ‘mecenas’ que financiaban la fundación Mnemósida tenían pensando obsequiarles con unas instalaciones mucho más amplias y seguras, lejos de los disturbios que empezaban a sacudir Barcelona como cualquier otra ciudad importante del país. Mi amigo me ofreció trabajo pero decliné la oferta; por aquel entonces trabajaba en el Hospital Clínic de Barcelona y aunque las cosas no marchaban nada bien al menos me sentía útil.

A principios del año 27, mientras la primera crisis social estallaba, el

aún reducido equipo liderado por Gustavo y Ellen, su mujer, consiguió vaciar el cerebro de un chimpancé.

Fue un éxito rotundo.

El verdadero primer gran paso hacia adelante desde el inicio del proyecto. Los mecenas enloquecieron de alegría; al instante empezaron a estudiar las posibles vías para monetizar este avance.

Hasta años después, Gustavo no supo como en ese momento su padre paró los pies a casi la totalidad de los 'padrinos' que apoyaban Mnemósida y querían empezar a sacar réditos de ella de inmediato. Como último recurso llegó a verse obligado a devolver las nada desinteresadas donaciones ofrecidas en el pasado a la fundación de los más insistentes. No veas en esto un gesto protector de un padre hacia su hijo y la obra de su vida. Un diablo es capaz de despreciar el simple beneficio monetario por muy cuantioso que parezca. El proyecto aún estaba dando los primeros pasos y su futuro era demasiado prometedor como para entrar en escena antes de tiempo y desbaratarlo.

Con el vaciamiento del chimpancé completado era momento de intentar borrar el cerebro del emperador de los simios. Muchos "expertos" vaticinaron la conquista de esta nueva fase, con esa contundencia que da el desconocimiento, como puramente testimonial. Erraron por completo: tres largos años, repletos de maratónicas jornadas de trabajo, falsos callejones sin salida y no poca frustración; pero finalmente superaron el reto.

El primer vaciado humano fue un trabajo burdo, muy lejos de la perfección que buscaban Gustavo y Ellen en su obra; todos los inicios son humildes.

El paciente cero fue un voluntario escogido entre una larga lista de candidatos. Este pobre hombre había sufrido desde el mismo día que tuvo consciencia de su propia existencia: violado desde la más tierna infancia por un familiar seguido después por graves problemas con las drogas en la pubertad; un hombre desecho con apenas treinta primaveras vividas. El vacío era su única salvación y solo podían ofrecérsela Gustavo y Ellen.

Y lo consiguieron.

Aquel pobre desgraciado volvió a nacer; un bebé treintañero que tardó 5 años en volver a valerse por si mismo pero capaz de vivir, libre al fin de las torturas del pasado. Aún tengo guardado en mi cuenta de correo electrónico personal el mensaje que me escribió Gustavo: iba a explotar de felicidad. Fue la guinda a un año maravilloso para Gustavo y Ellen que

había comenzado con el nacimiento de su segundo vástago: una preciosa niña.

Gustavo pensaba que nada podía empañar tanta felicidad. Se equivocaba; en el horizonte ya se anunciaba una tormenta que estaba a punto de estallar.

Los mecenas supervivientes dentro de la fundación hicieron un frente común que el padre de Gustavo esta vez no pudo quebrar. Se vio obligado a dar su visto bueno al proyecto de mercantilización del Mnemósides: anexo a la fundación se crearía una empresa con la cual se comercializaría el vaciado. Antes del anuncio público el padre de Gustavo informó de todo a su hijo.

Para Gustavo fue un duro golpe aunque se recompuso rápidamente para seguir liderando el proyecto.

El padre tuvo el bonito gesto de dejar elegir al hijo el nombre de la nueva empresa. Gustavo estuvo un tiempo dándole vueltas a la cabeza. Me llamó uno de esos días para pedirme consejo, pero he de reconocer que no fui de mucha ayuda [puedes imaginar los nombres dantescos que le sugerí. Como suele decirse, genio y figura hasta la sepultura].

Finalmente se decantó por Ícaro; un nombre ideal si quieres gafar el futuro de tu nueva empresa. Una vez Gustavo decidió, nadie pudo hacerle cambiar de idea.

Aún con un resultado tan rudimentario como extremo, el impacto que generó el anuncio público de la consecución del primer vaciado humano fue enorme.

Las recién estrenadas oficinas de Ícaro empezaron a recibir un alud diario de visitas tanto físicas como virtuales. Entre todas ellas había una clase de posibles clientes tan reducida como poderosa: ricos con un pasado turbulento; tenían dinero de sobra para permitirse volver a nacer y perder los próximos 4-5 años recuperando su adultez ahora sin esos malos recuerdos [siendo puntillosos ni buenos ni malos] que les amargarán el resto de sus acomodadas vidas.

La empresa había encontrado el nicho de mercado perfecto.

Dentro de Ícaro se abrió una sección experimental donde reputados expertos en psicología unían fuerzas con biotecnólogos y pedagogos para intentar crear herramientas capaces de aumentar la capacidad de aprendizaje de personas adultas, la gran mayoría por encima de los 40 años. Era un parche rudimentario hasta la llegada la nueva versión del

vaciado en la que el binomio Gustavo-Ellen ya trabajaba.

Para mantener el aura de empresa con fines humanitarios y las simpatías de los organismos internacionales más relevantes, el padre de Gustavo convenció a la junta para introducir una cláusula que obligaba a Ícaro a ofrecer, al menos, el 45% de vaciados de manera gratuita para personas sin medios; solo casos de extrema gravedad diagnosticados por personal médico de la propia empresa.

El resto a pasar por caja.

Gustavo descubrió con el paso de los primeros meses la verdadera razón de ser de Ícaro; el dinero empezaba a prostituir su noble idea y él no podía hacer absolutamente nada para defenderla. Aquella fue la primera gran bofetada de realidad que lo mandó, directo, al borde de la depresión durante largos meses.

Ellen infinitamente más realista que su marido, sabía desde los primeros compases de la fundación que todos los ingentes recursos que durante tantos años sus benefactores les habían facilitado sin rechistar irían a parar a una factura que tocaría pagar con intereses. En esos meses tan duros para la familia, ella fue quién se echó, por completo, el peso del proyecto sobre las espaldas y asentó las primeras bases sólidas del vaciado selectivo.

La empresa florecía a pasos agigantados.

El hasta entonces pequeño grupo de investigadores aumentó exponencialmente con la llegada de un buen puñado de las mentes más brillantes del mundo biomédico. Al mismo tiempo, Ícaro abrió sucursales en Dubai, Shanghái, Nueva York y Sidney para satisfacer la creciente demanda mundial de la manera más eficiente. Estas filiales tenían restricciones: solo podían ofrecer servicios pre y posoperatorios.

Todas las intervenciones de vaciado se realizaban en Mallorca.

El padre de Gustavo eligió la centralización como la manera más inteligente de poder luchar contra el espionaje industrial. Quería el monopolio y se preparó desde el principio para defenderlo con uñas y dientes; creó una red de contraespionaje tan eficiente que aterrorizó a sus posibles competidores. Cuentan las leyendas de la llegada de cajas selladas a las sedes de estas empresas rivales con órganos de los espías acompañados de una nota que dejaba claro quién era el remitente. Repito, son leyendas; aunque como todas, algo de verdad deben de tener por detrás.

Gustavo volvió gradualmente al trabajo y retomó el dúo creativo junto a Ellen aunque su relación personal jamás volvió a ser la misma de antes.

Él nunca pudo perdonarla por no mantenerse a su lado durante el enfrentamiento contra su padre.

Ella le despreció por desentenderse de todo; incluida su familia.

Así llegó el año 35 y junto a él, el Día de la Vergüenza. El padre de Gustavo formó parte de la conspiración desde su concepción, años antes de esa fatídica fecha.

Él fue uno de los motores principales.

Una vez consumada la traición, el resto de los grandes plutócratas rebeldes no dudaron en ofrecerle el puesto de presidente del nuevo y auto proclamado Estado Balear.

Gallardo no tardó en demostrar a sus colegas que no habían errado en la elección. Las primeras semanas del nuevo estado fueron críticas pero gracias a la enorme capacidad de trabajo e influencia de su primer ministro, Balearia consiguió apretar los resortes adecuados para conseguir el vital respaldo de la Unión Europea, Gran Bretaña y Estados Unidos. China, Rusia e India llevaban trabajando con ellos, entre las sombras, desde los tiempos del gobierno económico. Solventados, momentáneamente, los problemas internacionales, Balearia pudo respirar un segundo y empezar a dar sus primeros pasos.

Durante aquel primer mes de independencia, Gustavo hizo lo imposible para sacar de la Península a todo amigo o conocido que deseara emigrar a las islas.

Yo fui uno de ellos.

Debería haberme quedado como muchos de mis compañeros en mi puesto de trabajo pero ya te dije que la valentía nunca ha sido uno de los adjetivos que puedan utilizarse para describirme.

Como una rata, encontré la vía de escape más segura y me abalancé hacia ella sin pudor. En mi defensa diré que no acepté el trabajo que Gustavo me ofreció como su ayudante personal. Preferí presentarme a la vacante como técnico de procesos en unos laboratorios farmacéuticos que buscaban el remedio para acabar, de una vez por todas, con el envejecimiento cutáneo. Suena terriblemente banal, más incluso en la época en la que mi hogar colapsaba irremediablemente, pero aquello era justo lo que yo necesitaba. Ellen, que nunca estuvo conforme con el ofrecimiento que me hizo su marido, respiró aliviada al saber de mi

negativa. Nunca fuimos demasiado buenos amigos.

Odio con todo mi corazón a esa zorra. Sí, sí, como lo oyes; es una maldita ZORRA. Dicen que ella me dedica lindezas aún peores pero más sofisticadas. Lógico, su inteligencia está un buen puñado de escalones por encima de la mía [pensándolo con calma, tampoco es que la necesite; mi caótico estilo de vida se lo pone demasiado fácil].

Lo siento.

Por mucho que intente lo contrario siempre consigo, de una manera u otra, que los focos terminen apuntando hacia mi patética figura. Mi egocentrismo convertirá éste libro en un completo desastre.

¿A quién quiero engañar? Ya lo es.

Dicho esto y visto que el Pulitzer parece que se escapa irremediabilmente de mi regazo, espero que te resulte útil [y en ocasiones ameno].

Acompáñame al año 36.

Con los pies ya bien asentados Sebastián Gallardo, primer presidente de la República de Balearia, empezó la limpieza.

Una parte de la población de Balearia no estaba conforme con el abandono total que sufría la Península por parte balear. Muchos tenían familiares en el continente con los que habían perdido cualquier contacto por culpa de la anarquía que azotaba la Península desde el Día de la Vergüenza.

Un decreto presidencial puso coto a la excitación. Aquel contundente edicto permitió que todo aquel que no estuviera conforme con la independencia de Balearia y sus relaciones [más bien incomunicación] con la Península se le facilitaría el viaje de vuelta al continente. Podrían llevar consigo todas sus pertenencias. Eso sí, el viaje solamente disponía de billete de ida. El decreto finalizaba dejando terminantemente claro que después de aquella emigración consentida, todo residente en Balearia que luchara por los derechos peninsulares sobre el archipiélago, se convertiría en enemigo público; sería juzgado y condenado en consecuencia al delito cometido [rebelión].

Solo cuatro mil personas fueron las valientes [para mí, inconscientes] que se acogieron al decreto. Zarparon rumbo a la Península con una gran sonrisa en los labios. Si alguna de ellas se mantiene aún con vida estoy convencido que maldice el día en que decidió subirse a ese barco.

Completado el éxodo, los primeros juicios no tardaron en llegar.

Pasados exactamente dos meses desde la publicación del decreto una cuarentena de activistas sociales fueron juzgados y posteriormente abandonados en la Península después de ser vaciados.

Con ellos nacieron los lanzados al vacío.

Después de los primeros exilios condenatorios y durante un breve periodo tiempo los opositores continuaron la lucha. Hasta que entró en el escena la agencia de inteligencia baleárica, el ojito derecho del presidente. Acostumbrados a lidiar en complejas guerras corporativas, deshicieron la organización activista sin despeinarse.

En los siguientes seis meses, tres mil trescientas personas fueron condenadas al vacío.

Gustavo estaba horrorizado. Quería parar aquello de inmediato. Mercadear con sus descubrimientos era vergonzoso pero convertirlos en una arma de represión entraba dentro de la perversión más salvaje. Se sentía cómplice de cada vaciado punitivo; aunque él jamás participó en alguno de esos vaciados tuvo que presenciar como sus pupilos y colegas, personas brillantes todas ellas, eran obligados a rebajarse al nivel de simples verdugos.

Gustavo intentó convencer a su padre, como tantas otras veces antes, pero esta ocasión fue diferente: su progenitor se retiró la máscara de una vez por todas, enseñando a su hijo quién era de verdad. Quizás pienses que Gustavo volvió a caer en la depresión para no regresar.

Fallaste.

Conocer al diablo que habitaba en el interior de su padre le dio una fuerza que creía no poseer. Trabajó con más ahínco en el proyecto. No estaba en su mano abolir las condenas al vacío pero sí podía intentar ayudar a los lanzados en todo lo que estuviera al alcance de su voluntad. Gustavo demostró, a su manera, que había heredado la férrea determinación de su familia paterna.

Gustavo concedió una entrevista a la BBC compartiendo, por primera vez, con el mundo las líneas maestras de lo que sería el vaciado selectivo. El periodista que llevaba el tempo de la conversación no dejó pasar la oportunidad de preguntarle si el nuevo vaciado también se aplicaría a los condenados. Gustavo afirmó vehemente que su padre, el presidente, así lo exigía. Los lanzados recibirían el vaciado de nueva generación porque aún siendo culpables de traición era innegociable la preservación de sus derechos fundamentales. "Balearia es una democracia regida por la

justicia, no una república bananera" se permitió añadir Gonzalo, con malicia.

Los verdaderos planes del presidente Gallardo era completamente diferentes pero las palabras públicas de su hijo le colocaron entre la espada y la pared delante de la opinión pública planetaria. Sin margen para dar marcha atrás, el líder balear corroboró lo dicho por mi amigo.

Aquella fue la única victoria del hijo sobre el padre; pírrica, por desgracia.

Después de haber devuelto el puñetazo a su padre, Gustavo se centró por completo en la investigación. Durante el camino hacia el vaciado selectivo Gustavo perdió parte de su salud y el crecimiento de sus hijos, pero consiguió alcanzar su objetivo. Fueron necesarios tres largos años de investigación durante los cuales la lista de lanzados al vacío fue creciendo lenta pero inexorablemente.

Recuerdo especialmente uno de los últimos lanzados de primera generación como los empezábamos a llamar un tiempo después. El condenado era un gigante peninsular, oficial de Tercio, famoso por convertirse en uno de los mayores carniceros durante la Noche Triste. Su salvajismo le había granjeado enemigos incluso entre los de su propio bando. La batalla de Dénia le sorprendió formando parte del ejército que aguardaba la conquista de Ibiza por parte de los aliados para entrar en acción. El destino quiso que sobreviviera al ataque angloamericano y acabara en el pequeño ejército de nuestro querido Napoleón del levante. A este, le disgustaba tanto la presencia del gigante que después de utilizarlo como carne de cañón en la conquista de su reino y visto que la muerte seguía sin querer ajustar cuentas, el ya coronado Rey de Valencia lo apresó. Ese mismo día decidió enviarlo como presente de buena voluntad hacia Balearia. Desde las islas recibieron con satisfacción aquel inesperado regalo.

Su juicio tardó poco en resolverse y la sentencia al vacío no sorprendió a nadie.

Pero aquel no era un reo más.

Ese asesino significaba el primer condenado al vacío por el que nadie pediría clemencia y el gobierno tenía que aprovecharlo; el gabinete del presidente balear diseñó una campaña publicitaria vendiendo la inalterable justicia que desprendía la nueva y brillante Balearia. Mis recuerdos me llevan a una plaza céntrica de Palma donde, encerrado dentro de una

enorme esfera de cristal, el otrora temible peninsular se encontraba desnudo, estirado en el fondo.

Daba pena.

Pero nuestro amado líder no quería que sus súbditos sintieran la más mínima compasión por aquel hombre. En la parte superior de la cúpula había una pantalla circular lo suficientemente grande y nítida como para ofrecer una visión perfecta desde cualquier punto de la plaza. Allí se proyectó ininterrumpidamente un vídeo compuesto por diversas escenas del documental grabado durante La Noche Triste. Tenía como protagonista a ese peninsular. El que ahora parecía incapaz de haber pisado una hormiga, mataba a todo lo que se le ponía por delante, ancianos y niños incluidos, con una escalofriante expresión de éxtasis en la cara. El metraje terminaba con lo que dejaba entender que era el inicio de una violación a dos jóvenes spaniards.

El vídeo se repetía una y otra vez.

Día y noche.

Sin cortes.

Lo que las tres primeras veces te horrorizaba al tercer día de pasar por aquella plaza se convertía en algo rutinario [da que pensar la facilidad que tiene el ser humano para convivir con la barbarie una vez pasa a formar parte del día a día]. Parte de esa rutina era ver aquella celda transparente cada mañana llena de nuevas pintadas exigiendo la ejecución de ese demonio. A media tarde, un grupo de operarios acababan de borrarlas y el círculo se cerraba con más pintadas nocturnas.

El cuerpo de aquel monstruo después de meses de escarnio público fue lanzado sobre territorio de Fidelis. Tengo entendido que había dejado su asquerosa impronta por allí en el pasado. Espero de todo corazón que lo colgaran del árbol más alto, permitiendo que los cuervos se dieran un festín con sus tripas durante semanas.

2039.

Ese fue el año en el que Gustavo consiguió crear las herramientas para realizar un vaciado selectivo perfectamente funcional.

Ícaro lo anunció a bombo y platillo. Ese descubrimiento, el que diez o quince años antes le habría supuesto el premio Novel instantáneo ahora caía en saco roto. Gustavo, desde los días en que nacieron los lanzados al vacío recibió el apodo de 'Hiena' sin que ninguno de los que así lo llamaban se detuviera un segundo a reflexionar hasta qué punto el

inventor estaba involucrado en el uso que se daba a su obra.

Poco o nada había limpiado su imagen la entrevista que ofreció a la BBC; muchos alrededor del mundo vieron en ella un brindis al sol orquestado por el todopoderoso presidente Gallardo. La tecnología creada por Gustavo era vista solo beneficiosa para las élites mientras que para el común de los mortales significaba una temible arma de represión [sin querer recordar que el 45% de los vaciados anuales "no condenatorios" continuaban siendo gratuitos].

Es una visión tremendamente injusta y parcial pero así funciona el mundo en el que vivimos: se necesita un chivo expiatorio. La lógica dicta que toda ese odio mediático debería haber acabado encima del presidente Gallardo pero este era demasiado poderoso gracias a una red de conexiones en la sombra del mismo tamaño que La Tierra, capaz de mandar callar al más valiente.

No pasaba lo mismo con su hijo.

Toda noticia negativa referente a Balearia terminaba relacionada con Gustavo, algunas conectadas de manera chapucera.

No escaparon a una generosa ración de odio el resto de investigadores de Ícaro. Los dibujaban como simples peones que a duras penas podían entender qué narices estaban haciendo. La realidad distaba mucho de esa maliciosa caricatura: eran profesionales médicos de primer nivel mundial que habían alcanzado un grado de maestría superlativo. He tenido el privilegio de observarlos mientras trabajan y es simplemente asombroso; para mí es arte. Estos zoquetes sin escrúpulos, sucios acólitos y ejecutores de las ideas concebidas por la mente enferma de la Hiena recibieron el nombre de 'silenciadores'. Si mal no recuerdo fue un vloguero australiano el que les bautizó con este nombre tan poético como desacertado; se hizo viral al instante y ese tipo tuvo sus puñeteros cinco minutos de gloria.

Unos meses después de la presentación en sociedad del vaciado selectivo se publicó una encuesta realizada a nivel mundial; mi querido Gustavo ocupaba el tercer puesto como persona más tóxica del mundo solo superado por el dictador de Corea del Norte y algún terrorista árabe al que despacharon los americanos años después.

Supongo que ahora será el número dos.

Dame un minuto, la tetera está silbando como una energúmena.

Me he visto obligado a pasarme al té. Tranquilo, es algo puntual; mis reservas de café han volado y no puedo permitirme hacer un pedido: el

modo "escritor en frenesí" está activado.

Ya tengo la taza llena de nuevo.

Vuelvo a lo mío.

La hipocresía humana nunca dejará de sorprenderme. ¿Crees que las acciones en bolsa de Ícaro o la demanda de vaciados selectivos han sufrido por esta difamación continua hacia su inventor?

¡Claro que no! A la hora de la verdad todo aquel que cree necesitarlo y puede permitírselo se acerca a la sede más cercana de Ícaro y coge turno al mismo tiempo que deja sus prejuicios a la entrada.

Y para quienes su cuenta corriente no es demasiado boyante, tienen una pequeña oportunidad anual.

La época de ofertas prenavideñas también llega a Ícaro con puntualidad: intervenciones a un 25% del precio estándar y una financiación ajustable a casi cualquier bolsillo. El primer jueves de noviembre, alrededor de todas las sedes de Ícaro a lo largo del planeta, se aglomeran una marabunta de personas dispuestas a todo. A las seis de la mañana es cuando empieza "el evento"; el funcionamiento no tiene demasiado secreto: las primeras ciento cincuenta personas que se encuentren a la cabeza de la cola a las ocho en punto de la mañana reciben el precio especial. Dicho así parece aburrido pero créeme, son pequeñas batallas con más sangre de la que puedes llegar a imaginar; para el segundo año de la promoción la seguridad privada de Ícaro intentó poner algo de cordura excluyendo de la cola a todo aquel que se liara a puñetazos con sus compañeros de espera; con esa intromisión solo consiguieron que la turba se pusiera en su contra y los atacaran, todos a una, con ferocidad. Desde entonces el trabajo de los guardias privados durante ese día se reduce a dirigir el tráfico permitiendo que las ambulancias tengan prioridad para entrar, atender a los heridos y trasladar a un hospital cercano a los más graves. Este día no solo está señalado en el calendario de los futuros participantes; hay retransmisiones en tiempo real con audiencias millonarias. La "Sangría", así es como se llama popularmente en internet, es tratado como un evento deportivo más; tiene comentaristas especializados en la materia, los más célebres participaron en años anteriores [te puede parecer que desvarío, pensando que quizás la teína me juega una mala pasada, pero lo que te digo es totalmente cierto].

Entono el mea culpa: yo soy uno de esos fieles espectadores. La Sangría ya es una morbosa tradición anual de la que no puedo prescindir

[soy humano ¿no? pues déjame que ponga mi porción de hipocresía en la cesta].

Entiendo a los que se parten la cara año tras año intentando inscribir su nombre en la lista de agradados. Todos querríamos dormir mejor olvidando por completo aquellas acciones de las que nos avergonzamos: ¿tu pareja te puso lo cuernos y quieres perdonarla pero hay algo dentro de ti que no te deja ceder? ¿Peleaste con uñas y dientes contra tus hermanos por una herencia y conseguiste quedarte con más de lo que te tocaba? ¿Internaste a tu madre en una residencia para la tercera edad de absoluta mierda cuando ella había ahorrado durante toda su vida dinero suficiente para algo mejor y te embolsaste la diferencia? Este y cualquier otro problema de consciencia tienen solución: un viaje a Mallorca, dos horas de intervención, tres días de recuperación en uno de esos spas tan fantásticos que regenta Ícaro en la isla y ya estás preparado para retomar tu vida en paz contigo mismo; adiós a los malos recuerdos.

Antes he pasado de puntillas sobre cómo Balearia consiguió poner de su lado a los americanos y europeos. Lo he descrito como casi mágico y no lo es [perdona mi ligereza].

Durante los meses anteriores al Día de la Vergüenza la mayor obsesión de Gallardo había sido cerrar el mayor número posible de acuerdos; estos eran del tipo que no pueden constar en ningún libro de cuentas: en un mundo donde las frías y despiadadas guerras corporativas son el pan nuestro de cada día surgen una cantidad ingente de cabos sueltos que requieren un tipo de solución muy específica. He aquí un ejemplo rápido: un ingeniero importante de una corporación comete el error de publicar en alguna red social donde tiene decidido pasar unos merecidos días de descanso; a su llegada a la lujosa habitación de hotel que piensa habitar durante la siguiente semana le aguarda una comitiva de una empresa rival; una sorpresa poco agradable que terminará, días después, con el desafortunado ingeniero abandonado en la puerta de su hogar con su otrora mente brillante ahora vacía por completo. Podrían eliminarlo de un tiro en la nuca y dejarse de tantas tonterías pero según la ética con la que se rigen estos entes empresariales, matar es considerado una vía de acción extrema, propia de mafias, totalmente prescindible cuando hay disponibles en el mercado otras opciones no letales pero igualmente efectivas.

Sé lo que estás pensando: Ícaro al involucrarse en estas peleas y

escoger partido se crea enemigos poderosos. No te quedes en la superficie: obviamente las corporaciones que sufren los ataques devuelven el golpe bajo siguiendo el nunca anticuado ojo por ojo, pero para llevar a cabo la "vendetta" con el decoro exigido Ícaro se convierte, irremediabilmente, en la única herramienta necesaria; nadie más en el mundo puede vaciar. Ícaro se asignó a sí misma el puesto de árbitro en estas disputas corporativas; siempre por encima del resto y a la que todas las corporaciones deben agasajar si desean conseguir un contrato con el que responder a las vejaciones sufridas a manos de sus rivales, los que anteriormente utilizaron los servicios de la mismísima Ícaro. La pescadilla que se muerde la cola [o el Uróboros dicho más finamente].

Todas tienen cuentas pendientes con Ícaro pero son conscientes que jamás podrán saldarlas si el sistema actual se prolonga en el tiempo; es intocable.

Lo sé, Gallardo es un maldito genio, diabólico pero un genio a fin de cuentas.

Cuando Gallardo exigió a estas corporaciones que presionaran a sus respectivos gobiernos para reconocer a Balearia como un nuevo estado soberano tras el Día de la Vergüenza, todas siguieron la orden con celeridad y diligencia.

Ícaro ofreció al presidente Gallardo y su gabinete de gobierno una libertad de movimientos grande y vaya si la aprovecharon; hasta el último milímetro.

Recalco: grande pero no ilimitada. Para Gallardo fue más que suficiente; él sabía perfectamente cuándo debía darse por satisfecho y apañarse con lo conseguido hasta que una nueva oportunidad se presentara en el horizonte. La totalidad de los magnates baleáricos del gabinete de estado sentados en el sillón de presidente habrían pecado, tarde o temprano, de vanidad; un único paso en falso suyo significaría la sentencia de muerte para Balearia. Con Gallardo al mando jamás cometerán un error de ese estilo.

El poder se alimenta del dinero permitiendo así al mundo girar.

Este axioma es invariable por mucho que se llene la boca de cualquier político ensalzando el régimen democrático contemporáneo y su vital importancia en la evolución de la sociedad humana en los últimos siglos.

Al igual que aquellos que nos precedieron, nosotros pecamos de la misma clase de arrogancia pensando que, esta vez sí, hemos conseguido desatar el nudo gordiano que une poder y dinero. Quizás dentro de tres siglos [si aún sigue existiendo la especie humana] nuestros descendientes puedan señalar los errores que cometimos al igual que hacemos nosotros con los de nuestros antepasados.

Para ver los inicios de este orden bajo el que vivimos hay que retroceder hasta el neolítico, cuando los humanos dejaron [maldita la hora] de vagar y echaron raíces. Entre esos pequeños e insalubres asentamientos se dieron las primeras pinceladas a la estratificación de la sociedad humana que lleva vigente tantos milenios después: la pirámide social separa con claridad los niveles inferiores, mucho más poblados, de las élites, ricas y por tanto poderosas. De miembros de esta élite existen varias especies; me gustaría centrarme en las dos más relevantes: los primeros y más numerosos persiguen el vil metal como una urraca rapiña todo lo que brilla; su única meta en la vida consiste en acaparar ininterrumpidamente sin llegar a preguntarse jamás cuando se darán por satisfechos. Los miembros de la segunda clase utilizan su dinero para obtener más poder y durante esa búsqueda se hacen irremediamente más ricos [creo que no hace falta decirlo; Gallardo pertenece a esta última especie]. Obviamente vivimos en un mundo finito [por mucho que esta gente se empeñe en lo contrario] donde no hay espacio para todos; es natural que los intereses de unos choquen frontalmente con los de otros iniciando una confrontación que siguiendo las leyes de Darwin premia al individuo mejor adaptado al caprichoso medio y las situaciones que en él se generan.

En los últimos siglos los miembros de las élites más despiertos, convertidos en hombres de negocios, como buenos pastores han sabido adiestrar, a una clase fiel de perros guardianes con la tarea de mantener al rebaño en el lugar deseado. Si por cualquier motivo había que desplazar al rebaño, los perros lo guiaban siguiendo las órdenes dadas por sus amos. Sobre el papel parece sencillo pero Homo Sapiens no se caracteriza por seguir una hoja de ruta sin sobresaltos: guerras, armisticios, revoluciones, contrarreformas...violencia, al fin y al cabo. Aún con una historia repleta de capítulos tumultuosos estos hombres de negocios, los plutócratas, han prevalecido en todas estas apuradas situaciones, sin ceder poder al final de cada etapa.

El principal problema de los pastores españoles del final de los Años

Dorados era poseer de un rebaño demasiado revuelto. La situación empezó a torcerse cuando llegó una camada de perros de ínfima calidad, incapaces de hacer su trabajo dentro de unos baremos aceptables. El ligero dolor de cabeza se convirtió en una migraña en toda regla cuando uno de los perros más jóvenes hizo algo que sucedía en contadas ocasiones: puso en fuga al resto de los suyos y después se atrevió a morder las manos de su dueño. Aunque fue sacrificado antes de convertirse en un serio problema, su rebelión puso en sobre aviso a los pastores más despiertos.

Supongo que sigues mi discurso; es un poco extraño, lo reconozco, pero creo que si no te han frito el cerebro demasiado al vaciarlo, habrás seguido el hilo. Vuelve a releer si lo necesitas; yo te espero apurando esta taza de té. Estoy convencido que la teína me está surtiendo más efecto que la cafeína a la que me estoy haciendo inmune; me siento mucho más despierto y noto como mi cerebro discurre a más velocidad que otros días.

Malditas drogas nuevas.

El Día de la Vergüenza fue una revolución; inducida por miembros destacados de las clases más pudientes de nuestra sociedad pero a la larga una revolución.

Anteriormente, el advenimiento de César, su desaparición y las posteriores crisis sociales dejaron claro que el sistema estaba colapsando en España. Era el momento oportuno para intentar algo nuevo. Un pequeño grupo compuesto por los plutócratas más avisados consiguieron convencer al resto de sus conservadores colegas para dar un golpe sobre mesa, largarse dejando la caja fuerte vacía y reconstruir el negocio por cuenta propia.

Gallardo había conseguido la primera parte del sueño que llevaba persiguiendo toda su vida adulta: conseguir crear un estado donde los hombres de negocios no tuvieran que esconderse detrás de unos mediocres testaferros que acapararan la atención de las masas de ciudadanos.

Trasladar un sueño al mundo real siempre tiene complicaciones: su nuevo país era demasiado pequeño y falto de materias primas. Gallardo no se amilanó. El momento de iniciar la fase más transgresora y excitante del proyecto había llegado.

Para ello, el presidente había reservado una buena porción del espolio de las arcas españolas. La idea era invertir esos activos en comprar tierra siguiendo los patrones del siglo XIX y el colonialismo. Nuevos tiempos, soluciones del pasado.

La pregunta era ¿quién estaba dispuesto a vender?

Los experimentados ojos del presidente balear se posaron en el sur.

Los países árabes de la cuenca mediterránea son un avispero.

Lleva siendo así demasiados años.

A principios de la primera década de este siglo, movimientos pacíficos en busca de una necesaria libertad política y social afloraron en algunos de ellos. Todos estos hechos se engloban dentro de la que ahora es conocida como Primavera Árabe. Durante ese corto periodo de tiempo se consiguieron hitos tan loables como derrocar a dictadores que llevaban enquistados en el poder décadas. Las personas de esos estados que salieron a las calles miraron hacia occidente buscando inspiración; escogieron nuestra imperfecta y sobrevalorada democracia como modo de gobierno para sus países.

Para que una tiranía se sostenga en el tiempo debe cumplir, sin excepción, una regla básica: reprimir, cuando no sea posible erradicar, todo aquello que se oponga a la línea marcada por el líder o grupo de líderes. En contra de la idea general no siempre el oprimido dentro de un régimen totalitario tiene que ser una persona culta en busca de un futuro mejor para su pueblo: bajo la bota del tirano también hay espacio para movimientos más siniestros y peligrosos que el propio régimen gobernante. Tristemente, con la llegada de la Primavera Árabe floreció la cara del islam más radical e intransigente. El verano llegó y mientras la gran mayoría de las promesas libertarias se marchitaron la ley islámica más dogmática sobrevivió con la misma facilidad que demuestra una cucaracha durante un invierno nuclear.

Libia era uno de los países donde la revolución triunfó para luego diluirse en un mar de incertidumbre. Acto seguido a la caída del dictador Gadafi, los asesinos del régimen se enzarzaron en una guerra civil para dirimir quien gobernaría el país.

El sangriento enfrentamiento salpicado por breves momentos de tregua había dejado al país agotado y a más de un ciudadano libio preguntándose si quizás haber dejado a Gadafi en su sitio hubiese sido la mejor opción. El país es rico en oro pero sus reservas naturales de petróleo y gas lo convertían en candidato ideal para los planes balearicos. Aproximadamente medio año después del descubrimiento del vacío selectivo, Gallardo cerró la compra de una porción de tierra situada en el extremo oriental de la costa libia con una superficie total quince veces

superior a la del archipiélago balear.

Una vez el acuerdo se fraguó, Balearia ordenó a su joven ejército, formado por antiguos policías del gobierno económico, ocupar las nuevas posesiones baleáricas en el continente africano.

Gallardo volvió a contratar de nuevo los servicios de la empresa que erigió el muro pirenaico; esos presuntuosos ingenieros volvieron a regalar al mundo otra mole gris, batiendo de nuevo su tiempo récord; su función volvía a ser la misma: incomunicar; en este caso los nuevos dominios baleáricos del resto de Libia y su perenne anarquía.

Los libios poco tuvieron que decir: con los fondos recibidos por los baleares, la facción que había cerrado la venta se afanó en aplastar al resto. A estas alturas de la película ya imaginarás lo que dijo la ONU sobre esta compra: todo correcto; vía libre, caballeros.

Nueva Balearia cumplirá en unos meses su primera década de vida. Lo que antes era en su mayoría un desierto deshabitado de centenares de kilómetros cuadrados se ha transformado en una de las zonas urbanas poblacionalmente más densas del planeta.

El binomio que forman Balearia y Nueva Balearia ha instaurado un nuevo orden internacional: los nuevos hitos tecnológicos ya no se diseñan en Occidente y se ensamblan en Oriente; ahora queda todo acotado al oeste del Mediterráneo.

Y tiene todos los visos de ser solo el primer capítulo.

¿Cómo ha podido suceder? El firme y , según muchos, visionario liderazgo de Gallardo combinado con unas políticas sin restricciones éticas son la respuesta. Balearia es el paraíso capitalista soñado donde solo existe una regla de oro: sé más rico que ayer, pero más pobre que mañana.

Como no puede ser de otra manera, las mayores empresas tecnológicas del mundo han trasladado una buena porción de sus líneas de fabricación a Nueva Balearia aprovechando las jugosas exenciones fiscales ofrecidas por el gobierno de Gallardo. Obviamente China e India que eran, hasta la irrupción de Balearia, el hogar de un gran número de las fábricas existentes en nuestro planeta no se encontraban entre los mayores entusiastas del abrupto cambio de reglas de juego. Las sensaciones eran totalmente opuestas en las corporaciones de esos mismos países que descubrían, maravilladas, como sus márgenes de beneficios se disparaban.

Has podido comprobar a lo largo de este capítulo que soy el primero que se apunta a despotricar sobre Gallardo pero debo reconocerle ciertos

méritos [deja que me explique y no oses interrumpirme hasta que termine].

Una de las primeras decisiones que Gallardo tomó al ser investido como presidente fue instaurar las energías renovables como el pilar fundamental sobre el que sostendría el nuevo país. Solo un año después de su aparición, Balearia se convirtió en el primer estado en la historia en prohibir por completo el uso de combustibles fósiles como generadores de energía. La ley para el cambio energético y sostenibilidad, consiguió la surrealista y temporal alianza entre el gobierno balear y las ONG medioambientales más relevantes del planeta.

Una imagen de esos días acabó convertida en el icono del ansiado cambio energético: la inauguración de la primera granja solar marina. Estas particulares granjas miden varias hectáreas cuadradas ocupadas por hileras de paneles fotovoltaicos de alto rendimiento. Las granjas están diseminadas por las costas que bordean tanto Balearia como Nueva Balearia a treinta y tres millas de tierra. En total, las granjas solares producen algo más del 80% de la electricidad necesaria para abastecer las demandas de las Dos Balearias. Ten en cuenta que siendo uno de los principales motores económicos mundiales, su necesidad energética es descomunal. Desde la más pura objetividad, el éxito de planificación y ejecución balear es simplemente incuestionable.

Sin el decidido impulso de Gallardo, la erradicación del uso de energías fósiles en la totalidad de países punteros del mundo se habría retrasado, siendo generosos, un par de décadas más. Un solo hombre fue capaz de conseguir más que décadas de protestas y toneladas de estudios realizados sobre el cambio climático. Antes de que encargues tu carnet como nuevo socio del club de fans de Gallardo me veo en la obligación de informarte sobre el apetito voraz que nuestro amado presidente no puede controlar: que una de sus acciones termine siendo beneficiosa para la gran mayoría de habitantes del planeta es meramente circunstancial. Las energías renovables son baratas y con la tecnología adecuada casi infinitas de producir.

Infinito; hay pocas palabras que puedan excitar más a un plutócrata.

Como ya te dije algunas páginas atrás, Nueva Balearia se asienta sobre generosas bolsas de combustible fósiles. A diario, toneladas de crudo y gas se extraen de esos manantiales. Ningún plutócrata que se precie dejaría miles de millones de dólares en combustible sin tocar por el simple hecho de hacerle un favor a nuestro maltratado planeta. PetroBal, la única

empresa que tiene licencia de extracción en territorio balear, vende sus productos a países tecnológicamente inferiores que aún siguen funcionando con tecnología fósil. Suministrar combustible sucio es un lucrativo negocio que llena las arcas de PetroBal y al mismo tiempo las del Estado Balear. Ten por seguro que el día después a la extinción del último pozo negro de Nueva Balearia, Gallardo y sus aliados permitirán, al fin, que esos países se vuelvan tan verdes como el resto [tecnología renovable suministrada por Balearia, claro está]; mientras llega ese día seguirán funcionando como hasta ahora.

¿Vuelves a pensar que es un capullo? Eso está mucho mejor.

La mano de obra es otra de las columnas sobre las que se sostiene la estrategia económica balear.

Infinidad de gurús tecnológicos nos llevan vendiendo la moto durante los últimos treinta o cuarenta años asegurando que a estas alturas del siglo XXI los robots habrían suplantado a la humanidad en casi la totalidad de trabajos. No pocos de estos adivinos disfrutaban especulando sobre las futuras y no muy lejanas rebeliones de estas máquinas hacia nosotros, sus incautos creadores. Ciencia ficción aparte, sus cálculos han fallado estrepitosamente. La gran mayoría de estos futurólogos están muertos pero los que aún se encuentran entre nosotros levantan cortinas de humo sin mucho éxito; que apechuguen: apostaron, cuando nadie se lo había pedido, toda su credibilidad en la ruleta y la perdieron cuando la bola recayó en una casilla del otro color.

No quiero parecer negativo; la ciencia ha avanzado mucho estas últimas décadas, manteniéndose inversamente proporcional al desarrollo ético de nuestra sociedad. Aún así, no hemos podido crear un ente capaz de rivalizar con nosotros mismos. Claro que nuestra tecnología actual permite diseñar, sin mayores quebraderos de cabeza, “seres” artificiales con una capacidad de cálculo inhumana o una precisión micrométrica inasumible para nuestros humildes ojos; pero hay una variable desconocida en la ecuación, imprescindible para crear un indivisible ser sintético comparable a Homo Sapiens en todas las facetas.

Los neokabaitas, seguidores de una corriente filosófica que actualmente goza de cierto éxito, esgrimen una teoría en la cual esa incógnita resulta ser el nexo de unión entre el cuerpo y la mente; el alma. Según ellos, nosotros, unos simples humanos jamás conseguiremos encontrar los planos del etéreo Santo Grial.

Si me preguntas al respecto, creo que esta teoría tiene puntos con los que podría llegar a concordar aunque la mayoría de los neokabaitas son una panda de aguafiestas que asumen que algo es imposible de alcanzar por el simple hecho de ser incapaces de imaginar, mucho menos construir, el camino que guía hacia la solución.

Como científico [experto en el envejecimiento cutáneo] te puedo asegurar que llegará el día en el que resolvamos el enigma; siempre y cuando la más que posible autodestrucción de nuestra propia especie se retrase lo suficiente como para dejar trabajar con tranquilidad a las personas adecuadas.

Insisto, lo conseguiremos. Uno de los rasgos que los humanos tenemos grabado a fuego en nuestra cadena de ADN es la perseverancia.

Dependiendo de la situación, la perseverancia muta de don o a maldición. Aunque a estas alturas de la película poco importa; al igual que pasó con el vaciado, el diseño del alma sintética se lo apropiarán los de siempre y me atrevo a poner la mano encima del fuego a que la utilizarán de idéntica manera: como una nueva herramienta capaz de hacerles retener el poder.

Si mis cuentas no fallan tan vergonzosamente como la de los lumbreras de los que antes hablé, cuando los humanos consigan ensamblar el alma sintética yo llevaré un buen puñado de años siendo pasto de gusanos y como te aprecio, deseo que tú, mi querido amigo, también.

La realidad de aún no disponer de robots capaces de igualar en funcionalidad a un humano obliga a la industria a seguir dependiendo de la vieja conocida y fiel mano de obra humana.

Como punto final de uno de los capítulos anteriores te hable brevemente sobre el tráfico de personas en la Península. Te pongo en sobre aviso, no soy un experto en el tema porque: primero, no abunda la información y segundo, me es desagradable investigar sobre ello así que todo lo que te diga cógelo con pinzas.

Dos clases de personas son las que forman parte del “ganado peninsular” que llega semanalmente al archipiélago: el más reducido lo integran personas tan desesperadas que deciden tragarse el orgullo y aceptar, recibiendo por ello el mayor desprecio de sus congéneres, la oferta que les tiende el Estado Balear desde la semana posterior al Día de la Vergüenza; el segundo grupo se compone de peninsulares a los que la fortuna ha dado la espalda por completo y son vendidos por otros

peninsulares a los traficantes de cuerpos que trabajan para Balearia y tienen sus bases en el puerto de Valencia. He aquí una de estas contradicciones tan típicas de los seres humanos ¿cómo narices eres capaz de defender a capa y espada una tradición que te prohíbe utilizar armas de fuego en tus disputas con tus hermanos peninsulares pero luego te permites venderlos a vuestro enemigo en común sin mayores problemas de consciencia? No pierdas el tiempo intentando buscar el sentido porque dudo que lo encuentres.

No pienses que todos los peninsulares ven como algo normal el mercadear con sus vecinos menos amistosos como si fueran gallinas. El ejemplo más claro lo tienes en Fidelis; es terriblemente severa con los habitantes de su territorio que participan en este tráfico de personas. Las condenas para los culpables de este delito van desde el exilio, las más leves, hasta la muerte.

Una vez los barcos negreros ,atraca en Balearia, el "ganado" es trasladado a las instalaciones de Ícaro. El consejo directivo de la empresa fue consciente, al momento de conocer los planes de Gallardo, de la intranquilidad que sufrirían sus clientes estrella al saberse vecinos de habitación de un puñado de salvajes peninsulares. Por ello los jefazos de Ícaro mandaron construir un segundo edificio clónico al que ya tenían. Estos dos edificios contiguos se encuentran incomunicados entre sí manteniendo así segregados a la plebe, más bien los esclavos, de los patricios [¿ves? he hablado tanto de Fidelis los últimos días que termino metiendo conceptos romanos sin darme cuenta].

Bajo la custodia de Ícaro, los peninsulares reciben un vaciado selectivo. Gustavo me comentó hace poco que sus ayudantes bautizaron a este vaciado como "desparasitante". En la práctica es idéntico al tuyo exceptuando las puertas selladas repartidas por tu cerebro. Ellos, a diferencia de ti, no representan el más mínimo peligro para Balearia; su vaciado se vende oficialmente como una fase más del protocolo de limpieza integral a la que se ve sometida cada una de estas personas antes de convertirse formalmente en jadid. Este es el nombre con el que los elitistas que vivimos en el archipiélago nos referimos a los habitantes de Nueva Balearia; significa "nuevo" en árabe ¿Qué buen gusto, verdad? Tener dinero te permite comportarte como un imbécil.

El gigante en el que ha terminado convertida Nueva Balearia es terriblemente voraz; crece a un ritmo tal que necesita, constantemente,

sabia nueva. Ese apetito es insostenible con un puñado de peninsulares a la semana.

Un problema tan serio Gallardo lo ha convertido en una ventaja.

¿Recuerdas como India y China no estaban nada contentas con el auge Balear? Decenas de miles de personas perdieron su puesto de trabajo y no parecían dispuestas resignarse sin luchar antes. Ya habían aparecido los primeros brotes de violencia en las calles de las ciudades más importantes de estos dos países asiáticos cuando Gallardo se acercó a sus respectivos gobiernos con una oferta: Balearia estaba dispuesta a que, de manera escalonada, los antiguos trabajadores ahora desempleados se mudaran a Nueva Balearia y retomaran sus puestos de trabajo.

Para los gobiernos de China e India la propuesta de Gallardo fue un regalo caído del cielo. Tardaron escasas horas en firmar los convenios y anunciarlos a los cuatro vientos.

Gallardo había vuelto a destapar el tarro de las esencias consiguiendo que dos poderosos estados enemigos le debieran una por haber solucionado una grave crisis que él mismo había creado.

Creo que no hace falta decirlo pero los futuros jadid que vienen de Asia reciben una limpieza integral idéntica a la de los peninsulares.

Tengo un vecino que posee el irritante don de condensar en palabras lo más importante que ha ocurrido en su vida durante la última semana en el corto trayecto que va de la puerta del ascensor a la salida del edificio donde ambos vivimos. Su maestría se basa en hablar bordeando la velocidad del sonido y no dejar de gesticular con los brazos un instante [no te rías. Es agotador verlo y más aún sufrirlo].

Mi exasperante vecino resulta ser un silenciador. Uno de esos días en los que el destino se divierte poniendo a prueba mi paciencia obligándome a compartir ascensor con él, comenzó el repaso semanal quejándose amargamente de como en el trabajo su jefe directo no dejaba de buscarle las cosquillas. Una última disputa subida de tono tuvo como consecuencia un cambio de aires no deseado por él: de trabajar hasta entonces con los clientes ricos a vaciar trabajadores asiáticos destinados a Nueva Balearia. Por primera vez desde el aciago día en el que le conocí me interesó su insufrible verborrea; le invité a un café rápido en un local a la vuelta de la esquina de nuestro edificio. El pobre aceptó al momento; imagino que se emocionó pensando que después de años dándome la tabarra había conseguido vencer a mi timidez y ahora podríamos ser amigos. No tuve que

piropearle demasiado para que me contara casi todo lo que quería saber.

Mi vecino, para algunas cosas, es alguien bastante perspicaz. Me comentó lo vital que, bajo su punto de vista, era el vaciado para los candidatos a jadid. Por mucho que la globalización lleve, desde hace décadas, intentando crear una cultura nacida de un crisol de las ya existentes en nuestro planeta, aún estamos en los primeros compases de esa pancultura que quizás nunca llegue por nuestra maldita impaciencia. Tanto chinos como indios son, por regla general, grandes defensores de sus tradiciones [y quién no]; mudarse a un lugar tan alejado de sus raíces puede traer no solo problemas de aclimatación sino serias disputas con el resto de jadid con los que no comparten cultura. Según me confesó mi vecino, café viene café va, el vaciado elimina del cerebro todos los rasgos culturales previos permitiendo que los jadid desembarquen en Nueva Baelaria preparados para adsorber una nueva cultura común diseñada [por alguien] para los jadid ya establecidos.

Las únicas grandes diferencias entre razas que el vaciado es incapaz de hacer desaparecer son las físicas pero ya sin los tabús y tópicos propios de cada cultura referente al resto, se vuelven inofensivas. Los jadid son incapaces de ver en sus evidentes diferencias morfológicas causas para la segregación.

Aunque parlanchín, mi vecino se guardó bien de cotillear ciertos asuntos. Dudo seriamente que él conozca mi relación con Gustavo [es muy posible que el jefe que le tiene tanta manía no sea otro que mi querido amigo], así que puedo adivinar aquello que insinuó pero no se atrevió a confirmar.

Gustavo descubrió, hace un par de años, como introducir en el cerebro recuerdos diseñados por él mismo. Aún teniendo el viento en contra desde hace mucho tiempo sigue persiguiendo su sueño y cada vez está más cerca. Aunque eso es otra historia que merece ser contada en otra ocasión; volvamos a los jadid.

Ahora empiezan mis suposiciones: si los silenciadores tienen las herramientas necesarias para insertar nuevos recuerdos no es nada osado suponer que también pueden “grabar” en un cerebro habilidades nuevas. Es conocido por todos en el archipiélago que los jadid son capaces de hablar inglés y castellano. Siempre me ha inquietado el acento perfecto y sospechosamente parecido que comparten todos ellos, aún proviniendo de lugares a miles de kilómetros de distancia entre sí; además, jamás he

escuchado a un jadid pronunciar una palabra alejada de estas dos lenguas ¡jamás! Aquí viene la parte más disparatada de mi conjetura: los silenciadores no solo introducen el conocimiento de inglés y castellano: en el proceso del vaciado borran los idiomas nativos de cada individuo ¡Venga! no te atrevas a decirme que suena demasiado conspiranoico; las lenguas son uno de los principales conceptos identitarios sobre los que se crean divisiones entre humanos. Echa una ojeada a cualquier libro de historia que he colocado dentro de tu libro electrónico; te obligará a darme la razón. Con la desaparición de estos idiomas se apagan los últimos rescoldos capaces de crear disensiones entre los jadid.

Desde el punto de vista antropológico es fascinante; aunque también intimida. El vaciado desecha sin el más mínimo remordimiento la diversidad que enriquece a la especie humana; aunque si con ello se desvanecen las excusas que llevamos utilizando para matarnos los unos a los otros desde hace milenios ¿no puede ser un precio alto pero totalmente justificado?

Dos días después de la “limpieza” los recién nombrados jadid dejan Ícaro para tomar un nuevo barco que les transportará hasta el nuevo hogar que no abandonarán hasta su muerte: Nueva Balearia.

Allí les aguarda una vida cargada de trabajo.

En este punto, podría jugar sobre seguro y poner el grito en el cielo criticando, puño cerrado en alto, las lamentables condiciones en las que trabajan estas pobres personas encadenadas por la tiranía de los baleáricos y las corporaciones que les respaldan.

¿Es así en realidad?

Aquí colisionan conceptos éticos contradictorios y válidos al mismo tiempo. Sé perfectamente lo que pensabas sobre esto antes de desaparecer pero cabe la posibilidad que después de convertirte en un lanzado al vacío y sufrir las miserias diarias con las que debe convivir cualquier peninsular tu perspectiva haya cambiado. La otra opción que barajo me gusta más: por mucho que se hayan ensañado destruyendo tus recuerdos, espero que esa férrea determinación tan tuya aún se mantenga en su sitio.

Perdóname; acabo de soltar una chorrada sin el más mínimo fundamento científico que mi patético romanticismo me obliga a creer.

Claro que te la han quitado.

A los jadid difícilmente puedo considerarlos esclavos; al menos utilizando los cánones clásicos. Es complicado ver en las extensas factorías

de Nueva Balearia imágenes que puedan asemejarse a las minas de metales de la época romana o las plantaciones de algodón del sur de los Estados Unidos de hace trescientos años.

No quiero dejar de recordarte que la mayoría de los jadid provienen de Asia donde las condiciones de vida serían vistas como el infierno en la tierra para el ciudadano occidental medio. Pienso que han salido ganando con el cambio.

Desengáñate: la mano de obra barata [o directamente gratuita] es necesaria. Millones de vidas trituradas sin compasión por la maquinaria que alimenta el contradictorio y etéreo concepto de progreso; este es el terrible tributo que se ha visto obligada a pagar la humanidad, sin excepciones, a lo largo de su historia.

Los jadid, el combustible de Balearia, trabajan en turnos de diez horas durante seis días a la semana. Sumados a la jornada semanal de descanso reciben quince días de vacaciones por año. Ante la imposibilidad de salir de Nueva Balearia la mayoría suele desplazarse hasta la costa y pasar esas dos semanas disfrutando del sol y la playa [hay que reconocer que existen peores planes].

En la treintena de ciudades enraizadas dentro de Nueva Balearía todos sus edificios residenciales comparten el mismo diseño: una torre cilíndrica blanca de cuarenta y cuatro pisos. Estas edificaciones, agrupadas en manzanas y separadas entre ellas por una red de amplias avenidas, se extienden durante kilómetros con una meticulosidad arquitectónica tan perfecta como soporífera. El único espacio que rompe con la estudiada monotonía es el jardín interior que comparten los nueve bloques que forman cada manzana. Ese lugar representa una de las escasas válvulas de escape donde los jadid tienen verdadero poder de elección.

Cada año, en honor a la Salvación [con ese pomposo nombre se conoce al Día de la Vergüenza desde la orilla balear] se organiza una competición en la que todas las manzanas de Nueva Balearia luchan entre sí por alzarse con la victoria. El objetivo: convertir el anodino jardín de su manzana en el entorno más impactante y evocador posible. El evento que dura la friolera de dieciocho horas, es retransmitido en directo por la televisión estatal balear convirtiéndose, de largo, en lo más visto del año en el archipiélago. Parece un trabajo mágico cómo consiguen transformar, durante un efímero día, esos escasos centenares de metros de terreno en sofocantes selvas, bosques nórdicos nevados, ¡incluso áridos desiertos! El

límite lo marca la imaginación. El concurso tiene una única regla, muy estricta: no está permitido trabajar en la transformación de los jardines hasta noventa días antes de la Salvación. Siempre me ha maravillado cómo personas con una vida sobre el papel tan gris consiguen crear con sus propias manos unas localizaciones tan asombrosamente impactantes. No me avergüenzo de reconocer que algunos de esos escenarios han conseguido que rompa a llorar como pocas veces antes en mi vida [¿Tienes algún problema? La belleza me emociona; no tengo porque disculparme por ello].

Recuerdo con especial cariño el jardín ganador de hace tres años. Los habitantes de esas nueve torres recrearon con todo lujo de detalles el fondo marino de la costa de Nueva Balearia. Sin duda algún vecino de esa manzana cazó la idea durante sus vacaciones estivales.

La realización televisiva te permite, si tienes acceso a un casco de realidad virtual [algo común en el archipiélago] visitar cada jardín al mismo tiempo que lo hace el jurado. Durante diez minutos deambulé viendo como la marea mecía las algas del fondo marino mientras pequeños bancos de sardinas se desplazaban en círculos a gran velocidad justo delante de mis ojos. Aún recuerdo la extraña sensación del agua marina removiendo mis cabellos mientras estaba sentado en el sofá de mi salón con las gafas puestas. No sé cómo lo hicieron; quizás fueran imaginaciones mías, pero ha sido una de las experiencias más místicas que en vivido en mi vida. Por primera vez en mucho tiempo me sentí en paz conmigo mismo.

Te repito que no sé cómo demonios lo consiguieron; tener en el equipo a técnicos que trabajan en las factorías tecnológicamente más punteras del mundo quizás sea la clave.

Para todos los jadid este concurso es tremendamente importante e invierten la mayor parte de su tiempo libre y energías sobrantes en diseñar el paisaje del próximo año. Es el único día en el calendario que ves entre la masa de personas jadid amplias sonrisas combinadas con miradas llenas de orgullo.

He releído un par de veces la parte final de este capítulo.

Me he sorprendido a mí mismo. Para mal.

Estoy exhausto; vencido; llevo reflexionando al mismo tiempo que escribo durante demasiadas horas.

Empieza de nuevo a llover; estoy deseando salir de estas dichas cuatro paredes y caminar bajo la lluvia sin paraguas igual que solía hacer

de pequeño; no sé porqué narices dejé de hacerlo cuando siempre lo he adorado.

Amargado; cansado; hastiado: así me siento desde hace demasiado tiempo. Quizás desde la madrugada en que me llamaste para avisarme de tu arresto y todo saltara por los aires. Si te soy sincero no sé cómo enfrentarme a mi antigua rutina después de dejarme la vida estas últimas semanas escribiendo este despropósito para ti. Sospecho que en cuanto dé por finiquitado el libro esa voz idéntica a la tuya que lleva parapetada dentro de mi cabeza desde que empecé a escribir desaparecerá sin una despedida; su vacío me dejará paladear por primera vez lo que significa la soledad; la verdadera.

No sé qué haré sin ti.

Quizás estas sean la últimas líneas que escriba. Si saco fuerzas de no sé bien donde y continúo, dejaré este último párrafo intacto.

S.XXIX

El agua no parece transparente. Tampoco el cielo luce tan azul. No se escuchan a las chicharras. Es mediodía y la desalinizadora sigue en silencio.

—Druso, baja de las nubes y vuelve con nosotros.

—¿Eh? —deja de mirar por la ventana. Estira los brazos sobre la mesa — Disculpa, Marcia.

Druso presiente las miradas de sus hermanos sobre él; lo comprueba: Bruto le observa muy serio; Agripa con curiosidad; Elpis no abre la boca aunque sus ojos negros no se mantienen tan callados. Druso desvía la mirada, evitando el contacto con ella. Marcia parece enfadada, algo inusual en ella.

—Tienes mi total atención —Druso señala con el índice la pantalla colocada en el centro de la mesa.

—Como decía, una vez nos reunamos con el grupo de apoyo pasamos a la acción. Este es nuestro objetivo: un edificio que consta de cuatro plantas —Marcia lanza, con un rápido gesto, la imagen de la tableta a la pared. Un plano 3D se impresiona sobre ella—. En la primera, que está bajo tierra, se sitúan los quirófanos. La planta baja está ocupada por completo por el hall que sirve de entrada; el siguiente nivel lo ocupan los laboratorios de los *silenciadores* —desplaza su mano derecha hacia arriba—. En la superior las oficinas de los ejecutivos. No deberíamos tener el más mínimo problema de orientación. Es un edificio relativamente pequeño si lo comparamos con las dos torres que tiene a cada uno de sus lados; allí es donde se encuentran las habitaciones de los pacientes. Pero volvamos a la cuarta planta —Marcia se acerca al mapa y golpea en el centro con la mano izquierda—. Este es uno de nuestros objetivos primordiales.

—La cueva de la *Hiena* —Bruto aprieta las mandíbulas hasta hacerlas crujir.

—Mi tío ha ordenado que debo ser yo quien se encargue de él. Nadie más.

Bruto gruñe igual que un lobo antes de atacar.

—La *Hiena* no será el único en caer —prosigue Marcia—. Tenemos la obligación y el placer de aniquilar hasta el último *silenciador*—coloca sus dos manos sobre la mesa y se apoya en ellas—. No podemos dejar absolutamente nada que les permita recuperar la técnica del vaciado y

adiestrar a una nueva generación de *silenciadores*. Especial atención a los discos duros de los ordenadores que nos encontremos.

—¿Y las copias deslocalizadas?

—Hay un equipo de hackers chinos en Shenzhen preparado para atacar sus servidores. Los baleáricos creen que no sabemos de su existencia. Mañana se llevarán una desagradable sorpresa.

Agripa silba con admiración.

—¿No pueden tener copias físicas como salvavidas en otro lugar? —insiste Druso—. Siendo así toda esta operación sería un brindis al sol.

Marcia frunce el ceño.

—Cualquier persona medianamente precavida las tendría. Esperemos que se hayan creído su propia propaganda sobre lo invulnerables que son. Si realmente tienen copias, no vale la pena malgastar tiempo pensando en ellas ahora mismo. Ese será un dolor de cabeza para otro día.

—¿Qué hacemos con presos y clientes? —Druso observa de reojo a Bruto.

—Desde la consola del hall principal podré acceder en el servidor central y cerrar a cal y canto los dos edificios anexos —Marcia desplaza el mapa a la derecha—. Cuando hayamos hecho nuestro trabajo dejaremos a los clientes encerrados y liberaremos a los presos. Desgraciadamente no podremos ayudarles a escapar de la isla; tendrán que arreglárselas por su cuenta pero como mínimo les ofreceremos la oportunidad de intentarlo.

—Mallorca se convertirá en una bomba de relojería —murmura Druso.

—Somos un simple comando, apenas seis personas ¿cómo vamos a controlar a la seguridad de Ícaro?

—Nuestros amigos baleáricos se encargan de ese problema. En estos momentos, la mayoría de los guardas están cogiendo oportunas bajas por enfermedad.

—Sé que es una pregunta estúpida pero tengo que hacerla ¿podemos confiar en ellos?

Agripa ríe entre dientes. Marcia da una palmada a la mesa haciendo temblar el agua de los vasos. Cesa la risa.

—Es normal que tengas esas dudas, Druso. Tú y Elpis estuvisteis... incomunicados del resto —Marcia pronuncia estas últimas palabras muy lentamente. Elpis pone cara de fastidio pero se mantiene callada—. Son de absoluta confianza; sin su protección estaríamos muertos desde el mismo día en que pisamos esta isla por primera vez.

Druso frunce el ceño. Sigue sin estar convencido del todo.

—¿Alguna pregunta más? —Marcia comienza a toquetear la pantalla. El mapa desaparece—. Visto que está todo claro es el momento para las últimas indicaciones del Triunvirato —desplaza la yema de sus dedos a lo largo de toda la pantalla; la cara de Crastino se materializa en la pared.

“Os saludo, esquiras.

Desearía poder hablar con vosotros en persona pero a estas alturas de nuestra aventura no podemos correr riesgos innecesarios.

Estamos a horas de iniciar nuestra venganza. Vamos a dejar claro al mundo que la Noche Triste no lo fue. Aquella carnicería entre hermanos solo puede ser considerada como la locura de unos cuantos de nosotros; un estigma que hemos llevado el resto de peninsulares agarrado a nuestro pecho demasiado tiempo. Es hora de dejarlo ir.

El Triunvirato lleva preparando concienzudamente este ataque desde hace largos años. Es peligroso, lo reconozco, pero también necesario si queremos aspirar a tener un futuro por el que luchar.

No os diré eso de que vuestro heroísmo os hará escribir una página gloriosa de la historia de la Península. Vosotros, más que nadie en toda la organización, os merecéis que solo salga de mi boca la verdad, por muy negra que esta se presente.

La existencia de Fidelis, por ende la de todos nosotros, transcurre sobre un río que se empeña en llevarla corriente abajo, lenta pero con constancia. Llevamos tiempo, años, oteando en el horizonte lo que parece una catarata. Podríamos haber remado a contracorriente e intentar postergar lo inevitable un tiempo, pero al final todo ese tremendo esfuerzo habría sido en vano. En vez de darnos por vencidos nos hemos preparado para esa ineludible caída de la mejor manera posible. Hay serias probabilidades de morir pero si llegamos con vida a la base de la catarata, tendremos la oportunidad de seguir nuestro viaje.

Es un hecho: aquellos que nos robaron y luego abandonaron a nuestra suerte volverán a la Península y lo harán a plomo y fuego, terminando la obra que iniciaron tanto tiempo atrás con la desaparición de César.

Para el resto de organizaciones y países poderosos del planeta ellos ya son reconocidos como nuestro legítimo gobierno. Tienen la ley de su lado y se encuentran mucho más preparados de lo que pensamos para reclamar lo que consideran suyo por derecho. Pero no cuentan con nuestra defensa; nos desprecian. Para Balearia nos hemos convertido en poco más que animales

salvajes enzarzados en peleas estériles entre nosotros mismos. Creen que Fidelis es débil, que el Triunvirato aún llora la desaparición de César. ¡Claro que cada día pensamos en él! Pero este gesto cotidiano es justamente lo que nos da la energía extra necesaria para acometer esta titánica empresa convencidos en nuestras posibilidades.

Somos el vivo retrato de lo complicado que es vivir un día más en nuestra pobre Península, destripada por la violencia, el odio y la desesperación. Vivir al filo de la navaja no es nuevo para nosotros; nos hemos endurecido; nuestra resistencia y perseverancia no conocen límites; hemos sido pacientes y oportunistas, uniendo a nuestra causa a los enemigos que el gobierno balear se ha ido granjeando entre los suyos. Algunos de estos son peores personas que quienes a día de hoy gobiernan las islas con mano de hierro. Quizás es un grave error dar alas a esta clase de personas, pero como he dicho antes, nuestra comprometida situación no nos deja margen para juicios de moralidad —Crastino esboza una sonrisa apagada—. Sé que como discurso motivacional estas últimas palabras son un despropósito. Os lo acabo de decir, esquirlas: os habéis jugado la vida sin rechistar cuando el Triunvirato os mandaba de una punta a la otra de nuestro territorio e incluso fuera de él llevando a cabo misiones que os parecían una completa locura. Durante el último año habéis perdido dos compañeros, hermanos, y aún así aceptasteis las nuevas órdenes del Triunvirato sin poner en duda nuestra palabra. Yo aprecio por encima de todo esa fe en nosotros y la recompensa a esa fidelidad va en consonancia. No os esconderemos nada más —Crastino calla unos instantes. Mira con intensidad a la cámara que le graba—. Vamos a derrocar al gobierno balear y enseñar al resto del mundo, a ese atajo de hipócritas que la Península no da por bueno los acuerdos firmados con Balearía.

A todos ellos les ofreceremos un espectáculo que sus débiles mentes no olvidarán por mucho que quieran.”

S.XXX

—¡Bienvenido! Soy Lavina, tu anfitriona virtual en la instalaciones centrales de Ícaro, los únicos capaces de hacer desaparecer por completo tus peores momentos. Estás a punto de cruzar el umbral del resto de tu vida. A tu izquierda tienes el mostrador donde nuestros serviciales asistentes te atenderán de manera personalizada. En Ícaro no somos amigos del papeleo, solo necesitamos un rápido escáner ocular y en menos de un minuto serás llevado a una de nuestras habitaciones equipada con todas las comodidades que puedas imaginar y alguna que otra más —la IA virtual guiña un ojo con complicidad—; allí es donde descansarás antes y después de la intervención. Recuerda que si deseas volver a retomar tu vida no solo más ligero espiritualmente no dudes en preguntar a nuestros asistentes sobre el pack ‘ligereza integral’ y despídete de esos kilos sobrantes.

—Descuida, yo te adelgazo a ti de un plumazo ¿Bruto, apagas tu la mierda esta o me encargo yo? —Agripa escupe a Lavina. Su salivazo traspasa el holograma y termina en el suelo, muy cerca de la bota de su hermano.

—Deja de comportarte como un niño —gruñe el gigante.

La esquirra más joven refunfuña en voz baja mientras se acerca a Pullo que está terminando de amordazar a la media docena de infelices que se encontraban en el hall justo cuando el comando irrumpió en el edificio. En el otro extremo Druso tiene encañonado a uno de los dos, ahora no tan dicharacheros, asistentes. Está abalanzado sobre el mostrador con la nariz chafada contra el cristal. El vaho de su respiración entrecortada empaña la superficie brillante. Elpis termina de maniatarlo y lo lanza contra el suelo sin miramientos donde ya se encuentra su compañero; los dos se quejan.

—No quiero oír una sola palabra más —esos ojos negros los desgarran con la frialdad y falta de humanidad por los que Elpis es respetada dentro de Fidelis— al más mínimo sonido que salga de vuestras bocas os pego un tiro en el estómago a cada uno. Vuestra muerte será lenta y dolorosa ¿Entendido?

La pareja de empleados de Ícaro asienten enérgicamente. El más alto de ellos llora copiosamente pero en silencio.

Elpis gira la cabeza a su derecha.

—Marcia ¿Te queda mucho?

—Dame un minuto.

—Nuestros amigos isleños se impacientan.

Marcia continúa tecleando sin inmutarse.

Druso se acerca a la cristalera interior justo detrás del mostrador de recepción. Observa el alto edificio contiguo que está conectado con el hall de bienvenida mediante un estilizado pasillo. Puede distinguir en los pisos inferiores como hay gente paseando con tranquilidad por ellos, ajenos a lo que sucede tan cerca de ellos.

Súbitamente, los rayos del sol poniente dejan de regar el interior del edificio. Las enormes planchas de cristal que conforman la gran fachada se vuelven completamente opacas.

—Abacadabra.

La puerta principal del edificio se abre.

Una veintena de hombres y mujeres uniformados con el atuendo típico de la seguridad privada de Ícaro irrumpen en el edificio, armas en mano. Visten trajes de chaqueta negros con ribetes y costuras doradas. Las corbatas áureas resplandecen como si tuvieran luz propia.

—¿Todo tranquilo afuera? —se interesa Elpis.

—Como una balsa de aceite —informa el más alto de ellos— y así se mantendrá durante todo el tiempo que necesitemos. La única carretera que conecta a Ícaro con la autopista está cortada.

Una mujer a su lado trastea su teléfono móvil.

—Los inhibidores de frecuencia funcionan —parece sorprendida.

—¡Claro que funcionan! —exclama ofendida Marcia sin despegar la atención de la pantalla mientras los dedos de la esquirra vuelan sobre el teclado; su trabajo aún no ha terminado— los reprogramé yo misma. Todo dispositivo de comunicación en un radio de cinco kilómetros ahora mismo es un ladrillo.

—Llevamos cargando con esos aparatejos desde el Muro —le dice Agripa a Pullo, malhumorado —para que ahora fallen.

—Memio murió por ellos —añade Bruto, con voz apagada.

Pullo se acerca al mostrador. Marcia levanta la cabeza mientras sus manos se detienen abruptamente.

Una cadena de chasquidos metálicos llegan desde el pasillo de la izquierda; un pitido agudo marca el final.

—Pasillo comunicante con la torre A bloqueado —golpea el teclado una vez más; suspira con alivio. Ahora los sonidos provienen de la derecha—. Pasillo hacia la torre B bloqueado.

Elpis levanta el cañón de su rifle hacía el techo dorado.

—Ya era hora.

Agripa sigue obsesionado con Lavina. El holograma está repitiendo su discurso de bienvenida a una pareja de falsos guardas quienes no prestan la más mínima atención.

La más joven de las mujeres uniformadas no aparta los ojos de Druso. Tiembla de emoción.

—Dédalo —murmura con un hilo de voz. Parece dudar entre acercarse para hablar con él o esconderse detrás del sofá más cercano. Druso no se da cuenta de ello; dialoga en voz baja con Bruto.

— *Uno*, ven —Elpis agita la mano. El líder de los baleares se acerca con diligencia.

—Tu dirás, capitana.

—Manda a toda tu gente a los edificios anexos; que utilicen las entradas exteriores para acceder. Que tranquilicen con amabilidad a los pacientes; no quiero sorpresas.

—No te preocupes; así se hará. Recuerda que yo, *Dos y Tres* iremos con vosotros a los laboratorios. Hay muchas cabezas que partir y sois pocos.

Una sonrisa depredadora aflora entre esos prietos labios.

—Cierto —Elpis se aleja instintivamente del balear—. Órdenes de Crastino.

Uno asiente; sin dejar de sonreír vuelve con los suyos para transmitir las órdenes de Elpis.

La capitana se alegra de perderle de vista aunque sea un solo segundo. Escucha revuelo detrás suyo; el comando al completo aguarda. Se gira hacia ellos.

—Venganza —coloca el puño derecho sobre el corazón.

—Venganza —repiten todos al unisono realizando el mismo gesto que ella.

Sin nada más que añadir se ponen en movimiento. El trío de partisanos baleáricos se une a la carrera.

El hall muere en un extraño pero hermoso bosque de columnas luminiscentes sin función arquitectónica aparente. En el centro de cada una de éstas columnas se proyectan imágenes. En algunas aparece una cascada variopinta de rostros de antiguos clientes hablando maravillas sobre los servicios ofrecidos por Ícaro y el giro radical que significó para sus vida el haber pasado por las manos profesionales de la compañía. En los pilares

restantes se puede ver el logotipo de Ícaro: un ala de pájaro y su imagen inversa; justo encima de ellas parpadea la palabra *ligereza* cambiando de idioma a cada nueva aparición.

Los asaltantes deciden no utilizar los ascensores.

Una amplia escalera de cristal negro con forma helicoidal les guía hasta la segunda planta. Allí les aguarda un miembro de seguridad, con el arma erizada como saludo de bienvenida.

—¡Alto! —grita *Uno* colocándose a la cabeza del grupo—. *Treinta*, somos nosotros.

Este baja el fusil y los saluda con la mano.

—Todo tranquilo —informa con alegría—. Los *silenciadores* están trabajando con normalidad. Con los quirófanos cerrados hasta el próximo lunes, todos se encuentran aquí —les enseña la pantalla de su puesto de control. Está dividida en treinta y tres ventanas, ocupadas por las cámaras de seguridad de cada uno de los laboratorios. Los científicos trabajan sin sobresaltos. Para ellos, en un par de horas comienza el fin de semana—. Los laboratorios están insonorizados —chasquea la lengua—; no se han coscado de nada.

—Por ahora —le interrumpe, Marcia—. Acabamos de cortar las comunicaciones, no tardaran en tener sospechas en cuanto miren sus teléfonos. Hay que actuar con rapidez.

—Dos personas por habitación. Entramos, cerramos la puerta, eliminamos a a los objetivos y al siguiente laboratorio. —Elpis empieza a separarlos— Bruto y Marcia. Pullo y Agripa.

—Los dos últimos grupos son los nuestros —*Uno* se señala el pecho—. Yo y *Dos*. *Tres* y *Treinta*.

—Mientras tanto, Druso me acompañará al piso superior. Cuando terminéis volved al Hall y estad preparados para salir en cuanto nos reunamos de nuevo.

Los dúos empiezan a cuchichear entre ellos.

—Último recordatorio —Elpis levanta la voz— una vez eliminados los *silenciadores*, quiero todos los discos duros que se encuentren en estos laboratorios destruidos a consciencia. No olvidéis plantar una bomba en cada laboratorio. Una vez fuera, con los desinhibidores desactivados las detonaremos a distancia.

Todos asienten. Elpis levanta dos dedos al techo; los grupos se ponen en movimiento.

Druso observa la pantalla con detenimiento.

Las parejas entran como un rayo.

Cierran.

Disparan a la cabeza de sus objetivos con precisión.

En menos de quince segundos han abatido a unos *silenciadores* inconscientes de haber agotado sus últimos segundos de vida.

Druso señala la pantalla del laboratorio Épsilon.

—Problemas —sintetiza.

Un *silenciador* sigue vivo.

Corre, aterrorizado, por la sala.

Uno está disfrutando del espectáculo. *Dos* tampoco parece aburrirse. Le lanzan todo lo que encuentran a mano. El *silenciador* no sabe qué hacer aparte de mantener las distancias con ellos y esquivar, lo mejor que puede, la lluvia de objetos. Su compañera yace en el suelo, con un charco de sangre alrededor del cráneo.

El resto de equipos ya están encargándose de su segundo laboratorio, sin reparar en nada más.

Uno decide que ya es suficiente. Dispara al silenciador en la pierna y se abalanza sobre él. Empieza a golpearle, furioso, con la culata de su arma en la cara. No se detiene hasta que la cabeza de ese pobre desgraciado es una masa sangrienta y viscosa. *Uno* se levanta con la corbata dorada manchada de gota de sangre y diminutas astillas de hueso adheridas al tejido. Saluda a la cámara. La pareja balear sale en busca de más diversión.

—Maldito animal —susurra con voz monocorde Elpis. Druso distingue el olor corporal de ella a su espalda; cierra los ojos unos segundos.

—Este es uno de esos problemas futuros de los que hablaba tu tío en el vídeo.

—Tenemos trabajo —ataja, lacónica. Sabe que Druso tiene razón.

Suben el siguiente tramo de escaleras en espiral en completo silencio. Llegan a la planta superior sin encontrarse a nadie. Aún así mantienen los fusiles preparados.

Un cartel luminoso, incrustado en el último escalón les da la bienvenida.

“Oficinas”

Las puertas de vidrio ahumado se abren dejando vía libre hacia el corazón de Ícaro.

Silencio.

Las mesas de oficina están desiertas. Sobre las pantallas encendidas el

logotipo de Ícaro, dorado, aletea sin descanso sobre un campo negro.

—Allí —Druso señala al centro de la sala. Se distingue una silueta humana en pie dentro del único despacho separado por paredes, transparentes, del resto.

Caminan con lentitud, atentos al más mínimo movimiento bajo las mesas. Todas ellas están perfectamente ordenadas: no hay un lápiz táctil a la vista o un monitor encendido sin el salvapantallas de Ícaro en él.

Una pantalla en la esquina izquierda de la planta les llama la atención por su gran tamaño. Es el objeto central de lo que parece la zona de descanso de los oficinistas. El televisor ofrece datos meteorológicos actualizados a tiempo real.

Hoy la luna será nueva.

En el centro de la planta un generoso cubículo con paredes acristaladas domina sin oposición al resto de mesas de la oficina, colocadas a su alrededor como si fuera la estrella dueña de este micro sistema solar.

Un sencillo rótulo identifica al poseedor del espacio.

"E. Donnell - Dirección"

Un latigazo lacera el cerebro de Druso. El lejano recuerdo de un dolor similar hace temblar de pavor a sus piernas; tanto que pierde el control de la vejiga y se orina encima.

—¿Estás bien? —pregunta Elpis, preocupada. Druso tiene el rostro blanco.

—Una jaqueca —no consigue que su voz suene tranquilizadora.

Elpis le acaricia la frente como solía hacer en el islote para ayudarle a despertar de las pesadillas.

—Estamos a un paso de acabar con el monstruo que te hizo esto.

—No es quien tú piensas.

Elpis le mira con extrañeza.

—No te entiendo.

Druso aparta la mano que le toca sin miramientos. El pantalón empieza a absorber el líquido caliente.

—Olvidalo —señala hacia delante—. Vamos, estamos perdiendo tiempo.

La puerta automática se abre, silenciosamente, inducida por las sombras de las esquiras.

La *Hiena* está observando la puesta de sol.

Una de las paredes de cristal del despacho emite en todo su esplendor el

atardecer. El hombre, inmóvil, parece una estatua; ensimismado en sus pensamientos mientras observa la puesta.

Elpis agarra con fuerza el arma; golpea varias veces la mesa de cristal templado negro con la punta del cañón.

—Llegó la hora de responder por tus pecados —lo dice con menos entereza con la que había ensayado la noche anterior. La macabra leyenda de ese hombre hace mella.

La *Hiena* al fin da señales de vida. Suspira pero se mantiene en su sitio.

—¿Fidelis? —Elpis calla. La voz del hombre es algo gangosa, no impresiona lo más mínimo; aún así, hay algo en ella que la acobarda—. Son los únicos peninsulares lo suficientemente locos pero con habilidad para plantarse en el archipiélago sin hacer ruido —continúa elucubrando en voz alta—. Está claro que ningún balear se atrevería a atacar Ícaro.

—Somos Fidelis —es Druso quien responde ante las dudas que presiente en Elpis.

La *Hiena* pega un respingo; el atardecer pierde por completo su atención. Empieza a girar en dirección a los recién llegados; a medio camino para en seco.

—Último aviso —amenaza Elpis zarandeando el fusil. Ha recuperado parte de su entereza—. Date la vuelta.

—Es más complicado de lo que parece.

La capitana suspira, exasperada.

—¿Tienes miedo, desgraciado? No deberías —acomoda de nuevo el arma en su hombro—. Estás de enhorabuena. El Triunvirato quiere que te despache de manera rápida.

—¿Eres Elpis, verdad? la sobrina de Crastino —ella da un paso para atrás, involuntariamente— ¿Quién es tu acompañante?

—Soy Druso.

—¿Druso es tu nombre?

—Sí.

La *Hiena* ríe.

—Maldito Crastino.

—¡Ya basta! —explota Elpis, rabiosa— te das la vuelta ahora mismo o te pego un tiro en la nuca, tu verás.

—¿Tan importante es matarme mirándome a los ojos?

—Deberías estar agradecido al Triunvirato —escupe las palabras, asqueada—. Es una muerte mucho más honorable de la que mereces, escoria.

—No te falta razón —levanta las manos, vencido—. Allá voy, pero antes quiero que recuerdes que lo que sucederá a partir de ahora está fuera de mi control.

La *Hiena* se vuelve por completo.

Druso lo observa con detenimiento.

Las palabras que *X* dedicó a su amigo en el último capítulo aún resuenan en su cabeza. Nada en la cara de ese hombre llama la atención. Todo cambia cuando el alargado rostro, desfigurado por profundas arrugas e hinchadas bolsas grisáceas debajo de los ojos, empieza a resplandecer.

Druso percibe como algo pequeño y caliente nace en el cerebelo; en escasos segundos se extiende en todas las direcciones a gran velocidad.

El fulgor aumenta.

El cerebro arde cada vez con más intensidad dentro de su cráneo. Se lleva las manos a las sienes sin saber como detener el terrible dolor.

Druso cae fulminado al suelo. Dobla el espinazo, formando un ovillo mientras aúlla con todas sus fuerzas.

S.XXXI

—¡Druso!

Elpis deja caer el arma al suelo y se abalanza sobre él intentando contener las cada vez más exageradas convulsiones. Los chillidos de dolor de Druso aumentan su ansiedad.

Grita junto a él, incapaz de hacer otra cosa.

Cuando recuerda que hay otra persona más en la sala, y peligrosa, ya es tarde. La *Hiena* se acerca blandiendo una enorme jeringa. El cuerpo entrenado de Elpis responde mecánicamente sin necesidad de que ella piense. Se despega de Druso mientras alarga la mano hasta su talón izquierdo y extrae la pequeña daga que siempre lleva guardada en la caña de la bota. Apoyada sobre sus rodillas, señala amenazante con la punta de la hoja hacia el cuello del científico. La *Hiena* para en seco y levanta las manos.

—No pienso atacarte con esta puñetera aguja —grita, nervioso— esto es para salvar a...como coño le llamas...¡Da igual! A él —sonríe intentando rebajar la tensión. Levanta hacia el techo la mano que sostiene la jeringa—. Es imposible que con esto pueda hacerte daño —señala la daga— si tú tienes entre las manos eso. Déjame que le ayude y si ves que hago cualquier movimiento extraño tienes mi permiso para filetearme.

—¿Qué piensas hacer? —no baja el arma blanca pero deja de proteger a Druso con su cuerpo. Sus bramidos aumentan por momentos.

Avanza con precaución, manos en alto.

—Necesito empezar a tratarle ya. Prometo que mientras trabajo te voy explicando los pasos.

Ella asiente débilmente. La *Hiena* encaja la jeringa entre sus dientes. Agarra a Druso y lo coloca, no sin dificultades, con la cara pegada al suelo.

—Ayúdame, por favor. Necesito que esté lo más quieto posible —Elpis devuelve la daga a la bota. Aprisiona las piernas espasmódicas de Druso con todas sus fuerzas como la *Hiena* le indica— . ahora mucho mejor, gracias.

—¿Qué está pasando?

—Básicamente —le cuesta vocalizar bien entre la jeringa y las convulsiones continuas de Druso, más corpulento que él, que le zarandean sin parar— su cerebro se está destruyendo a sí mismo.

La *Hiena* prepara la inyección con calma.

—Siéntate sobre su espalda mientras sigues agarrando las piernas.

—¡Cuéntame más! —aúlla, histérica, mientras hace lo que le ha ordenado.

—Voy a inyectar directamente en su bulbo raquídeo esta disolución. Funciona básicamente como en las películas cuando el protagonista corta el cable amarillo y termina desactivando la bomba segundos antes de que esta explote —ejecuta el movimiento con una destreza que solo dan los largos años de práctica—. Hecho —suspira, aliviado—. Tardará unos minutos en hacer efecto.

—¿Y luego?

—Necesitarás ayuda para mover este corpachón —palmea el hombro de Druso—. Dormiré profundamente hasta mañana.

Se mantienen en silencio hasta que los gritos de Druso cesan. Gradualmente las convulsiones van disminuyendo hasta desaparecer también por completo.

—Vamos a girarlo.

Entre los dos voltean el cuerpo con delicadeza. Druso tiene la boca llena de babas. Elpis se lleva la mano izquierda al bolsillo de su pantalón y extrae un pañuelo de tela. Limpia la cara con cuidado.

Mientras tanto, el científico regresa a su mesa; quita un cojín que tiene sobre el asiento de la silla; vuelve para acomodar la cabeza de Druso encima de él.

La *Hiena* revuelve los dorados cabellos de Druso con afecto. Elpis observa el gesto, horrorizada.

El creador del vaciado está sonriendo con lágrimas asomando bajo sus párpados. Los instintos de Elpis la urgen a recoger el fusil. Al escuchar el chasquido metálico del arma el científico deja de acariciar a Druso y levanta las manos lentamente.

—Creo que he dejado claro que no soy una amenaza para ninguno de vosotros dos —se expresa calmadamente pero con muestras de cansancio—. Te ruego que me prestes atención unos minutos; luego termina aquello para lo que vinisteis. Solo te pido, amablemente, que hasta entonces nos comportemos como personas civilizadas.

Elpis baja el arma después de pensarlo un buen rato. Sigue mirándole con cara de pocos amigos.

La *Hiena* se aposenta en una de las sillas que tiene para las visitas. Le indica con las manos que tome asiento en la otra.

—Me gustaría conversar contigo —balancea la cabeza hacia un lado— si te parece bien, claro.

Elpis se sienta. Observa a Druso, preocupada.

—Tranquila, despertará.

—¿En qué estado? —pregunta con cautela.

El científico resta importancia con un gesto de manos.

—Hemos actuado rápido. No sufrirá ningún tipo de secuela —entrecierra el ojo derecho—. Eso sí, sus recuerdos sobre el día de hoy serán algo confusos.

—¿Qué ha sido este ataque? —la *Hiena* abre la boca para responder pero Elpis continúa— sí, ya me lo dijiste: su cerebro estaba autodestruyéndose, pero ¿por qué en este preciso momento?

El hombre suspira.

—Necesito un café ¿Te apetece uno?

—En la Península no tenemos de eso.

—Intenté pasarme al té —ignora el comentario de Elpis— pero soy un animal de costumbres.

Se levanta. Ase el mango de la cafetera situada sobre la mesa supletoria del despacho y se sirve una taza.

Vuelve a sentarse mientras el humo que emana la bebida caliente le acaricia la cara. No puede evitar una sonrisa de satisfacción al aspirar el aroma de la bebida.

—Como sabes, tu Druso es un lanzado al vacío —entrecruza las piernas—. Su vaciado es una obra de ingeniera médica que solo un puñado de personas en todo el mundo son capaces de realizar. En cada uno de los vaciados condenatorios de nueva —hace el gesto de las comillas con la mano libre— generación se instala un sistema de autodestrucción. Lo llamamos “la mina detrás de la puerta”. Ya lo sé, no es un apodo demasiado trabajado.

La *Hiena* ríe entre dientes.

—Maldita la gracia.

—Perdona. Tienes razón —se excusa—, es un chiste poco afortunado entre mis adjuntos y yo. Somos genios con una falta total de tacto.

—¿Qué se esconden detrás de esas puertas?

—En vez de borrar ciertos recuerdos del condenado escogidos por motivos ajenos a nuestro criterio, nos vemos obligados a dejarlos accesibles; parcialmente —sopla sobre el taza, desfigurando la columna de vapor. Bebe antes de seguir hablando—. Esas puertas que construimos solo se pueden

cruzar con el estímulo adecuado que funciona como llave. Una vez abierta — hace un gesto expansivo con las manos— la mina se activa.

—Druso tuvo el ataque justo cuando vio tu cara —Elpis lo señala con el dedo índice—. Tú eras lo que estaba detrás de esa puerta.

La *Hiena* se lleva la taza a los labios.

—En efecto —da un trago más al café.

Elpis deja la silla, asqueada, y se agacha junto a Druso. Le agarra la mano; la acaricia con el pulgar.

—¿Ha leído?

Elpis, sin entender nada, gira la cara hacia el científico.

—¿Cómo?

—Te he preguntado si le has visto con un libro electrónico. Está cubierto por una funda amarilla bastante estridente.

Ella abre los ojos como platos.

—Siempre que tenía un hueco libre —balbucea.

Sonríe, complacido. Vuelve a beber café.

—¿Lo conocías?

—Sí.

—¿Eras alguien cercano a él?

—Esa respuesta carece de importancia.

La mirada de hielo negro de Elpis asoma de nuevo. Se levanta de un salto; agarra a la *Hiena* del cuello de la camisa con violencia. Este deja caer la taza casi vacía al suelo; se rompe.

—Oh, y tanto que la tiene.

—Observo que nuestra tregua ha terminado antes de lo que yo esperaba.

Elpis aprieta con más fuerza el cuello.

—No cierras la boca un segundo, pero la mayoría del tiempo de ella solo salen gilipolleces —acerca su cara a la de él—. Te guste o no vas a responder a mis preguntas, escoria.

—Como has podido comprobar tú misma, rebuscar entre recuerdos es peligroso —le cuesta respirar—. Aléjate de su pasado.

—¿Quién es? —insiste con terquedad.

—Esa debería ser mi pregunta.

Elpis le da una bofetada con todas sus fuerzas. La *Hiena* no deja que su sonrisa se desvanezca. Un fino hilo de sangre comienza a brotar de la comisura derecha de su boca.

—¿Quién era?

La *Hiena* parpadea repetidas veces. La sangre se acumula en la cabeza; nota el ritmo cardíaco desbocado en las arterias del cuello.

—Un hijo mucho más valiente que su padre.

Elpis lo suelta de inmediato.

La *Hiena* con las dos rodillas hincadas en el suelo, jadea. Tarda unos minutos en recuperarse. Elpis pasea, errática, de un lado a otro del despacho cada vez más nerviosa.

—Déjame que te dé un consejo —el científico se acerca, gateando, a los pies de la peninsular; inclina la espalda para adelante mientras agarra los tobillos de Elpis—. Pégame un tiro en la cabeza ahora mismo —ruega con voz queda— y salid de aquí no sin antes quemar este maldito edificio hasta los cimientos.

Elpis niega con la cabeza mientras retrocede.

—No puedo matarte. Ahora no.

La *Hiena* se alza. Coloca las manos de ella entre las suyas.

—No tienes elección. Además, entre Druso y yo no hay el más mínimo lazo —cierra los ojos, dolido por sus propias palabras—. El nacimiento de Druso, hace nueve meses, significó la muerte nuestro ser querido.

Elpis niega con la cabeza. Restriega sus manos sobre la frente.

—¿Todos los recuerdos de las personas más importantes de su anterior vida están detrás de esas puertas?

El creador del vacío camina hacia la cristalera; comienza de nuevo a seguir con detenimiento la caída del sol. Sus rayos crepusculares iluminan la macilenta tez del científico amoratada por los golpes de Elpis.

—Desbloquear uno de esos recuerdos se convierte en una dolorosa ejecución. Ahí reside la verdadera condena: nadie intentará, si de verdad ama al vaciado, ir en su busca. Lo abandonará a su suerte.

Elpis siente ganas de vomitar.

—¿Cómo pudiste hacerlo?

—Fui incapaz —suspira. Toca el cristal opacado; con el índice derecho dibuja un círculo invisible alrededor del sol moribundo—. Druso es obra de mi mujer.

—¿Ella? —señala la más grande de las numerosas fotografías que pueblan la mesa.

—Una madre mutilando a su propio hijo —la voz tiembla de rabia—. Es difícil de entender incluso para mí que llevo a su lado más de media vida —carraspea—. En su defensa solo puedo decir que el tiempo transforma a las

personas de maneras ajenas a nuestros propios deseos. A ella la convirtió en una ególatra sin empatía ni compasión. La encantadora veinteañera de la que me enamoré por completo —señala al cuerpo estirado sobre el suelo— no hubiera siquiera pensado en cometer esta aberración.

Elpis se acerca a la gran mesa. Agarra el marco y observa con detenimiento. Es una fotografía familiar de hace más de quince años. El papel de retina insufla movimiento a las personas que aparecen en la instantánea. La *Hiena*, con un aspecto mucho más saludable, rebosa felicidad; orgullo. Una mujer rubia, corpulenta, con rasgos nórdicos sonríe a su lado. Sus cabezas se tocan. La dicharachera pareja está siendo abrazada por dos niños que parecen de edades cercanas. Él, rubio como la madre; ella, morena como el padre. La niña juega con el pelo engominado de su progenitor. Este la deja hacer sin perder la sonrisa un instante.

—¿Dónde se encuentran ahora? —agita el marco.

—Afortunadamente para mi hija, lejos de las islas.

—Supongo que si Druso la viera en algún momento...

—Ellen no hizo excepciones con ningún miembro de la familia. Sufriría la misma crisis que yo le he provocado.

Elpis cierra los ojos con fuerza.

—Necesito un vaso de agua.

El científico da la espalda a la puesta de sol virtual.

—Oído cocina —camina de nuevo hacia la mesa supletoria.

Elpis curioseas las otras fotografías que reposan sobre una esquina de la mesa. La más pequeña de todas llama su atención. Desvía la mirada de ella justo cuando la *Hiena* le ofrece una taza.

—Toma.

Elpis la agarra y bebe con ganas.

—Tengo una última pregunta. Luego vamos al tema que os traído aquí.

—Dispara.

La *Hiena* sonríe.

—Tu humor tampoco se aleja tanto del mío —señala con la barbilla a Druso— ¿Por qué está aquí? Es una jodida bomba de relojería con patas. En Mallorca, hasta un borracho le reconocería sin dudar a cincuenta metros de distancia —se rasca el puente de la nariz—. Un buen puñado de personas en la Península saben perfectamente quien fue, tu tío entre ellas. Sé de buena tinta que él está al corriente sobre las puertas y sus bombas. Fue una imprudencia por su parte, una soberana estupidez, reclutarlo como comando

y es aún más disparatado traerlo de vuelta a las islas.

Elpis se deja caer sobre el respaldo de la silla. De repente, se siente terriblemente cansada.

—Fueron órdenes expresas de Crastino —confiesa, sin fuerzas—. Dejó muy claro que tú, antes de morir, debías verlo —Elpis frunce el ceño—. Supuse que mi tío quería que lo último que vieras fuera a una de tus víctimas disfrutando de su venganza —abre la boca pero no sale ningún sonido de ella. Tarda unos segundos en seguir—. Me equivocaba.

La *Hiena* se rasca la barba, con nerviosismo.

—Hijo de la gran puta —empieza a pasear, nervioso, de un lado a otro—. Sé que no me debes nada, pero debo pedírtelo —para en seco. Apoya sus manos en los hombros de la joven peninsular—. Protégelo; de todos. Es como un niño perdido en un bosque lleno de lobos dispuestos a despedazarlo por un pasado que ya no le pertenece, por una familia que no le reconoce —la zarandea con vigor—. Tienes que protegerlo.

Elpis examina el rostro de la *Hiena*.

—Lo intentaré.

—Promételo —presiona, inflexible.

Elpis asiente con la cabeza. Sus cabellos rojizos brillan bajo el sol digital.

La *Hiena* retira sus brazos. Vuelve a pasear pero ahora con más calma.

—Cuando abandonaron el cuerpo de mi hijo en la Península, soborné a todo aquel que tenía influencia en la ruta del traslado para que lo dejarán lo más cerca posible del Muro. Según mis cálculos al quinto día debería de haberlo cruzado.

—Cayó en nuestras manos a las afueras del Muro.

La *Hiena* pone los ojos en blanco mientras inspira con fuerza.

—Podría haber sido peor —prosigue Elpis— Tercio andaba también por los alrededores.

Posa la mirada sobre Druso. Suspira con pesadumbre.

—Heredaste esa maldita mala fortuna —murmura para sí mismo. Devuelve su atención a Elpis—. Hay alguien en el Muro dispuesto a llevarlo al otro lado; a cualquier precio. Ayúdale a llegar de nuevo. Puedes ir con él si quieres; empezar una nueva vida en Francia o Bélgica aunque Singapur es mi recomendación. Huid; si Crastino finalmente consigue lo que lleva tanto tiempo ansiando, la Península arderá de nuevo y esta puede ser la definitiva.

—Después de terminar aquí tenemos un avión preparado para escapar de

las islas. Pero no volveremos a casa por el momento.

La *Hiena* parece intrigado.

—¿Destino?

—Irlanda.

—Joder —chasquea la lengua, intranquilo. Se sienta de nuevo—. Está quemando los barcos.

Elpis se mantiene hierática, sin abrir la boca.

—No sé si es consciente de donde se está metiendo —se pasa la mano derecha por sus escasos cabellos canos.

—Estamos en guerra —sentencia lacónicamente.

—Una que no podéis ganar.

—Vale la pena intentarlo.

La *Hiena* estira las piernas hacia adelante mientras se rasca el mentón.

—Esta es una razón más de peso por la que morir hoy no es tan mala opción.

Elpis frunce los labios.

—Es una salida de cobardes.

—La valentía esta sobrevalorada.

—Vivir arrodillado no es vida. Tenemos la posibilidad aunque pequeña, de poder vencer. Si ganamos volveremos a conectar la Península con el resto de Europa y las cosas cambiarán —cierra los puños con fuerza—. Tumbaremos el Muro.

—Durante toda mi vida he visto como la historia moderna se escribía delante de mis ojos, siempre como convidado de piedra. Nuevos capítulos trufados de atrocidades con pocos rayos de esperanza entre ellos. Quizás un viejo hartado de todo como yo no sea el profesor más adecuado pero no puedo callarme: todas las luchas en busca de la libertad, la igualdad y cada una de esas grandes y cegadoras ideas son una completo sinsentido. Bajo estas loables revoluciones se esconden conceptos mucho menos luminosos —se humedece los labios con la lengua antes de continuar—. Unos cuantos de los nuestros, con una capacidad por encima de la media, utilizan al resto para su propio beneficio; dominan con maestría el arte de azucar nuestros miedos, conocen hasta donde reforzar nuestros anhelos. Ellos nos lanzan a guerras y conflictos que poco tienen que ver con las grandes causas con las que nos deslumbran. La culpa de ser tan dúctiles no es nuestra; la naturaleza nos ha moldeado de esta manera: Homo Sapiens, un simio demasiado inteligente, demasiado crédulo, demasiado gregario, demasiado soberbio, demasiado

egoísta —ríe amargamente—. Resumiendo: descubre cuáles son tus propias guerras y lucha sin cuartel en ellas; en cambio, rehuye las que te señale alguien —levanta la ceja izquierda—, por muy cercano que este sea.

La *Hiena* golpea con las palmas de las manos sus rodillas. Se levanta.

—Creo que ha llegado el momento de las despedidas.

Se agacha junto a Druso. Su expresión es tranquila; parece imposible que hace solo unos minutos estuviera a punto de morir de una manera tan horrible.

El padre revuelve de nuevo esos cabellos que creyó no volver a tocar nunca más.

Acerca su boca a la oreja izquierda del dormido.

—El girasol cada madrugada aguarda esperanzado a que los primeros rayos del alba desvanezcan la larga oscuridad y...— espera que su hijo, aquel que se marchó para no volver, abra los ojos y termine el verso como tantas otras veces en el pasado pero la realidad es otra—. Somos esclavos de nuestros recuerdos; tú, pese a todo lo que has perdido, vuelves a ser libre; pero no te acomodes: por el simple hecho de vivir volverás a crear nuevas cadenas; esta vez asegúrate que aprieten un poco menos —limpia las lágrimas de sus ojos mientras sonríe con tristeza—. Me alegro de haberte visto una última vez, renacuajo— le da un beso en la mejilla y se incorpora con tranquilidad.

Elpis, deja caer el fusil al suelo sin cuidado. Sostiene su daga de nuevo entre las manos.

La *Hiena* cruza los brazos delante de él.

—No mancilles vuestra tradición conmigo.

Elpis comprueba concienzudamente el filo de la hoja con la yema de su pulgar.

—Deja que sea yo quien decida si lo mereces o no —replica con voz dura. Levanta la mirada del arma y esos dos faros negros obligan a claudicar a la *Hiena*.

—En el primer cajón —señala el escritorio— hay otro libro. Contiene información que puede ser importante para él. Si decides acompañarle no dudes en leerlo; os abrirá la mente a los dos.

—Lo llevaré conmigo.

—Recuerda tu promesa: cuida de él; protégelo. Huye cuando sea necesario y aprende a convivir con la derrota. Sé egoísta si así puedes salvar vidas de seres queridos—expira con parsimonia mientras cierra los ojos unos

instantes—. Estoy listo.

En esta sala regada por la luz artificial de la proyección se mantiene en pie el doctor Gallardo, eminente neurólogo, eterno aspirante al premio Nobel, conocido mundialmente como *Hiena*. El vilipendiado inventor del vaciado. Sólo Druso le conoce como *X*, su mentor, amigo y protector en la distancia.

Sonríe a la muerte mientras no despega los ojos del cuerpo de su hijo.

Elpis siente un nudo en el estómago.

La daga pesa como una losa.

Agita la cabeza. Se concentra.

Clava la hoja metálica en el corazón del hombre con todas sus fuerzas.

Epílogo

“18.225 pies”

*"No llores, hija. Deja de preocuparte por mi, hermano.
Mi tiempo en este mundo ingrato termina y junto a él desaparecerá este
lacerante dolor.*

*Escuchad con atención mis últimas palabras:
Hoy el enemigo ha ganado la guerra; también es más soberbio y confiado
que ayer.*

*La derrota de mi generación os enseñará el camino que no debéis pisar.
Aprended pues de nuestros errores y preparaos en cuerpo y alma para la
siguiente batalla.*

*Educad a los que vienen por detrás como yo lo he hecho con vosotros.
Quizás la victoria os esquive igual que hizo conmigo; en ese caso marchad
pues con el alma en paz; seguro que la fortuna sonreirá a vuestros
descendientes.*

*No perdáis jamás fe.
Manteneos firmes y unidos: tarde o temprano, venceremos."*

Verso final del poema anónimo "El moribundo" aparecido después de la Primera Crisis Social

S.XXXII

Muchos no me reconocerán.

Me presento; mi nombre es Raúl Robles.

Fui presidente del gobierno de España durante menos de un año hace casi tres décadas.

¡Cómo pasa el tiempo!

Nací en Barcelona, la ciudad en la que he vivido la mayor parte de mi vida. Aunque la Barcelona que dejé hace poco más de dos meses no tiene mucho parecido con la que crecí; ahora es un cadáver tan consumido que hasta los cuervos no le prestan la más mínima atención. Pero no debo quejarme, dentro de la Península es sin duda uno de los mejores lugares donde vivir. Sí, han oído bien; aún viven personas al sur del Muro.

Millones.

Encerradas.

Quizás pensaban que si no hablaban de nosotros en los medios de comunicación significaba que habíamos desaparecido. ¡Bum! magia.

Seguro que más de una vez, ustedes, se han llevado las manos a la cabeza al enterarse de las terribles noticias que sucedían, tantos años atrás, en mi hogar. Esa honda indignación que no tardaba más de quince minutos en diluirse. No me malinterpreten, no intento involucrarles en un debate moral que a la práctica serviría de bien poco. Yo en su misma situación también haría oídos sordos y me centraría en vivir mi vida de la mejor manera posible. Como cualquier otro animal priorizamos nuestra propia supervivencia como individuos.

Nosotros, los peninsulares, somos conscientes que nadie nos ayudará jamás y no hablo de recolecta de donaciones o manifestaciones pacíficas en alguna fecha señalada; solo de buenas intenciones el curso de la historia no varía de rumbo. Necesitamos ayuda activa ¿Qué consideramos desde la Península como ayuda? Demoler el Muro Pirenaico o elegir como gobernantes a personas capaces de rebelarse contra los poderosos que dominan el mundo desde las sombras; estos serían dos buenos puntos de partida.

Tranquilos, no queremos colocar sobre sus hombros una carga difícil de soportar.

Como les decía, perdimos la fe en recibir ayuda exterior hace ya mucho tiempo.

Estamos solos y aunque tristes, hemos sacado de nuestra desdicha la fuerza y determinación necesaria para avanzar e intentar escapar del infierno al que otros nos han lanzado sin misericordia.

Hoy es el primer paso visible en esa dirección.

Mientras la cámara que filma abre plano les informo que este vídeo está siendo grabado en la hermosa isla de Mallorca. Mi familia paterna vivía no demasiado lejos de donde ahora mismo me encuentro. Entonces no era la zona exclusiva de hoy en día pero recuerdo disfrutar aquí de maravillosas vacaciones veraniegas.

A mi derecha ya pueden ver al dueño de esta mansión. Sí, sus ojos no les están jugando una mala pasada, me acompaña el primer ministro Gallardo, líder indiscutible de Balearia.

No pueden hacerse una idea las ganas que tenía de volver a encontrarme con él en persona. Hace muchos años de nuestra última conversación ¿verdad, señor Gallardo? Recuerdo perfectamente como terminó ¿y usted? Gracias a su célebre memoria fotográfica, no lo pongo en duda.

Soy consciente de las suposiciones y expectativas que a más de uno le deben estar pasando ahora mismo por la cabeza: “Este viejo va a torturar a uno de los hombres más poderosos del planeta”.

Puedo adelantar que esas personas se llevarán una desilusión.

Pero no dejen que la brillante silueta de Gallardo les deslumbre. Sentados alrededor de esta mesa se encuentra el gabinete de ministros balear al completo. Es posible que para la gran mayoría de ustedes estos rostros sean los de unos extraños pero un antiguo político como yo los recuerda sin problemas. Son caras de gente de poder, algunas pertenecen a personas realmente inteligentes mientras que las restantes son las de unos completos zoquetes que viven de las rentas conseguidas por unos antepasados mucho más distinguidos. Para el asunto que ahora nos ocupa que sean genios o imbéciles es algo secundario: cada uno de ellos es culpable.

Culpable.

Culpable de hacer desaparecer a César Hernández, elegido como presidente del gobierno español en las elecciones generales del año 2020.

Culpable de suplantarse de manera ilegal a todos los gobiernos elegidos democráticamente por el pueblo español del 2021 en adelante.

Culpable de traicionar a toda la población de nuestro antiguo país.

Culpable de ordenar construir ese maldito muro que nos incomunicó del resto de Europa como si fuéramos unos apestados sin los más mínimos derechos.

Culpable de expoliar lo poco que nos quedaba y huir, condenándonos al resto a vivir en la pobreza más absoluta.

Culpable de las explosiones en las dos torres negras de Barcelona el Día de la Vergüenza.

Culpable de utilizar algo como el vaciado para mutilar a todo aquel que se opone al régimen balear.

Podría seguir un buen rato recitando la lista completa de atrocidades con las que cada una de estas personas se ha manchado las manos pero creo que, ustedes que están viendo este vídeo, son capaces de calcular de manera aproximada la magnitud de la maldad que hay acumulada en este salón.

Perdonen mi repentina cara de asco pero me cuesta horrores mantener la compostura. No puedo dejar de pensar en tantas personas, mejores o peores, que han muerto gracias a las decisiones tomadas en reuniones asépticas como esta.

¿Algo que añadir, presidente? No me sorprendería que tuviese una réplica convincente para cada acusación. Sabe perfectamente que le dejaré hablar; siempre hemos sido adversarios pero nunca he escondido mi admiración por esa exquisita oratoria suya.

¿No quiere entrar en el juego? Qué pena.

Me sigue impresionando la entereza del presidente Gallardo.

Pueden observar, queridos televidentes, como después de haber listado algunas de las fechorías cometidas por él y sus consejeros mantiene la cabeza bien alta, sin que una simple arruga aparezca en su frente. Quizás el mérito hay que otorgárselo a todas esas operaciones estéticas a las que se lleva sometiendo desde hace años ¿Ni ese golpe bajo consigue obligarle a torcer el gesto, don Sebastián? Ignora mi presencia y todo lo que salga de mi boca. Bravo.

No dejen pasar por alto, como alrededor de la mesa sus ministros no demuestran tener el mismo temple. Algunos evitan mirarme, otros tienen los ojos sospechosamente brillantes.

No piensen por un instante que los señores ministros padecen el más mínimo arrepentimiento. Lo suyo es miedo y resulta terriblemente gratificante poder verlo en primera persona.

Ya basta de charla.

Como dije anteriormente, el juicio terminó.

Culpable.

Ese es el veredicto que dictaron los habitantes de la Península hace ya mucho tiempo. Cada uno de los presentes es culpable de los cargos por los que ha sido acusado y haremos cumplir ese dictamen. Esta es la única razón de por qué hoy nos encontramos tan lejos de casa.

Soy consciente de las consecuencias que acarreará este juicio abierto a todo el planeta. Sé de sobras lo que argumentarán por enésima vez nuestros enemigos: todos los peninsulares son unos terroristas.

Pongan atención a mis palabras: si terrorismo significa luchar contra aquellos que se comportan como dioses siendo en realidad simples seres mortales de carne y hueso; entonces, viva el terror.

Aquí y ahora termina el juicio.

Hemos tenido que ser nosotros, los pordioseros peninsulares, vapuleados por unos y otros, los únicos capaces de impartir algo de justicia en este mundo enfermo e hipócrita. Ha tardado más de lo deseado pero finalmente llegó el momento y no puedo dejar de sentirme dichoso.

Comando, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Despega los auriculares de sus orejas al escuchar el chasquidos de las armas al prepararse para seguir las órdenes de su tío.

Apaga la tableta y la deja caer sobre su regazo. Masajea rítmicamente las sienes con los índices mientras intenta aclarar las ideas que insisten en mezclarse dentro de su cabeza.

Deja vagar la mirada por la ventanilla. El sol está apareciendo, con timidez, detrás del océano Atlántico. Distingue lo que debe ser un gran barco mercante aunque visto desde ese asiento posee el tamaño de una hormiga. La nave surca las revueltas aguas atlánticas dejando como estela una larga y sinuosa línea blanca sobre el azul marino. Unas inesperadas turbulencias la devuelven sin miramientos a las alturas. Elpis se agarra con fuerza a los reposabrazos del asiento.

Tose con nerviosismo intentando esconder su pánico.

El avión consigue estabilizarse de nuevo tras varios minutos de pelea con las corrientes de aire.

Puede volver a respirar, tranquila. Su primer viaje en avión está siendo bastante más ajetreado de lo que esperaba.

Rebusca en el bolsillo derecho de su pantalón.

Extrae la foto que decidió llevar consigo al abandonar la oficina presidencial de Ícaro. En la instantánea Druso y una mujer morena sonríen al objetivo con las manos entrelazadas. El papel retina captura como una ligera brisa hace ondear el vestido blanco de ella. El vestuario no deja lugar a dudas: es el día de su boda. A la espalda de la pareja se dibuja, difuminada por el desenfoque de la cámara, una hermosa playa.

Elpis traga con dificultad.

El parecido con su paraíso es más que obvio.

Los novios se encuentran flanqueados por la familia de él. Los rasgos faciales de los hermanos les asemejan tanto que pueden pasar por mellizos. Elpis no puede dejar de mirarlos. Ella susurra algo a su hermano mientras este aguanta la risa a duras penas. Elpis desliza con parsimonia el índice por esos rostros dichosos.

Una corriente de aire vuelve a sacudir con violencia el avión por unos instantes.

Elpis devuelve la instantánea al bolsillo. Cierra los ojos.

Alguien se sienta a su lado con descuido, al parecer inmune a las turbulencias.

—Vengo de la cabina. El piloto dijo que en poco más de una hora aterrizamos.

—Gracias, Marcia —agarra la mano de su hermana con afecto sin despegar los párpados— ¿Druso?

—Según Agripa, sigue durmiendo como un tronco.

—Iré a sentarme un rato junto a él —mira a Marcia.

—Claro.

Marcia se permite sonreír de esa manera que a Elpis tanto incomoda; cambia de tema rápidamente.

—Acabo de ver el vídeo de mi tío.

—Internet está ardiendo como pocas veces antes —dice fascinada—. Han cerrado cuentas afines a Fidelis en redes sociales, portales de vídeo, alojamientos de archivos —enumera con los dedos— grandes y pequeños. La limpieza buscaba ser profunda pero resultó también algo lenta; las comunidades activistas más relevantes del planeta se han encargado de copiar y compartir el vídeo sin descanso desde primera hora, consiguiendo convertirlo en viral —da palmas de alegría— ¡Está completamente fuera de control!

—Hemos declarado una guerra que no podemos ganar —se sorprende a

si misma haciendo tuyas las palabras de Gustavo Gallardo.

—Nunca has sido de las que ven todo negro —la amonesta con cara de fastidio—. No empieces justo ahora, cuando necesitamos todo lo contrario — Marcia presiona la mano de su hermana intentando transmitirle con ello algo de su positivismo—. Aún es pronto para saber quién gana, hermanita. No estamos solos.

Elpis no quiere iniciar una discusión. Se pone en pie.

Marcia repliega parcialmente las piernas para que su hermana pase al pasillo central.

—Ya veremos quién se mantiene a nuestro lado cuando los vientos empiecen a soplar en nuestra contra —Elpis, incapaz de morderse un segundo más la lengua, dispara sin esperar respuesta.

La capitana camina hacia la cola del avión.

Percibe como a cada a zancada suya los intestinos se mueven en la dirección contraria. Esa desagradable sensación no se despegaba de ella y hace que apriete las mandíbulas con fuerza mientras continúa caminando.

Vuelan en una de las unidades más modernas de la flota utilizada por la directiva de Ícaro para sus desplazamientos fuera de las islas. Aquí el lujo y la ostentación lo impregnan todo: asientos de cuero blanco terriblemente confortables, acabados en madera noble y oro, suelo de metacrilato que varía de color al contactar con los pies de los pasajeros en movimiento y un largo etcétera de añadidos más caros que útiles.

En el camino hacia la cola Elpis saluda a Pullo y Agripa; están concentrados viendo el vídeo de Crastino. Agripa repite en voz baja las palabras del triunviro un segundo antes que la grabación. Elpis se pregunta cuántas veces habrá visto el vídeo.

Pullo, al ver la severa expresión del rostro de su capitana, detiene la reproducción. En el fotograma congelado su tío parece tranquilo pero Elpis reconoce la extraña mirada de esos ojos negros idénticos a los suyos. Jamás trae algo bueno consigo.

—¿Por qué no apagáis eso de una maldita vez y descansáis un poco? Los próximos días van a ser ajetreados.

—¿Descansar? ¿Qué cojones, jefa? —se queja Agripa mientras activa de nuevo el vídeo— ¡Esto es histórico!

—Lo que tú digas —desiste exasperada mientras vuelve a caminar. Sus entrañas comienzan a balancearse de nuevo.

La parte trasera del avión se encuentra dividida en dos cubículos,

separados entre sí por el pasillo. Cada uno de ellos está ocupado en casi su totalidad por una enorme cama que colocada en alguna de las suites presidenciales de los mejores hoteles del mundo no desentonaría.

Druso ocupa el izquierdo. Bruto el derecho.

Elpis es capaz de escuchar con dificultad los ahogados ronquidos del gigante. No puede evitar dibujar una sonrisa en sus labios.

Abre la puerta de la izquierda.

Se sienta en la cama; acciona el botón dorado de la pared. La puerta de metal bruñido se cierra. El ruido generado por los motores del avión disminuye hasta convertirse en un suave ronroneo.

Se tumba junto a Druso.

Acurrucada a su lado, como había hecho a diario en su oasis compartido hasta hace una semana, cierra los ojos. Puede imaginarse estirada sobre la templada arena blanca con el agua fría lamiendo sus pies. Un escalofrío de placer recorre su espalda. Se obliga a abrir los párpados, desterrando esas imágenes de la cabeza; no quiere perderse en recuerdos que después harán daño.

—¿Cómo te encuentras, dormilón? —acaricia esos cabellos dorados con una ternura de la que nunca se ha considerado poseedora—. Dentro de poco aterrizaremos en Irlanda y allí nos estarán esperando con órdenes de Crastino —hunde la nariz en el cuello de él. Aspira su aroma. La tranquiliza—. El mundo está a punto de irse a tomar por culo una vez más.

Elpis perfila con las yemas de los dedos las anchas cejas de Druso.

—Tengo miedo.

Acomoda su cabeza sobre el pecho de él. Oye como el corazón bombea sangre a ritmo constante.

Deja que los latidos marquen el paso a sus pensamientos durante un buen rato.

—Él tenía razón —le susurra al oído—. Debemos librar nuestras propias guerras —sus lágrimas comienzan a deslizarse sobre las mejillas—. Y te prometo que lo haremos juntos.

T. en pausa

Agradecimientos

Escribo estas líneas justo después de terminar lo que supongo, y espero, será el último repaso a mi primera novela.

¡Uau!

Es la primera vez que me refiero a *Lanzado al vacío* con estas palabras. Impresionan.

Ahora es el momento en el que comienzan a asediarme dudas que solo podrán quedar desterradas una vez el libro esté publicado.

Si estás leyendo estas líneas y no eres nadie de mi familia o círculo de amigos puedo considerarlo como el primer paso en la buena dirección.

Creo que a esto le llaman agradecimientos por algo. Llegó el momento de empezar a repartirlos.

Agradezco a mis padres por estar siempre ahí, incluso cuando yo no era consciente. Sin su apoyo, la mitad de esta novela muy posiblemente jamás hubiera sido escrita. Agradecimientos también a mis hermanos.

Gracias a Laura y Mon por convertirse en correctores officiosos de esta novela y hacerlo con tanta generosidad y buenos consejos. Suyo es el dudoso honor de haber sido los primeros en leer la historia de principio a fin.

Un fuerte saludo a mis amigos y amigas de los últimos quince años porque gracias a no pocas experiencias, buenas y malas; decenas de conversaciones compartidas que han sido clave para crear personajes y situaciones que gracias a mi imaginación y sus “efectos especiales” han quedado irreconocibles aunque el origen permanece en el interior, sosteniendo toda la estructura novelesca.

Sin portada no hay libro. Su función básica es convertirse en ese faro capaz de brillar lo suficiente para hipnotizar al futuro lector obligándole a empezar el leer, como mínimo la sinopsis. No puedo estar más que entusiasmado con la cubierta que tendrá *Lanzado al vacío*. Mil gracias a Sinu por haber sabido plasmar en ella mis ideas, y ampliarlas, convirtiéndola en algo tan especial.

Gracias también a todos esos libros, películas y videojuegos que han prendido en mí la llama de querer contar mis propias historias. Solo ahora soy realmente consciente de lo arduo que es construir algo nacido de simples ideas y anhelos. Los autores de esas maravillosas obras que tanto me han

influenciado tienen por ello mi más profundo respeto y comprensión.

Mención muy especial a un número casi infinito de músicos que gracias a sus canciones me han llevado en volandas en cada palabra escrita. Sin sus melodías, escribir sería algo mucho menos catártico.

Una vez escuché a un autor comparar la escritura de una novela a lanzarse al agua dispuesto a navegar, en soledad, hacia el corazón de un océano que parece infinito; no puedo estar más de acuerdo con él.

En mi caso me hice a la mar sin ser totalmente consciente del lío en el que me estaba metiendo, como supongo que les pasará a la gran mayoría de autores noveles.

La travesía ha durado años, llena de días con calma chicha donde la musa se empecinaba en no querer hinchar las velas de mi inspiración. Tampoco han faltado a la cita una miríada de problemas transformados dentro de mi universo narrativo en furiosas tormentas capaces de engullirme junto a mi pequeña y fiel barcaza.

Pero no pudieron conmigo.

Finalmente, después de tanto tiempo navegando en la más completa de las soledades he pisado la arena de la otra orilla.

He sobrevivido a la aventura. Llevo un buen número de cicatrices en mi cuerpo y espíritu que pueden relatar mi odisea personal; las más importantes han transformado capítulos de esta novela. La escritura de algunos de ellos resultó ser la balsa que me mantuvo a flote durante las noches más oscuras.

Pero esta orilla que ahora piso por primera vez no significa el final de mi viaje; hay algo dentro de mí que me incita a lanzarme de nuevo a la mar. Aunque mi soñadora tozudez me asegura que conseguiré salirme con la mía de nuevo, la suerte es en muchas ocasiones caprichosa. No hago demasiado caso a supersticiones pero para esta ocasión suscribo las palabras que le dedica Rufo: “a ella siempre quiero tenerla de mi lado”.

Espero que la próxima vez que mi barca encalle en una desconocida playa estés tú, lectora o lector, esperándome con una sonrisa y unas palabras de aliento. Esa será mi mayor victoria.

Esta historia solo acaba de comenzar.

Esplugues de Llobregat
28/09/2018

Table of Contents

[Lanzado al vacío](#)

[Prólogo](#)

[Parte I](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[Parte II](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[Parte III](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVII](#)

XX

XXX

XXXI

Epílogo

“18.225 pies”

Agradecimientos